

LEÓN DENIS

EL MUNDO INVISIBLE Y LA GUERRA

Traducción del francés por

ALBERTO GIORDANO

01.02.2006

EDICIÓN DIGITAL POR LA

FEDERACIÓN ESPÍRITA ESPAÑOLA

<http://www.espiritismo.es> y <http://www.espiritismo.cc>

Título del original en francés:
LE MONDE INVISIBLE ET LA GUERRE (1919)

Traducido del francés por Alberto Giordano

*1ª edición digital reproducida de la primera edición en castellano
impresa por Editora Argentina “18 de Abril” (1973)*

Federación Espírita Española

Página web:

<http://www.espiritismo.es>

Correo electrónico:

info@spiritismo.cc

LEÓN DENIS, UN GIGANTE DE LA IDEA ESPÍRITA

Dentro del nuevo espiritualismo son pocos los escritores que han alcanzado el brillo y la profundidad de León Denis. Su pluma ha legado a los espíritus estudiosos páginas de insuperable calidad literaria y filosófica, las cuales están llamadas a ser por mucho tiempo antorchas orientadoras en la evolución social y espiritual de los pueblos. Puede decirse que Denis es un esteta de la idea Espírita, pues él entrevió que sólo por el amor y la belleza es como se realizará la evolución del Espíritu en sus variados aspectos existenciales.

Su comprensión filosófica del Espiritismo lo llevó a sostener que sólo los valores subjetivos y profundos del Ser determinarán un auténtico cambio de rumbo en la humanidad; por eso Denis no rehusó dentro de la concepción espíritu de la vida el sentimiento idealista y religioso, puesto que llegó a comprender que sólo lo auténticamente espiritual en el hombre podrá encauzarlo hacia una vivencia integral de lo que significa la existencia. Pues mientras el hombre viva una vida desvinculada de las reales esencias del Universo, no logrará comprender lo que es el fenómeno histórico y las finalidades superiores que deberá cumplir durante su proceso evolutivo de encarnación y desencarnación.

Para León Denis el hombre se afirma, moral y espiritualmente sobre la base de las realidades teleológicas de la verdad. Porque todo el ideario filosófico del autor de El Problema del Ser y del Destino está fundado en la verdad -misma que subyace en el fondo de la Naturaleza, es decir, en la parte profunda de las cosas visibles.

Si Denis fue un poeta en prosa de la Idea Espírita, ello se debe a su gran consubstanciación con los valores filosóficos y religiosos de la Codificación Kardeciana. Penetró hondamente en ellos para descubrir que el genio espírita de la verdad universal estaba dentro de él mismo. Sintió que la verdad espiritual del saber espírita no era un saber racional fundado en la razón únicamente. Alcanzó a sentir existencialmente que los valores espíritas se encuentran dentro del hombre mismo y que se logran descubrir sólo citando el Ser se autoanaliza y se vive a sí mismo en profundidad y extensidad. De ahí que la ideología espírita no es una creencia aceptada como un dogma; por el contrario, Denis demostró que la búsqueda de la realidad existencial del Ser desemboca en una misma concepción. Por eso los grandes Espíritus, sin conocerse entre sí, se reúnen en una misma realidad espiritual, porque la esencia de la verdad es una y todos los que apasionadamente la buscan llegan, por uno u otro camino, a un mismo nivel ideológico y existencial.

León Denis fue un auténtico pensador y no hizo política intelectual, a fin de llamar la atención para formarse un renombre como escritor. Muchos literatos de su tiempo, que a su lado eran una medianía, lograron

hombres y se le abrieron las puertas de muchas instituciones artísticas, periodísticas y políticas. Denis encontró resistencia por sus ideas espíritas, no obstante el genio literario e idealista que poseía. Por haber amado la verdad fue excluido de los movimientos culturales de su época, pues ser espírita parecería ser, según los prejuicios del orden social imperante, un delito o una subversión moral contra la cultura, considerada inamovible, o como la única, aunque perimida y materialista, que debe rutinariamente admitirse. Empero, a pesar de los prejuicios y resistencias que se le hacen a las ideas espíritas, el proceso de sus afirmaciones resulta ya incontenible. Un nuevo espiritualismo está aflorando en la cultura moderna, con lo cual estamos viendo cómo se derrumban las formas clásicas de la civilización, ya que ellas no pueden resistir el empuje creador de las nuevas ideas que surgen del fondo mismo de los Espíritus.

León Denis será reivindicado por las nuevas generaciones cuando el movimiento espírita haya comenzado a instituir en el orden humano la sociedad espiritista, es decir, un nuevo tipo de orden social basado en la concepción espírita de la vida. Entonces Denis recibirá el homenaje, casi unánime, de los Espíritus evolucionados y amantes del progreso. Su nombre será pronunciado con respeto y veneración en las academias literarias y filosóficas de todo el mundo.

El presente libro nos lo muestra amigo de la justicia y la democracia. Algunos han dicho que sus páginas están impregnadas de un gran nacionalismo francés; pero esto no es una apreciación verdadera si se tiene en cuenta que fue Francia quién recibió los más duros golpes de quienes querían imponerle a la humanidad intolerable dictadura. Denis, como todo ciudadano de su tiempo y como amigo de la libertad y el progreso social, se opuso a tal propósito y se alió con los esfuerzos de los ejércitos aliados, a fin de librar a Francia y a la humanidad de la derrota y de un insoportable cesarismo moderno.

No se olvide que Francia en sus más difíciles situaciones nacionales fue dirigida por el genio espiritual de Juana de Arco. Este hecho es innegable en la historia de ese país, y Denis, en momento tan grave, sintió la presencia inspiradora de la heroica joven lorenesa, razón por la cual escribió estas páginas donde se nos muestra cómo el Mundo Invisible interviene en los grandes procesos políticos de las naciones.

Sin embargo, un nacionalismo puro y heroico como el de Denis no puede ser desechado en el presente momento histórico en que la vida moral de los pueblos está en franca decadencia a falta de una fuerza espiritual que lo evite. Cuando el nacionalismo está de parte de la justicia, el orden y la libertad, se torna un fenómeno universal, ya que el fenómeno humano, tanto político como social, es similar en todas partes del mundo. Por consiguiente, la verdad no tiene latitudes: la verdad está en todos los lugares de la Tierra afrontando las mismas luchas y los mismos problemas.

Por eso el nacionalismo de León Denis es puro, real y útil, puesto que emana de sentimientos inspirados en los más altos principios morales.

La obra de León Denis al estar basada en la verdad deja de ser nacional para convertirse en universal. La Idea Espírita que fue la fuente de sus grandes inspiraciones y el motivo que lo llevó a luchar en favor del movimiento espírita mundial, hunde sus raíces en las verdades eternas y universales y por lo mismo le hace ver al hombre que los nacionalismos exclusivistas y egolátricos resultan inadecuados para el bien y el progreso del género humano. Así, pues, lo entendió Denis, por cuya razón se debe reconocer que fue un pensador universal, sin dejar de sentir por eso amor a Francia por la cual tanto se desvelaba.

Léanse estas páginas teniendo en cuenta el motivo principal que las inspiraron y se comprenderá que la pasión que hay en ellas responde a esa ansia superior por defender la verdad y la libertad con el mismo espíritu con que Francia luchó, en su hora, por la proclamación universal de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.

¡Llor al gran escritor y pensador que tanto hizo por los Nuevos Derechos Espirituales del Hombre! Que las nuevas generaciones vean en él al modelo de lo que deberá ser el verdadero escritor en los tiempos modernos. Que reconozcan a través de su obra clara y brillante cuál es el papel que deberá desempeñar la literatura, como instrumento de educación y orientación en la vida de los pueblos. Ojalá su alto ideal llegue al espíritu renovador de las juventudes de la nueva era para mostrarles que la verdadera misión del hombre en la Tierra es luchar, como León Denis tan gallardamente lo hizo, por la Verdad, la Justicia y la Belleza.

HUMBERTO MARIOTTI

Buenos Aires, 1972.

INTRODUCCIÓN

Desde 1914 ha vivido Francia bastantes horas de cruel angustia y se ha encontrado al borde de muchos abismos. Tras cincuenta meses de luchas, esfuerzos y sacrificios salió engrandecida de la prueba, aureolada por la victoria y regenerada por el dolor. Sin duda, debe esa victoria al apoyo de sus Aliados, al heroísmo de sus combatientes y a la ciencia y genio de sus jefes; pero la debe también -y sobre todo- a la poderosa ayuda del Mundo Invisible, que nunca dejó de intervenir en su favor. Es este uno de los aspectos menos conocidos de ese drama inmenso, y sobre el cual creemos necesario llamar la atención de todos.

Gracias a un excelente médium, cuya clarividencia y sinceridad no me permitían abrigar la menor duda, he podido seguir durante más de tres años la acción de los Espíritus sobre los acontecimientos y observar sus rasgos esenciales. Por medio de la incorporación, mis amigos del Espacio y, entre ellos, un Espíritu eminente, me iban comunicando de tiempo en tiempo sus apreciaciones acerca de esta terrible guerra, examinada en sus dos aspectos: el visible y el oculto. Esas conversaciones me inspiraron, sobre la base de los datos obtenidos, cierto número de artículos que en este volumen se encontrarán reunidos. Agregué otros, dictados bajo el imperio de las circunstancias y que había publicado ya en diferentes revistas. El libro concluye con una serie de páginas inéditas.

El propósito esencial de estos escritos consiste en orientar el pensamiento francés hacia un espiritualismo científico y elevado, hacia una creencia que sea capaz de colocar a nuestra nación a la altura de los importantes deberes y nobles tareas que le competen. Es menester que una amplia corriente idealista, un poderoso hábito moral barra las sombras, dudas e incertidumbres que pesan todavía sobre tantas mentes y conciencias, a fin de que un rayo de las verdades eternas ilumine los cerebros, comunique calor a los corazones y traiga consuelo y esperanza a quienes penan y sufren.

La educación del pueblo debe ser reestructurada por completo, de modo de inculcar a todos la noción de las obligaciones sociales, el sentimiento de las responsabilidades individuales y colectivas y, en especial, el conocimiento del verdadero objetivo de la vida, que es el progreso, la depuración del alma, el aumento de sus riquezas íntimas y ocultas.

Es necesario, por último, que una solidaridad estrecha una a los vivientes con los difuntos, y que las dos humanidades, la de la Tierra y la del Espacio, colaboren en la obra común de renovación y de progreso. Hemos demostrado en otra parte¹ la acción de los poderes invisibles en la historia, pero nunca quizás esa acción se ha puesto de relieve con más

¹ Ver nuestra obra *El Problema del Ser y del Destino*. [N. de L. Denis.]

evidencia que en los acontecimientos actuales, obrando en favor del derecho y la justicia. Sería realmente lamentable que tan seria y solemne lección se perdiera y que el hombre permaneciese indiferente a los llamados y ayudas de lo Alto. Por el contrario, ellos tienen que suscitar en todos el estudio de ese Mundo Invisible al que tarde o temprano perteneceremos, puesto que la muerte es sólo un tránsito y nuestros destinos son infinitos.

El pasado de Francia es rico en períodos brillantes, en páginas gloriosas. Pero su porvenir se anuncia más espléndido aún, si el hálito del Espíritu que anima a los mundos pasa por su alma. Si él regula y dirige las fuerzas vivas, las fuerzas ascendentes suscitadas por la guerra y que vibran en la nación francesa, podrá ésta realizar obras que superarán en poder y brillo cuanto su genio ha producido hasta aquí.

Marzo, 1919.

1. EL ESPIRITISMO Y LA GUERRA

Octubre, 1914.

Desde hace algunos meses se vienen desarrollando acontecimientos espantosos. Un huracán de hierro y fuego se ha desencadenado sobre Europa y las bases de la civilización se han visto sacudidas. Ya no se trata de millares, sino de millones de hombres que chocan unos contra otros en tremenda colisión, en una lucha tal que el mundo no vio jamás otra semejante. Tan grande es el número de vidas humanas sacrificadas que la mente queda estupefacta al pensarlo. Está en juego la suerte misma de las naciones. En ciertas horas trágicas, Francia ha sentido pasar sobre ella un ventarrón de ruina y muerte. A no ser por los auxilios de lo Alto, de no mediar la legión de incontables Espíritus que han acudido desde todos los puntos del Espacio para sostener a los defensores de Francia, aumentar su energía, estimular su coraje e inflamar su ardor, tal vez la nación francesa hubiese sucumbido. Ahora bien, en presencia de tan terrible drama nos preguntamos -como en medio de una pesadilla- qué lección puede extraerse de esos dolorosos hechos.

En primer término, hagamos notar que tales acontecimientos habían sido anunciados de antemano. Surgidas de todas partes, abundaban las advertencias y predicciones al respecto. Nosotros mismos sentíamos acercarse la tempestad. Un malestar indefinible invadía nuestras almas. Según lo expresado por un pensador, los grandes acontecimientos que conmueven el mundo proyectan primero su propia sombra.

Sin embargo, los conglomerados humanos permanecían indiferentes. Hacía veinte años que Francia, sobre todo, se había amodorrado en un sueño de bienestar y sensualidad. Los más de sus hijos no tenían ya otro objetivo que el de hacer fortuna y disfrutar de los placeres que ella provee. La conciencia pública, el sentimiento del deber, la disciplina familiar y social, sin los cuales no hay pueblo que sea grande, se iban debilitando cada vez más. Escandalosos procesos revelaban un estado de profunda corrupción.

El alcoholismo y la prostitución, así como el nacimiento de seres enfermizos que de ellos resulta, parecían destinar a la nación a irremediable decadencia. Nuestros enemigos tenían a los franceses por un pueblo acabado, y se aprestaban a repartirse sus despojos. ¿Acaso no nos condenaban a la impotencia las estériles discusiones en que estábamos empeñados? Ahora bien, nuestras divisiones de ejército no eran más que vana apariencia. Pero ante el peligro que amenaza a la patria todos los corazones franceses saben unirse mediante un supremo esfuerzo.

Como en todas las horas solemnes de la historia, igual que en tiempos de Juana de Arco², el Mundo Invisible ha intervenido. Bajo el impulso de lo Alto, las fuerzas profundas de la raza, esas fuerzas que en cada uno de nosotros dormitan, han despertado, se pusieron en acción y, con renaciente ardor, han hecho reaparecer a plena luz las virtudes heroicas de los siglos pasados.

Por supuesto que el general Joffre³ es un meritorio estratega, pero sabemos de buena fuente que sus inspiraciones, sin él saberlo, provienen del Más Allá.

Nuestro país, al que consideraban en estado de descomposición y condenado a desaparecer, mostró al mundo asombrado que un poder incontrastable dormía en él. Bajo el rigor de la prueba y por voluntad superior Francia ha despertado.

Con un impulso soberbio, resuelta a todos los sacrificios, se ha erguido contra un invasor sin escrúpulos, ebrio de orgullo y ávido de establecer en el mundo su brutal y bárbaro dominio.

Piensen lo que quieran los alemanes, hay en el Universo una justicia. No basta tener a cada instante el nombre de Dios en los labios, sino sería mucho mejor guardar sus leyes inmutables en el corazón. No es el derecho una palabra vana y el poder material no significa todo en este mundo. Las mentiras y la perfidia, la violación de los tratados y el incendio de las ciudades, la masacre de los débiles y de los inocentes no pueden encontrar justificación ante la Divina Majestad.

Todo mal cometido se vuelve, con sus efectos, contra la causa que lo produjo. Así, la violación del derecho de los débiles se vuelve también contra los poderes que lo ultrajan. La invasión y devastación de Bélgica y del norte de Francia han hecho que todos nos indignemos y han traído una reacción formidable de las fuerzas invisibles. De las regiones arrasadas ha ascendido hacia el Cielo un grito de angustia, y el Cielo no hizo oídos sordos a esos llamados de la desesperación. Los poderes vindicativos del Más Allá han entrado en acción: ellos levantan a Francia por encima de sus propias fuerzas y empujan a sus hijos al combate. Detrás de los que perecen otros surgirán, hasta que el invasor sienta que su resolución flaquea y que el destino se ha puesto contra él.

Aquellos que han muerto regresan al Espacio con la aureola del deber cumplido: su ejemplo inspirará a las generaciones por venir.

² Puede consultarse, del mismo autor, la obra *Juana de Arco, Médiun*, segunda edición en castellano, Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1969. [N. del T.]

³ El mariscal francés JOSEPH-JACQUES-CÉSAIRE JOFFRE (1852-1931) fue general en jefe de los ejércitos franceses desde 1914 hasta 1916, y en septiembre de 1914, un mes antes de la fecha en que Denis escribió estas páginas, JOFFRE ganó la primera batalla del Marne, donde los alemanes sufrirían en julio de 1918 una segunda derrota, esta vez con los franceses al mando del general FOCH. [N. del T.]

La lección que se desprende de estos terribles sucesos consiste en que el hombre debe aprender a elevar sus pensamientos por sobre los tristes espectáculos de este mundo y dirigir sus miradas hacia ese Más Allá de donde le vendrán los socorros, las fuerzas necesarias para emprender una nueva etapa hacia el grandioso objetivo que se le ha asignado.

Nuestros contemporáneos habían depositado su mente y corazón en las cosas de la materia. Los hechos les han demostrado que en ella todo es inestable y precario. Las esperanzas y glorias que promete carecen de futuro. No hay fortuna ni poder terrenal alguno que esté a cubierto de las catástrofes que puedan sobrevenir. Ninguna riqueza o esplendor es realmente duradero, si no son los del Espíritu inmortal. Sólo él es capaz de transformar las obras de muerte en obras de vida. Pero, para comprender esta profunda ley es menester la escuela del sufrimiento. Así como el rayo de luz debe ser descompuesto por el prisma para producir los brillantes colores del arco iris, de igual manera el alma humana tiene que ser quebrada por las pruebas para que irradie todas las energías y todas las grandes cualidades que en ella dormitan.

En medio de la desgracia, sobre todo, es cuando el hombre piensa en Dios. Tan pronto como las ardientes pasiones suscitadas por el odio y la venganza se hayan apaciguado, y cuando la sociedad retome su normal ritmo de vida, comenzará la misión de los espiritistas. ¡Cuántos duelos habrá entonces que consolar, y qué de llagas morales por curar! ¡Cuántas almas laceradas que reconfortar! Bajo la lenta, profunda y eficaz acción del dolor, incontables seres se tornarán accesibles a las verdades cuyos depositarios responsables somos. Sepamos, pues, aprovechar las trágicas circunstancias que estamos atravesando, y la Providencia sabrá obtener que de ellas resulte un bien para la humanidad.

Todas las almas fuertes que en medio de la tormenta han mantenido su serenidad pedirán, junto con nosotros y con total confianza, que las pruebas sufridas por nuestra nación hagan vibrar en su alma los sentimientos de honor, unión y concordia que son medios poderosos de elevación. Por su intensidad, esos sentimientos podrían reaccionar contra las plagas de la sensualidad, el egoísmo y el personalismo excesivo que se habían erigido en años en nuestra Francia, sofocando los instintos generosos, siempre prontos a revivir en ella. Que los franceses, raza inteligente y caballeresca, con las manos tendidas y los corazones abiertos, vuelvan a ser un motivo de admiración y un ejemplo viviente que todos los países se complacerán en seguir...

2. ESCENAS DEL ESPACIO. VISIONES REALES DE GUERRA Y EPOPEYA

Enero, 1915

Allí están, cerniéndose sobre el inmenso frente de batalla que se extiende desde las orillas de la mar brumosa hasta las crestas de los Vosgos y las llanuras de Alsacia. Están allí los Espíritus de todos aquellos que, a lo largo de los siglos y en la totalidad de los dominios, pero principalmente en el arte militar, han contribuido a hacer ilustre a Francia, a edificar su gloria imperecedera. Prestan apoyo, empujan e inspiran a nuestros soldados y a sus jefes.

Desde hace cuatro meses los combatientes, casi enterrados, ocultos en los repliegues del suelo, en medio de sus alambradas, prosiguen una guerra de trincheras y de ardidés en la cual la paciencia se acaba y el coraje se va gastando poco a poco.

Antaño la guerra tenía su trágica belleza, su grandeza. Se luchaba a campo raso, alta la frente y con las banderas desplegadas. Ahora, en cambio, no hay más que trampas, emboscadas, asechanzas. En todo, así en los trabajos de la paz como en los de la guerra, los germanos han desnaturalizado, empequeñecido y rebajado cuanto fuese grande. Alevosía, perfidia y mentira, he ahí sus principios habituales.

Los genios maléficos, los negros Espíritus de crimen y rapiña, los *reîtres*⁴ y los lansquenetes⁴ de la Edad Media se encuentran entre ellos, ora reencarnados en sus filas, ora invisibles, participando en sus combates. Su triunfo equivaldría a la esclavitud de Europa, al aplastamiento de los débiles, a la expoliación de los vencidos. Sería un retorno de la humanidad a la barbarie.

Los Espíritus ilustres que velan en nuestras líneas han conocido luchas más nobles y generosas. Por eso, tales tácticas y procedimientos los asombran y entristecen. Y en ocasiones, al ver tantos esfuerzos poco menos que infructuosos, son invadidos por la vacilación y la inquietud y se preguntan con angustia cuál será la salida de esta terrible guerra.

¡Cuánta sangre y lágrimas, cuántos jóvenes héroes han caído! ¡Cuántos despojos humanos están yaciendo bajo tierra! Nuestra nación ¿verá aniquilada toda su fuerza, toda su vida?

⁴ *Reître* o *rêtre*, es palabra francesa derivada del alemán *reiter*, que significa "caballero". En el medioevo recibían este nombre los caballeros germanos de servicio en Francia. En cuanto a la voz lansquenete, proviene del alemán *land*, "país o tierra", y *knecht*, "servidor". En el siglo quince se llamaba así a los soldados germanos mercenarios que servían en otros países, como Francia y España, por ejemplo. [N. del T.]

Pero he aquí que, desde lo alto del espacio infinito, un nuevo Espíritu ha llegado. Al verle, todos se agitan y conmueven. Sin embargo, no es más que una mujer, pero su frente está ceñida por una aureola; el entusiasmo y la fe animan sus facciones. Desde que apareció, un estremecimiento pasa sobre esas legiones de Seres Invisibles, y un nombre va volando de boca en boca: ¡JUANA DE ARCO!

Es la hija de Dios, la Doncella de las batallas... Viene a despertar las energías entumecidas, el coraje debilitado. Desde el principio de la guerra se mantenía a distancia, entre sus hermanas celestiales, en medio de ese grupo de seres graciosos y encantadores, de seres angélicos cuyo mando Dios le había concedido después de su martirio en la Tierra. Su misión consiste en consolar los dolores humanos, en mitigar los padecimientos morales, en cernerse sobre las almas que soportan pruebas.

Pero ha sonado la hora. Ante el relato de los males que se vierten sobre la patria, sobre esta Francia tan querida, por la cual sacrificó su existencia, el corazón de la Virgen lorenesa se ha sentido turbado y un imperioso y ardiente deseo de socorrernos se apoderó de ella. Ha cedido a ese deseo. En el instante de partir, sus hermanas y compañeras del Espacio inclinándose ante aquella a quien veneran, le dicen:

-¡Oraremos por el triunfo de vuestras armas, hija amada de Dios!

Así pues, Juana acude, y en torno a ella se dan prisa los Espíritus heroicos, protectores de Francia, para saludarla y formarle cortejo. Ella, en su sencillez, les expresa:

-Como en pasados siglos, he sentido la necesidad irresistible de unirme a los que están luchando por la salvación de la patria. ¿Me aceptaréis en vuestras filas?

Y todos, en un impulso de entusiasmo, exclaman:

-¡Sed nuestro jefe y marcharemos bajo vuestras órdenes!

Asambleas sucesivas se reúnen por encima de nuestras líneas. Los que las integran llevan nombres prestigiosos, que reunidos sintetizan toda la gloria de los siglos, toda la gloria de Francia... Allí está Enrique IV junto a Napoleón; Vercingetórix se encuentra con los capitanes de Carlos VII, los generales de Luís XIV y los de la Revolución: todos los héroes de nuestras luchas de antaño y los libertadores de la patria. Vemos también ahí a muchos jefes ingleses, porque toda enemistad se ha extinguido y no hay en todos esos Espíritus sino un solo pensamiento y un mismo corazón.

Ni uno solo entre ellos deja de profesar a Juana la mayor deferencia. Ninguno se coloca ante ella. Discuten con gravedad los medios de ataque los procedimientos que requiere esta guerra de trincheras. La idea de Dios se cierne sobre esa asamblea, y cuando el Espíritu eminente que la preside

inicia la sesión, invocando su augusto nombre, todos se inclinan con respeto. Si en muchos ambientes Francia se ha vuelto escéptica, descreída, entregándose a todas las corrientes del materialismo y la sensualidad, al menos en el seno de ese consejo supremo, donde están reunidos sus guías invisibles, reina ardiente fe. Quizás por esto se atenúan, en cierta medida, las pruebas y las duras lecciones que la nación francesa ha merecido.

Las resoluciones que en esa asamblea se adopten serán comunicadas, por vía de la intuición y la inspiración, a los generales que tengan la misión de ejecutarlas. Con ese objeto, cada uno de los Espíritus que asistan a tales consejos escogerá entre nuestros jefes militares a aquellos cuya naturaleza psíquica armonice mejor con la suya propia, y por medio de una voluntad persistente los dirigirá en el sentido resuelto.

En cambio, la influencia de los Espíritus sobre las muchedumbres de soldados se ejercerá de otra manera. Aquéllos se esforzarán sobre todo por agregar, a la fogosidad y el ímpetu que son cualidades innatas de la casta, la perseverancia y la tenacidad en la lucha, tan necesarias a la hora actual y que nos han hecho falta a veces.

Porque -todo lo demuestra- las almas de los muertos no son, como creen algunos, entidades vagas e imprecisas. Cuando han alcanzado los grados superiores de la jerarquía espiritual se convierten en poderes irresistibles, en centros de actividad y de vida capaces de ejercer su acción sobre la humanidad terráquea. Por medio de la sugestión magnética pueden inspirar a aquellos a quienes han elegido, haciendo germinar en ellos la idea directriz e incitándolos al acto decisivo que coronará su obra. De esta manera los Invisibles se mezclan en las acciones de los vivientes para la realización del bien y el cumplimiento de la justicia eterna.

Pronto resonará, cual una marcha militar jubilosa, la hora de la victoria. Toda Francia está de pie: la del presente y la del pasado, la de los vivos y la de los muertos. Los poderes invisibles, las fuerzas divinas se hallan entregadas a la labor, por cuanto la lucha que prosigue es grande y sagrada. Es la lucha de la libertad, el derecho y la justicia, contra la brutalidad armada y el despotismo cínico y grosero. Por eso Francia no podría resultar vencida, pues la causa que está representando es la de la humanidad misma. El triunfo de Alemania sería el retroceso de la conciencia, la apoteosis de todos los crímenes. ¡Dios no lo permitirá!

Muchas veces, a lo largo de los siglos, Francia se convirtió en el paladín de las ideas generosas: dio su oro y prodigó su sangre por la defensa de los débiles y la liberación de los oprimidos. De ahí que sus derrotas más estrepitosas hayan sido seguidas siempre de un rápido restablecimiento. A despecho de sus errores y sus faltas, Francia es necesaria para el orden del

mundo. Más que cualquier otra nación, en todos los terrenos ha servido al ideal, llegando incluso al sacrificio. Su rol es de carácter estético. Gracias a la lucidez de su lengua y a la claridad de su genio los principios que defiende penetran más profundamente en las inteligencias y en los corazones, y todos los pueblos han acudido a beber en ella como de una fuente inextinguible. Mayor todavía será su prestigio en el porvenir: de su seno surgirán los misioneros cuyo pensamiento hará que el Espiritismo irradie sobre la Tierra entera. Se podría afirmar que Francia es mujer, puesto que sintetiza la verdad y la belleza. De ahí que por sobre sus genios protectores se cierna un alma femenina.

La intervención de Juana de Arco imprimirá a los acontecimientos un sentido preciso. Devolverá a Francia la conciencia del rol que debe desempeñar y la de su magnífico destino. Por eso, al presentarse la Doncella lorenesa, los Espíritus que están asistiéndonos han sentido crecer su confianza ante la certeza del triunfo. Ejércitos numerosos se preparan: un día Juana los encabezará y, aunque invisible, nuestros soldados experimentarán la sensación de su presencia, la cual les comunicará el ardor que la inflama. Con viril resolución, desafiando el fuego y la metralla, los soldados franceses marcharán con conocimiento de causa hacia el enemigo. Y el viento que sopla sobre las llanuras de Flandes, los bosques de Argona y las redondas cumbres de los Vosgos hará flamear de nuevo nuestras banderas victoriosas. Con su propia sangre escribirán los hijos de Francia las más gloriosas páginas de nuestra historia.

3. LAS LECCIONES DE LA GUERRA

Marzo, 1915.

La lucha formidable que se desarrolla entre las naciones y las razas, y las convulsiones que agitan el mundo plantean los más graves problemas. En presencia del gran drama que se representa, la mente humana, ansiosa, se formula mil preguntas. Y hay horas en que la duda, la inquietud y el pesimismo invaden los espíritus más firmes y resueltos.

El progreso ¿es tan sólo una quimera? ¿Será sumergida la civilización por la ola ascendente de, las pasiones brutales? Los esfuerzos de los siglos por realizar la justicia, la solidaridad y la paz dentro de la armonía social ¿resultarán vanos? Las concepciones del arte y el genio del hombre, los frutos del pesado e inmenso trabajo de millones de cerebros y de brazos ¿van a desaparecer arrasados por la tormenta?

El pensador espiritualista sondea ese abismo de males sin sentir vértigo. Del caos de los acontecimientos extrae la gran ley que todo lo rige. Antes que nada, recuerda que nuestro planeta es una morada muy inferior, un laboratorio donde son bosquejadas las almas todavía jóvenes, con sus confusas aspiraciones y sus pasiones desordenadas.

El profundo sentido de la vida aparece para el pensador espiritualista con las duras necesidades que son inherentes a ella: se trata de la puesta en acción de las cualidades y las fuerzas que en cada ser descansan. Para que las energías, que dormitan ignoradas y mudas en las tinieblas del alma, salgan a luz, son necesarios los desgarramientos, angustias y lágrimas. Ninguna grandeza puede haber sin el sufrimiento, ninguna elevación sin las pruebas.

Si el hombre terrestre estuviera exento de las vicisitudes de la suerte, privado de las rudas lecciones de la adversidad, ¿podría templar su carácter, desarrollar su experiencia, valorizar las ocultas riquezas de su alma?

Puesto que el mal constituye una fatalidad en nuestro mundo ¿no existe responsabilidad para los perversos? Creer que no la hay sería un error funesto: en su ignorancia y ceguera el hombre siembra el mal y las consecuencias de éste recaen pesadamente sobre él mismo, así como sobre todos aquellos que se asocian a sus acciones viles. Tal lo que está sucediendo en esta hora en que vivimos.

Dos poderosos monarcas, el uno protestante, católico el otro, han desencadenado la guerra con todos sus horrores: hacía medio siglo que venían preparándolo, calculándolo y combinándolo todo para obtener una victoria aplastante.

Pero las fuerzas divinas, los poderes espirituales, han intervenido en el conflicto, inspirando heroica resistencia a las naciones amenazadas y

haciendo surgir en ellas los tesoros de valor que anteriores existencias habían venido acumulando en el fondo de las almas célticas y latinas.

Ved cómo se ha invertido la situación después de seis meses de lucha. Al principio de la campaña los alemanes llevaban a cabo una guerra de conquista: hoy se hallan reducidos a combatir en defensa propia.

En las horas inciertas y angustiosas siempre aparece el hombre providencial. En este caso, y para Francia, ese hombre es el general Joffre. Posee él las cualidades que las graves circunstancias actuales exigen. Ha sabido detener en el Marne la enorme avalancha germánica, y ahora, como sabio y prudente jefe, evitando la efusión de sangre de sus soldados, prepara con paciencia los medios necesarios para rechazar al enemigo más allá de nuestras fronteras.

Por encima de la confusa refriega de las batallas, más allá de los fulgores siniestros de la matanza y el incendio, se vislumbra como una aurora, vemos diseñarse los contornos de un grandioso ideal, presentimos la obra de moralización que el dolor trae consigo.

Detrás de la humareda de las pasiones que sube desde la tierra, se siente la presencia de un tribunal invisible que aguarda el desenlace del conflicto, para reivindicar los derechos de la eterna justicia. De una manera vaga nuestros combatientes sienten esas cosas, tienen la intuición de que la causa que están defendiendo es augusta y sagrada, y tal impresión va cundiendo poco a poco por todos los rincones del país. De ahí que las ideas se hayan dignificado y los sentimientos se hayan tornado más graves y profundos. La tormenta ha barrido con las frivolidades y liviandades, con todo lo pueril y mundano de que nuestra generación gustaba ocuparse, para dejar en pie tan sólo aquello que hay en nosotros de más sólido y mejor.

Sin duda alguna, subsisten aún en el alma francesa muchos gérmenes de inmoralidad, corrupción y decadencia, hasta el punto de que a veces podríamos preguntarnos si esta lección tremenda bastará para curar nuestros vicios. En cambio de ello, ¡cuántas existencias ficticias, estériles o desordenadas se han hecho más sencillas y fecundas, o más puras!

En ciertos aspectos, la vida pública y la privada están experimentando una transformación radical. Esa depuración de los hábitos y del carácter trae consigo la de las letras francesas, la del periodismo: en suma, la depuración del pensamiento, sea cual fuere la forma en que éste se exprese. Parecería que nos hubiéramos desembarazado para mucho tiempo de esa psicología mórbida, de esa pornografía de baja ralea, venenos del alma que hacían que en el extranjero se nos considerase una nación en decadencia. ¿Quién, pues, entre los que tienen el honor de sostener una pluma, se atrevería a volver a incurrir en tales procedimientos? Los escritores y novelistas del futuro tendrán para sus obras temas graves y elevados y de muy otro carácter.

Claro está, no echamos al olvido el penoso cortejo de calamidades engendradas por la guerra: las hecatombes espantosas, las vidas desperdiciadas, las ciudades saqueadas o destruidas, violaciones e incendios, ancianos, mujeres y niños despojados, asesinados o mutilados, el éxodo de los rebaños humanos que huyen de sus casas devastadas: en una palabra, el espectáculo del dolor humano en lo que tiene de más intenso y pungente.

Pero (todo espiritista lo sabe) la muerte no es sino una apariencia: al desprenderse el alma de su envoltura material adquiere mayor fuerza, una más justa percepción de las cosas, y el Ser vuelve a encontrarse más vivo aún en el Más Allá.

El dolor depura el pensamiento, ninguna pena es perdida, ninguna prueba queda sin compensaciones. Los que han muerto por su país cosechan los frutos de su sacrificio, y los sufrimientos de los que sobrevivieron transmiten a su periespíritu andas de luz y gérmenes de felicidades venideras.

En cuanto a la cuestión del progreso, es fácil de resolver: sólo es real y duradero el progreso a condición de que se opere en forma simultánea en sus dos aspectos, el material y el moral.

Porque el progreso meramente material es, con demasiada frecuencia, un arma puesta al servicio de las bajas pasiones. La ciencia ha provisto a los bárbaros modernos de formidables medios destructivos: máquinas de todo tipo, explosivos poderosos, cápsulas incendiarias, dispositivos para arrojar combustibles encendidos, gases asfixiantes o corrosivos, etcétera. Aviones y submarinos, por su parte, amplían grandemente el campo de acción de las matanzas.

Todos los perfeccionamientos de la ciencia hacen desgraciado al hombre cuando éste sigue siendo malo. Y tal situación se prolongará por tanto tiempo cuanto la educación del pueblo continúe siendo falseada y dejen a éste seguir ignorando las verdaderas leyes del Ser y del destino, así como el principio de las responsabilidades, con sus repercusiones a lo largo de nuestras renacientes existencias. Desde este punto de vista, la quiebra de las religiones y de la ciencia es total: esta guerra constituye una demostración harto evidente de ella.

En lo que atañe al progreso moral, es lento y poco menos que imperceptible en la Tierra, por cuanto la población del globo va aumentando sin tregua con seres que provienen de mundos inferiores al nuestro. Y los Espíritus que llegan, entre nosotros, a cierto grado de adelanto, evolucionen con provecho hacia humanidades mejores. De ello resulta que el nivel general varía poco y las cualidades morales de los individuos siguen siendo raras y ocultas.

Durante mucho tiempo todavía, los golpes de la adversidad continuarán siendo uno de los medios más eficaces para arrancar al hombre del círculo

estrecho que lo circunda y obligarlo a levantar su pensamiento hacia más altas Cosas. Muchas veces deberá subir los duros peldaños del Calvario, a través de espinos y agudas piedras. Pero, desde la cumbre áspera divisará la irradiación del gran foco de sabiduría, verdad y amor que ilumina e impulsa al Universo, En el orden psíquico, todo se resume en dos palabras: *¡reparación, elevación!*

Las calamidades son el cortejo inevitable de las humanidades atrasadas, y la guerra es la peor de todas. A no ser por ellas, el hombre poco evolucionado se demoraría en las futilidades del camino o se aletargaría en la pereza y el bienestar. Le hace falta el látigo de la necesidad, la conciencia del peligro, para forzarlo a poner en acción las fuerzas que dormitan en él, para desarrollar su inteligencia y afinar su juicio. Todo cuanto está destinado a vivir y crecer se elabora en el dolor. Hay que sufrir para dar a luz: esa es la parte que toca a la mujer. Y hay que sufrir para crear: esa es la parte que toca al genio.

Las cualidades viriles de una casta se ponen de relieve con más brillo en las horas trágicas de su historia. A no dudarlo, si la guerra desapareciera, se extinguirían con ella muchos males, gran número de horrores, pero ¿no genera también el heroísmo, el autosacrificio, el desprecio por el dolor y la muerte? Y esas son las cosas que hacen la grandeza del ser humano, las que lo elevan por encima del irracional.

Espíritu imperecedero, el hombre constituye un centro de vida y acción que de todas las vicisitudes y pruebas -aún las más crueles- debe hacer otros tantos medios de evolución, otros tantos procedimientos para irradiar cada vez más las energías que duermen en los más recónditos hondones de sí mismo.

Las grandes emociones nos hacen olvidar las preocupaciones pueriles -a menudo frívolas- de la vida, abriendo en nosotros una salida hacia las influencias del Espacio. Bajo el impacto de los acontecimientos, la niebla formada por nuestros cuidados, ideas e inquietudes cotidianos se desgarran y la gran ley, el objetivo supremo de la existencia, se revela por un instante a nuestros ojos.

En los mundos más evolucionados, entre las humanidades superiores a la nuestra, las calamidades no tienen ya razón de ser. La guerra no existe allí, pues la sabiduría del Espíritu ha puesto fin a toda causa de conflicto. Los que moran en las esferas venturosas, iluminados por las verdades eternas y poseedores de los poderes de la inteligencia y el corazón, no necesitan ya de esos estimulantes terribles para despertar y cultivar los escondidos recursos del alma. En la grandiosa escala de la evolución las causas de dolor se van atenuando conforme se eleva el Espíritu, porque se tornan cada vez menos necesarias para una ascensión que se opera libremente, en medio de la paz y de la luz.

El sufrimiento es el gran educador, así de los individuos como de los pueblos. Cuando unos y otros se apartan del recto camino y resbalan hacia la sensualidad y la descomposición moral, el sufrimiento, con su aguijón, los hace volver a la senda del bien.

Tenemos que padecer para desarrollar en nosotros la sensibilidad y la vida. Es esta una ley seria y austera, fecunda en sus resultados. Hay que sufrir para sentir y amar, para crecer y elevarse. Sólo el dolor pone término a los furores de la pasión, despierta en nosotros las reflexiones profundas, revela a las almas lo que en el Universo hay de más grande, bello y noble: la piedad, la caridad y la bondad...

De su baño de sangre y lágrimas Francia saldrá rejuvenecida y hermoseada, irradiando eterna gloria, para proseguir la misión que su historia le impone.

4. EL MES DE JUANA DE ARCO

Mayo, 1915

Tras el prolongado sueño del invierno la tierra se ha revestido otra vez con sus galas. En la amplia plaza pública que se extiende bajo mis ventanas los macizos de brillantes flores alternan con las verdes frondosidades. Los cisnes se deslizan majestuosos por la tranquila sábana de las aguas y en las ramas altas los pájaros cantores, en una suerte de embriaguez se entregan a interminables conciertos. Una suave luz envuelve la totalidad de las cosas en tanto que allá lejos, en el frente de lucha, las humaredas de la batalla serpentean sobre la tierra y oscurecen el cielo.

Estamos en mayo, el mes de Juana de Arco, así llamado porque reúne las fechas de los más memorables acontecimientos de su vida: el 7 y 8, la liberación de Orleáns; el 24, su cautiverio en Compiègne, y el 30, su martirio en Ruán.

Siempre, en esta época del año, mi pensamiento emocionado va hacia la Doncella lorenesa como a un arquetipo de fuerza y belleza moral. Se unen en ella las cualidades en apariencia más opuestas: energía y ternura, firmeza y dulzura, idealismo y sentido práctico. Evoco su genio y medito sobre su sacrificio.

En las circunstancias dolorosas que está atravesando Francia, esta evocación toma un carácter general y grandioso: es el llamado supremo de una nación amenazada, pisoteada por feroz enemigo; es el grito de angustia de un pueblo que no quiere morir y que para vivir implora la ayuda de los poderes celestiales, de las fuerzas invisibles...

Antes de la guerra el culto de Juana era fervoroso, sin lugar a dudas; muchos eran sus fieles. Pero gran número de éstos consideraban los hechos de la vida de la Doncella como historias vagas y lejanas, casi legendarias o, por lo menos, esfumadas por el paso del tiempo. Las tentativas del clero católico, de monopolizar a la Heroína, habían rebelado contra ella a todo un partido político.

La propuesta de crear una fiesta nacional para honrar su memoria dormía desde hacía más de diez años entre los expedientes de la Cámara. Una nube de críticos minuciosos y malévolos se había abatido sobre los pormenores de su historia para discutirlos y denigrarlos o, aunque más no fuese, para disminuir su brillo. Un Anatole France la presentaba a nuestros coetáneos como una mística poco menos que idiota. Un Thalamas llegaba incluso a injuriarla. Hanotaux, en cambio, se refería a ella con más dignidad, pero quería convertirla en el instrumento de las órdenes religiosas mendicantes, lo cual es pura fantasía.

Así pues, del Mesías de nuestro país, admirado y glorificado en el mundo entero, los franceses habían llegado a hacer un tema de polémicas y discordias.

A la hora actual, la situación se ha invertido por completo. Bajo la tempestad de hierro y fuego que hace estragos en la nación, y en medio de la angustia que la oprime, toda Francia dirige sus pensamientos hacia Juana e invoca su socorro. Le piden que por segunda vez salve a la patria invadida.

Acudiendo a tales llamados, desde el seno del Espacio en que se hallaba, se cierne ella sobre nuestras miserias y dolores para mitigarlos y consolarlos. Pero hace más todavía: a la cabeza de invisible ejército, actúa en el frente de batalla, transmitiendo a nuestros soldados la sagrada llama que la abrasa y empujándolos al combate, a la victoria.

Entre los Espíritus que la rodean los hay poderosos y gloriosos, pero con su sublime energía ella domina a todos. La hija de Dios ha tomado en sus manos nuestra causa. ¡Afianzada por esa ayuda en la terrible lucha que sostiene, Francia no sucumbirá!

¿Se sabe todo lo que esos nobles Espíritus han de sufrir, en contacto con la Tierra? Su naturaleza sutil y depurada hace que les resulte penosa su permanencia en nuestro mundo inferior. Necesitan un constante esfuerzo de su voluntad para mantenerse en esta atmósfera saturada de viles pensamientos y fluidos groseros, agravados aún por las vibraciones de las pasiones furiosas que la actual guerra desencadena.

Añadid a ello el horrible espectáculo de las carnicerías, los montones de cadáveres, los estertores de los agonizantes, los desgarradores gritos de los heridos, la vista de las llagas espantosas causadas por las explosiones, así como por todas las máquinas productoras de muerte que los modernos ejércitos utilizan. ¡Qué de punzantes emociones por contener y dominar! No cabe duda de que Juana conoció en la Edad Media escenas de este género, pero ¡cuán pequeñas en comparación con las de ahora! No obstante, reaccionará con energía contra cualquier debilidad porque -ella misma lo expresa- todo se torna secundario, todo se borra ante el objetivo esencial que es menester alcanzar: ¡la liberación de la patria!

La irradiación de la fuerza fluídica de Juana se extiende sobre todos, aun sobre los ingleses, convertidos hoy en nuestros hermanos de armas. Algunos de nuestros soldados, que están dotados de facultades psíquicas, la ven pasar en medio del humo de los combates. Pero todos, intuitivamente, sienten su presencia y depositan en ella su suprema esperanza. De ahí las cualidades heroicas de que se hace gala, esas cualidades que provocan la decepción de los alemanes y el estupor de todos los que (no sin razón aparente) creían en la decadencia irremediable de nuestra casta.

De la manera misma que domina el siglo quince, la figura de Juana de Arco dominará también nuestra época. En ella y por ella se ha de consumir la unión de la patria. Ayer mismo, como en tiempos de Carlos VII, Francia se hallaba dividida, desgarrada por facciones políticas nacidas de avideces y apetitos inconfesables. En la hora del peligro, todo eso ha quedado en la sombra y ha callado para permitir que el país haga escuchar su voz y apele a los poderes de lo Alto.

Los partidarios mismos del radicalismo y el socialismo, que hasta hace poco venían atacando a Juana de Arco en el Palais -Bourbon⁵, se vuelven hacia ella para honrarla. El 26 de abril el senador Fabre escribía a Maurice Barrés:

"Recibo en estos momentos una carta del señor León Bourgeois donde me dice: «Podéis consignar mi cordial adhesión a la fiesta nacional de Juana de Arco». Y el senador Fabre añadía: "He aquí, pues, que hemos conquistado a Hervé, Clemenceau y Bourgeois. Juana de Arco nos protege. Todos la tendremos".

Algunos políticos consideran ya cercana la hora en que el gobierno, apoyándose en todos los partidos, glorificará en Juana esa unión sagrada que ha hecho posible la obra de la liberación.

En cambio, otros objetan que no se podrá decir ni hacer cosa alguna en honor de la Doncella, en tanto los ingleses permanezcan en territorio de Francia. Ahora bien, para hablar de este modo hay que conocer muy poco el sentimiento que nuestros actuales aliados profesan a la Heroína. Desde Shakespeare le vienen consagrando una admiración que va en constante aumento.⁶ Todos los años, en las fiestas de Ruán, figura una delegación inglesa, y ahora que han establecido una de sus bases de operaciones en esa ciudad, no dejan de mantener en la plaza del *Vieux-Marché*, en el lugar mismo del suplicio de la Virgen lorenesa, ramos de flores enlazados con una banda de tela que ostenta los colores británicos.

El pasado 16 de mayo el reverendo A. Blunt, capellán de la embajada inglesa, al depositar una corona de flores al pie de la estatua ecuestre de la Plaza de las Pirámides, decía:

"Venimos, en nuestro carácter de miembros de la colonia británica de París, a depositar algunas flores al pie de la estatua de Juana de Arco, la

⁵ Este palacio, construido por el arquitecto italiano GIRALDINI, en 1722, por orden de la duquesa viuda de BOURBON, y ubicado frente a la Plaza de la Concordia, de París, en la orilla izquierda del Sena, es la sede de la Asamblea Nacional de Francia. [N. del T.]

⁶ Ver el último capítulo de nuestro libro *Juana de Arco, Médium*. [N. de L. Denis.]

Obra publicada, en segunda edición española, por la Editora Argentina "18 de Abril", de Buenos Aires, año 1969. [N. del T.]

valerosa guerrera de Francia. Reconocemos que su espíritu de patriotismo, de bravura y de sublime sacrificio anima al ejército francés de hoy, y estamos persuadidos de que ese espíritu la conducirá a la victoria".⁷

Hace algunos días, el gran periódico londinense *The Times* consagraba a la memoria de la Doncella de Orleáns un notable artículo, que resume todo el pensamiento inglés acerca de este noble tema. Decía así:

"En toda la Edad Media no hay historia más sencilla y espléndida, ni tragedia más dolorosa que la de la pobre pastorcita que, con su fe apasionada, levantó a su patria de las profundidades de la humillación y la desesperanza, para sufrir después la más cruel e ignominiosa de las muertes, en manos de sus enemigos.

"La elevación y la belleza moral del carácter de Juana han conquistado los corazones de todos los hombres, y los ingleses recuerdan con vergüenza el crimen de que fue víctima.

"Pero el mundo entero no glorifica a Juana de Arco por el amor que profesó a su país, ni por su bravura en la acción armada, como tampoco por sus visiones místicas, sino debido a que, en una época sombría y cruel, probó ella con sus palabras y sus actos que el espíritu de la mujer cristiana seguía existiendo aún entre los más humildes y pisoteados, y ofrecía con profusión incomparables frutos. ¿Hubo jamás una naturaleza más recta, tierna, pura y hondamente piadosa que la de Juana de Arco?

"Incluso antes que obtuviera acceso a la corte del rey y enarbolase su estandarte, en todos lados creía el pueblo en ella. La fuerza de su voluntad, la elevación de sus ideas y la intensidad de su entusiasmo desarmaron toda oposición.

"En cuanto a los prisioneros, es dulce y compasiva con ellos. Aun para los ingleses su alma está colmada de piedad. Los invita a unirse a ella para realizar una gran cruzada contra el enemigo de la cristiandad.

"Y cuando, merced al concurso de algunos traidores hallados entre sus compatriotas, la hacen caer en la trampa y la condenan a una muerte horrible, sus postreras palabras son de perdón para sus propios verdugos".

Un patriota francés no se expresaría mejor. Por supuesto que Juana no odiaba a los ingleses. Quería simplemente "empujarlos"⁸ fuera del

⁷ Véase *Le Journal*, del 17 de mayo de 1915. [N. de L. Denis.]

⁸ DENIS utiliza aquí -poniéndolo entre comillas- el mismo verbo obsoleto que empleaba JUANA DE ARCO: "*bouter*", y sobre el cual leeMos, en el *Dictionnaire des Synonymes de la Langue Française*, de RENÉ BAILLY (Edición de la Librairie Larousse, París, 1947), la siguiente acotación: "*Bouter*, palabra antigua que significa empujar, que encontramos en *Molière* y que sobrevive aún en algunas regiones [de Francia], ha adquirido un retoño de vida en las frases copiadas de la expresión de JUANA DE ARCO, que quería *bouter* a los ingleses fuera de Francia". Pero hay algo más, y es la altura de miras y la grandeza de alma que caracterizaban a la Doncella de Orleáns y que se traducen en el lenguaje que usaba. Hoy en día, en todos los conflictos armados se declara públicamente y sin ambages el propósito de destruir al enemigo,

territorio. Como dice *The Times*, soñaba inclusive con asociarlos a los franceses en una empresa grandiosa cuya dirección hubiera ella tomado. Les escribía:

"Si dais satisfacción al rey de Francia podréis aún ir en su compañía adonde los franceses realizarán el más bello hecho que jamás se hizo en pro de la cristiandad".

Cabe preguntarse si su clara visión, atravesando los siglos por venir, no se proyectaba ya entonces hasta los acontecimientos del presente, hasta esta lucha ciclópea de la civilización contra la barbarie, de la cual se reservaba tomar parte.

Por medio de la violencia y el terror Alemania ha querido imponer al mundo su horrorosa *cultura*, esas implacables teorías del *superhombre*, de las cuales Nietzsche se erigió en profeta y que suprimen lo que en el alma humana hay de más noble, poético y bello, esto es, las cualidades caballerescas, y junto con ellas, la compasión, la piedad y la bondad. El Dios del Evangelio, que Jesús nos había enseñado a amar, los alemanes han querido reemplazarlo con no se sabe qué divinidad sombría y feroz, que recuerda mucho menos al Dios de los cristianos que al Odín escandinavo en su *Walhalla* manchado de sangre.⁹

"aniquilándolo". JUANA DE ARCO, en cambio, sólo aspiraba a "empujar" a los ingleses, obligándolos a dejar el territorio de Francia. Véase la diferencia. [N. del T.]

⁹ Creemos que no está de más recordar -siquiera sea sumariamente- que la fracasada empresa de conquista llevada a cabo por Alemania en la primera gran guerra no concluyó definitivamente con la firma del tratado de Versailles, el 28 de junio de 1919, sino fue tan sólo el primer acto del drama, ya que la filosofía de la "fuerza vital" y la "voluntad de poder" que hace del hombre un "superhombre", debida al filósofo alemán FEDERICO NIETZSCHE (1844-1900), sería luego retomada por ADOLFO HITLER (1889-1945?), autor de *Mein Kampf* ("Mi Lucha"), libro escrito en 1924-25 y que se convirtió en la "biblia" del nacional socialismo, doctrina esta que aspiraba a implantar en el mundo un "nuevo orden" basado en la presunta superioridad de la raza aria. Cuando HITLER llegó al poder, el 30 de enero de 1933, dijo al pueblo alemán: "Dadme cuatro años". Y, en efecto, en 1938 anulaba el tratado de Versailles, conceptuándolo humillante para su país, reocupaba la Renania y se anexaba Austria. Su agresiva política precipitó el tan discutido como célebre pacto de Munich (30 de septiembre de 1938), con la frustrada intención de "apaciguamiento" que movía a las democracias y con el sacrificio de Checoslovaquia. Ahora bien, este "pedazo de papel" nada efectivo logró, por cuanto el Tercer Reich prosiguió su campaña de anexiones forzosas, hasta desembocar en el estallido de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939. Los hechos siguientes serían largos de historiar. Lo que se pensaba iba a ser una "guerra relámpago" (*blitzkrieg*) se prolongó por seis interminables años y fue, en sus resultados, mucho más dramática y catastrófica que la primera gran guerra que da motivo a este libro de LEÓN DENIS, pues abarcando el mundo entero la superó en horrores y concluyó, para Alemania, en un colapso total, en 1945. [N. del T.]

A tales concepciones pertenecientes a otra época, en las cuales un misticismo bárbaro se alía al más grosero de los materialismos, debemos oponer, bajo la égida de la Doncella lorenese, un espiritualismo claro y elevado, hecho de luz, justicia y amor. Ese espiritualismo revelará al mundo la eterna ley que establece la libertad y responsabilidad de todos los Seres y les impone la necesidad de reparar, a través de sucesivas y dolorosas existencias, cuanto mal hayan cometido. Y tras la reparación, dicha ley asegura la elevación y el reparto, para todos, de las alegrías y bienes celestiales, en la justa medida de los méritos adquiridos y los progresos realizados por cada cual.

Tal la doctrina que Juana preconiza, porque no sólo participa ella en la liberación de la patria, sino que desde hace muchos años viene también cooperando a su renovación moral. Todos los que frecuentan los grupos de estudio donde la Doncella se manifiesta conocen con cuánta solicitud vela por esta creencia, sosteniendo a sus defensores y trabajando porque se difunda en el mundo.

Esta virgen inspirada por lo Alto ha cumplido antaño una misión que, andando los siglos, debía servir de ejemplo a todos. Hoy se comprende que el rol de la mujer podría consistir en fortalecer el valor del hombre y suscitar su consagración al país. Claro está que en el seno de la familia la tarea de la mujer es más modesta, pero la educación que imparte al niño debe tender a despertar en él la fuerza y valentía, así como aumentar su amor por la patria y todas las virtudes que de él dimanen. De esta manera veremos desarrollarse las fuerzas de la nación, la fusión de los partidos se tornará más fácil y se posibilitará también la unión de todos en un noble ideal común.

Divididos en la paz, los franceses se han reconciliado ante el peligro. Ayer escépticos, apelan hoy a las fuerzas divinas y humanas capaces de regenerar la estirpe, a las inspiraciones de lo Alto que vivifican las almas y despiertan las cualidades viriles aletargadas.

Creemos que tal estado de ánimo ha de persistir. En estos momentos hay en nuestro frente de batalla cerca de tres millones de hombres que soportan las mismas fatigas y afrontan idénticos peligros. Es imposible que las pruebas sufridas por ellos no constituyan un lazo poderoso y que, unidos en un mismo pensamiento y por un sentimiento igual, no trabajen en común para poner otra vez de pie a la patria.

En esto los ayudará Juana. Afirmamos que por la Doncella se operará la unión de todos los partidos, porque la Virgen lorenese no es propiedad de ninguno de ellos en particular. Pertenece a todos, pues cada cual encontrará en su vida una razón para venerarla. Los monárquicos glorificarán en ella a

la heroína fiel que se sacrifica por su rey. Los creyentes, a la enviada providencial que surge en la hora de los desastres. Los hijos del pueblo amarán a Juana como a la hija de los campos que empuña las armas para salvar a la patria. Los soldados recordarán que sufrió igual que ellos y que fue herida dos veces. Los desdichados, que padeció todas las amargas y pruebas y que bebió hasta las heces del cáliz de los dolores. Todos verán en la Doncella de Orleans a una manifestación de la fuerza superior, de la fuerza eterna encarnada en un ser humano para llevar a efecto obras capaces de elevar las inteligencias y reconciliar todos los corazones.

5. LA JUSTICIA DIVINA Y LA GUERRA ACTUAL

14 de julio, 1915

Hace ya un año entero que las pruebas de una guerra sin precedentes se abaten sobre Francia. Un velo de tristeza y de duelo se extiende sobre nuestro país y muchos de nuestros hermanos lloran por sus seres amados que han perecido.

En presencia de tal cúmulo de males es menester proyectemos nuestros pensamientos hacia los principios eternos que rigen a las almas y las cosas. Sólo en el Espiritismo hallaremos la solución de los múltiples problemas que el drama actual plantea. En él beberemos los consuelos capaces de mitigar nuestro dolor.

Perturbados por los acontecimientos que vienen sucediéndose, muchos amigos me preguntan:

-¿Por qué permite Dios tantos crímenes y calamidades?

Ante todo, digamos que Dios respeta la libertad humana, por cuanto ésta es el instrumento de todo progreso y la condición esencial de nuestra responsabilidad moral. Sin libertad -vale decir, sin libre arbitrio- no habría bien ni mal y, por tanto, no existiría posibilidad de progreso. Es ese el principio de la libertad, que constituye a la par la prueba y la grandeza del hombre, puesto que le confiere el poder de escoger y de obrar; es el origen de los esplendores morales para aquel que esté resuelto a elevarse. ¿Acaso no estamos viendo, en esta guerra, a unos que se rebajan por debajo del nivel de la animalidad y a otros que, con su consagración y autosacrificio, alcanzan las alturas de lo sublime?

Reconocemos que para Espíritus inferiores, como lo son la mayoría de los que pueblan la Tierra, el mal es resultado inevitable de la libertad. Pero Dios, en su honda sabiduría y su ciencia infinita, del mal cometido sabe extraer un bien para la humanidad. Colocado por encima del tiempo, domina Él la serie de los siglos, en tanto a nosotros, en nuestra efímera existencia, nos cuesta trabajo aprehender el eslabonamiento de las causas y sus efectos. De todos modos, tarde o temprano y sin lugar a dudas suena la hora de la justicia eterna.

Sucede a veces que los hombres, olvidando las leyes divinas y la finalidad de la vida, resbalan por la pendiente del sensualismo y se hunden en la materia. Entonces, todo lo que constituía la belleza de su alma queda velado y desaparece, dando lugar al egoísmo, la corrupción y el desarreglo en todas sus formas. Tal venía ocurriendo desde mucho tiempo atrás en torno de nosotros. La mayor parte de nuestros contemporáneos no tenían ya otro ideal que la fortuna y el placer. El alcoholismo y la disipación habían cegado las fuentes de la vida. Y para tantos excesos sólo quedaba un remedio: ¡el sufrimiento! Sabido es que las bajas pasiones emanan fluidos

que poco a poco van acumulándose y terminan por resolverse en catástrofes y calamidades: de ahí la guerra actual.

Sin embargo, no faltaron advertencias al respecto. Pero los seres humanos hacían oídos sordos a las voces del Cielo. Dios ha dejado hacer, pues sabe que el dolor es el único medio eficaz para reconducir a los hombres a miras más sanas y sentimientos más generosos. Con todo, ha puesto un freno a la furia del enemigo. Pese a su talento organizador y a su preparación minuciosa, Alemania ha sido detenida en la ejecución de sus planes. Su feroz crueldad y su ambición desmedida han levantado contra ella a los poderes celestiales. Tras el lento trabajo de disgregación del antimilitarismo, la victoria del Marne y el entusiasmo de nuestras tropas sólo pueden explicarse por la intervención de las fuerzas invisibles. Ahora bien, esas fuerzas siguen actuando, de ahí que, a despecho de los sombríos pronósticos de la hora presente, conservemos intacta nuestra confianza en el porvenir.

Desde el punto de vista material, Dios hubiera podido impedir que se desencadenara la guerra. Pero, desde el punto de vista moral, no podía hacerlo, puesto que una de sus leyes supremas exige que todos -tanto los individuos como las colectividades- suframos las consecuencias de nuestros actos.

Las naciones comprometidas en la lucha actual son culpables en grados diversos. Alemania, por su orgullo insensato, su culto de la fuerza bruta, su desprecio por el derecho y sus mentiras y crímenes, ha suscitado contra ella a las fuerzas vindicativas. Un orgullo excesivo acarrea siempre la caída y la ruina. Fue el destino de Napoleón y será el de Guillermo II¹⁰. Las responsabilidades de este último son terribles, porque su conducta no sólo ha provocado hecatombes sin precedentes en la historia, sino que pudiera además hacer que Europa pierda el cetro de la civilización. Durante mucho tiempo pudo engañar a la opinión pública, pero no engañará a la justicia eterna.

En cuanto a Francia -lo hemos dicho antes-, su liviandad e imprevisión, su desenfrenado amor por los placeres debían atraerle fatalmente duras pruebas. Subrayémoslo: hubo de ser al día siguiente de un proceso en que

¹⁰ GUILLERMO II, Rey de Prusia y Emperador (*Kaiser*) de Alemania, había nacido en Berlín en 1859 y fue proclamado en 1888. Ambicionaba convertir a Alemania en una gran potencia imperialista. En 1918, tras la derrota, desmoronados definitivamente sus sueños de grandeza, se exilió en los Países Bajos y abdicó la corona, pasando allí el resto de sus días. Al fallecer, en 1941, otra vez estaba Alemania comprometida en una aventura bélica destinada, como la anterior, al fracaso. Nótese que la profecía que hace LEÓN DENIS en estas páginas -escritas en 1915-, anticipando la caída del *Kaiser*, tuvo pleno cumplimiento tres años después. [N. *del T.*]

la descomposición nacional se mostraba a plena luz cuando la guerra estalló. Lo que había de peor en nosotros no eran nuestros defectos, sino más bien ese estado de conciencia que no distingue ya el bien del mal: es esa la peor de las condiciones morales. Los lazos de familia se habían relajado hasta tal punto que se consideraba a los hijos como una carga. Por eso la despoblación, resultante de nuestros vicios, nos encontró debilitados y disminuidos frente a un adversario temible. Pero el alma francesa conserva recursos inmensos. De este baño de sangre y lágrimas puede salir revigorizada y regenerada.

Ante la justicia divina no son tan sólo Alemania y Francia las naciones que tengan pendientes grandes deudas. Entre los males que señalábamos los hay que se extienden a Europa entera. En casi todas partes encontramos hombres semejantes a los que existen en torno de nosotros, con la conciencia muerta y que han hecho del bienestar la finalidad exclusiva de su existencia, como ciertos políticos y estadistas que abrigaban la pretensión de presidir los destinos de nuestro país.

A fin de reaccionar contra esas enfermedades de la conciencia y ese bajo materialismo, ha permitido Dios que las calamidades adoptasen un carácter generalizado. Si sólo hubieran sido parciales, unos habrían asistido con indiferencia a los padecimientos de los otros. Para arrancar a las almas de su letargo moral, de su profunda sumersión en la materia, era necesario este suceso desastroso que sacude a la sociedad hasta en sus cimientos mismos. Pero ¿será suficiente la terrible lección que estamos recibiendo? Si resultara inútil, si las causas morales de decadencia y ruina siguieran persistiendo en nosotros, entonces sus efectos continuarían desarrollándose y la guerra volvería a aparecer con su secuela de males. Precisa, pues, que una vez pasada la tormenta, la vida nacional se reanude sobre nuevas bases morales y el alma humana aprenda a desprenderse de los bienes de la materia, a comprender lo nada que ellos significan. De no ocurrir así, todos los sufrimientos experimentados habrán sido estériles y nuestra bella juventud habrá sido segada sin beneficio alguno para Francia.

¿Alguna vez se podrán abolir, extinguir los odios que separan a los pueblos? Los socialistas lo han intentado, pero su propaganda internacionalista sólo tuvo por resultado un resonante fracaso. Las nobles e inútiles protestas de los pacifistas y sus llamados al arbitraje no nos parecen ya, en el actual conflicto, sino ilusiones infantiles. Bajo el soplo de un viento huracanado las naciones se están lanzando unas contra otras sin pensar en recurrir al tribunal de La Haya.

No menos impotentes se han mostrado las religiones. Dos monarcas cristianos -o presuntamente tales-, o al menos místicos y devotos, han

desencadenado todas las calamidades de esta hora. El Papa mismo no ha sabido encontrar la expresión fuerte que correspondía para marcar a fuego las atrocidades de los germanos.

Con miras a remediar nuestros males haría falta que la educación se renovase por completo, que la conciencia profunda despertara; sería preciso enseñar a todos, desde su niñez, las grandes leyes del destino, con los deberes y responsabilidades a ellas inherentes; se necesitaría que cada cual, desde su tierna edad, fuese penetrado del hecho de que todos nuestros actos recaen fatalmente sobre nosotros mismos, con sus consecuencias buenas o malas, felices o penosas, así como la piedra que se arroja al aire vuelve a caer al suelo. En síntesis, es menester que demos a las almas un alimento más sustancioso y más vivificante que aquel con el cual vienen siendo nutridas desde hace siglos y que ha tenido por resultado la quiebra intelectual y moral de que somos los entristecidos testigos. En tanto las enseñanzas escolares y religiosas dejen al hombre en la ignorancia del verdadero objetivo de la vida y de la gran ley de evolución que la rige por medio de sus existencias sucesivas y renacientes, la sociedad seguirá entregada a las pasiones indignas y al desorden, y la humanidad continuará siendo desgarrada por violentas convulsiones.

Sería tiempo ya de enseñar al hombre a conocerse a sí mismo y gobernar las fuerzas que en él residen. Si supiera que todos sus pensamientos y todos sus actos hostiles, egoístas o envidiosos, contribuyen a acrecentar los poderes maléficos que sobre nosotros se ciernen, alimentando las guerras y precipitando las catástrofes, cuidaría más su conducta y con ello muchos males serían atenuados.

Sólo el Espiritismo podría ofrecer esta enseñanza. Por desgracia, su falta de organización le quita la mayor parte de sus recursos. Queda, no obstante, la iniciativa individual. Dentro de su restringido campo de acción, ésta puede mucho. Todos los espíritas tienen el deber de difundir en su entorno la luz de las eternas verdades y el bálsamo de las consolaciones celestiales, tan necesarios en las horas de pruebas por que atravesamos.

En medio de la tormenta, la voz de los poderes invisibles se eleva para dirigir un llamamiento supremo a Francia y a la humanidad. Si no es escuchado, si no suscita el despertar de las conciencias, si nuestra sociedad se empecina en sus vicios, su escepticismo y corrupción, entonces la era dolorosa se prolongará o se renovará.¹¹

¹¹ No se prolongó, pero sí se renovó. La precaria paz de Versailles sobrevivió tan sólo veinte años. Pese a los ingentes esfuerzos realizados en el objeto de evitarla, la segunda guerra mundial estalló, para durar más tiempo que la primera y multiplicar su virulencia y salvajismo, gracias al desarrollo de la ciencia y la tecnología, puestas mercenariamente al servicio de la destrucción. [N. del T.]

Pero el espectáculo de las virtudes heroicas surgidas de la guerra nos reconforta, nos llena de esperanzas y de confianza en el futuro de nuestro país. Queremos ver en ello el punto de partida de un renacimiento intelectual y moral, el origen de una corriente de ideas lo bastante poderosa para barrer los miasmas políticos e instituir el régimen que las circunstancias exigen. Entonces, de entre el caos de los acontecimientos saldrá una Francia nueva, más digna y capaz de llevar a cabo grandes cosas.

¡Oh, viviente alma de Francia, despójate de las pesadas influencias materiales que detienen tu impulso y sofocan las aspiraciones de tu genio! ¡En este 14 de julio escucha la sinfonía que de todos los rincones del territorio nacional se eleva, las voces de las campanas que en sonoras ondas escapan de todos los campanarios, las voces de las antiguas ciudades y de los burgos apacibles, las voces de la tierra y del espacio que te llaman y te invitan a reanudar tu marcha, tu ascensión hacia la luz!

Soldados que en el frente de lucha oponéis al enemigo la muralla de vuestros pechos y de vuestros valerosos corazones, sois la carne de nuestra carne, la sangre de nuestra sangre, la fuerza y esperanza de nuestra estirpe. Las radiaciones de nuestros pensamientos y voluntades van hacia vosotros, para sosteneros en la batalla ardiente que libráis.

¡Escuchad, vosotros también, la armonía que en esta fecha sube de las llanuras, de los valles y los bosques, de las ciudades populosas y de las campiñas recoletas, unida a los sonoros toques del clarín y a los acentos vibrantes de la Marsellesa! Es la voz de la patria, que os dice:

"Vigilad y luchad. Estáis combatiendo por lo que más sagrado hay en el mundo, por el principio de libertad que Dios ha puesto en el hombre y que Él mismo respeta: libertad de pensar y de obrar, sin tener que rendir cuentas al extranjero.

"Lucháis para conservar el patrimonio que nos han legado los siglos, por la casa en que nacisteis, por el cementerio donde duermen vuestros antepasados, por los campos que os han dado alimento, por todos los tesoros de arte y de belleza que el lento trabajo de las generaciones ha venido acumulando en nuestras bibliotecas, museos y catedrales. Combatís para conservar nuestra lengua, ese idioma tan dulce que el mundo entero considera la expresión más nítida y más clara del pensamiento humano. Defendéis el hogar doméstico, donde os complacéis en reposar vuestra mente y vuestro corazón. ¡Defendéis las cunas de vuestros hijos y las tumbas de vuestros padres!

"Soldados, habéis crecido en cuanto a la tierra. Con vuestra firmeza en la prueba y heroísmo en los combates habéis restablecido a los ojos del mundo el prestigio de Francia, tornando más brillante la aureola de gloria que exorna su frente. ¡Ahora, en cambio, debéis crecer en cuanto al Cielo, elevando vuestros pensamientos hacia Dios, fuente de toda fuerza y de toda vida!"

Para vencer no bastan armas perfeccionadas y un poderoso dispositivo material. Son precisos también el ideal y la disciplina. Se necesita que las almas tengan confianza en un porvenir sin límites, y fe esclarecida, y la certidumbre de que una infalible justicia preside los destinos de cada cual.

Otros enemigos tenemos, tan temibles y pérfidos como los alemanes: las funestas teorías que se infiltran en las mentes y los corazones para sembrar en ellos el desaliento y la desesperanza.

Guardaos de los apagadores de estrellas, de los que os dicen que la muerte es el final de todo, que el Ser perece en su totalidad, que los esfuerzos, luchas y padecimientos del género humano no obtienen otra recompensa que la nada.

Aprended a orar antes de entrar en batalla, a apelar a los socorros de lo Alto. Al entregar a ellos vuestras almas los tornaréis más intensos y poderosos.

Desconfiad de los que os dicen: "Las fronteras no existen, la patria es sólo una palabra, todos los pueblos son hermanos". Reims, Soissons, Arras y tantas otras ciudades pueden responder con elocuencia a tales teorías.¹²

¿Nuestros antecesores no construyeron Francia con ellas, a lo largo de los siglos, haciéndola grande, fuerte y respetada?

Cada pueblo tiene su genio peculiar, y para manifestarlo necesita independencia. De la diversidad, de los contrastes mismos que hay entre ellos nace la emulación y resultan el progreso y la armonía.

Soldados, escuchad la sinfonía que asciende desde las planicies, valles y bosques, mezclada con los rumores de las ciudades, los cantos patrióticos y las marchas militares. ¡Desde las selvas de Argona hasta las gargantas de los Pirineos, desde las riberas florecidas de la Costa Azul hasta los vergeles de Turena y los acantilados de Normandía, desde los promontorios bretones batidos por las olas hasta los Alpes majestuosos, la gran voz de Francia entona su himno eterno!

Y más alto aún se eleva su plegaria, la de los vivientes y la de los difuntos, la oración de un pueblo que no está dispuesto a morir y que, en

¹² Reims fue devastada en esa guerra y su catedral parcialmente destruida por la artillería alemana. Soissons, ocupada dos veces por los germanos, se vio también arrasada por su artillería. En cuanto a Arras, si bien sufrió los efectos destructivos del cañoneo, no pudo ser tomada por el ejército alemán. [*N. del T.*]

medio de su angustia, se vuelve hacia Dios y pide socorro a fin de salvar su independencia y conservar intactas su gloria y su grandeza...

6. EL DESPERTAR DEL GENIO CÉLTICO¹³

Así como un lago que agita la tempestad ve remontar a su superficie las cosas sumergidas en las profundidades de sus aguas, así el drama inmenso que trastorna al mundo hace surgir, con las energías latentes, todas las pasiones violentas, las codicias y los furores que dormitaban en los hondones del alma humana. En esta hora sangrante es placentero reposar el pensamiento evocando las grandes figuras que han guiado, iluminado y consolado a la humanidad. Entre ellas se cuenta Allan Kardec.

Hace unos veinte años recorría yo las playas de Bretaña, esa tierra de granito sacudida por las tempestades y barrida por los ásperos vientos de alta mar. Allí se yerguen los colosos de piedra, los imponentes monumentos megalíticos erigidos por las manos de nuestros ancestros, los celtas, a orillas del océano.

Bien es verdad que Camille Jullian y otros sabios les atribuyen un origen todavía más remoto. Pero, sean cuales hayan sido sus autores, no por eso dejan de representar un gran pensamiento religioso, y los druidas supieron utilizarlos para las necesidades de su austero culto.

¿Hablaré aquí de los célebres alineamientos de Carnac, que en la Edad Media contaban todavía con doce mil piedras elevadas; hablaré del menhir de Locmariaker, hoy roto en tres pedazos, y que alcanzaba una altura de veinticinco metros? ¿Me referiré a los dólmenes y a las grutas funerarias que cubren toda la comarca? ¿Cuántos viajeros han pasado cerca de estos bloques misteriosos sin comprender su sentido! En lo que a mí concierne, siempre me he dedicado a escrutar esa gigantesca biblia de piedra y ella me reveló las creencias de nuestros mayores, tan mal conocidas y tan calumniadas por el catolicismo idólatra: Dios es demasiado grandioso - pensaban ellos- para que pueda ser representado por medio de imágenes. Sólo la Naturaleza, virginal y libre, es capaz de ofrecer una idea aproximada de su poder y grandeza. Toda piedra tallada es piedra mancillada. Únicamente bajo las bóvedas sombrías de las selvas seculares, o desde lo alto de los despeñaderos, de donde la mirada abarca los horizontes inmensos de la mar, puede vislumbrarse el Ser infinito y eterno.

Ya lo sabéis vosotros: los druidas creían también en la pluralidad de mundos habitados, en la ascensión de las almas por el sendero de las vidas sucesivas, y practicaban la augusta comunión de los vivos con los muertos.

En esas fuentes profundas había bebido su genio Allan Kardec, y en iguales ambientes vivió en la antigüedad. No en Bretaña, quizá, sino más bien en Escocia, a estar a las indicaciones provistas por sus Guías. Escocia se hallaba habitada por la misma raza. Son allí numerosos los monumentos

¹³ Leído en el cementerio del *Père-Lachaise*, el 31 de marzo de 1916, aniversario de la muerte de ALLAN KARDEC. [N. de L. Denis.]

megalíticos, y todavía hoy, entre las brumas melancólicas del Norte, la tradición céltica se cierne sobre sus lagos y montes.

Las facultades psíquicas -y en especial la videncia- son allí hereditarias en muchas familias. Allan Kardec enseñó en esa tierra la filosofía de los druidas. Ahí se preparaba, por el estudio y la meditación, para sus grandes tareas futuras.

Todo en él en su última existencia: su carácter grave, su ardiente amor por la Naturaleza, incluso el seudónimo de Allan Kardec, que él mismo escogió, y este dolmen erigido sobre su tumba en cumplimiento de su voluntad; todo en él -repito- recuerda al hombre del muérdago de la encina¹⁴, vuelto a esta Galia para despertar la fe extinguida y hacer que reviva en las almas el sentimiento de la inmortalidad, la creencia en las vidas renacientes y la estrecha solidaridad que liga a los mundos visible e invisible.

En este aspecto, demasiado poco conocido, me agrada evocarte, Allan Kardec, ¡oh, Maestro mío! Y en nombre de esos recuerdos comunes vengo a decirte: ¡Inspíranos en el cumplimiento de la obra iniciada, guíanos por el camino que tus primeros esfuerzos han abierto!

A la hora actual estamos asistiendo a uno de los mayores dramas de la historia, a una nueva invasión de los bárbaros, más de temer que la de los antiguos y que amenaza arruinar la obra de los siglos, hundiendo la civilización.

Pero las cualidades heroicas de nuestra estirpe han despertado: bravura, espíritu de autosacrificio, desprecio de la muerte. Frente al peligro, los hijos de la Galia y los de Gran Bretaña, los de Irlanda y Escocia, todos los celtas, en fin, se han encontrado reunidos para detener la embestida feroz de los teutones. Y junto a ellos está combatiendo también el invisible ejército de sus antepasados. Éste sostiene su coraje, insuflándole ardor y perseverancia en el esfuerzo. Esa ayuda de lo Alto garantiza una pronta victoria.

Una vez pasada la lucha, habrá que encontrar los medios para restablecer moralmente a la patria, apartándola del abismo de males al que ha estado a punto de precipitarse. Antes de la guerra, lo que constituía a los ojos del mundo nuestra debilidad y descrédito, es que nos tenían por un pueblo sin ideal y sin religión. Muy cierto es que la noble y pura doctrina de Cristo, alterada, desnaturalizada, mezclada -con el correr del tiempo- con elementos parásitos y extraños, no nos ofrecía ya una concepción de la

¹⁴ El muérdago, planta parásita que se mantiene siempre verde y que vive aferrada al tronco y ramas de algunos árboles, como el peral y la encina, era sagrada para los antiguos galos. De ahí la alusión del autor. [N. del T.]

vida y del destino que armonizase con los conocimientos adquiridos acerca del Universo y sus leyes. De una manera imperceptible, Francia resbalaba en la indiferencia, el escepticismo y la sensualidad. Pero he aquí que una tremenda sacudida nos detiene en medio de esa pendiente fatal. En esta hora de pruebas, todos comprendemos la necesidad de una fe sólida, basada en la experiencia, la razón y los hechos; de una fe que proporcione al alma la certidumbre de un porvenir sin término y el sentimiento de una justicia superior, con la noción precisa de sus deberes y responsabilidades.

Tal vez me pregunten de dónde habrá de venir esta nueva fe. Así como las cualidades viriles de nuestra casta preservarán a la patria de su ruina y destrucción, no de otro modo el retorno a las tradiciones étnicas le restituirá su fuerza moral, preparando su salvación y regeneración. Entonces la obra de Allan Kardec se manifestará en su rol providencial, en su incontestable oportunidad. Porque el Espiritismo no constituye otra cosa que el regreso a las creencias célticas, enriquecidas por la tarea de los siglos, los progresos científicos y las conquistas del espíritu humano.

No hay posibilidad de restablecimiento sin una educación nacional que enseñe a las generaciones el verdadero sentido de la vida, de su labor y objetivo; sin una enseñanza que esclarezca los intelectos, temple los caracteres y fortalezca las conciencias, impartiendo los principios esenciales, elementales, de la ciencia, filosofía y religión. Estos poderes, hasta ahora antagónicos, se fusionarán de esa manera, para mayor bien de la sociedad. El género humano aguarda todavía tal enseñanza, que proveerá al Ser de los medios para conocerse a sí mismo, medir sus fuerzas ocultas y estudiar el mundo incógnito que cada cual lleva en su interior.

Al tomar Francia esta iniciativa, que está de acuerdo con su rol y su genio, se convertirá realmente en la gran sembradora y dará la señal de la manumisión del pensamiento.

Así, la tumba de Allan Kardec será la cuna de la idea nueva, más radiante y más pura, capaz de guiar al hombre a través de las dificultades de su peregrinación terrena.

El mejor medio de honrar la memoria de nuestro ilustre Maestro consiste en impregnarnos de su obra, en comulgar con su pensamiento, a fin de estar más unidos y ser más firmes y resueltos en la voluntad de trabajar por el triunfo y difusión de esa obra en el mundo. Jamás podrá el Espiritismo encontrar momento más favorable que este para poner de manifiesto el poder de verdad, consolación y luz que en él radica. ¿Acaso no hay, en torno a nosotros, un sinnúmero de dolores? ¡Cuántos pobres humanos están llorando la pérdida de sus seres queridos! ¡Cuántos otros hay que han quedado heridos, mutilados o privados de la vista para el resto de sus días! Y ¡cuántas familias arruinadas, despojadas, expulsadas de sus viviendas por un enemigo cruel!

Todos ellos necesitan de nuestras creencias para poder aceptar sus pruebas. La certeza de que algún día habrán de reunirse con los seres amados que perecieron hará menos doloroso, para unos, el tiempo de su separación. El conocimiento de la ley del destino permitirá a otros comprender que sus sufrimientos son otros tantos medios de purificación, elevación y progreso. Nuestra doctrina devolverá a todos la esperanza, confianza y valor. Arrojemos, pues, a manos llenas la simiente fecunda, sin inquietarnos por las críticas y chanzas que se nos dirijan. El que ríe hoy de nuestros principios se alegrará mucho mañana de poder extraer de ellos la fuerza necesaria para sobrellevar sus males.

¡Oh, Allan Kardec, Espíritu del gran iniciador, en esta hora en que las pruebas se derraman sobre nuestra patria, en que la angustia oprime tantos corazones, sostenenos! ¡Sostén a tus discípulos, dales la fe ardorosa que permite superar todos los obstáculos, comunícales el poder de persuasión, la calidez del sentimiento que derrite el hielo del escepticismo y transmite a todos la confianza en el porvenir!

Gracias a ti, ¡oh, Kardec!, gracias a tu obra, después de veinte siglos de silencio y olvido la fe de las antiguas edades reaparece en la tierra de las Galias, y un rayo de luz viene a disipar las sombras del materialismo y la superstición. Kardec, druida reencarnado, tú nos revelaste ese grandioso pensamiento en una forma nueva, adecuada a las exigencias de nuestra época.

Nosotros, hijos de los celtas y herederos de las creencias de nuestros ancestros, te saludamos como a un representante del pasado glorioso de nuestra estirpe, que regresó a la Tierra para restablecer la verdad y guiar al hombre en sus etapas hacia la vida infinita.

En cuanto a vosotros, hermanos que antes que nosotros habéis dejado la Tierra, legión innumerable de los héroes muertos combatiendo por la patria, venid a cerniros sobre todos los que luchan, no sólo por la liberación del suelo nacional, sino además por el triunfo de la verdad; venid a estimular las energías y reavivar en todos el profundo sentimiento de la inmortalidad.

Más alto aún, nuestros pensamientos y voces se elevan hacia Ti, Padre de todos los seres, para decirte: ¡Oh, Dios, escucha el grito de llamada, el grito de aflicción y de angustia, escucha el llanto doloroso, el llanto desgarrador que sube de la tierra de Francia, de esta tierra regada con la sangre y las lágrimas! ¡Salva a nuestra patria de la ruina, la muerte y el aniquilamiento! ¡Infunde a nuestros soldados la energía de que han menester para rechazar a un enemigo cruel y pérfido! No puedes permitir el triunfo de un adversario despiadado que, bajo la égida de tu augusto y venerando nombre, se ha cubierto de crímenes, de embustes y de infamia... ¡No puedes dejar sin castigo el atentado de Reims! ¡No puedes tolerar que esos principios sagrados -puesto que emanan de Ti- que han sido en todo

tiempo el apoyo moral, el consuelo, la esperanza y el ideal supremo de la humanidad, vale decir, la justicia y la verdad, el derecho, la bondad y la fraternidad, sean impunemente violados, pisoteados y aniquilados! Por el amor de tus hijos, por el de nuestros héroes y mártires, ¡salva, Señor, a la Francia de Juana de Arco, de San Luís y de Carlomagno!

7. EL DIA DE LOS DIFUNTOS EN LA TRINCHERA

2 de noviembre, 1916.

El cielo está sombrío. Una tristeza inmensa envuelve la tierra. Las almas de los que han caído luchando por su patria se ciernen, en legiones incontables, en el Espacio.

En las viviendas solitarias, mujeres en duelo lloran a los desaparecidos. Los huérfanos de la guerra, cuyos padres reposan bajo tierra en las llanuras de Flandes o en las selvas de Lorena, marchan con lentitud hacia los cementerios para poner flores en las tumbas de sus madres muertas por la pena.

Allá, en la trinchera, un joven soldado vigila, atento, y su mirada se extiende en su contorno. Las líneas enemigas se han vuelto silenciosas y el cañón ha callado. La calma de la Naturaleza ha sucedido a los estrépitos de la batalla y a las conversaciones ruidosas de los acantonamientos de retaguardia. Porque aquí el peligro ha hecho enmudecer toda palabra inútil. La cercanía de la muerte impone a todos una gravedad recoleta y hondos pensamientos ascienden de los corazones a los cerebros.

Ese joven soldado es un intelectual, un sensitivo, un espiritista. Hace ya un año que se encuentra en el frente de lucha. Ha tomado parte en muchos combates, ha visto a sus camaradas de armas segados por la metralla. ¿De qué depende su propia vida? ¿No es ella, por ventura, como una brizna de paja en medio de la tormenta? Y, sin embargo, sabe que una protección oculta se extiende sobre él. Siente que una fuerza incógnita está sosteniéndolo.

Igual que todos aquellos cuya vida interior es intensa, ama la soledad. Es para él la gran escuela inspiratriz, la fuente de las revelaciones: en ella se realiza la comunión de su alma con lo Divino.

Sus ojos se demoran con complacencia en la selva próxima, que el otoño ha revestido con sus tintes de púrpura y oro.

El canto de un arroyo llega hasta él, las colinas que bordean el horizonte se esfuman bajo los pálidos fulgores del poniente. De este espectáculo de la Naturaleza emana una paz serena que nada, ni el pensamiento del peligro ni el temor a la muerte, viene a perturbar.

En medio de las sangrientas visiones de la guerra, una hora de contemplación basta para recordarle que la soberana hermosura de la vida, la belleza eterna del mundo, domina desde muy arriba todas las catástrofes humanas, y que las hecatombes, masacres y carnicerías son impotentes para destruir la más mínima parcela de embrión del alma.

Ya la noche se extiende sobre la planicie. Por entre las nubes, algunas estrellas proyectan sobre la Tierra sus rayos temblorosos, cual si fuesen otras tantas prendas de amor, otros tantos testimonios de la solidaridad

inmensa que liga a todos los seres y mundos. Junto con la paz, la confianza y la esperanza descienden sobre su corazón. Claro está que sabrá siempre cumplir con su deber. Se bate para defender a su patria invadida, y por ella soportará todas las privaciones y fatigas. Pero las violencias de la guerra no sofocarán en él el sentimiento superior del orden y la armonía universales.

Como para los celtas, sus antecesores, los cadáveres extendidos -por el suelo no son sino "envolturas desgarradas" que la tierra se apresta a recibir en su materno seno. En las profundidades de cada uno de nosotros subsiste un principio imperecedero contra el cual nada pueden hacer todos los furores del odio y todos los asaltos de la fuerza bruta. De ahí, de ese santuario íntimo, una vez que la tempestad haya pasado renacerá la aspiración humana a la justicia, a la piedad y a la bondad.

Y he aquí que, en medio del silencio de la noche, una voz murmura al oído del joven soldado, que es médium auditivo, palabras graves y solemnes. Es lo Invisible que, a su vez, entra en escena, para decirle:

"Escucha, amigo cuyo pensamiento ha llegado hasta mí y me ha atraído. A veces te preguntas el secreto de esta terrible guerra y tu razón se siente perturbada ante el espectáculo de los males que ella engendra.

"¡Ay! Para hacer crecer las sagradas mieses hay que roturar el terreno virgen con la cortante reja del arado. Es preciso morderlo con los dientes de la rastra y allanarlo bajo el peso del rodillo. Sólo entonces las divinas mieses, los granos nuevos podrán prosperar.

"Si la guerra se prolonga es porque mediante ella grandes cosas se están preparando y se organizan bajo el aguijón de la necesidad.

"Una guerra demasiado breve hubiera rozado apenas a la humanidad. Su duración y crueldad, las consecuencias que acarrea en lo social, político, religioso y económico, harán que en todas partes se creen nuevos engranajes. De ella resultará una radical transformación de la sociedad, no sólo desde el punto de vista de la vida material, sino también en lo que atañe al ideal espiritualista.

"¡Cuántos corazones lacerados y almas ansiosas acudirán a nosotros para ser consolados y reconfortados! ¡Cuántos intelectos, dedicados a las concepciones frívolas, marcharán hacia las grandes verdades, conducidos por el dedo del dolor! También nosotros estamos impacientes por ver concluir esta matanza, porque nuestros corazones se hallan destrozados por la vista de estos males, de que vosotros conocéis sólo una parte, pero que nosotros presenciamos en toda su magnitud.

"Sufrimos tantas angustias y miserias cuantas vosotros padecéis, y acaso más, porque las vemos mejor, pero tenemos sobre vosotros la ventaja de concebir más claramente los objetivos divinos a que estas mortíferas luchas

obedecen. Sabemos que el género humano no puede ser salvo de una caída irremediable si no es por medio de esta crisis, y vemos ya bosquejarse los indicios de un brillante renacimiento.

"Confiad, pues, en nuestra Francia inmortal y no lloréis a sus muertos. Esta lucha se libra entre los Espíritus celestiales y las potencias del mal, es la de los Espíritus de la luz contra las legiones tenebrosas surgidas del abismo.

"No, Guillermo II, el gran mago negro, el evocador de Odín¹⁵, no triunfará sobre Francia, que, a despecho de sus errores y sus culpas, siempre ha vuelto su mirada hacia el ideal y hacia la luz...

"Vivos siguen estando vuestros muertos. Todavía combaten por la patria y por la humanidad. Acuden a las trincheras para prestar apoyo a sus camaradas, se inclinan sobre los heridos que han sido abandonados en los campos de batalla, a fin de apaciguar sus sufrimientos y suavizar los horrores de su agonía. Y van a consolar, por medio de la acción de sus fluidos reconfortantes, a aquellos a quienes dejaron en la Tierra.

"A punto de perecer estuvo Francia en el Marne y en Verdun.¹⁶ No obstante, fue salvada, cuando el monstruo se hallaba en plena posesión de todos sus poderes y de su fuerza toda. Ahora, éste ha comenzado a extenuarse, y ya se agota. En balde contrae todos sus músculos, que se relajan poco a poco, y está cercano el día en que el monstruo formidable se desplomará, para no volver a levantarse más, sobre la arena tinta en su propia sangre.

"No podemos ni debemos anticipar fechas. Si bien es cierto que Dios puede decir "basta" al espíritu maléfico, debe sin embargo, dejar al libre arbitrio de las unciones y de los individuos la posibilidad de expresarse. ¡Cuántos países serán juzgados y cargarán el peso de su defección cuando la justicia violada haya sido defendida! ¡Cuántos individuos pagarán caro sus traiciones y cobardías, porque, éstas retrasaron el triunfo del bien y aumentaron el número de víctimas! Tiemblen todos ellos, porque la mano divina les hará sentir su peso.

"Pero no desesperéis por esas deserciones. Francia triunfará. La victoria de los Aliados, gloriosa entre todas, hermo­seada por tanto heroísmo y

¹⁵ En la mitología escandinava era Odín -también llamado Wotan- el dios principal, algo así como el «Júpiter tonante» de los romanos. Odín presidía la guerra, las artes mágicas, el entusiasmo y la elocuencia, la sabiduría y la poesía, etcétera. Asimismo, distribuía el valor. [*N. del T.*]

¹⁶ El año de 1916, en cuyas postrimerías escribió LEÓN DENIS este capítulo, en Verdun-sur-Meuse los franceses debieron rechazar a lo largo de diez meses las acometidas de los alemanes, a quienes diezmaron, y la heroica resistencia que aquéllos pusieron de relieve en las acciones defensiva y ofensiva causó la admiración del mundo entero. [*N. del T.*]

tantos sacrificios, inaugurará en el mundo una nueva era de justicia, amor y belleza".¹⁷

¹⁷ Comunicación obtenida por el señor H***. [*N. de L. Denis.*]

8. ACCIÓN DE LOS ESPÍRITUS SOBRE LOS ACTUALES ACONTECIMIENTOS

Enero, 1917.

Desde hace dos largos años la guerra viene representando su espantoso drama. Francia ha padecido cruelmente. El peso de sus culpas: liviandad, imprevisión, escepticismo, amor desenfrenado por el placer, ha recaído agobiador sobre ella.

Con todo, nuestra nación no podía perecer. En el transcurso de las hostilidades un eminente Espíritu nos lo declaraba: "Los teutones orgullosos, traidores y criminales no dominarán el mundo".

Al lado de sus defectos, Francia ha manifestado con frecuencia cualidades generosas. En la lucha suprema que está librando no se ha rebajado nunca a los procedimientos aborrecibles de que hacen uso los alemanes, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas. La actitud de Francia durante esta tremenda guerra ha sido, para Europa y el mundo entero, motivo de admiración y asombro. Antes que estos sucesos se desencadenaran, nadie podía prever semejante despertar de las virtudes heroicas de nuestra casta. Por el contrario, todo parecía indicar un descaecimiento del carácter nacional. El *affaire* Dreyfus¹⁸ había dejado huellas persistentes y profundas. El pacifismo, el antimilitarismo y las teorías internacionalistas habían trabajado los espíritus. No se creía ya en la posibilidad de una guerra y se buscaba reducir en cuanto fuese posible las cargas y créditos militares. La ley trienal había sido objeto de largas y laboriosas discusiones y, no bien votada, se pensaba ya en atenuar sus efectos.

Algunos suboficiales me expresaban que, en vez de combatir, arrojaban lejos su sable y su revólver. Los oficiales de un regimiento del Mediodía se quejaban ante mí de la falta de patriotismo de sus hombres. De nada servía que mediante conferencias sobre la bandera y los grandes ejemplos que la

¹⁸ El proceso DREYFUS fue uno de los escándalos más sonados de fines del siglo anterior y tuvo amplia repercusión internacional. ALFRED DREYFUS (1859-1935), militar francés de origen israelita, fue convicto del cargo de espionaje, degradado y condenado de por vida a trabajos forzados, en 1894. Cuatro años más tarde, al regresar de Roma a París el novelista EMILIO ZOLA (1840-1902), se interiorizó del *affaire* que traía alborotada a toda Francia, en ardiente polémica, y se persuadió de que el condenado era inocente. Inició entonces su famosa campaña de defensa de la justicia, publicando artículos periodísticos –primero en *Le Figaro*, después en *L'Aurore*- y cartas al presidente, a la juventud y al país. Reunió luego esos escritos en un volumen titulado *La verdad en marcha*. ZOLA fue también procesado y se ausentó de Francia, adonde regresó en junio de 1899. Por su parte, DREYFUS logró una ulterior revisión del proceso, en la que volvió a ser condenado, pero esta vez tuvo la suerte de obtener el indulto presidencial. Por último, en 1906, el tribunal supremo anuló aquella sentencia y DREYFUS reingresó al ejército, con el grado de comandante. [N. del T.]

historia ofrece trataran de despertar la fibra entumecida. Obtenían por todo resultado una indiferencia astuta y burlona. ¿No se llegó acaso a decir, en una canción muy difundida, que las balas de nuestros soldados serían para sus generales? La Confederación del Trabajo y los sindicatos ferroviarios amenazaban responder con una huelga a la orden de movilización. En el ínterin, estalla la guerra y, de súbito, un vuelco total se opera en las almas. La movilización se lleva a efecto con rapidez, gravedad y precisión. Los hombres parten hacia el frente con la conciencia de los grandes deberes que tienen que cumplir, con la decisión de llegar hasta el autosacrificio, hasta la muerte misma. Sin vacilaciones dejan el propio hogar, su mujer y sus hijos, a quienes tal vez no vuelven a ver nunca en esta vida.

Durante dos largos años, con firme voluntad que nada hará flaquear, el soldado francés arrostrará la ofensiva del más formidable ejército que el mundo haya visto jamás. Consciente de su esfuerzo y seguro de sus medios, sabe que está sirviendo a la más noble de las causas: la de la patria y la de la libertad.

Así, Francia se ha revelado al mundo con su auténtico carácter. La creían debilitada, disminuida, decadente. No faltaban quienes llegasen a afirmar que su rol histórico había concluido. Ahora bien, en el transcurso de esta gigantesca lucha no ha conocido una sola hora de desesperanza, de desaliento. Las más severas pruebas, las dificultades multiplicadas la han hallado más estoica, más pertinaz en proseguir su tarea inmensa hasta el triunfo del derecho y la justicia.

En medio de combates diurnos y nocturnos, en los cuales desbarataba los minuciosos cálculos y las combinaciones infames de la táctica alemana, el soldado francés estaba poseído de una especie de frenesí místico. Bajo el tableteo de las ametralladoras, en esa tempestad de hierro y fuego, entre las llamaradas y el tufo de los gases asfixiantes, se mostró siempre bravo y ardoroso, dispuesto a realizar cualquier tarea, a todos los esfuerzos sublimes.

En esta gran tragedia, la más terrible que la humanidad haya conocido hasta hoy, Francia representa la fuerza moral de nuestra coligación. La victoria del Marne ha detenido el alud germánico, manteniéndolo largamente inmovilizado y dando con ello a los Aliados el tiempo indispensable para llenar las lagunas de su organización, reparar su imprevisión y, en un esfuerzo común, reaccionar contra el más temible de los dispositivos militares.

Frente a un mundo aterrorizado por la brutalidad alemana, Francia ha retomado y defendido, junto con sus Aliados y contra un adversario trapacero, criminal y desleal, la causa imprescindible de la justicia, de la verdad y de la libertad de los pueblos, el derecho que a todo hombre asiste de vivir y morir libre. Podemos afirmar que Francia ha salvado a Europa del más humillante de los despotismos. De esta manera, se ha ganado por

fuerza la estima y el respeto de la historia, al dar una vez más su sangre y su oro por el progreso y la salvación de la humanidad.

Semejante cambio, esa transformación tan radical ¿pueden explicarse sólo por el despertar de las cualidades vigorosas de nuestra raza, por los recuerdos evocados y los ejemplos heroicos que nos han legado las pasadas generaciones? Por supuesto que hay bastante de eso, pero existe algo más aún: queremos hablar ahora de la inmensa ayuda traída por las legiones invisibles.

Desde el principio de la guerra, gracias a las instrucciones de nuestros Guías hemos podido venir siguiendo, en todas sus fases, la acción de los poderes ocultos que combaten junto a nosotros en pro de la salvación de Francia y los derechos de la eterna justicia.

Por encima de nuestras líneas, en las horas en que se libran los combates, se cierne el ejército innumerable de los muertos, todas las almas de los héroes -famosos u oscuros- que cayeron por la patria. En glorioso vuelo, semejantes a pájaros gigantescos, planean sobre nuestros defensores, sosteniéndolos en la ardiente lucha, vertiendo sobre ellos con energía todas las fuerzas psíquicas, todos los fluidos adquiridos a lo largo de las centurias. Y también ese invisible ejército tiene sus jefes ilustres. A la cabeza de él reconocen nuestros médiums videntes a Vercingetórix¹⁹, Juana de Arco, Enrique IV y Napoleón, así como a los grandes generales de la Revolución y del Imperio. Esta visión impresiona profundamente a los médiums. Cada uno de nuestros jefes militares en operaciones está secundado por un Espíritu poderoso que lo inspira y guía en la acción.

A veces, todos esos grandes Espíritus se reúnen para deliberar. Sus resoluciones son transmitidas por vía intuitiva a los generales con mando de tropas, que casi siempre las obedecen, en la creencia de que están poniendo por obra sus propias decisiones.

En las horas trágicas, el soldado francés era consciente de esta ayuda de lo Invisible. Sentía que una fuerza superior estaba prestándole apoyo y le infundía la grandeza de su rol. Esa fuerza le expresaba que la suerte de su país dependía de él.

A los esfuerzos de los soldados en acción hay que agregar los que realizan sus camaradas caídos en combate. Porque no duermen bajo tierra

¹⁹ VERGINGETÓRIX es para los franceses un héroe nacional. Jefe de los galos, había nacido en la región de Arvernes (hoy Auvergne), hacia el año 72 antes de CRISTO, y se distinguía por su audacia y su elocuencia. Jefe de la coligación de los pueblos galos contra CÉSAR, dirigió la defensa de Gergovia, pero CÉSAR le puso sitio en Alesia, donde VERGINGETÓRIX se entregó al vencedor y fue conducido a Roma, sufriendo un cautiverio de seis años, al cabo del cual fue ejecutado.

- ENRIQUE IV, "el Grande", nacido en 1553 y coronado en 1589, después de cuarenta años de guerra civil pacificó a Francia y fomentó la agricultura, haciéndose célebre su expresión de deseos de cine "cada aldeano pudiera poner todos los domingos una gallina en la olla familiar". Asesinado en 1610 por un fanático de nombre RAVAILLAC. [N. del T.]

los Espíritus de aquellos que, en el curso de veinte meses, han venido siendo segados por la metralla alemana. Los encontraremos entre esa muchedumbre invisible cuyo inmenso oleaje se estrella sin cesar contra el enemigo.²⁰

Ahora, cuando la tormenta amaina y empiezan a aclarar el horizonte fulgores de esperanza, ha llegado la hora de recogerse, de entrar en uno mismo para hacer un examen de conciencia. En este drama terrible que trastorna al mundo ¿no cabe a cada cual algo de responsabilidad? ¿Hemos luchado con toda la energía precisa contra esa descomposición moral que ha sido la causa primera de todos nuestros males? ¿Tratamos de reaccionar contra ese culto del oro, de la fuerza y del éxito, que parecía haberse convertido en la única religión de la humanidad? ¿Hemos defendido siempre los principios superiores de la conciencia y de la vida contra la marea creciente del bajo materialismo?

Muy pocos hay entre nosotros que, llegados a cierta edad y habiendo ocupado una posición social, ejerciendo cualquier tipo de influencia en su entorno, puedan responder en forma afirmativa a tales preguntas.

Entonces, ¿cómo asombrarnos de que seamos heridos en nuestros afectos e intereses y que nos toque una parte del dolor común? Sobre todo para nosotros, los creyentes, es necesario que la gran lección sea provechosa y que el sufrimiento purifique nuestros corazones. El soplo del temporal que está pasando sobre el mundo debe reavivar en nosotros la firme resolución de trabajar por el restablecimiento moral de nuestro país, de hacer despertar en todas las almas la noción de las verdades elevadas, el sentimiento de la vida eterna y la idea de Dios.

Es menester, en fin, que unamos nuestras voluntades y aspiraciones y que la ardiente plegaria que los hijos culpables dirigen a su Padre ascienda de la Tierra hacia el Espacio.

Nos hundíamos cada vez más en la materia. Perdíamos de vista el sentido profundo y el verdadero objetivo de la existencia. Trágicos sucesos han venido a demostrarnos lo precario que es todo en este mundo y a invitarnos a levantar nuestra mirada hacia lo Alto. Esos acontecimientos nos dicen que en la Tierra no tenemos asegurado el porvenir, que los bienes y honores, así como todo aquello que nos seduce y hechiza, se esfuman cual una vana sombra.

Hemos sido creados para la vida infinita y nuestro dominio es el Universo entero. La Tierra no constituye más que una de las etapas

²⁰ Sobre este tema puede consultarse ALLAN KARDEC, *El Libro de los Espíritus*, páginas 273 a 275 (párrafo 541 y siguientes). Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1970. [N. del T.]

incontables de nuestro largo viaje. Pertenece a Dios, del que hemos venido y hacia el que retornamos, perfeccionando y desarrollando nuestro Ser mediante los goces y los sufrimientos, la alegría y el dolor. Nuestro cuerpo es sólo una prisión temporal y la muerte constituye una liberación. La sabiduría consiste, pues, en subordinar siempre la materia al Espíritu, pues aquélla no es sino una apariencia y este último la sola realidad viviente e imperecedera.

Sagrado es el dolor, por ser la austera escuela de las almas, el medio más seguro de purificarse, de elevarse. El dolor representa la reparación del pasado y la conquista del futuro, la posibilidad que se nos ofrece de reunirnos con nuestros bienamados Invisibles, de compartir su vida espiritual, sus trabajos y misiones. Mediante el dolor nuestros destinos se acentúan, se precisan. De ahí que la actual sea una hora solemne para el género humano, y cuyo adelanto o retraso éste provoca. Mancomunados nuestros esfuerzos podemos asegurar la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, del altruismo sobre la pasión egoísta y brutal, con el objeto de obtener un progreso hacia el reino del Espíritu divino.

Tras el huracán sobrevendrá la era de paz que permita hacer el balance moral de esta guerra. Se verá entonces que nuestros males han dado sus frutos. Los crímenes, perfidias y traiciones de que está lleno el presente suscitarán un sentimiento universal de reprobación y de horror, el cual hará imposible que aquéllos se repitan. Por otra parte, los peligros, privaciones y pruebas pasados en común han acercado los corazones, borrando las diferencias que existen entre religiones y partidos y haciendo definitiva la unión sagrada que la necesidad de los malos días impuso. Todos los hijos de Francia se sentirán hermanos, animados de un mismo espíritu, resueltos a preparar el triunfo de las fuerzas morales y, mediante ellas, el restablecimiento de la patria. Ya un considerable número de jóvenes empiezan a vislumbrar las altas verdades que se alcanzan sólo cuando uno está cargado de años y de sabiduría. Antes de la guerra pasaban por materialistas y gozadores. Pero, bajo la presión de las circunstancias, ante el peligro, frente a la muerte y, sobre todo, durante las largas esperas de la trinchera, su pensamiento ha madurado. Nuevas perspectivas se ofrecen a sus ojos, voces interiores han cantado en su alma, y la vida se les aparece ahora como a través de un prisma desconocido. El Mundo Invisible, que los sostenía en la sangrienta lucha, los inspira en las horas de calma y reposo. Les sugiere un noble y levantado ideal, depositando en sus almas los gérmenes de sagrada simiente.

A este respecto he recibido muchas cartas que provenían del frente y que constituyen otros tantos testimonios. Demuestran una cosa: que se están forjando voluntades cuyo temple resistirá todos los choques y que del caos de los acontecimientos surgen almas selectas. Conscientes de su mérito, imbuidas de la gran ley de los destinos, ningún revés podría

debilitar su fe. Prestas están a cualquier sacrificio, por cuanto su ideal las eleva por encima de todas las pruebas y desilusiones y porque saben que es suyo el porvenir.

En la escuela de la adversidad las generaciones presentes habrán aprendido a arrancarse sus errores y sus vicios. Imprimirán a la vida nacional direcciones nuevas, preparando los elementos para una renovación que restituirá a Francia todo el brillo de su genio y de su prestigio en el mundo.

Así se hace historia, con la colaboración íntima y profunda de dos humanidades: la de la Tierra y la del Espacio. El que observe los acontecimientos en forma superficial y sólo tome en cuenta el plano terrestre los verá sucederse sin orden, sin vínculos entre sí, en una aparente incoherencia que se explicaría por la libertad que Dios nos deja, de obrar a nuestro modo.

Pero, si contemplamos las cosas desde más arriba, distinguiremos mejor el hilo misterioso que las une. A través de la majestuosa marcha de los siglos se vislumbra la obra de la eterna justicia.

9. EL ESPIRITISMO Y LAS RELIGIONES

Febrero, 1917.

I

El Espiritismo no es enemigo de las religiones. Antes por el contrario, aporta a ellas poderosos elementos de fuerza y regeneración. Los conocimientos que nos proporciona sobre la vida en el Más Allá, acerca de las condiciones en que se desenvuelve la existencia después de la muerte, así como la certeza que nos da, en el sentido de que leyes justas y equitativas rigen el Mundo invisible, constituyen otros tantos medios de análisis y verificación que nos posibilitan separar, en las religiones, lo que es artificial e ilusorio de aquello otro que es real e imperecedero.

A no dudarlo, los fenómenos del Moderno Espiritualismo, se encuentran en el origen de todas las religiones. Pero al atribuirles éstas un carácter sobrenatural y milagroso, relegándolos a un pasado lejano, han hecho que perdieran toda influencia sobre la vida moral y social. La comunión con lo Invisible sólo era ya una hipótesis, una vaga esperanza: con el Espiritismo, en cambio, se convierte en cierta y permanente.

Vivimos una de las mayores épocas de transición de la historia. Los sucesos que se están desarrollando, las cruentas luchas de los pueblos y los trastornos sociales son el preludio, la preparación de un orden nuevo.

Una vez terminada la guerra, la mente humana escrutará todos sus aspectos. Procederá a un examen en profundidad de todas las fuerzas que han intervenido en los hechos, en el transcurso de estos años trágicos. Entonces comprobaremos que son las ideas las que gobiernan el mundo. El patriotismo, al unir los corazones de los franceses, ha frenado la invasión, limitando sus estragos. El amor al suelo natal ha despertado el heroísmo que, sostenido por los poderosos auxilios del mundo oculto, salvó a Francia. Por eso la idea de patria tendrá que ocupar un lugar preponderante en la enseñanza, en la educación popular. Empero, no bastará con ella. Para terminar con nuestras discordias y rivalidades, con nuestras luchas de clases y de intereses, se requiere ante todo llevar a cabo la unión de los intelectos y de las conciencias. Sin una armonía de las almas no podrá haber armonía social.

Ahora bien, ¿cómo preparar esta unión? Trabajando con ardor, con espíritu de tolerancia y concordia, a fin de acercar los objetivos, aspiraciones y creencias. Dos poderosos medios se nos ofrecen para ello: la ciencia y la fe. Aparentemente hostiles, ambas se concilian y se complementan, como en seguida veremos. Pueden proporcionarnos con facilidad una concepción de la vida y del destino, una noción de las leyes superiores y una base moral, cosas estas que son indispensables todas para

nuestra perturbada sociedad, y sin las cuales la existencia carecería de sentido y estaría desprovista de finalidad y de sanción.

En lo hondo de toda alma humana existe un retiro, un lugar secreto donde reposa la chispa divina, la parcela de infinito que asegura a cada uno de nosotros la indestructibilidad de su yo. Allí dormitan las fuerzas escondidas, los recursos psíquicos cuyo desarrollo hará más tarde, del ser mezquino, débil e ignorante que somos en el principio de nuestra evolución, un genio apto para las mayores empresas y capaz de desempeñar un rol de gran importancia en el Universo.

La auténtica religión consiste en utilizar esos recursos ocultos, en valorizarlos. Tiene que enseñarnos a poner el Ser interno en comunión con lo divino y de esta suerte expandirlo, liberarlo de las bajas influencias, hacerle adquirir la plenitud de su irradiación.

Una vez que llegue a ese estado espiritual, el alma humana podrá cumplir las más arduas misiones, aceptando con alegría las pruebas más difíciles. Sabrá conservar en los días más sombríos un optimismo y una confianza inquebrantables.

Tal estado de espíritu puede encontrarse en todas las religiones y también fuera de ellas. Ateniéndose a las prácticas rituales de la liturgia y a los diversos dogmas existentes, dentro de los límites en que se encierra por lo general la idea religiosa, se olvida con sobrada frecuencia la fe independiente que se cierne por encima de todos los cultos y no se enfeuda al credo de ninguna iglesia en particular. Esa religión, enteramente personal y libre, cuenta quizás con mayor número de miembros que las confesiones reconocidas, pero la cantidad exacta de sus adeptos escapa a toda evaluación.

Los descubrimientos científicos nos han provisto de una concepción del Universo amplia y grandiosa, pero diferente de la que poseían acerca de él la Edad Media y el mundo antiguo. La experimentación psíquica y el estudio del Mundo Invisible han ofrecido a la vida y al destino del Ser perspectivas sin límites. El hombre se ha sentido vinculado a todos los que piensan, aman y sufren en la infinitud de los espacios. Los moldes de las religiones envejecidas se han roto bajo el triunfante empuje del Espíritu, ávido de conquistar la parte de verdad y de luz que legítimamente le corresponde. No hay ya muchos intelectuales que no se hayan forjado una creencia inspirada en la observación directa de la Naturaleza, liberada de las rutinas seculares y basada en la ciencia y la razón.

Los partidarios de los dogmas sólo quieren ver en dicho sentimiento lo que ellos denominan, con desdén, "religiosidad". Pero lo cierto es que contiene en germen los elementos de esa religión universal, sencilla y

natural, que algún día unirá a todos los pueblos de la Tierra y en la que irán a confundirse las iglesias particulares, no de otro modo que como los ríos se confunden en el mar.

Los hechos actuales tendrán profunda repercusión sobre todas las formas de la actividad social. Tan pronto como la paz haya vuelto a descender sobre el mundo se impondrá una revisión de la totalidad de las causas que concurren a la evolución humana. Y no escaparán las religiones a un análisis crítico y riguroso. Los acontecimientos temibles que se están sucediendo darán la pauta que permita calcular el poder o la debilidad moral de las religiones. No sin algún sobresalto comprobaremos que la educación religiosa de pueblos que con voz muy alta se dicen cristianos, como Alemania y Austria, nada pudo hacer para impedir los crímenes más abominables de que tenga que avergonzarse la civilización. Con tristeza se verá que en estas horas crueles la Iglesia romana casi siempre ha puesto sus intereses políticos por encima de los preceptos del Evangelio y de los sagrados derechos de la conciencia. En cuanto a los adeptos del aislamiento, no se mostraron mejores, y nunca ha sido más evidente que ahora la quiebra de las religiones.

En lo que a Francia toca, al iniciarse la guerra fue estremecida por un gran impulso religioso. Tras nuestros primeros reveses militares en el frente, las aspiraciones elevadas que se hallan en el fondo de su naturaleza despertaron en ella con una necesidad de creer, de saber que la muerte no equivale a la nada, y que por sobre la totalidad de las cosas existe un Soberano Poder, una fuerza inteligente y consciente, capaz de protegernos en la prueba y hacer prevalecer la justicia en un mundo de pasiones desencadenadas. Si ese sentimiento hubiera podido alcanzar el ideal soñado habría constituido el prelude de una renovación nacional. Pero las soluciones propuestas por las iglesias, los magros consuelos que ellas ofrecían a los corazones lacerados, las prácticas rituales que imponen a sus fieles, no respondían ya a las necesidades de la época y el medio. Se les juzgó insuficientes, y así el movimiento religioso fue debilitándose poco a poco.

Sin embargo, el pensamiento sigue estando fijo en dirección al Más Allá. Frente al peligro, bajo el impacto del diluvio de males que nos amenazan, en medio de las ruinas y duelos que van acumulándose, el alma francesa continúa buscando una base sólida, una certidumbre en la que apoyar su fe. Pues bien, sólo la hallará en el Moderno Espiritualismo, lo que es decir, en el Espiritismo. La religión del porvenir se fundará en la prueba científica de la supervivencia del alma, en las demostraciones experimentales y los testimonios de los sabios que han profundizado los problemas de la vida invisible.

En el transcurso de esta guerra el antropomorfismo de las religiones se ha exhibido en su más monstruoso aspecto. El viejo dios alemán no es sino

una evocación de las divinidades bárbaras del paganismo germánico. Tras su mal ajustada máscara cristiana reconocemos los rasgos del sanguinario Odín, que preside las escenas de matanza. Esa concepción de la divinidad confina con el más bajo materialismo y repugna a las almas delicadas, a los Espíritus depurados. No se trata sólo de las acciones de un monarca ávido de dominio universal y de los jefes militares que lo rodean, sino que esa concepción se encuentra en las obras de todos los pensadores alemanes: profesores, pastores y escritores la proclaman a porfía en sus discursos y publicaciones.

Semejante al Jehová del Antiguo Testamento, el vetusto dios alemán protege en forma exclusiva a una raza y sólo ve en las otras un montón de pueblos viles y corruptos, destinados a la ruina y la muerte. De ahí esa mentalidad montaraz que hace de los germanos los supuestos instrumentos de la venganza divina y los incita a una obra de destrucción que llevan a cabo con método.

Conciliando ese grosero misticismo con las teorías de Nietzsche relativas al superhombre, tan difundidas en Alemania, podemos evaluar las funestas consecuencias de una falsa religión unida a una filosofía no menos falaz. No cabe duda de que es bueno desarrollar la "voluntad de poder", conforme a la expresión de Nietzsche, pero con tal que en forma simultánea desarrollemos también la conciencia y las demás facultades de la mente y del corazón: piedad y bondad, respeto a la verdad, al derecho y a la justicia. Sin esto, se rompe todo equilibrio moral en el ser humano y sólo se logra producir hombres orgullosos, déspotas y monstruos, que para triunfar no vacilarán en echar mano de todos los medios, aun los más aborrecibles y criminales. ¡De ahí esta lucha tremenda que se libra alrededor de nosotros y en la que Alemania, a causa de su feroz egoísmo, se está deshonrando a los ojos del mundo y de la historia!

II

Marzo, 1917.

En nuestro país la idea de Dios, oscurecida y desnaturalizada por las religiones, se ha desvanecido en muchas almas. Bastante tiempo atrás se había formado ya en Francia una corriente de escepticismo, que venía minando en secreto las bases de toda creencia e incluso de todo orden social. Han llegado horas dramáticas para nosotros. Bajo la tempestad de hierro y fuego que hace estragos en ella, Francia ha sentido la necesidad de un ideal elevado, de una fuerza moral que torne posible mirar la muerte cara a cara y nos permita sobre llevar sin desfallecimientos todos los golpes de la adversidad. La cercanía del peligro ha impuesto a los más frívolos una gravedad recogida y muchas mentes se han vuelto hacia el Más Allá.

Todo lo cual parecerían ser otros tantos indicios de una renovación espiritual. Desde el fondo del abismo de males por el que resbalamos un grito de llamada se eleva hacia el Cielo.

Las aspiraciones ascienden hacia formas religiosas más altas y puras, capaces de proveer al hombre de medios poderosos para desarrollar lo que en él hay de inmortal y divino. Podrán las concepciones del pasado cooperar a esa regeneración, pero -lo hemos dicho ya- es sobre todo en la ciencia nueva, engrandecida y espiritualizada, donde la religión del porvenir hallará los principios de su fe, los elementos de la certidumbre, porque religión y ciencia sólo se excluyen si se las considera en sus aspectos inferiores. En cambio, se identifican y se confunden en su objetivo esencial, en su fin supremo, que son el conocimiento del Universo y la comunión íntima con la causa de todas las cosas: Dios...

Es posible que, al operarse su evolución, la religión vea debilitarse su carácter colectivo, pero se fortalecerá en cada uno de nosotros mediante el desarrollo del conocimiento y la conciencia individuales.

Basta una mirada de conjunto al Universo para hallarse en presencia de leyes majestuosas, que someten a los seres y las cosas bajo la acción de un Poder Soberano. Ahora bien, no hay ley alguna sin una mente que la conciba y una voluntad que vigile su cumplimiento. En las silentes vastedades del abismo de vida donde gravitan los mundos una Inteligencia preside la ascensión de las almas y la eterna armonía del Cosmos.²¹

Las anomalías, las contradicciones que algunos creen advertir en el estudio del Universo proceden simplemente de la insuficiencia de sus observaciones. Nuestros groseros sentidos, aun complementados por los instrumentos que la industria pone a nuestra disposición, sólo pueden proporcionarnos una vaga idea del conjunto de las cosas.

La ignorancia en que estábamos acerca del Mundo Invisible contribuía, asimismo, a invalidar nuestros conceptos. La revelación de los Espíritus ha llegado con mucha oportunidad para colmar las principales lagunas de nuestro entendimiento. Nos demostró, por ejemplo, que las leyes morales y las físicas se interrelacionan y confunden en un todo armónico. Lo propio ha sucedido con la idea de Dios, que va depurándose y engrandeciéndose.

Para la mente desembarazada de las formas materiales y de los andadores de los cultos Dios no es ya el ser antropomorfo, vale decir, el

²¹ Nuestros telescopios descubren más de cien millones de estrellas, todas las cuales son -como es sabido- otros tantos soles que, en su mayoría, superan al nuestro en poder y en brillo. Cada uno de esos soles arrastra en su seguimiento un suntuoso cortejo de mundos. ¿Cuál es, entonces, la fuerza que sostiene a esos miles de millones de astros y planetas en el vacío de los espacios y dirige su ronda incesante? La misma fuerza que regula el agrupamiento de los átomos y las afinidades químicas, esto es, la ley de atracción. Pues bien, esta ley pertenece al dominio de lo Invisible. [*N. de L. Denis.*]

hombre divinizado de que nos hablan los libros sacros y los mitos de la antigüedad. No, Dios constituye pura esencia, es un principio y una meta, una causa y un fin. Los Espíritus lo bastante adelantados para poder contemplarlo -y yo, personalmente, sólo conozco uno- lo describen como un inmenso foco de luz cuyo resplandor es casi imposible de soportar y del que emanan las potentes vibraciones que animan al Universo entero.

De él resulta una impresión de majestad, suavizada por efluvios de amor que penetran y conmueven a todos aquellos que se le aproximan.

Con las alas del pensamiento y la oración, en el recogimiento de los sentidos, toda alma puede comunicarse con ese foco eterno y sentir sus radiaciones. Llegados a tales alturas, todos los impulsos del pensamiento religioso se truecan en contemplación y en éxtasis.

En rigor de verdad, por su principio y por su elevado objetivo todas las creencias son hermanas y convergen hacia un centro único. Así como el límpido manantial y el arroyo susurrante van, a la postre, a reunirse en el anchuroso océano, así también brahmanismo y budismo, cristianismo y judaísmo, islamismo y sus derivados, en sus más nobles y puras formas, podrían fundirse en amplia síntesis, y sus preces, uniéndose a las armonías de los mundos, convertirse en un himno universal de adoración y amor...

Al inspirarme en ese sentimiento de eclecticismo espiritualista me ha sucedido muchas veces asociarme a las plegarias de mis hermanos de las diversas religiones. Así, sin atenerme a las fórmulas en uso en tales medios, he podido orar con fervor, tanto en las majestuosas catedrales góticas como en los templos protestantes, en las sinagogas y aun en las mezquitas.

No obstante, mi oración adquiere todavía más impulso y ardor a la orilla del mar, cuando éste es mecido por el ritmo de las olas, así como sobre las altas cumbres, ante el panorama de las llanuras y los montes, o bajo el domo imponente de los bosques o, por las noches, bajo la bóveda del firmamento constelada de astros. Porque el único templo realmente digno del Eterno es el de la Naturaleza.

Una de las condiciones esenciales de la vida moral es la necesidad en que está cada uno de nosotros de crearse un medio interior donde el alma pueda hallar refugio contra las preocupaciones del mundo, contra los cuidados materiales, retemplándose y volviendo a tomar contacto con la pura esencia de que ella ha surgido.

Ahora, cuando la edad y las enfermedades me privan de los grandiosos espectáculos de la Naturaleza, me he construido, por medio de la voluntad, un templo interior al que mi pensamiento se complace en penetrar en las horas de sosiego y aislamiento, para allí rendir culto a los Espíritus eminentes cuyo genio revelador ha iluminado con su luz las rutas de la

humanidad. En él, merced a un esfuerzo de mi imaginación, me he erigido las estatuas ideales, las imágenes augustas de los mesías, profetas y filósofos más dignos de admiración y respeto.²²

En medio del santuario resplandece el símbolo sagrado de la Divinidad, al que se dirigen en primer término mis adoraciones. A su derecha se me aparece la grandiosa figura de Cristo, mi maestro venerado, y a la izquierda los mesías asiáticos: Krishna, Buda, Lao-Tsé y Zoroastro, a los cuales suceden las imágenes de los filósofos griegos, desde Pitágoras hasta Platón. Ante ellos me place recitar los versos dorados de la sabiduría antigua.

Detrás de Cristo se colocan los representantes más autorizados de la idea cristiana. Cerca de ellos me repito a mí mismo el Sermón del Monte, que resume y quintaesencia todo el Cristianismo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación"; así como los preceptos de los Evangelios tenidos por auténticos. Pero he cuidado no olvidarme del grupo de los druidas y los bardos. A su cabeza se yergue la alta silueta, la figura imponente de Taliesin. En su presencia recito de buen grado Las Tríadas, ese maravilloso monumento de las tradiciones célticas, cuya ciencia iguala a la profunda sabiduría del Oriente. Por último, tras él, viene Allan Kardec, a quien conceptúo el continuador y renovador de las grandes tradiciones de nuestra estirpe.

Pido perdón al lector por entretenerlo con cosas tan personales, pero es ese, para él, un ejemplo del que puede extraer útiles enseñanzas e inspiraciones saludables. En efecto, en mis visitas cotidianas a esos grandes Espíritus, en los ejercicios que suscita su evocación, esto es, en el hecho de recitar fragmentos de sus obras más célebres, he encontrado siempre el sosiego del alma y la confortación.

Y no veáis, en la diversidad de sus concepciones, la menor contradicción. Bajo sus variadas formas encontramos en cada uno de ellos el mismo impulso, idéntica aspiración al bien, a la belleza suprema, que son otros tantos atributos de Dios y como una irradiación de Él. De su conjunto se desprende una síntesis magnífica que compendia el pensamiento de todo un mundo en lo que tiene éste de más noble y puro; síntesis expresada,

²² En 1917, cuando escribía LEÓN DENIS estas páginas, contaba setenta y un años de edad, y amén de otras dolencias que habían venido minando su salud en los años anteriores a la guerra, se había acentuado la extrema debilidad de su vista. Una operación de catarata a que se sometió no produjo los resultados que anhelaba. Escribe su biógrafo: "Soportaba esta prueba, que implacablemente veía avanzar desde su juventud, con resignación y calma, pero ¡cuánto debía sufrir a causa de ella! No sólo la luz diurna le hacía daño -esa luz que tanto había celebrado-, sino que debía renunciar a la herramienta que le quedaba: su pluma... Sin duda, le suplían en este menester ocasionales secretarios, pero piénsese en la complicación de una tarea a la que con frecuencia se sumaba la dificultad de revisar y corregir las nuevas ediciones". (GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo*. Su vida y su obra, página 154. Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1959). [N. del T.]

precisada y fecundada inclusive por el Moderno Espiritualismo, comunión universal que algún día habrá de unir a todas las conciencias y los corazones todos...

Cuando echamos un vistazo de conjunto sobre la historia de los tiempos modernos, nos parece muy verosímilmente que una de las misiones de Francia consista en crear corrientes de ideas a través del mundo.

Dieciocho siglos después del advenimiento de Cristo, Francia despertó la noción de fraternidad que dormitaba en las almas. Ninguna nación ha trabajado con más ardor por manumitir el pensamiento de sus tutelas seculares, por asegurar los derechos de la conciencia. Ha comunicado la llama de su genio a muchas teorías humanitarias o sociales.

En la lucha actual el rol de Francia ha crecido aún, porque está arriesgando su libertad, su existencia misma para preservar a Europa de un retorno a la barbarie. Con ello se ha granjeado la simpatía y admiración de los neutrales y -a veces también- la consideración de sus enemigos. Antes de la guerra creían y afirmaban que se encontraba en plena descomposición, y he aquí que ahora se levanta hasta la altura de un verdadero autosacrificio.

Cuando el cruento drama a que asistimos haya tocado a su fin, otra labor corresponderá a nuestro país. Esta concordia que une a la totalidad de sus hijos en la hora del peligro deberá él mantenerla y afianzarla por otros medios, vale expresar, mediante procedimientos nuevos de enseñanza y educación. Francia debe iniciar al mundo en los preliminares de la religión del porvenir, de esa religión amplia y tolerante que tendrá por cimiento la ciencia de los hechos y por cúpula las aspiraciones más levantadas y puras del ideal espiritualista.

En tal religión, ciencia y fe hallarán un terreno de acercamiento, una posibilidad de fusión de todas las mentes y corazones. Esa obra habrá de ser, entre todas, la más provechosa para el género humano, porque extinguirá la mayoría de las causas de división y de odio, al orientar los pensamientos y las voluntades hacia esa "suntuosa ruta del alma" de que nos habla Platón, hacia la elevada finalidad de la vida que la Doctrina de los Espíritus nos revela.

Semejante iniciativa permitiría a Francia complementar la victoria de las armas con un triunfo intelectual y moral más bello y fructífero aún. De esta suerte, nuestro país se elevaría al primer rango entre las naciones y merecería la gratitud de todos los siglos por venir.

Nunca las circunstancias habrán sido más favorables que ahora para una renovación religiosa que excluya todo espíritu sectario y de reacción. Del cataclismo de hoy surgirá -así lo esperamos- una sociedad nueva, más

sensata y prudente merced a la prueba sufrida, templada por la desgracia y más unida, disciplinada y consciente de sus deberes y responsabilidades. Pareciera ser que desde ya se está produciendo en los espíritus una evolución. Los hombres han comprendido la índole precaria de las cosas del mundo y encaran con mayor voluntad el problema de los destinos. La muerte viene llamando a tantas puertas desde hace tres años, ha tomado asiento en tantos hogares, que los más indiferentes han debido posar su vista sobre ella y preguntarse quién es este huésped misterioso. Por obra de las reflexiones que su presencia provoca, ha abierto en esos seres una salida hacia lo infinito, hacia lo divino...

Bajo la acción de las pruebas el alma humana se ha tornado más apta para recibir y comprender las verdades superiores. De aquí en adelante, las frivolidades y sensualidades de otrora, las obras decadentes, no podrían ya satisfacerla. Exige alimentos más sustanciosos y fuertes. Los estudios psíquicos, los testimonios de los sabios en lo tocante a la supervivencia del alma, le ofrecerán terreno firme para edificar una morada más digna de ella y de sus fines.

La filosofía se esclarecerá con nuevas luces, tomadas de la doctrina de Allan Kardec. Ya en ciertas escuelas se comprende y se admite que la personalidad humana no se ha formado de golpe, sino ha venido constituyéndose despacio, a lo largo de las centurias. El concepto estrecho e insuficiente de una vida única se sustituye, poco a poco, por el de la evolución del alma a través de existencias sucesivas en lo ilimitado del tiempo.

Nuestra suerte no está asegurada por una gracia especial o por el sacrificio de un salvador, sino por nuestras propias acciones. El Ser consciente se construye a sí propio, al modo del escultor que modela su estatua. Su forma representativa no tiene otro valor que la suma de sus esfuerzos y cuidados. Se ilumina o se oscurece conforme a las radiaciones de sus pensamientos y sus actos. El origen de las alegrías, penas o recompensas reside en él, en sus facultades, en sus percepciones, ampliadas o disminuidas. El destino es sólo la resultante de nuestros comportamientos buenos o malos, y recae sobre nosotros en forma de rayos o de lluvia. Pero todo dolor sufrido es como el golpe de cincel del estatuario, que contribuye a embellecer su obra.

El resultado de nuestra ascensión es un disfrute creciente de cuanto sea grande, de todo lo que es belleza, esplendor, luz, armonía: se trata de una participación progresiva en la vida universal, una cooperación a la obra soberana, en forma de tareas y misiones que van aumentando de manera gradual en importancia y amplitud. En suma, es la plenitud de la dicha en sus tres formas esenciales: virtud, genio y amor...

Nuestra meta principal debe ser la de acercarnos al foco supremo, la de impregnarnos de las radiaciones del pensamiento divino, haciendo cada vez

más estrecha y profunda nuestra comunión con Dios. Por ese medio llegaremos a poseer y conocer la totalidad de las cosas, puesto que todo se resume en Él y en Él vive.

Tal es, en su quintaesencia, la enseñanza que se desprende de la revelación de los grandes Espíritus y que conocen bien todos aquellos que han vivido en su intimidad o recibieron de ellos el pan de vida. Pero esa enseñanza sólo es todavía el patrimonio de un pequeño número de personas y tiene que ser divulgada con profusión, a fin de que los intelectos se esclarezcan, los caracteres mejoren y las almas se eleven.

De ahí que, una vez pasada la guerra, los espíritas deberán sembrar tales verdades a manos llenas, pues el terreno estará preparado a pedir de boca. En su fatigosa labor no se hallarán solos. La inmensa multitud de los Invisibles les presta ya su apoyo y los alienta. Todos cuantos han ofrendado su vida en sacrificio por Francia, todos los que han caído por la causa del derecho se ciernen, en Espíritu, por encima de nosotros. Nos inspiran y nos exhortan a no echar al olvido su noble ejemplo y trabajar, a nuestra vez y con medios diferentes, en pro de la salvación y el restablecimiento de la patria. Se inclinan sobre los corazones contristados, sobre las almas en duelo, para verter en ellos el bálsamo de las consolaciones y de las largas esperanzas. Les aseguran que su afecto no se ha extinguido, que su actividad no ha disminuido, sino, antes bien, sus sentimientos y su vida son más intensos, reales y poderosos que los nuestros.

La voz de los difuntos surge de todas partes, para asegurarnos que más allá de la atmósfera de odio, venganza y horror que pesa sobre nuestro desventurado planeta existe un mundo superior en el que reina la justicia eterna, donde todos los que han luchado, penado y sufrido en la Tierra cosechan el fruto de los males que sobrellevaron; un mundo en el que nos reuniremos algún día para comulgar juntos en la paz sosegada y la divina armonía...

10. RESPONSABILIDADES

Abril, 1917.

Estamos asistiendo a la ruina de todo un mundo, un mundo de prejuicios y errores, de ilusiones perdidas y esperanzas burladas, de quimeras desvanecidas. Pero, de tal acúmulo de ruinas debe salir un orden nuevo. La muerte engendra vida y los sepulcros, por un camino secreto, conducen a las cunas.

El espantoso temporal que se ha desatado sobre el globo ha sido causa ya de estragos incalculables. Más de diez millones de hombres fueron segados en plena juventud o en su adultez. Pueblos enteros han sufrido saqueos, siendo masacrados o reducidos a la esclavitud. Vastas comarcas han sido víctimas de un pillaje metódico y sus habitantes condenados al hambre y a la más negra miseria, o si no, se vieron obligados a huir de sus viviendas y deambular errantes, sin recursos, por los caminos del exilio. Miles de navíos naufragados yacen en el fondo de las aguas con sus valiosas cargas y los despojos humanos de los que iban en ellos. En torno de nosotros no vemos sino familias en duelo y el espectáculo de los mutilados de guerra entristece nuestras ciudades y campiñas.

No menos considerable es el daño moral experimentado. En ciertos momentos nos preguntábamos si la justicia y la verdad, el derecho, la libertad y la fraternidad, esas radiaciones que descienden del foco divino para iluminar la ruta del hombre, esas fuerzas de lo Alto que nos sostienen en las horas de dolor, podían ser impunemente pisoteadas, ultrajadas, aniquiladas.

Se hubiera podido creer que la fuerza bruta y el embuste, la hipocresía y el odio dominarían el mundo, y hemos sentido pasar sobre nosotros el soplo del abismo. Desde todos los rincones de la Tierra gritos de angustia y desesperación suben hacia el cielo. ¡Esa es la obra de Guillermo II y de su pueblo!

Si queremos remontarnos a la fuente de origen, a la causa moral de tantos males, ¿qué encontraremos? A no dudarlo, en los alemanes un orgullo desmesurado, un ansia voraz de dominio, un exaltado sentimiento de superioridad, que les mueve a desconocer, y aun menospreciar, el mérito real de sus adversarios. Pero hay también otra cosa: aquí tocamos el talón de Aquiles, el punto más delicado y sensible de nuestra civilización, el que la hará siempre inestable y precaria. Porque en tanto esta causa siga subsistiendo, violentas corrientes podrán originarse en el seno de la humanidad y echar a rodar la laboriosa obra de los siglos.

Nos referimos a la falta de datos precisos acerca del objetivo de la vida humana y sus consecuencias en el Más Allá. Pensamos en lo insuficiente que resulta la enseñanza en lo que toca a las leyes superiores y, sobre todo,

a la ley de las consecuencias que acarrearán los actos humanos, las cuales recaen en forma automática sobre nosotros mismos y trazan el rumbo de nuestros destinos.

Ni en la Iglesia ni en la Escuela hallamos, sobre estos puntos esenciales, otra cosa que hipótesis y nociones vagas y confusas, no apoyadas por ninguna demostración positiva, por ninguna prueba cierta.

Sin embargo, hace ya más de medio siglo que el espiritualismo experimental lanza y proclama a los cuatro vientos los principios de una doctrina clara y precisa, resultante de las relaciones establecidas en todos los puntos del planeta con nuestros parientes y amigos difuntos. Esa doctrina, confirmada por innumerables pruebas de identidad provistas por las entidades comunicantes, proporciona al hombre el *criterium* de certidumbre que había venido haciéndole falta hasta hoy.

Ahora bien, ¿qué acogida ha tenido esa revelación providencial y regeneradora? Las iglesias han agotado todos los medios posibles para sofocarla. Las escuelas sólo le han brindado su indiferencia o su desdén. Así pues, privado el hombre de la luz necesaria para iluminar su camino, desprovisto del hilo de Ariadna que podía guiarlo por el laberinto de la vida, expuesto a las contradicciones de los malos pastores, ha dado rienda suelta a las pasiones, a los deseos desenfrenados que rugían en su alma. De ahí los desastres y catástrofes que se multiplican: el mundo está sacudido por espantosas convulsiones.

Imbuida de ese sombrío y grosero misticismo que le es peculiar, Alemania se ha mostrado particularmente refractaria a la nueva corriente de ideas. Los estudios psíquicos son tenidos allí en poca estima y el emperador ha sospechado de todos los funcionarios oficiales que se interesaban por ellos.

Si el siniestro monarca hubiera conocido mejor las condiciones en que se desenvuelve la vida en el Más Allá; si, familiarizado con el Mundo de los Espíritus, se hubiera enterado de lo que espera a cada uno de nosotros y de lo que a él mismo le aguarda después de su muerte, ¿hubiera firmado el decreto de movilización del ejército alemán en esa noche trágica que iba a desencadenar sobre Europa un ciclón sin precedentes?

Sirviéndose de los oficios de un buen médium hubiera podido evocar las sombras ilustres de los genios protectores de la antigua Alemania, los Goethe, Kant, Leibnitz, Fichte, o simplemente al alma de su progenitor, Federico el Sabio. Y por cierto que con sus consejos esos nobles Espíritus hubieran sabido desviarlos de su sangrienta trayectoria.

Si el Kaiser hubiera estudiado, conocido y relacionado con el Mundo Invisible habría podido ver de antemano desarrollarse ante él, como en un cuadro, la suerte que le reserva la inexorable ley. Hubiera visto a su propia alma, tinta en la sangre derramada, franqueando el temible umbral del Más

Allá, mientras surgía ante ella la multitud innumerable de las víctimas de la guerra para acusarlo, agobiarlo y maldecirlo.

En vano trata de retirarse sin ser notado, de huir. En vano busca los sitios oscuros y solitarios: esa muchedumbre lo persigue por doquier y sin cesar en sus amenazas y furores. Y si por excepción su miserable Espíritu descubre algún refugio tenebroso y desolado, se encuentra allí frente a frente con su propia conciencia, que el desprendimiento de la materia ha tornado más imperiosa. Entonces el remordimiento le atenaza y desgarrar... Y voces obsesivas le repiten esta pregunta: "Caín, Caín, ¿qué has hecho con tus hermanos?".

Después vendrá para él la sucesión de los renacimientos, la larga serie de las vidas planetarias donde su cuerpo deformado y su alma degradada habrán de sufrir todas las vergüenzas y escarnios, apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, expiando sus culpas mediante existencias oscuras y atormentadas, a lo largo de los siglos. Redimirá su pasado por medio de la humillación, el sufrimiento y las lágrimas.

Si de ese porvenir que aterra vuelve él su mirada hacia el momento actual, si calcula el apoyo y socorro que puede esperar del mundo oculto, ¿qué verá?

En vez de los Espíritus luminosos que protegen a Francia, y en lugar también, del vetusto dios imaginario que concibe su exaltado cerebro, verá cernirse por encima de sus ejércitos la negra legión de los Espíritus de las tinieblas, los reitres y los lansquenets del medioevo, insuflando a sus soldados el odio y la perfidia, ingeniándose por descubrir con ellos todas las combinaciones de una química infernal y asesina. En el espectáculo de las atrocidades que provocan, todos esos agentes del mal hallan la satisfacción de sus violentos y crueles instintos.

Pero, ante esas visiones de horror y de espanto, sintiendo el Kaiser temblar sus carnes y oprimírsele el corazón, hubiera arrojado bien lejos su pluma, a fin de no hacerse acreedor a los golpes del destino implacable. De esta manera, se habría ahorrado a la humanidad la más terrible de las catástrofes.

Pero también Francia tiene su parte en las responsabilidades. Nuestras academias, universidades e iglesias no supieron apreciar las verdades y las fuerzas morales que la Doctrina de los Espíritus les traía. Han rechazado la mano que, desde lo Alto y desde hace cincuenta años, se les tendía para conducir a nuestra nación hacia el venero fecundo y regenerador.

¿Cuáles han sido las consecuencias, sobre la vida contemporánea, de sus complejas y contradictorias enseñanzas? Antes de la guerra estábamos ante el panorama de una sociedad carente de ideal y elevación, de grandeza y hermosura moral. Las generaciones se atropellaban al azar, sin objetivo ni orientación definida, no sabiendo a qué atenerse. Pobres seres inquietos que recorrían el sombrío desfile de la existencia sin una llama en la frente, sin

paz en el corazón, y hundiéndose cada día más en la materia y la sensualidad. El hombre gastaba toda su energía en asegurarse la vida material y sólo desde muy lejos le llegaba la voz del alma que, ella también, reclama su alimento.

En presencia de tantas doctrinas confusas, desprovistas por igual de bases, pruebas y sanciones, las grandes verdades habían ido oscureciéndose y desnaturalizándose poco a poco. El error y la mentira se habían deslizado de manera gradual en toda la vida de la nación, que así se vio falseada por entero, tanto en el orden político como en las relaciones sociales.

Los intelectos y las conciencias sentían, por secreta intuición, que aquellos mismos que tenían la misión de enseñarles la verdad estaban rehusándosela, y entonces se desacostumbraron a ella. Como una consecuencia lógica de, las cosas, toda nuestra forma de vivir, pensar y obrar se vio alterada por tal motivo.

De ahí la hipertrofia del yo, la necesidad irresistible de jactarse, de hacerse ver, de aparentar, de atribuirse cualidades ficticias, méritos imaginarios, que caracterizaban a un número tan elevado de nuestros coetáneos. De ahí el desborde de los apetitos y las pasiones. Ya no se podía, en el curso de una conversación, expresar una opinión vigorosa, un pensamiento elevado y desinteresado, sin provocar sonrisas escépticas y burlonas. La virtud se había vuelto casi ridícula. El adulterio y el libertinaje se miraban con indulgencia. La especulación desvergonzada, los embrollos financieros, las prácticas de los que especulan con los negocios bursátiles y la rapiña, si daban la fortuna no provocaban ya mucha reprobación.

En el terreno político se producía el asalto a los cargos oficiales y al poder. La recomendación y el favor sustituían a las aptitudes. Los mediocres e incapaces se aferraban a los mejores puestos. Con frecuencia se confiaba el gobierno a los menos dignos de ejercerlo. La imprevisión, la mala administración de los recursos y la inestabilidad de los ministerios descalabraban las más bellas obras públicas.

Así, cuando la gran ley moral, la de los deberes y responsabilidades, ha cesado de brillar a los ojos de los hombres, todos los principios que de ella emanan se van esfumando a su vez. En las conciencias se hace noche y el mal extiende su imperio. Y, puesto que la noción de ley es inseparable de la idea de Dios, que es su generador, al paso que se debilita el culto del Poder Supremo, vemos crecer el de la carne y el del vellocino de oro y se acentúa el descenso hacia el abismo de la materia.

Llegó el huracán. Su potente soplo ha barrido hartas vanidades, muchos valores ficticios y juicios falsos. La guerra ha mostrado al desnudo todas nuestras llagas. Ha hecho resaltar las insuficiencias e incapacidades. Puso en el sitio debido a los mediocres que ocupaban ciertas posiciones. No nos cabe duda de que esas nulidades no han desaparecido por completo del escenario político, y demasiado se da cuenta de ello nuestro país, por los

males que está soportando. Pero, por lo menos, se los juzga ya como merecen, son condenados por los corazones y su reinado se extingue.

Al lado de nuestros vicios y defectos dormitaban en el alma francesa cualidades vigorosas, que los acontecimientos han vuelto a sacar a luz. Nuestra desmoralización era más aparente que real, más superficial que profunda. El genio de la estirpe se ha recobrado. Conciencias rectas y valores morales se han hallado en gran número, en especial en el seno de las fuerzas armadas. Con el auxilio inmenso prestado por el Mundo Invisible, aquéllos han salvado el honor de Francia, impidiendo su ruina, su caída, su aniquilamiento.

En páginas anteriores expusimos²³ el muy importante rol que el mundo oculto desempeña en la actual guerra: consignábamos el apoyo constante que presta a nuestros ejércitos. Pero nos hemos dejado algo en el tintero. No se sabrá, no se comprenderá jamás toda la magnitud de los esfuerzos de las energías consumidas por los Espíritus protectores de Francia para sostener a nuestros soldados en la terrible lucha empeñada. No sólo excitan e inflaman su ardor en los combates, sino además, en las largas horas de vigilia y espera que pasan ellos en las trincheras, les inspiran una resignación estoica. Su impetuosidad en el ataque había llegado a ser proverbial, pero he aquí que se revelan ahora en el alma nacional cualidades desconocidas, de paciencia y perseverancia.

Después de dos años de fatigas y padecimientos, nos preguntábamos si nuestros soldados podrían afrontar los rigores de un tercer invierno. Pues bien, el hecho es que soportan con igual coraje las ráfagas de artillería, las bocanadas de gases asfixiantes y, en ciertos días, hambre, frío y humedad – esta última generadora de tantas enfermedades-, e incluso el contacto con insectos repugnantes.²⁴

²³ Véase el Capítulo 8. [*N. de L. Denis.*]

²⁴ Durante el primer conflicto mundial a que se refiere el autor, el problema de los insectos parásitos que atacan al hombre y a otros mamíferos era en extremo grave, a causa de las prolongadas permanencias de los combatientes en el ámbito infecto e insalubre de las trincheras. Precisamente por entonces reapareció en Servia, con toda virulencia, la fiebre tifoidea, que había asolado antes a Gran Bretaña, donde se la conocía como “fiebre de las cárceles”. Esta afección, para la que no se disponía de remedios en aquella época, era consecuencia de las placas de parásitos que atormentaban a los soldados, y a los une el científico británico SIR ARTHUR SHIPLEY, catedrático en Cambridge, denominaría años después “los pequeños horrores de la guerra”. Hubo que aguardar a que estallase la segunda conflagración mundial para encontrar un paliativo eficaz, un recurso seguro contra ese tipo de insectos, y éste fue el DDT, que al ser aplicado, en el norte de África, a las fuerzas británicas en operaciones, cooperó en gran medida a mejorar el estado sanitario de las tropas. Pero lo curioso del hecho reside en la particularidad de que la fórmula del DDT, como síntesis química, databa del año 1874, fecha en que un joven químico alemán, de nombre ZEIDLER, la utilizó como tema de una tesis suya presentada a la Universidad de Estrasburgo, ¿Cuántos sufrimientos no se hubiera ahorrado a los millones de hombres que soportaron el peso agobiador de la gran guerra si se hubiesen

En 1870-71, enrolado como voluntario, pude comprobar que la mentalidad de las tropas era muy diferente. Pero en aquel entonces el Mundo Invisible no nos prestaba apoyo con sus fluidos poderosos y Francia fue derrotada.²⁵

Como decíamos antes, al rojo fulgor de los acontecimientos han aparecido todas nuestras miserias morales, la debilidad de los caracteres, la desnudez de las conciencias, cuanto en nuestra sociedad era vano, artificial y embustero. Por haber falseado la verdad en casi todo, en las transacciones, la enseñanza y la política, estuvimos a punto de sufrir, como castigo, la mentira en lo que tiene ella de más aborrecible. El emperador alemán no ha cesado de mentir, en detrimento nuestro, a la faz del Universo, invocando el nombre de Dios. Desde entonces, la verdad, ha mostrado ser el único medio de asegurar la lealtad y la dignidad en las relaciones humanas.

Por otra parte, los ejemplos heroicos de nuestros combatientes han tenido inmensa repercusión en el país entero. Su sacrificio al deber, su abnegación ante el sufrimiento y la muerte eran tales como para avergonzar a los egoístas y a los gozadores que no estaban en el frente. Su obra esencial consiste en liberar el territorio, no cabe duda, pero trae consigo, asimismo, una gran lección moral. Desde este punto de vista se proponen proseguirla, inclusive en la postguerra.

Es esto, al menos, lo que resalta de gran número de cartas significativas enviadas desde el frente. Quieren que un gran soplo de pureza barra la densa atmósfera que vela nuestras miradas y nos oculta realidades temibles. Sueñan con un noble ideal, con una sociedad espiritualizada en que la vida del alma tenga libre expansión. En las horas dramáticas, como en un relámpago, o bien de modo gradual en la prolongada espera de las trincheras, han entrevisto la ley soberana que hace recaer sobre cada uno y sobre todos las consecuencias de los actos realizados. Comprendieron que por haber durante mucho tiempo aceptado y acariciado las antiverdades

descubierto antes las propiedades insecticidas de esa sustancia, que a la sazón no se conocían?
[N. del T.]

²⁵ Alude LEÓN DENIS a la guerra franco-alemana de esos años, donde los franceses fueron vencidos por el enemigo en Metz y en Sedan, desmoronándose el Imperio y capitulando París, el 28 de enero de 1871. Obligada Francia a pedir el armisticio, el tratado de Frankfurt (Frankfurt-sur-le-Main), suscrito el 10 de mayo del mismo año, le impuso una onerosa contribución de guerra y la pérdida de Alsacia -a excepción de Belfort- y de parte de la Lorena. El autor de este libro tenía entonces veinticuatro años de edad, pero ya su vista era deficiente, por lo que al principio fue exceptuado del servicio. No obstante ello, se enroló como voluntario -según lo declara en el párrafo que acaba de leerse- y mostró notables cualidades en una profesión que hasta la víspera misma le había sido desconocida. Tan cierto es esto, que era subteniente cuando se firmó el armisticio. Para más detalles acerca del tema véase GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo*. Su vida y su obra, página 22 y siguientes, edición citada. [N. del T.]

hemos debido sufrir las mentiras del extranjero, más pesadas y groseras. Han comprendido también que por haber buscado en exceso la vida fácil, la existencia dorada por la fortuna y los placeres, hemos tenido que soportar privaciones y miseria. Sienten, por último, que esa visión, esa comprensión de las cosas superiores debe penetrar en el pensamiento y la conciencia de todos si queremos detener a nuestro país en la pendiente fatal por donde está resbalando.

Claro que esas almas generosas sólo constituyen una pequeña minoría dentro del conjunto de la nación, pero pueden ser como la levadura que hace leudar la masa. Numerosos son los adversarios de toda espiritualidad y querrán, por todos los medios a su alcance, conservar su imperio. Tras haber expulsado al invasor, habrá que luchar aún contra las influencias perniciosas, las oposiciones y las rutinas de dentro de nuestro país. Por encargarse de educar a la niñez se librarán, sobre todo, las más vivas luchas, porque el que dispone del niño se asegura el porvenir.

¿Estará la educación oficial a la altura de su tarea? Nos permitimos dudar. No obstante, sus inspiradores deberían comprender que con negaciones o con ayuda de una moral nebulosa y desprovista de sanción no se logrará rechazar las tentativas del oscurantismo y rehacer la conciencia del pueblo.

Justamente entonces podrá el Espiritismo intervenir y desempeñar su rol providencial. Viene a ofrecer, a la vez, a la educación popular el cimiento y la cúpula que le hacen falta, esto es, la prueba sobre la cual descansa todo el edificio de nuestros conocimientos, y la doctrina moral que constituye su pináculo y asegura su armonía. Pero ¿no forma parte, acaso, del destino de los enviados divinos, el ser desdeñados y puestos en ridículo en grado sumo? Pues bien, no escapa el Espiritismo a esta regla. Con todo y eso el acúmulo de testimonios, la adhesión de hombres eminentes, que poco a poco le van haciendo lugar en la ciencia inglesa, terminarán sin duda por impresionar a nuestro país. Se llegará a admitir la sobrevivencia del Ser y su evolución mediante los renacimientos, no de otro modo que como se cree en todos los axiomas científicos; por ejemplo, en los movimientos de la Tierra, sin haberlos personalmente comprobado.

En el ínterin, a todos nosotros, -y en especial a los padres, a los cabeza de familia- corresponde velar porque el intelecto y la conciencia de los niños no sean falseados por una enseñanza de tipo sectario o carente de principios elevados.

Pero, después de la contienda armada, ¿seguirán siendo las cosas iguales a como eran en la preguerra? Bajo la acción irresistible de los sucesos un trabajo mental se habrá operado en gran número de individuos. Muchos prejuicios y falsos puntos de vista habrán sido barridos. Es prudente no desesperar de nada ni de nadie, En efecto, ¡cuántas mentes se encontrarán liberadas del yugo que hasta hace poco soportaban! ¡Cuántas conciencias,

removidas en sus profundidades, rechazarán los artificios y convenciones pueriles que frenaban su impulso hacia una luz más viva!

Pareciera que la voluntad de Dios consista en que el mundo se reforme y se regenere por medio del dolor. Nunca como ahora volverá a ofrecérsenos ocasión tan propicia. Sepamos aprovecharla para difundir en todos los ambientes la gran doctrina espiritualista que ha de poner en pie a la humanidad.

Además del Mundo Invisible, en nuestra ardua labor de propagandistas de la doctrina tenemos dos compañeros de lucha que nos estimulan sin cesar y nos impulsan hacia adelante: el deber y la verdad. A lo largo de cuarenta años hemos venido trabajando junto con ellos, ya sea por medio de la pluma o bien con la palabra. Al comienzo, sobre todo en nuestra acción como conferencistas, cosechábamos más sarcasmos que aplausos. El Espiritismo era tenido entonces por cosa ridícula. Pero de una manera paulatina la opinión pública se ha ido tornando más accesible: consentían en escucharnos, sin extraer, empero, mucho beneficio de nuestras enseñanzas. Hoy, en cambio, además de escuchar; reflexionan, estudian y comprenden... Mas esto no resulta suficiente aún: es menester que el conocimiento de las leyes superiores se traduzca en actos.

Más adelante se nos rendirá plena justicia. Caerán en la cuenta de que si se hubiese conocido y respetado siempre la ley inmanente de las responsabilidades, muchos males, hartos desfallecimientos y caídas se habrían evitado. Día vendrá en que, midiendo toda la magnitud y repercusión de las faltas cometidas, se pondrá en la picota de la opinión pública a los dirigentes de toda índole -epicúreos, gozadores, corrompidos y corruptores- cuyos comportamientos nos han llevado hasta el borde mismo del despeñadero.

Pero los sacrificios realizados, ora en la lucha misma, ora en el alivio de las miserias comunes, rendirán sus frutos. De la sangre derramada despuntará una floración de nuevas virtudes.

Vivimos uno de esos momentos solemnes en que, en el crisol de los acontecimientos, la historia vuelve a fundir a la, humanidad. Los Aliados intentan un supremo esfuerzo para conquistar una vida más noble, más digna del alma y sus destinos. Tengamos confianza en los designios de Dios en cuanto a nuestro país. Francia se está purificando por medio del dolor. ¡Los sufrimientos infinitos que sus hijos han padecido no serán estériles!

11. LA HORA DEL ESPIRITISMO

Junio, 1917.

La vista del espacio, la contemplación del firmamento en las apacibles horas de la noche, despiertan en nosotros una especie de respetuoso temor.

La sensación de las distancias, la multiplicidad de los focos luminosos que en él resplandecen, el pensamiento de que cada uno de ellos es un sol, un sistema planetario, y que más allá de los límites que nuestra mirada es capaz de abarcar otras legiones de astros hay, que gravitan hacia el infinito en el seno de los abismos, todo ello se enseñorea de nosotros, agobiándonos. Comprendemos entonces cuán grande es nuestra debilidad, nuestra impotencia, frente al incalculable Universo.

Y una impresión semejante -mezclada esta vez con la angustia- experimentamos en presencia de los sucesos formidables que se operan en la Tierra, en torno de nosotros. En medio del huracán nos sentimos cual briznas de paja arrebatadas por las altas olas del océano. La causa visible de todos estos males es la ambiciosa y feroz Alemania; pero, por encima del libre arbitrio de las naciones, una intuición segura nos revela la existencia de algo misterioso e infinitamente poderoso, que del caos de las pasiones desatadas sabrá hacer surgir el orden y la regeneración de la humanidad.

Los imperios rapaces soñaban con dominar y sojuzgar al mundo, y he aquí que violentas correntadas arrastran a todos los pueblos hacia la libertad. Incluso en aquéllos están minando a las calladas los tronos y las instituciones seculares. La meta de nuestros enemigos consistía en asegurar por siempre la riqueza y gloria de los germanos, y lo que ahora se viene preparando es su vergüenza y también su ruina. A través de las tinieblas que sobre nosotros pesadamente se desploman vislumbramos el amanecer de un nuevo día. Una vegetación inesperada va a brotar y florecer sobre ruinas y tumbas...

Es llegada la hora del Espiritismo. En los tiempos de pruebas por que atravesamos, trae esta doctrina consuelo y esperanza a las almas desoladas, a cuantos lloran la pérdida de sus seres queridos, y a todos aquellos, también, cuyos hijos están en el frente de batalla: esos hijos amados a los que dispensaron tantos cuidados y solicitudes y por los que sintieron tantas aprensiones. Son incontables los que el dolor oprime y que experimentan la necesidad de una confortación, de un auxilio moral. Todas las naciones que están ahora combatiendo por la libertad del mundo, por el derecho de los débiles y por la justicia, han visto a la flor y nata de sus juventudes segadas por la metralla, y esas pérdidas crueles repercuten en profundas y dolorosas vibraciones hasta en el corazón mismo de nuestra estirpe.

Nunca la humanidad tuvo mayor necesidad de una doctrina que le preste apoyo y le dé aliento en las horas trágicas. El Espiritismo ofrece su rayo de luz a todas las almas ensombrecidas por la tristeza y la desesperación. Extiende su bálsamo consolador sobre todas las heridas.

Por eso la guerra, al paso que es causa de ruinas innumerables, por el exceso mismo del sufrimiento que provoca podrá tornarse en la ocasión para un restablecimiento moral. Una de sus secuelas imprevistas es la de que ha intensificado la comunión que liga al mundo de los vivos con el de los difuntos. La mayoría de los que combaten en el frente tienen conciencia de la poderosa ayuda que del Más Allá están recibiendo. Pero la atribuyen al estado de exaltación que experimentan a la hora del peligro, a la valentía y confianza inquebrantables que no los abandonan nunca, creando en ellos una mentalidad muy diferente de la que impera en la retaguardia. Sobre este punto he recibido cartas tan afirmativas como numerosas.

Un episodio que ha llegado a ser célebre hace este hecho todavía más tangible. En medio de una furiosa escaramuza de trincheras el lugarteniente Péricard lanza este llamado sublime:

-¡De pie, los muertos!

En su carta a Maurice Barrés, el protagonista define el sentido de sus palabras:

"El grito no es sólo mío, sino de todos nosotros. Cuanto más identifiquéis mi rol con el de la masa de los soldados tanto más os acercaréis a la realidad. Tengo la convicción de no haber sido más que un instrumento en manos de un poder superior".

Volvemos a hallar ese sentimiento en muchos de nuestros contemporáneos. Empiezan a comprender que hay dos mundos en el nuestro... Detrás del que se ve existe otro -el más genuino, seguro y duradero-, en el que se despliegan todos los esplendores de la vida inmortal. De ahí que cada vez más se manifieste la necesidad de saber y creer, de ligarse a lo que hay de elevado y estable, de permanente en el Universo.

De todas partes me notifican la formación de grupos espiritistas, integrados especialmente por intelectuales: preceptores, institutrices, profesores, oficiales en retiro, etcétera. La circulación de nuestros libros, folletos y revistas se ha hecho más intensa. Nuestros adversarios se han inquietado ante tal situación: la Iglesia católica movilizó a sus mejores predicadores. Pero las conferencias del padre Coubé, unidas a la acción de Dickson, y que se podían creer arregladas de antemano, no han obtenido el resultado que se esperaba. La tesis del primero de los nombrados, acerca de la intervención del demonio en los hechos del Espiritismo, y los groseros trucos de que echó mano el segundo, han provocado la sonrisa de sus

oyentes, e incitaron la curiosidad del público, atizando su deseo de estudiar nuestra doctrinas y experimentar los fenómenos que obtenemos.

Así pues, nuestros contradictores, en su malevolencia, han marchado exactamente en contra de la meta que se habían propuesto alcanzar. Intentando sofocar la verdad, sólo han logrado darle más libre vuelo. Hace alrededor de cincuenta años el obispo de Barcelona, al proceder a la quema, en lugar público, de los libros de Allan Kardec, no consiguió otra cosa que llamar la atención de las gentes sobre el Espiritismo. En aquella época nuestros adeptos españoles eran escasos. Hoy, en cambio, Cataluña es una de las comarcas del mundo donde los espíritas son más numerosos.

Por su parte, Inglaterra nos está ofreciendo un grandioso espectáculo. La iniciativa, tenacidad y perseverancia que ha venido manifestando en la guerra, volvemos a encontrarlas en el terreno científico, en la investigación metódica de las causas y efectos de los fenómenos mediúmnicos. Sus sociedades de estudios psíquicos son las mejor organizadas y las que obtienen resultados más brillantes.

Los nombres de los sabios ingleses que se han pronunciado en nuestro favor constituyen ya una verdadera pléyade. Se lescita a menudo. Digamos tan sólo que el de Sir Oliver Lodge luce en estos momentos con vivo resplandor. Tras los resonantes discursos que pronunció, acaba de publicar un libro sobre su hijo Raimundo, muerto en Flandes, y acerca de las manifestaciones espiritistas que han tenido lugar a posteriori del deceso del joven oficial.

Esa obra produjo en todo el Reino Unido profunda sensación. Ganó para nuestra causa a muchas almas sometidas por la guerra a pruebas dolorosas, la mayor parte de las que están llorando a los seres queridos que cayeron en la encendida lucha.

De esta manera, la brecha que a la hora presente hacen los ingleses en las líneas enemigas, la han hecho asimismo en el dominio moral, en el conocimiento del Más Allá. En gran medida deberemos a ellos el triunfo definitivo del Espiritismo en el mundo.

Sin embargo, no nos mostremos injustos con nuestros propios sabios. Bien es verdad que la ciencia francesa se ha manifestado durante mucho tiempo hostil a los estudios psíquicos. Cuando accedía a ocuparse de ellos, era casi siempre para desvirtuarlos y atribuirles causas ilusorias. Pero entre ellos mismos han aparecido clarividentes, precursores, para señalarles el camino seguro. A su cabeza hallamos al ilustre astrónomo Camille Flammarion.

Vienen después el profesor Charles Richet, el rector Boirac, el abogado general²⁶ Maxwell, y otros.

²⁶ Funcionario del ministerio público que sustituye a los procuradores generales, sobre todo en lo que concierne al servicio de las audiencias, en el tribunal de justicia y cortes de apelaciones. [N. del T.]

Y no olvidemos a aquellos que han pasado a lo Invisible y continúan desde allá prestándonos su concurso: el coronel de Rochas²⁷ y el doctor Paul Gibier. Ante su ejemplo y bajo la influencia creciente de las afirmaciones que provienen del otro lado del Canal de la Mancha es imposible que nuestros sabios no renuncien a su indiferencia y rutina para abordar con franqueza el terreno de la experimentación sincera y leal. A ello los invita la voz de todo un pueblo que reclama su parcela de verdad y de luz.

El Espiritismo no tiene nada que temer de sus adversarios, pero debe temerlo todo de sí mismo, esto es, de los abusos que pueden provenir de una falsa interpretación de los fenómenos y una mala dirección impresa a las experimentaciones. Al mismo tiempo que nuestras creencias se difundían y se ponían al alcance del público, se han visto surgir serias dificultades. Al lado de los miles de almas a quienes el Espiritismo consoló y reconfortó, llamándolas al sentimiento de una vida más elevada, al de los deberes y responsabilidades, se producían casos de obsesión, exaltación y alteraciones mentales, y a veces han llegado hasta nosotros gritos de alarma a causa de estos hechos.

Así pues, igual que todas las fuerzas de la Naturaleza, el Espiritismo ofrece peligros. Todo aquello que sea poderoso para el bien puede ser asimismo -conforme al uso que se haga de ello- poderoso para el mal. Algunos críticos sólo quieren ver los lados malos del Espiritismo y, para combatirlo, los exageran... Descuidan tomar en cuenta la influencia bienhechora que emana de su doctrina y de la práctica de sus enseñanzas. Toca a los espíritas esclarecidos desarmar esta táctica y lograr que se rinda justicia a nuestra causa, haciendo resaltar su noble y elevado carácter.

Tanto en el Mundo Invisible como en el nuestro el bien y el mal se equilibran y proyectan su acción sobre los humanos que la provocan o

²⁷ El coronel ALBERTO DE ROCHAS -a quien se refiere con más extensión el autor en el Capítulo 17- llevó a efecto una completa serie de experimentos de regresión de la memoria con sujetos que sometía a trance hipnótico cada vez más profundo, haciéndoles retroceder paulatinamente en el tiempo hasta llevarlos a su infancia, nacimiento y estado intrauterino. Cuando, llegados a este punto, los sujetos daban un nuevo paso atrás, surgía de súbito una personalidad distinta, en ciertos casos diametralmente opuesta, y por lo general de un individuo adulto, anciano en ocasiones, lo que a todas luces era una confirmación de la teoría reencarnacionista. DE ROCHAS expuso estos hechos extraordinarios en un libro casi olvidado hoy y que llevaba por título el de *Las vidas sucesivas*, y a pesar de que con posterioridad a él la hipnosis continuó progresando y ganando terreno en la opinión de una manera creciente, los experimentadores que le han sucedido prefirieron volcarse al campo de la hipnosis clínica o hipnoterapia, dejando a un lado el camino que inició aquél. Hoy en día, en algunos libros modernos sobre la especialidad se mencionan, como al desgaire, los experimentos de ALBERTO DE ROCHAS sobre la regresión de la memoria, pasándose en seguida a otra cosa, sin atribuirles la vital importancia que revisten. [N. del T.]

atraen a sí. El estudio serio del Espiritismo exige ciertas cualidades, espíritu cultivado, juicio certero, autodomínio, constancia y perseverancia incansables. La investigación de los fenómenos en sí mismos, la manía o entusiasmo por los hechos psíquicos sin su complemento moral, no constituyen sino una especie de profanación de la muerte.

El Espiritismo no es tan sólo una ciencia, es también una revelación, una obra de verdad y de luz. Se dirige a la vez a la inteligencia y al corazón. Tiene, como un gran edificio, pisos sucesivos. Sus cimientos apoyan sobre la roca sólida de los hechos debidamente comprobados y verificados. En su cripta, los Espíritus inferiores se complacen en los fenómenos vulgares, y este ambiente es frecuentado por las obsesiones, alucinaciones y tendencias a la superchería. Pero, a medida que subimos las escaleras de la casa, van apareciendo las manifestaciones intelectuales y las revelaciones puras. La actividad de las almas superiores se realiza en los lugares más altos que, como las agujas dentadas de una catedral, se lanzan hacia la bóveda azul.

En el Espiritismo, cada cual se ubica en el lugar que le asigna el estado de adelanto de su Espíritu. Unos se dedican en forma exclusiva a los hechos, que son la corteza o envoltura de aquél. Otros optan por los frutos, o sea, su filosofía y su moral.

En este sentido, principalmente, está llamado el Espiritismo a desempeñar un rol regenerador. Porque su doctrina responde a todas las necesidades de la mente y colma las lagunas del conocimiento. Resuelve los enigmas de la vida, los problemas del mal y del dolor. En estos tiempos de pruebas y anarquía nos da confianza en el futuro el observar que el Universo está regido por leyes de armonía y que la última palabra, en todas las cosas, corresponde siempre al derecho y a la justicia. Proporciona a la existencia una razón de ser y un objetivo: la conquista de la verdad, de la sabiduría y la virtud. Nos consuela de nuestras desilusiones y reveses en virtud de que, si el bien es con frecuencia desconocido en la Tierra, al menos reina soberano en las esferas elevadas, adonde cada uno de nosotros debe algún día ascender. Al señalarnos la noble finalidad de la vida aparta a los Espíritus de las preocupaciones egoístas y materiales y de las agitaciones estériles.

La tarea esencial consiste, pues, en rehacer al hombre interior: sin ella, toda reforma social sería vana o resultaría precaria.

La importancia de esas soluciones aparecerá evidente a todos los ojos el día en que, ya concluida la guerra, se piense por fin en crear un ideal nacional y en hacerlo penetrar en el alma francesa por medio de la educación del pueblo. Una nación se encuentra amenazada de perecer moralmente cuando está desprovista de un ideal que la inspire y sostenga en las horas de crisis. Tal fue el caso de Francia y no ha sido otra la causa de su debilitamiento temporario.

Desde ya podemos calcular en qué medida el sombrío y feroz ideal alemán ha sido generador de poder y energía. No obstante, basándose como se basa en concepciones falsas, sólo podía dar por resultado la caída y la ruina. En lugar de las altas cualidades morales que constituyen la auténtica civilización, dicho ideal había desarrollado en el alma germánica la infatuación, la altivez y la crueldad. Esa doctrina del superhombre que pretende avasallar a la Tierra entera y no obedecer más que a sus propias leyes la debe Alemania, sobre todo, a sus filósofos materialistas.

La nación alemana ha sido envenenada por su enseñanza universitaria, por una presunta cultura que sólo era, en rigor de verdad, la negación de todo lo que hay de más noble y sagrado en la humanidad.

Los hechos tremendos que se están sucediendo actualmente son como la piedra de toque, que permite juzgar el valor de los hombres y las cosas, de las teorías y sistemas. Bajo el soplo del huracán cuanto había de convencional, ficticio y mentiroso se ha desvanecido, y la verdad apareció sin velo, en su belleza, o en su fealdad. Hemos podido medir todo el alcance de las diversas doctrinas, si no por sus principios, al menos por sus consecuencias. Así, el ideal germánico ha suscitado indignación y horror en la conciencia del mundo. En cuanto a nosotros, la indiferencia y el escepticismo, resultados de la enseñanza oficial, se han revelado insuficientes en los días de pruebas.

Las doctrinas productoras de orgullo y espanto pusieron de manifiesto lo nada que son. En cambio, otras creencias que eran desdeñadas, tenidas en menos, han demostrado ser ricas en consolaciones y esperanzas, capaces de exaltar el valor individual y levantar a las almas agobiadas por el peso del dolor. El Espiritismo vuelve a conducirnos a las grandes tradiciones de nuestra patria, embellecidas aún por las conquistas de la ciencia y el trabajo de los siglos. Al dominio por medio de la fuerza brutal, la expoliación y el asesinato, la Doctrina Espírita opone la libertad y fraternidad de las almas en armonía y en paz.

12. AUTORIDAD Y LIBERTAD

I

Julio, 1917.

Nadie puede dejar de reconocer que estamos asistiendo, desde hace tres años, a uno de los mayores dramas de la historia. Dos mundos o, más bien, dos grandes principios -autoridad y libertad- entran en colisión, forcejean, y sus choques repetidos sacuden la Tierra entera.

Bajo el aparente desorden, en medio del caos de las pasiones desatadas, fuerzas creadoras están en la tarea y trabajan en la preparación de un orden nuevo. La conciencia del mundo se desarrolla y se afirma por el efecto mismo de los ultrajes que está recibiendo. A través de las vicisitudes de los tiempos el Ser se encamina hacia una forma de vida más completa; el ideal se realiza y la marcha hacia lo absoluto prosigue.

Los hechos históricos de mayor importancia son sólo una revelación de esa hostilidad, ora sorda, ora violenta, y manifestaciones de la lucha entre el espíritu de dominación y los esfuerzos intentados para conquistar la libertad.

Cuando el Cristianismo llegó no era únicamente un gran movimiento religioso. Al llamar a todos los hombres -incluidos los esclavos- a obtener los bienes del cielo, los hacía iguales ante Dios y, por repercusión, ante las leyes de este mundo. De ahí que los pequeños, los humildes y desheredados lo abrazasen con fervor. Las primeras comunidades representaban la forma más perfecta del socialismo igualitario y cristiano.

¿Es este un efecto de la ley de los reflujos? El Cristianismo, que en su origen era de esencia democrática, se ha convertido en una teocracia autoritaria y despótica por obra de los concilios y por la constitución de la Iglesia romana, bajo el nombre de catolicismo. El reinado temporal del sacerdote es el más pesado de todos los yugos, porque oprime a la vez el cuerpo y el Espíritu; impone dogmas que a menudo son reprobados por la razón y exige que sean tenidos por verdaderos.

Durante siglos el poder papal había dominado Europa, suspendiendo la vida del pensamiento y obligando a inclinarse al Occidente ante la amenaza del infierno o de la excomunión. Vino después la Reforma, que entreabrió las puertas de la sombría prisión y devolvió al alma un poco de aire y luz.

La Revolución Inglesa de 1688 y la Revolución Francesa de 1789 constituyen la tercera de las grandes etapas hacia la libertad. Dejando a un lado las culpas y los excesos cometidos, la sangre derramada en el curso de esos graves levantamientos, hay que reconocer que las ideas elaboradas entonces germinaron e hicieron crecer abundantes mieses democráticas.

Las campañas de Napoleón Bonaparte, en primer término, y en segundo la guerra actual, constituyen los regresos ofensivos de la autocracia. Pero la soberbia tentativa de Guillermo II por sojuzgar el mundo pareciera tener que concluir, por una ironía del destino, en la liberación definitiva de los pueblos.

En la presente lucha, los elementos que se enfrentan tienen un carácter más acentuado que en los conflictos anteriores. En efecto, ya no se trata de una querrela de razas, lenguas o religiones. Tanto en los beligerantes como en los neutrales dos partidos se yerguen el uno contra el otro. Por un lado hallamos todos los fermentos del absolutismo monárquico o clerical, todos aquellos que se aferran al espíritu de casta, a las tradiciones de la autoridad en la totalidad de sus formas: administrativa, militar, eclesiástica; cuantos profesan una admiración sin reservas al imperialismo germano, sus instituciones, su sapiente organización, su rígida disciplina, su sistema educativo. Por el otro lado, tenemos a todas las colectividades e individuos ávidos de independencia, a cuantos la opresión y la presunta infalibilidad indignan, y que colocan por sobre cualquier otra cosa el derecho de los pueblos y la justicia social.

El entusiasmo que los unos ponen de relieve por los imperios del Centro, los otros lo reservan para Francia, a la que conceptúan el paladín de la libertad del mundo, y que, a sus ojos, se ha ofrecido en holocausto para la salvación de las naciones. Los testimonios que nos llegan de todos los rincones del globo son, a este respecto, significativos. Ya empieza nuestra patria a ser indemnizada de las humillaciones y reveses que ha venido sufriendo desde hace cincuenta años. En el orden moral, hasta que las cosas mejoren, está obteniendo el desquite que la historia le debía.

Conforme la verdad se va divulgando, aparecen más claras las causas reales y las responsabilidades de esta contienda armada. La opinión y la conciencia de ambas Américas se tornan cada vez más favorable a Francia. El apoyo y los socorros que de ahí recibe se acrecientan con las simpatías que cosecha.

El drama inicial, el asesinato de Sarajevo,²⁸ sigue envuelto en el misterio y todavía no es posible conocer a sus verdaderos instigadores. Pero, sean éstos quienes fueren, la agresión brutal y salvaje contra una Servia dispuesta a todas las concesiones no deja por ello de ser un acto aborrecible. La declaración de guerra a Francia por motivos falsos y pueriles, inventados sin motivo, y sobre todo el atentado contra la inocente

²⁸ En esta ciudad yugoslava, antigua capital de Bosnia, el 28 de junio de 1914 perecieron, víctimas del atentado terrorista, debido a un estudiante serbio, el archiduque de Austria FRANCISCO FERNANDO (1863 - 1914) y su esposa, la princesa de HOHENBERG. Este crimen encendió la mecha que hizo estallar el polvorín, pues fue tomado como pretexto para desencadenar la guerra. [N. del T.]

Bélgica, a despecho de los solemnes compromisos contraídos,²⁹ el carácter de atrocidad impreso a la lucha por los alemanes, el martirio de los pueblos pequeños derrotados por ellos, todo esto ha provocado un sentimiento universal de reprobación y horror. A no ser por estos hechos incalificables, ni Inglaterra, ni Italia, ni los Estados Unidos se hubieran lanzado a la refriega, y Francia habría debido soportar sola la inmensa embestida de los teutones. Hay, pues, en ello un elemento moral de fundamental importancia, y mucho me parece que en esta conflagración en que las fuerzas materiales alcanzan su potencia suprema serán las imponderables las que digan la última palabra.

En ese mundo de hierro en que el método del aniquilamiento parecía soberano, la antigua ley moral reaparece y el sano derecho recupera su imperio. Aquellas naciones que piensan estar en posesión de la verdad y la justicia, que se hallan penetradas de esto y logran que su sentimiento sea compartido por todos, pueden contar con una solución favorable del conflicto.

En cambio, mucho tiempo hace que se viene infiltrando en el alma alemana la duda respecto de la legitimidad de su causa. En los pueblos de allende el Rin se va afirmando la convicción de que unos cuantos jefes orgullosos y ciegos les imponen pesados sacrificios y duras privaciones, sin que haya compensación ninguna. Poco a poco los gritos de triunfo se van trocando en maldiciones. El *Kaiser* ve surgir ante él el fantasma de la revolución. Los espectros de la abdicación, el hambre y la ruina rondan sus noches.

Por su parte, la situación de Rusia se ha convertido en un problema angustioso. El poder de los zares, minado por las intrigas alemanas y por la traición, ha caído bajo el vigoroso empuje del pueblo. El coloso de los pies de arcilla se ha desmoronado en unos pocos instantes. Una nueva democracia ha nacido. ¿Sabrá organizarse, disciplinarse, establecerse sobre bases sabias y duraderas, o, entrando en la demagogia y la anarquía, conducirá a la disgregación de ese vasto imperio? Las pasiones y las desconfianzas que se enseñorean en los ambientes políticos, el estado de insubordinación del ejército, justifican todas las alarmas.

Ciertamente, la crisis rusa es una crisis de autoridad y de libertad. No basta conquistar esta última, hay que hallarse maduro para practicarla. En el perpetuo conflicto en que se encuentran las cosas de este mundo, uno de esos dos principios (autoridad y libertad) no triunfa casi nunca si no es en

²⁹ Pese a la heroica resistencia que opuso, en agosto de 1914 Alemania invadió Bélgica, cuya neutralidad se hallaba garantizada por los tratados de 1839. Una vez más, como ha sucedido siempre, los acuerdos internacionales se convirtieron en simples "pedazos de papel". Esta nación debió aguardar hasta noviembre de 1918 para verse libre de la ocupación casi total de su territorio por parte del enemigo. [N. del T.]

detrimento del otro. Cuando la paz y la armonía social no se logran por el entendimiento, por el perfecto acuerdo de esas dos fuerzas, unidas en medida igual, en casi todos los casos una de ellas predomina, en perjuicio, o del orden, o de la actividad individual. Una libertad excesiva conduce a la licencia y anarquía, y la anarquía, a su vez, desemboca en el despotismo. La humanidad se debate en una especie de círculo vicioso, por falta de sabiduría y equilibrio moral.

A ese acabado acuerdo entre autoridad y libertad se han acercado bastante bajo formas diversas -monarquía o república- algunos pueblos pequeños, como Suiza, Noruega y Dinamarca. En ellos, la instrucción general, un elevado sentimiento religioso, una firme educación popular, han facilitado su ejercicio. No sucede otro tanto en los grandes Estados, donde las pasiones políticas y la ambición, el deseo de expandirse y dominar el mundo, han monopolizado las fuerzas vitales en perjuicio de la paz interna y del auténtico progreso. ¿Dónde, pues, habremos de ir a buscar un ejemplo, un modelo, una pauta definida, para establecer la estabilidad y el equilibrio de las instituciones humanas?

Sólo el estudio de la vida invisible puede darnos a conocer un mundo en que autoridad y libertad se combinan y complementan en perfecta armonía. Las revelaciones de los Espíritus nos muestran claramente la existencia, en el Más Allá, de una jerarquía de poderes y de inteligencias que van escalonándose hasta Dios mismo. Pero tales revelaciones nos enseñan, asimismo, que en la vida espiritual todo Ser disfruta de una suma de libertad que está adecuada a su grado de adelanto. La supremacía de las almas es siempre proporcional a sus méritos, y no es posible equivocarse al respecto, pues su irradiación es la característica de su elevación. Conforme el Espíritu va subiendo los peldaños de la vida celestial se torna más brillante y luminoso, y su voluntad se impone por medio de una acción magnética, que se acrecienta con su poder de radiación. Hemos aquí lejos de las condiciones de la pobre sociedad terrenal, donde es tan fácil para los bribones, viciosos y embusteros disimular su verdadera índole tras apariencias prolijamente estudiadas, modales seductores y facilidad de palabra.

En tanto las instituciones sociales no se pongan en concordancia con las leyes del Espacio, seguirán persistiendo en la Tierra perturbaciones, desórdenes y confusiones. Todo en la vida universal está regido con miras a la evolución. Cada una de nuestras encarnaciones terrestres, cada una de nuestras existencias planetarias constituye una etapa en nuestro eterno viaje. Procedentes de lo infinito, venimos a los mundos materiales a fin de continuar nuestra educación, y después regresamos a la vida de lo infinito. Por eso nos hallamos expuestos a recomenzar la tarea en la Tierra tantas veces cuantas sea menester para que realicemos los necesarios progresos. El orden social, pues, debe estar organizado de manera de proporcionar a

cada uno de nosotros la mayor suma de resultados, desde el punto de visto evolutivo.

Puesto que las situaciones en que se encuentran las almas son variadas en extremo, las condiciones sociales deben serlo también. Condiciones elevadas son relativamente raras, porque resultan peligrosas para el Espíritu encarnado en la Tierra, al que rodean de las tentaciones de la fortuna y el poder, y cuyo orgullo acicatean. En cambio, no ocurre lo propio en las situaciones inferiores, pues las necesidades, las duras exigencias que traen consigo, constriñendo al Espíritu al esfuerzo, desarrollan su yo, su personalidad, su conciencia, y acrecen sus energías latentes. Penas del cuerpo y del alma, obligación de trabajar, tiranía de la materia, de la enfermedad y de la muerte, tales son los medios con cuyo concurso el Espíritu llega a comprender las severas disciplinas y a poner en práctica la ley del deber. La vida terrestre es el crisol en que el alma se transforma, preparándose para las grandes tareas futuras. Considerada aisladamente, nuestra actual existencia parece oscura y desprovista de sentido a la mayoría de los hombres. Pero si la examinamos dentro del conjunto, relacionada con la que le precedió y con la que le seguirá se nos muestra como el magnífico terreno en que el Ser construye su destino, edifica su creciente personalidad y llega a hacerse libre por completo, al dominar el mal y triunfar sobre sus instintos viles.

Ante las visiones de horror que la guerra despliega a nuestros ojos, ante los millones de tumbas cuya removida tierra se encuentra húmeda aún y desnivela las llanuras de Europa, en presencia de los trozos ennegrecidos de paredes, únicos vestigios de incontables aldeas en que ayer mismo resonaban los rumores de la vida campesina, el tañido jubiloso de las campanas y las frescas risas de los niños, es bueno estar en condiciones de afirmar que el Ser es inmortal en su esencia, y recordar que todo - vicisitudes y pruebas, alegrías y dolores- coopera a nuestros progresos, a nuestra elevación...

Por sobre esas escenas de tristezas y duelo la vida invisible prosigue en su serena majestad. Vivos y muertos, todos somos llevados por la gran fuerza evolutiva hacia un porvenir mejor, en el seno del ilimitado Universo y de la armonía divina...

II

Agosto, 1917.

Retornemos el problema de la libertad. La noción de ésta se encuentra grabada en la conciencia individual. Con el nombre de libre albedrío designa el privilegio, de que goza el ser humano, de decidirse en un sentido determinado, de orientar sus actos hacia el bien o hacia el mal. La idea de

responsabilidad es inseparable de la de libertad. Si sólo fuéramos máquinas movidas por fuerzas ciegas, autómatas gobernados por el azar, seríamos irresponsables. Cualquier sanción a nuestra conducta se tornaría imposible. La sociedad estaría librada a todas las corrientes de la pasión, a la totalidad de los apetitos y codicias.

La teoría del determinismo, que combate al libre arbitrio y a la responsabilidad, es de consecuencias funestas porque mina las bases de toda ley moral y arruina a cuanto significa dignidad, fortaleza de ánimo y nobleza del carácter humano. Al preconizar una indulgencia mórbida para con los desequilibrados, viciosos y criminales, pone obstáculos a cualquier tipo de represión, y propicia y alienta todos los abusos y excesos. Podemos imputar en gran parte a esa teoría el debilitamiento y decadencia en que se encontraba nuestro país en la preguerra.

Por curiosa contradicción, hemos visto a menudo que algunos hombres, que en materia política eran partidarios de las más amplias y completas libertades, han rebatido, sin embargo, el principio de libertad inscrito en nosotros. Queremos creer que las tremendas lecciones de la guerra les habrán abierto los ojos y que rechazarán ahora ideas peligrosas, que todos los Espíritus elevados reprueban.

El libre albedrío no nos toca por casualidad al nacer. No es la libertad la que nos aguarda cuando llegamos a este mundo, sino la servidumbre: servidumbre material, falta de lo indispensable, ley imperiosa de la necesidad que nos compele al trabajo, al esfuerzo, y nos obliga a adquirir y desarrollar por nosotros mismos nuestra propia libertad.

Un vistazo echado a nuestro entorno basta para mostrarnos la infinita variedad de las parcelas de voluntad y libertad que a cada cual corresponden. Sólo el Espiritismo y las reencarnaciones son capaces de explicar esos contrastes, esas aparentes anomalías. Las almas débiles, sometidas al yugo que la materia les impone, prestas a todas las flaquezas, son almas jóvenes, llegadas hace poco tiempo a la vida y que no han sabido aún valorizar las fuerzas que en ellas hay ocultas. En cambio, las almas poderosas, que han alcanzado un alto punto de evolución, tienen tras ellas numerosas existencias de luchas y sacrificios, en cuyo transcurso su capital de energías ha ido aumentando y se ha templado su voluntad. Entre aquéllas y estas últimas se interponen innúmeros grados sucesivos que representan otras tantas etapas por recorrer, y mediante tales etapas el Ser ve poco a poco desarrollarse su libre arbitrio y retroceder el círculo de las fatalidades.

La diversidad de las situaciones en que se encuentran los individuos se explica por sí misma. En virtud de su libre albedrío algunas almas adelantan más despacio y otras, en cambio, lo hacen de una manera más rápida.

Al comienzo de nuestra trayectoria la materia nos oprime, dominándonos y agobiándonos. Pero, una vez que el alma ha alcanzado suficiente altura, empieza a gobernar a la naturaleza inferior y la somete a sus designios. La educación por medio del trabajo y el dolor ha desarrollado en ella cualidades y fuerzas que la liberan de los vínculos y atracciones materiales. Por tanto, se ha hecho apta para ascender a las sociedades superiores. Ha aprendido a conducirse sin que el aguijón de la necesidad tenga que estimularla. Junto con su plena libertad ha adquirido la plenitud de la sabiduría y la razón.

Para obtener que en este mundo reinen el orden, la paz y la justicia, sería menester que nuestras instituciones fueran calcadas de las que rigen la vida en ese universo invisible donde cada cual ocupa el lugar que le corresponde, donde a todo Ser se encomienda una función acorde con su valía moral y con los progresos que ha realizado. Ya hemos visto que en la Tierra las cosas no son así. En ella la autoridad y la libertad, que constituyen las bases esenciales de todo orden social, en lugar de fusionarse en un todo armónico entran en colisión y casi siempre luchan. La autoridad se vuelve peligrosa cuando no está aliada al mérito y el saber. Y la libertad no lo es menos cuando toca en suerte a hombres violentos, ignorantes y apasionados.

La ley divina reserva a cada uno de nosotros una parte de pruebas y de rudas fatigas exactamente proporcionada a las necesidades de nuestra evolución y a las reparaciones que pueden exigir nuestras vidas anteriores. En cuanto a la ley humana, ignora todo eso.

Otro error fundamental de ciertos sociólogos es su preocupación por establecer la igualdad entre los hombres. La igualdad no existe en la Naturaleza, como tampoco en la sociedad humana. Jamás se podrá impedir que los hombres activos, previsores y ahorrativos superen a los indolentes, imprevisores y manirroto. En el fondo, la igualdad es la negación misma de la libertad, y ambas se excluirían mutuamente si la fraternidad no acudiese para atenuar sus efectos contradictorios.³⁰

Salta a la vista que un potente movimiento de democratización estremece a todos los países. Los pueblos son llevados hacia la libertad. Pero -ya lo hemos dicho-, libertad política sin valor moral, o sea, sin sabiduría y razón que justifiquen a aquélla, es una conquista peligrosa. El hombre terrestre sitúa sus derechos a mayor altura que sus deberes. Tiene libertad para obrar el bien y con más frecuencia comete el mal, que recae sobre él mismo con todo el peso de sus consecuencias. De ahí las inevitables catástrofes, de ahí los desgarramientos, dolores y lágrimas.

³⁰ Sobre el tema de la igualdad, consúltese ALLAN KARDEC, *El Libro de los Espíritus*, páginas 367 a 373 (párrafos 803 a 824), y sobre la libertad, la misma obra, páginas 374 a 387 (párrafos 825 a 872). Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1970. [N. del T.]

Las lecciones de la adversidad son necesarias. Desde lo profundo del abismo de males al que nos arrastra la guerra vemos mejor nuestros errores y culpas. Están resurgiendo verdades que yacían en el olvido. Un rayo del pensamiento divino ha resplandecido entre nuestras angustias.

Hay ocasiones en que el hombre maldice el dolor porque no comprende su eficacia. Pero el Espíritu que se cierne en las alturas lo bendice, pues ve en él el instrumento de su elevación. El dolor es el único correctivo del mal que hacemos libremente. Si Dios hubiera suprimido el mal y el dolor (como ciertos filósofos proponen) nuestra libertad se hubiera visto disminuida en forma proporcional, y nuestra personalidad y méritos se encontrarían empequeñecidos. Dios permite nuestras debilidades y caídas a fin de que las consecuencias que ellas acarrear constituyan para nosotros un medio de evolución. Así, de la tormenta actual nuestro país puede surgir moralmente engrandecido, más sensato y prudente por efectos de la prueba sufrida, y aureolado por una nueva gloria. Todo padecimiento es una purificación. La guerra misma, pese a los horrores que engendra, está revestida de trágica belleza si se la considera como una obra de sacrificio. Lo que la historia honra más es la memoria de los que han sabido sufrir y morir: por ejemplo, los héroes y los mártires. ¡Nada más sublime que la autoínmolación por una causa justa, por una noble idea!

La presente guerra es, sobre todo, un conflicto de ideas, y tendrá sobre el porvenir del mundo consecuencias incalculables. Es la lucha de la espiritualidad contra el materialismo más violento y cruel, la sublevación de la conciencia humana contra la autocracia militar y todos sus excesos. De cincuenta años a esta parte su yugo oprimía al mundo. Alemania aprovechaba la menor ocasión para amenazar a sus vecinos con su pesado sable. Europa entera resonaba con el estruendo de las armas. Temblaba el suelo bajo la marcha de las largas columnas de tropas, al paso cadencioso de los caballos, bajo el rodar de los cañones. Ahora, en cambio, otras perspectivas se vislumbran. Cuando el militarismo alemán haya caído, después de esta contienda devastadora, parece que una paz definitiva podrá reinar sobre el ensangrentado mundo.

No obstante, algunos espíritus entristecidos, tomando en cuenta los estragos espantosos que la lucha ha causado, dudan aún acerca del porvenir que aguarda a una civilización capaz de engendrar tales calamidades. Éstos no ven las cosas desde suficiente altura. Una observación atenta les mostraría que en medio del caos de los acontecimientos están elaborándose con lentitud la conciencia universal y la voluntad de los pueblos de eliminar para siempre la causa de tantos males. Poco a poco se va formando un conjunto concertado de naciones que aúnan sus esfuerzos para

poner término al conflicto potencial, a la "paz armada" que ha venido destruyendo a Europa desde hace alrededor de medio siglo; para concluir con el tonel de las Danaides, el barril sin fondo de los gastos estériles, que absorbe la mayor parte del producido del trabajo y el genio de los pueblos. Si esta guerra puede conducir a tales resultados, no se vacilará en reconocer que, al menos, nos habrá hecho dar un gran paso hacia un porvenir mejor.³¹

Las duras lecciones del presente habrán dado sus frutos. El prestigio de la gloria militar se habrá desvanecido como vano humo. Republicanos o monárquicos, todos querrán dilucidar las responsabilidades del gran drama y extraer de ellas las necesarias sanciones. Las instituciones sociales sufrirán profundos reordenamientos. Ya las ideas democráticas parecen imponerse a los más refractarios a ellas. La política oculta ha caído en desuso y los pueblos quieren tomar en sus manos su propio destino. Alemania misma, habituada a todas las servidumbres, pareciera estremecerse bajo un hálito liberador. Siente agitarse en sí -como todas las otras naciones, por lo demás- una necesidad intensa de renovación y de progreso.

¿Cómo definir el progreso? Es el objetivo esencial de la actividad humana, proseguido en sus diversas formas, a saber: material, intelectual y moral. Debe ser realizado en esos tres aspectos paralelamente, para dar al

³¹ Cuando el autor escribía estas líneas, en agosto de 1917, ya la contienda estaba próxima a su fin. La Unión Norteamericana, que en los primeros años de hostilidades en Europa había permanecido neutral, el 17 de abril de 1917 -de resultados de la campaña submarina llevada a cabo por Alemania- resolvió intervenir en el conflicto. Gobernaba esa nación el historiador y catedrático THOMAS WOODROW WILSON (1856-1924), quien envió al Congreso, el 8 de enero de 1918, su célebre Declaración de los Catorce Puntos, que tendía a garantizar en el mundo una paz duradera. El 4 de octubre de ese mismo año, en horas de la noche, el canciller alemán escribió al presidente de los Estados Unidos, solicitándole iniciase las gestiones para negociar el armisticio. Las potencias centrales aceptaban los términos del programa de WILSON, pero el Tratado de Versailles -a causa de la presión que ejercieron los otros países, que se consideraban altamente damnificados- impuso a los vencidos condiciones más duras, que no respondían al espíritu de los Catorce Puntos. Ahora bien, el último de éstos proponía la creación de una Liga o Sociedad de Naciones cuya reglamentación se sancionó, en efecto, el 28 de abril de 1919, año en que WILSON recibió el Premio Nobel de la Paz. La iniciativa era encomiable, pero, por desgracia, se vio frustrada, y la segunda guerra mundial sepultó definitivamente a la Sociedad de Naciones, la cual debe conceptuarse, sin embargo, como el primer intento amplio de instituir un organismo internacional idóneo para asegurar la paz en un mundo en el que no parecemos llegar nunca a "la guerra que terminará con las guerras". La segunda tentativa, como sabemos, la constituye la UN (*United Nations*), que es de esperar sea capaz de evitar el estallido de una tercera conflagración mundial, cuyas imprevisibles consecuencias superarían muchísimo a las de las dos anteriores, ya que resultarían catastróficas para el planeta entero, visto el poder devastador del armamento nuclear, cuya tenencia por parte de los posibles beligerantes establece en el mundo contemporáneo lo que se ha dado en llamar gráficamente "el equilibrio del terror". [*N. del T.*]

poder social el desarrollo y equilibrio que hacen de él un todo armonioso. El conjunto de los esfuerzos efectuados y de los resultados conseguidos constituye la civilización. Pero, cuando esa civilización se aferra a una u otra de aquellas tres formas con menosprecio de las restantes, se rompe el equilibrio y el género humano se encamina hacia un cataclismo. Tal lo que está sucediendo actualmente. La ciencia ha puesto al hombre en posesión de formidables medios destructivos y aquél los ha consagrado a las obras del mal. La soberbia Alemania soñaba con dominar el mundo mediante la fuerza y el terror. Por la otra parte, la resistencia de sus adversarios se había debilitado perceptiblemente a causa del sensualismo y la corrupción de las costumbres. Las pasiones sin freno han desatado la tempestad, y Dios dejó hacer, a fin de que bajo el resplandor siniestro de los acontecimientos pudiéramos evaluar toda la magnitud de nuestras culpas y la humanidad fuese regenerada por la prueba que sufría.

Por idénticas causas ha desaparecido ya varias veces la civilización de la faz de la Tierra. Nuestros vicios y ceguera nos han conducido hasta el borde de un abismo por el que nos habríamos despeñado de no mediar los poderosos auxilios del Mundo Invisible.

Cuando una civilización ha llegado al punto de hacer que el hombre dé la espalda a las leyes divinas, de eso que Platón denominaba "la suntuosa ruta del alma"; cuando ha perdido de vista la finalidad esencial de la existencia, que es la educación y el perfeccionamiento moral del Ser, entonces esa civilización se halla condenada a sucumbir debido a sus propios excesos. Si no es destruida por completo, se ve al menos bamboleada hasta sus más íntimas profundidades. Talas sombrías se operan en las filas de los humanos. Por el juego feroz de las batallas, por las epidemias y todos los males que la guerra engendra, multitudes de almas son liberadas de su envoltura material. Escapan así al contagio de los malos ejemplos, a las tradiciones que perpetúan errores y abusos, para más tarde volver a nacer, ya sea en el medio terrestre cuando este último se haya purificado por el sufrimiento, o bien en otros mundos más favorecidos.

La gran ley de las reencarnaciones sólo es una de las formas de la ley eterna del progreso. Nada prevalece contra ella. A veces parecería haber sido suspendida por los efectos de la libertad humana, pero tarde o temprano reanuda su curso, y su acción se ejerce bajo formas nuevas. A través de los triunfos y martirios de las naciones, a través de los muertos aparentes y las resurrecciones se podría seguir la marcha majestuosa de la humanidad hacia la belleza y el bien supremos, bajo la mirada atenta de Dios.

13. ¡RESURRECCIÓN!³²

Día de Pascua, 31 de marzo, 1918.

Todos los años, las primeras sonrisas de la primavera congregan a los discípulos de Allan Kardec en torno a esta sagrada piedra, para honrar la memoria del Gran Iniciador. A primera vista, sus filas parecen raleadas, porque todos los que son jóvenes se encuentran allá, de pie, en el frente de batalla, a fin de rechazar al invasor. Muchos han caído por la patria y sus almas han ido a reunirse en el Espacio con las de los hombres de convicciones, de deber y virtud que, desde hace sesenta años, han venido trabajando por la divulgación del Espiritismo en nuestro país. Pero todas esas almas, fieles a la cita, acuden para participar de esta ceremonia. Si pudiéramos levantar el velo que nos oculta el Mundo Invisible no veríamos aquí tan sólo algunos grupos de creyentes, sino una muchedumbre inmensa que se apretuja para prestarnos apoyo e inspirarnos. Su número crece todavía al sumársele todos aquellos a quienes el dolor atenaza y que vienen a buscar en nuestra doctrina el rayo de esperanza que ilumina y consuela.

En la espantosa lucha que trastorna al mundo no sólo despiertan las energías latentes; también lo hacen todas las pasiones furiosas y las avideces que dormitaban en el corazón de la humanidad.

En esta hora sangrante es grato recordar a los grandes obreros del pensamiento pacificador y fecundo, que prepararon un futuro mejor. Entre éstos se cuenta Allan Kardec.

Esta vez, el aniversario del Maestro coincide con la festividad de la Resurrección. ¿No es este, acaso, un motivo de alegría, un símbolo de vida, una promesa de inmortalidad?

La Pascua es el despertar de la Naturaleza tras el prolongado y triste sueño del invierno. Los brotes se llenan de savia.

Nacen florecillas entre los matorrales. Empiezan otra vez los trinos de las aves y en las ramas se construyen los nidos. Tibios efluvios flotan en el aire. Al mismo tiempo, se plantea con más insistencia el problema de la vida que renace, la grave cuestión del porvenir.

Para la mayoría de los hombres este problema es todavía oscuro, la finalidad de la existencia sigue envuelta en el misterio. Todo lo que evoque el enigma de los seres y las cosas aumenta su inquietud, hace crecer su ansiedad. No saben de dónde vienen ni a dónde van y marchan dando traspies a cada obstáculo del camino. La idea de la muerte les infunde terror, de ahí que la rechacen horrorizados.

Pero para nosotros, gracias al Espiritismo, la finalidad del vivir se halla intensamente iluminada. La vida es un sendero hacia las alturas, la ruta que

³² Leído el 31 de marzo de 1918, en el cementerio del *Père-Lachaise*, frente a la tumba de ALLAN KARDEC. [N. de L. Denis.]

conduce a las grandiosas cumbres eternas. Es el esfuerzo del Ser hacia el bien y lo bello, la ascensión hacia la luz, el gradual desarrollo de las energías y facultades cuyos gérmenes ha depositado Dios en cada uno de nosotros.

Claro que a veces -sobre todo, a la hora presente- el subir es duro y está sembrado de espinas. Ante nosotros se entenebrece el horizonte. Pero en las épocas sombrías es cuando las altas verdades resaltan con mayor brillo. Las almas van depurándose en el crisol de las pruebas. Por medio del sacrificio y el renunciamiento intensifican su irradiación interna.

A través de nuestras precarias, inestables y dolorosas existencias terrestres construimos nuestro Espíritu inmortal y el grandioso edificio de sus destinos.

Pascua es, también, la comunión entre dos mundos, el visible y el Invisible, el de la Tierra y el de los Espíritus. Desde este punto de vista constituye el coronamiento de la obra de Cristo.

Jesús había abierto de par en par las anchas puertas que establecen la comunión entre esos dos mundos y permiten que ambos se penetren recíprocamente. La vida entera de Cristo -lo sabéis ya- fue una obra mediúmnica de la más alta intensidad. Si agrupó en su entorno a hombres primitivos, rudos e ignorantes para confiarles una tarea que exigía instrucción y facultades oratorias, fue porque había descubierto en ellos las aptitudes psíquicas que debían convertirlos, después que Él hubiese muerto, en los intérpretes del Más Allá, en los inspirados por su propio pensamiento y voluntad.

De este modo la acción de los profetas hebreos, suscitada por influencias superiores, se prolongaba y se extendía sobre la Iglesia cristiana entera, y ésta se tornaba en la intermediaria, la mandataria designada por los poderes invisibles. La manifestación de la Pascua y las apariciones de Cristo que la siguieron constituyen el hecho central, algo así como el eje de esa gran época espiritualista.

La Iglesia primitiva tenía analogías notables con el actual movimiento espiritista. Bajo el nombre de profetas, los médiums representaban en aquélla un papel esencial. Por sus inspiraciones y discursos pasaba el gran soplo del Más Allá. Durante todo el tiempo en que la Iglesia siguió siendo la intérprete de las revelaciones extrahumanas estuvo asistida, fue protegida y, pese a las culpas e imperfecciones de sus miembros, continuó viviente y próspera.

Pero, desde el día en que proscribió la mediumnidad e impuso silencio a las voces de lo Alto, se hizo la noche en ella, poco a poco los objetivos materiales fueron sustituyendo a los divinos y desconoció el verdadero rol, la misión que su fundador le había asignado. La campaña violenta y páfida que esta Iglesia está llevando adelante hoy en día contra el Espiritismo prueba que ha perdido por completo el sentido de sus orígenes, de sus

genuinas tradiciones. Cada vez más se aleja de las miras de Cristo, para encastillarse dentro de fórmulas que los labios siguen repitiendo, sí, pero que ya no dan ni luz ni calor al corazón humano.

De ello resulta que toca a nosotros -discípulos oscuros, humildes herederos de Allan Kardec- la pesada labor de reparar el vínculo que une a la Tierra con el Cielo, de volver a encontrar el manantial fecundo de donde brotan las altas inspiraciones, de retomar esa obra que ha de reunir a los poderes invisibles con los hombres de buena voluntad, a fin de inaugurar la era nueva que tantas almas inquietas y entristecidas esperan...

En medio del infortunio humano, en las jornadas de angustias que estamos viviendo, esta festividad de la Pascua debe ser, pues, como un rayo de lo Alto, cual un mensaje de júbilo y esperanza.

Por eso, de pie en torno a este dolmen, como los primeros cristianos que celebraban la Pascua con ropa de viaje y el cayado en la mano, comulgamos nosotros, no ya con imágenes materiales, sino con todos los impulsos de nuestros pensamientos y todas las aspiraciones del corazón, con ese Mundo Invisible cuyas legiones se ciernen por encima de nosotros y se asocian íntimamente a nuestras luchas y esfuerzos, así como a nuestros sufrimientos.

De esta manera se estrecha y consolida la inmensa cadena de vida que une a este mundo con el Espacio y, en una acción común, liga a las dos humanidades, solidarias en su destino a través de los tiempos, a lo largo de las centurias.

Si queremos vislumbrar con el pensamiento el futuro que al Espiritismo se reserva, representémonos por un instante a las generaciones venideras, desembarazadas de supersticiones clericales y prejuicios universitarios, y elevadas mediante el espiritualismo científico y filosófico hasta la comunión con lo Invisible, conversando con los moradores del Más Allá, rigiendo su vida con arreglo a los consejos de sus preceptores de ultratumba y obedeciendo, como los profetas de Israel, a los impulsos superiores. Una sociedad así ¿no sería el pueblo de elegidos que el Cristo vino a evangelizar? La unión de un pueblo de tales características con la humanidad invisible podría compararse a la escala de Jacob, por la que los Espíritus descenderían hasta los hombres y éstos subirían hacia Dios, en una ascensión de gloria, de virtud y de luz...³³

³³ Los capítulos 27 y siguientes del *Génesis* tratan con extensión la historia de Jacob, patriarca hebreo nacido de Isaac y de Rebeca y padre de doce hijos, quienes fueron los jefes de las doce tribus de Israel. El episodio a que alude aquí LEÓN DENIS, de la escala de Jacob, figura en estos términos en el Antiguo Testamento: "Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán. Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó: Y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la

A todos los que se doblegan bajo el peso de la existencia, bajo el fardo de las pruebas; a cuantos miran con terror la calamidad, la obra de fuego y sangre que está desolando a Francia, les diremos: Elevad vuestros pensamientos por sobre las miserias humanas, hacia las regiones apacibles, hacia las inmensas perspectivas que nos ofrece la doctrina de Allan Kardec. Más alta que las contingencias terrenales, ella os ayudará a descubrir las eternas leyes que presiden el orden, la justicia y la armonía en el Universo. Os mostrará que los males del destino son otros tantos peldaños para llegar a un nivel más elevado de la vida, para ascender hacia sociedades mejores, hacia humanidades más dignas de las mercedes de la Naturaleza y de la suerte. Os dirá que la tromba que se ha desencadenado ahora sobre nuestro país y que tal vez tenga por objetivo el de sanearlo es pasajera, y que después de la tormenta lucirán días mejores.

El espírita sabe que un porvenir sin límites se le ofrece y va marchando por su camino con más fe y confianza. Afronta con resolución la prueba porque conoce de antemano sus causas y beneficios. Bebe en su creencia los consuelos y la energía moral tan necesarios en las horas de crisis y de duelo. Sabe que, no obstante las vicisitudes de los tiempos y los remolinos de la historia, la última palabra corresponde siempre a la verdad, la equidad y el derecho. El espiritista está enterado de que una protección poderosa lo envuelve, que cada uno de nosotros tiene su guía y que grandes Seres Invisibles velan por los individuos y también por las naciones. El estudio de nuestra naturaleza psíquica le ha revelado toda la magnitud de nuestras fuerzas ocultas, que podemos acrecentar y desarrollar mediante el pensamiento, la voluntad y la oración, atrayéndonos las energías externas, los fluidos puros cuya propiedad consiste en fecundar nuestras propias fuerzas interiores. De este punto de vista, la comunión con lo Invisible no es tan sólo un acto de fe, sino sobre todo un saludable ejercicio, que tiene por efecto incrementar nuestro poder de irradiación y de acción.

Cuando en casa queremos disfrutar de la claridad y el calor del sol abrimos puertas y ventanas. Así también, es menester abramos nuestra alma y corazón a las radiaciones divinas para experimentar sus beneficios. Los más de los hombres permanecen cerrados. De ahí la indigencia en que se encuentra su Espíritu y la oscuridad de su mente. Pero si nuestros pensamientos y voluntad, vibrando al unísono, convergieran hacia un objetivo común, esa meta sería fácilmente alcanzada y nuestros males se verían en gran manera atenuados y reducidos. En las almas que están más en sombras brotaría la chispa que encendería en ellas ardiente llama.

daré a ti y a tu descendencia". (*Génesis*, Cap. 28, vers. 10 a 13. - Antigua versión de CASIODORO DE REINA (1569), revisada por CIPRIANO DE VALERA (1602), etcétera. Edición de las Sociedades Bíblicas en América Latina. Impresa en Gran Bretaña, 1960). [N. del T.]

Muchas veces, en medio del conflicto armado que asuela el mundo, nos sentimos agobiados por la pesadumbre. Nosotros, que afirmábamos hace poco la ley del progreso y soñábamos con el constante mejoramiento de todas las cosas por medio de ella, nos vemos ahora forzados a reconocer que las conquistas de la ciencia y los más hermosos descubrimientos del intelecto sirven para intensificar la obra de destrucción y de muerte cuyos testigos impotentes somos. La historia imparcial consignará las escenas de espanto y horror que se suceden tanto en las alturas de la atmósfera como en tierra y en el fondo de las aguas,³⁴ deslindará las responsabilidades de aquellos que han sido los primeros en inaugurar procedimientos bélicos que superan en salvajismo y ferocidad a cuanto la humanidad había conocido.

En lo que respecta a nosotros, en presencia de semejante desencadenamiento de pasiones furiosas, ante tal desborde de odios, tenemos un deber que cumplir, una tarea que realizar. Consiste ésta en difundir, en nuestro entorno, el conocimiento de ese Más Allá en que la verdad y la justicia, a menudo olvidadas en la Tierra, encuentran un refugio seguro. Consiste en ir hacia los que están llorando a sus muertos amados para iniciarlos en esta comunión espiritual que les permitirá seguir viviendo con ellos por el Espíritu y por el corazón y les proporcionará inefables confortaciones. Consiste, por último, en recordar la memoria del Gran Iniciador cuya doctrina luminosa y serena trae apoyo y consuelo a los atribulados. En nuestros días de pruebas, una de las grandes satisfacciones

³⁴ Se refiere el autor a la intervención, en esa guerra, de los aviones y los submarinos que, gracias al desarrollo de la ciencia y la tecnología, ampliaron grandemente el campo de acción de las matanzas, invadiendo áreas a las cuales el hombre no tenía acceso en las contiendas antiguas, que sólo se libraban en tierra -a lomo de caballo- y en el mar -sobre lentas y precarias embarcaciones de vela y remos-. En lo que va del siglo veinte, es un hecho comprobado con reiteración que los tipos de inventos y descubrimientos que pueden constituir un arma ofensiva o defensiva son los que se desarrollan con más celeridad, por cuanto los científicos y técnicos que se ocupan en ellos obtienen para sus proyectos el apoyo y la financiación de los Estados poderosos, que se hallan siempre muy interesados en acrecentar su fuerza y su seguridad. Esto no ocurre, en cambio, si el descubrimiento o el invento sólo puede ser destinado a usos pacíficos. La aviación, por ejemplo, era incipiente en 1914, pero obtuvo gran impulso con motivo de la guerra, y veinte años después otro impulso mayor, en la segunda conflagración mundial. También hubo de ser durante esta Última cuando Gran Bretaña perfeccionó el radar, que le era de importancia vital para contrarrestar las devastadoras incursiones del arma aérea alemana -la *Luftwaffe*- sobre territorio inglés. Por eso el célebre aviador CHARLES LINBERGH, en un opúsculo titulado *Of flight and life* ("Del vuelo y de la vida"), tan poco difundido como merecedor de serlo más, por lo medular y sustancioso de su contenido, escribió en 1948 estas palabras: "Debería ya ser marcado a fuego en nuestra conciencia el hecho de que, a menos que la ciencia pase a ser controlada por una fuerza moral más pujante, podrá convertirse en el Anticristo que los primeros cristianos profetizaron. Si deseamos impedir que destruya ella lo que resta de nuestra civilización, si queremos que sea el gran beneficio que esperamos para la humanidad, tendremos que controlarla mediante una filosofía una vaya más allá del materialismo, de una filosofía con raíces en el carácter del hombre, nutrida por las eternas verdades de Dios". [N. del T.]

del pensamiento es la de posarse sobre las nobles figuras que más han honrado a la humanidad.

14. ¡SURSUM CORDA!³⁵

8 de junio, 1918.

Espiritistas, elevemos nuestras almas a la altura de los males que amenazan a la patria y a la humanidad. En las épocas de pruebas es cuando se revelan las nobles virtudes y el coraje viril. Hace algún tiempo, en aquellas horas de paz y bienestar que parecen ya tan distantes, muchos de nosotros dejaban ir sus pensamientos y voluntad a merced de la corriente de la vida fácil y aun de la sensualidad. Bajo el acicate de los acontecimientos, es menester ahora que las energías se pongan de pie frente al peligro, para sostener y fortalecer a los que, allá en el frente, están combatiendo por la salvación común.

Todos los adeptos a nuestra doctrina lo saben: el pensamiento y la voluntad constituyen fuerzas. Obrando de manera continua en el mundo de los fluidos, pueden adquirir un poder irresistible. Al mismo tiempo servirán de apoyo para las legiones de Espíritus que desde hace cuatro años, en las jornadas de peligro, no han cesado de incitar e inflamar a nuestros defensores, de comunicarles ese impetuoso ardor que está despertando la admiración del mundo. Nuestros protectores invisibles nos lo repiten con frecuencia: "¡Unid vuestros pensamientos y corazones! Si de un extremo a otro del país todas las voluntades, sostenidas por la plegaria, convergieran hacia un objetivo común, la victoria quedaría asegurada".

Francia ha puesto de relieve toda su grandeza en los instantes más trágicos de su historia. Ante la inminencia del peligro, en 1429, 1792, 1870 y 1914, se ha erguido firme, resuelta, inquebrantable.³⁶ Sigamos siendo fieles a las tradiciones de la estirpe, que son las de nuestro propio pasado, porque muchos de entre nosotros vivíamos en aquellos tiempos de crisis y de pruebas. La historia de Francia es nuestra historia misma. Hemos

³⁵ Este llamado se publicó en las revistas espíritas de la época, en momentos de la gran ofensiva. [N. de L. Denis.] Son palabras latinas que el sacerdote pronuncia en la misa, al principio del prefacio. Significan: "¡Arriba los corazones!" [N. del T.]

³⁶ De las cuatro fechas que menciona LEÓN DENIS en este párrafo, las dos primeras no habían sido citadas hasta ahora en el libro, pero a la penosa situación de Francia en el año 1429 se refiere más ampliamente el autor en su obra *Juana de Arco, Médium* (segunda edición, páginas 27 a 29, Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1969), porque en ese entonces las "voces" que escucha la Doncella de Domremy le comunican "la gran lástima en que el reino de Francia está". - En cuanto a 1792, es otro período crítico en la historia del país: tres años atrás se había hecho la Revolución Francesa, con la célebre toma de la Bastilla por parte del pueblo, en fecha memorable -14 de julio-, a lo que siguió la supresión de los privilegios feudales, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la aprobación de la Constitución de 1791, la guerra con Austria, la victoria de Valmy (20 de septiembre de 1792), el establecimiento de la Convención Nacional, al día siguiente, la proclamación de la República, veinticuatro horas más tarde, y otros hechos que sería largo pormenorizar. [N. del T.]

compartido antaño sus alegrías y dolores, participando de sus prolongados esfuerzos y comulgando con su alma y su genio.

Si hemos vuelto a nacer en esta tierra de Francia es por que innumerables vínculos y recuerdos nos ligaban a tan grato país. Por eso, al contacto con los acontecimientos, multitud de impresiones despiertan en nosotros y sentimos vibrar y palpitar nuestras almas al unísono con la gran alma de la Npatria.

La lucha ciclópea que se está librando no tiene analogía en la historia. Desde Maratón y Salamina, desde Atila hasta hoy, no había visto el mundo semejante aluvión de barbarie precipitarse sobre los centros civilizados. Pero en la actualidad el panorama se amplía y son incontables las masas de soldados en movimiento. Es la lucha simbólica de la bestia contra el Arcángel, o sea, de la materia contra el Espíritu, que se convierte en una realidad. La materia se presenta aquí en la más repugnante de sus formas: la fuerza brutal al servicio de la falacia, la traición, la práctica habitual de la emboscada, los procedimientos de destrucción más refinados y crueles. Todas las potencias del mal se desataron contra el pensamiento libre y alado. Tratan de aniquilar sus impulsos hacia el derecho y la justicia, de obligarlo a reptar por el suelo, mutilado y destronado. Pero ¿puede sucumbir el Espíritu, puede el pensamiento perecer? Con sólo formularnos esta pregunta obtenemos su respuesta. Ya muchas veces Alemania creyó que alcanzaba la victoria y ésta se le deslizó de entre las manos. Y seguirá escapándosele hasta el fin...

En este tremendo conflicto nuestro país se convierte en el paladín de la libertad del mundo. Su rol se reviste de un carácter épico. Francia esta redimiendo todas sus culpas, errores y debilidades por medio de este holocausto, mediante su sacrificio voluntario en pro de lo que hay más grande y sagrado en la conciencia humana. De ahí que las legiones invisibles combaten con ella y por ella.

En capítulos anteriores hablamos ya del gran consejo de los Espíritus. Al frente de él ven nuestros médiums con claridad a Vercingetórix, que ha sido Desaix;³⁷ a Juana de Arco, Enrique IV, Napoleón, y junto con ellos a muchos de los que compartieron sus peligros y su gloria. En el otro lado, en cambio, sobre las líneas del enemigo se cierne la negra legión de los Espíritus de las tinieblas, instilando en los cerebros de los alemanes

³⁷ LOUIS-CHARLES-ANTOINE DESAIX DE VEYGOUX (1768-1800) nació en el castillo de Ayat, no lejos de Riom, en Auverge, comarca natal de VERCINGETÓRIX, de quien -afirma aquí el autor- fue una reencarnación. Debido a su equidad y generosidad, DESAIX era apodado por los egipcios "el sultán justo", y como general a las órdenes de NAPOLEÓN actuó brillantemente en el ejército del Rin (1796), defendiendo Kehl durante dos meses. Participó en la conquista napoleónica del Alto Egipto y definió luego la victoria de la batalla de Marengo, aldea italiana donde los franceses derrotaron a los austriacos y en la que DESAIX pereció, el 14 de junio de 1800. [N. del T.]

infames combinaciones. Si muchas veces parecían llevar ventaja en la lucha, lograban esto valiéndose de medios que repugnan a los Espíritus elevados. Pero las fuerzas del mal no podrían prevalecer por mucho tiempo sobre las del bien.

En medio de esta dramática refriega la emoción invade con frecuencia los corazones. Sigamos inquebrantables y confiados en el bien éxito final. Con el impulso de todos nuestros pensamientos y con la fuerza plena de nuestras almas prestemos apoyo a nuestros defensores, visibles e invisibles. Un poderoso hálito está pasando sobre la tierra de Francia y reanima las energías, exalta el coraje de todos, despierta por doquier el espíritu de heroísmo y sacrificio. Oremos y sepamos aguardar la hora de la justicia divina. Por penosas que sean las pruebas que nos esperan todavía, conservemos nuestras firmes esperanzas. La grandeza de la causa que debemos servir, la perspectiva de la meta por alcanzar nos ayudarán a soportarlo todo. Muy pronto las naciones, liberadas del yugo alemán, entonarán el cántico de liberación: *¡Sursum corda!*

15. EL PORVENIR DEL ESPIRITISMO

Julio, 1918.

Mientras siguen desarrollándose trágicos acontecimientos la mente ansiosa trata de horadar las brumas y sombras del futuro, de levantar el velo que lo esconde a nuestros ojos. Y se pregunta qué pasará mañana. Cuando todo alrededor de nosotros parece desmoronarse, soñamos con una reconstrucción del orden político y social.

De cincuenta años acá venimos trabajando por preparar un mundo en que los seres humanos aprendan a amarse, a vivir en la santa comunión del intelecto y el corazón. Y asistimos a una serie ininterrumpida de salvajes luchas, a los titánicos esfuerzos que hace el espíritu de conquista para esclavizar a los pueblos y doblegarlos bajo su yugo... ¿Quién enseñará a los hombres las leyes verdaderas, quién les enseñará a evolucionar libremente, en paz y en armonía? En estos momentos, la Doctrina de los Espíritus se nos muestra como un rayo consolador, cual un astro nuevo que se levanta sobre un mundo de escombros y ruinas.

Los escépticos nos responderán con una sonrisa burlona. Nos preguntarán si de veras el Espiritismo es capaz de representar un papel regenerador. Por nuestra parte, nos bastará, como argumento, medir el camino que nuestra doctrina ha recorrido y los progresos que hizo después de la muerte de Allan Kardec.

Podemos afirmar que nuestros esfuerzos comunes no han sido en balde. La verdad y grandeza de las ideas que defendemos empiezan a ser reconocidas en todas partes.

En el transcurso de mis muchos viajes en todas direcciones y de las estancias que he hecho en ambientes muy diversos pude seguir los progresos, perceptibles y crecientes, de la idea espírita en la opinión general. Desde hace tres años, bajo el impacto de los sucesos y en medio del gran drama que sacude al mundo, muchas almas se acongojan y las mentes se vuelven hacia el Más Allá, ávidas de consolaciones y esperanzas.

Por doquier se siente el vacío, la nada de las teorías materialistas y sus aciagas consecuencias en el orden social.

En todas partes se tiene conciencia, en grado igual, de lo insuficientes e indigentes que son las enseñanzas dogmáticas, su impotencia para curar las llagas, mitigar el dolor y explicar el destino humano.

Donde quiera que estemos hay multitudes que piden venir a nosotros y hacia las cuales debemos ir.

Ahora bien, ¿cuál debe ser el objetivo esencial del Espiritismo? En primer término, producir, investigar y coordinar las pruebas experimentales acerca de la supervivencia del alma después de la muerte. Esa indagación de la verdad debe ponerse por obra con ayuda de un contralor riguroso y

metódico. Las justas exigencias del espíritu moderno nos imponen que pasemos todos los hechos por el tamiz de un examen imparcial, y debemos estar en guardia contra los riesgos de la credulidad y los de las afirmaciones prematuras.

Charles Richet y otros nos han acusado muchas veces de falta de rigor en nuestras investigaciones y experiencias.

Apoyándose sobre pruebas bien establecidas, sobre sólidas bases, el Espiritismo debe preparar y renovar la educación científica, racional y moral del hombre, en todos los ambientes.

Su acción tiene que ejercerse, por tanto, en todos los dominios: el experimental y el doctrinario, el moral y el social. Hay en él un elemento regenerador del que podemos esperar todo. Es posible afirmar que está llamado a convertirse en el gran libertador del pensamiento, esclavizado desde hace tantos siglos. Cada vez más arrojará sobre el mundo gérmenes de bondad y fraternidad humana, y tales simientes tarde o temprano tendrán que rendir fruto.

Somos impacientes a causa de que nuestra vida es breve y se nos ocurren lentos los progresos que se realizan. Pero ya podemos asegurar que el Espiritismo ha hecho más, en el lapso de cincuenta años, que cualquier otro movimiento de ideas en igual período de tiempo y en cualquier otra época histórica.

Sí, somos impacientes, y nuestra piedad se conmueve a la vista de las ignorancias, rutinas, prejuicios, sufrimientos y miserias de la humanidad, sobre todo hoy en día. Así pues, quisiéramos obtener resultados inmediatos. Pero desde ya podemos comprobar que poco a poco todo va cambiando, todo evoluciona alrededor de nosotros, bajo la presión de los acontecimientos y el hálito de las nuevas ideas. Muchas tinieblas se disipan y hartas resistencias se desvanecen. Los odios que nuestras creencias provocaban en su entorno se truecan a menudo en simpatías y a veces en amistades, tan cierto es que los hombres sólo se combaten y se desprecian debido a que se ignoran... La obra magnífica del Espiritismo consistirá en acercar a los seres humanos, las naciones y las razas, formar los corazones y desarrollar las conciencias. Mas para esto son necesarios el trabajo, la perseverancia, la consagración y el autosacrificio.

La guerra no sólo nos reveló un peligro exterior con el cual tendremos que contar por mucho tiempo, sino que nos ha mostrado también las llagas vivas, los males internos de que adolece nuestra desdichada patria. En contraste con las heroicas virtudes de que hacen gala nuestros soldados, con la espera estoica y laboriosa de los que permanecen en la retaguardia, han estallado escándalos políticos que permitían ver al desnudo la

decadencia de algunas conciencias, el completo olvido en que estaban de la ley del deber, así como de la ley de las responsabilidades.

No vacilamos en atribuir la causa de esos males a la confusa enseñanza que el Estado viene ofreciendo a las generaciones, enseñanza desprovista de ideal, de grandeza y hermosura moral, impotente para templar los caracteres, preparándolos para las duras necesidades de la vida. De ello resulta que en nuestro mundo, velado por la tristeza y anegado en sangre y lágrimas, muchas almas se hallan entregadas a los vaivenes de la incertidumbre y la pasión, y con sobrada frecuencia, inclusive, a la duda y a la desesperanza.

Bien es verdad que bajo el impacto de las pruebas sentimos que está naciendo en todas partes un vago deseo de creer, pero esas personas no saben a qué fe acogerse. Las afirmaciones dogmáticas, apoyadas en textos cuya autenticidad es discutible, han caído en desuso. Sólo el Espiritismo, por las pruebas que provee sobre la supervivencia del alma, por la demostración experimental que ofrece, en el sentido de que la vida es un deber que renace de continuo y nuestros actos todos recaen sobre nosotros mismos, puede introducir en la enseñanza nacional suficientes elementos de renovación.

Se ha hecho evidente, para todo pensador, que las sociedades humanas no llegarán jamás a obtener un estado de paz y armonía por medios políticos, sino más bien mediante la reforma interior e individual, esto es, por medio de una educación y un adiestramiento moral que mejoren la colectividad al perfeccionar a cada uno de los individuos que la integran. Las leyes, decretos y convenciones no bastan: es menester una enseñanza que fije el rol y la ubicación del Ser en el Universo, que asegure la disciplina moral y social, sin la cual no hay fuerza ni estabilidad para un país. Otro tanto sucede con la libertad, cuyo logro sólo resulta posible si se alía ella a la sabiduría y a la razón.

En sus elementos fundamentales, la Doctrina de los Espíritus nos proporciona los recursos necesarios para fundar dicha enseñanza. Demuestra que la libertad tiene su principio en el libre albedrío del hombre, pero ese libre arbitrio es siempre proporcional a nuestros méritos y grado de evolución. Por donde puede decirse que aquella doctrina lo consagra. Sólo cuando el Espiritismo irradie sobre el mundo entero veremos cesar las bárbaras luchas que periódicamente bañan en sangre a nuestro retrasado planeta.

Así pues, podríamos aseverar que los divulgadores del Espiritismo, por la labor que llevan a cabo, son los mejores artesanos de la paz universal; tarea esa de la cual sólo conocen ellos las asperezas, sin recoger aún sus alegrías ni sus frutos. Pero, cuando el odio haya dejado de reinar como soberano en la Tierra, entonces la historia saludará a estos buenos obreros

del pensamiento: la libertad guardará memoria de quienes fijaron sus bases, trazando su camino y facilitando su vuelo.

16. EL ESPIRITISMO Y LA CIENCIA

Agosto, 1918.

En sus Obras Póstumas afirmó Allan Kardec que el porvenir es del Espiritismo. Tras medio siglo de pruebas y fatigosa labor tal aserción se verifica hoy y podemos reiterarla con la seguridad de que esas palabras de esperanza y de profunda fe no se verán desmentidas.

Por nuestra parte, diremos: El porvenir es del Espiritismo; sepamos prepararlo...

¿Cuáles son los progresos obtenidos por la Doctrina de los Espíritus?

Para comenzar, comprobamos que la ciencia oficial misma es afectada por aquélla, hasta el punto de que va a encontrarse en la necesidad de modificar sus métodos, de renovar sus sistemas.

De cincuenta años a esta parte los Espíritus vienen enseñándonos en forma teórica y nos demuestran experimentalmente la existencia de lo que ellos denominan fluidos y que son estados sutiles de la materia, fuerzas imponderables que los sabios rechazaban con unánime acuerdo.

Entre aquellos que los han comprobado, el primero en hacerlo fue Sir William Crookes, y por sus experiencias espíritas -conforme lo estableció en su libro *Recherches sur les phénomènes du Spiritualisme* ("Investigaciones sobre los fenómenos del Espiritualismo")- fue puesto en el camino de este descubrimiento.

A partir de entonces, la ciencia no ha cesado de reconocer todos los días la variedad y el poder de tales fuerzas. Podemos medir sus etapas así: Roentgen, con los rayos X; Becquerel, Curie, Le Bon, descubriendo las energías intra-atómicas; Blondlot, los rayos N. Es preciso hacer constar que las energías radiactivas no emanan tan sólo de los cuerpos materiales, sino también de los seres vivientes y pensantes. Se trata de un progreso gradual hacia la comprobación de la vida invisible y del periespíritu.

Allan Kardec afirmaba ya en sus obras la existencia de dichas fuerzas.

De tales descubrimientos resulta que todas las bases de la física y química, e incluso de la psicología, se ven afectadas seriamente. El Espiritismo se beneficia en gran manera con las verificaciones recientes que en este terreno se han hecho. La ciencia reconoce hoy la existencia de todas las energías sutiles que los Espíritus ponen en acción en las manifestaciones.

Recordemos el fenómeno de los aportes, la reconstitución espontánea de objetos diversos en habitaciones cerradas, los casos de levitación de muebles y de personas vivas, las experiencias de penetración de la materia por la materia que realizaron Aksakof, Zöllner y otros, sirviéndose de anillos metálicos y trozos de tela sellados.

De una manera más general, el paso de los Espíritus a través de las paredes, las apariciones y todos los grados de materializaciones, constituyen un conjunto de hechos que han demostrado desde el comienzo la acción de fuerzas prodigiosas, desconocidas aún. Además de la posibilidad de una disgregación de la materia, ignorada hasta entonces y que la ciencia actual se ve forzada a admitir, después de los trabajos de Curie, Becquerel, Le Bon, etcétera.

Un escritor católico, en un libro reciente,³⁸ donde a través de la aridez de la forma se trasluce en cada página el móvil interesado del autor, nos objeta que mucho antes de Kardec otros innovadores habían señalado la existencia del fluido humano: Mesmer, por ejemplo, con su famosa cuba. Olvida, sin duda, la acogida burlona que obtuvo tal innovación y la violenta hostilidad de las instituciones científicas a su respecto. Semejante hostilidad persistió hasta tal punto que no tendríamos que remontarnos mucho para recordar las chanzas de ciertas academias con relación al magnetismo.

Se necesitó todo el genio de un Crookes para derribar puertas que habían quedado herméticamente cerradas.

Ahora bien, aquello mismo que durante tanto tiempo se obstinaron los sabios en rechazar, los espiritistas lo conocían y admitían desde más de cincuenta años atrás. Estos últimos no han cesado de proseguir la demostración y prueba experimental de tales hechos. En estos mismos momentos me notifican el descubrimiento de dos investigadores de la ciudad de Lyon que han hallado el medio de reproducir, con ayuda de la espectroscopia y los rayos ultravioleta, la fotografía de los dobles fluídicos de miembros humanos amputados e inclusive del doble etéreo completo de un médium exteriorizado.

De estas investigaciones y experiencias resulta, por fuerza, una modificación profunda de las teorías clásicas sobre las energías y la materia. Se desmorona el dogma de la indivisibilidad del átomo, y con él cae toda la ciencia materialista. Ésta se encuentra en plena confusión. Júzguese por la declaración del presidente de un Congreso para el Adelanto de las Ciencias que se celebró poco antes de estallar la guerra; nos referimos al señor Laisant, ex diputado por el departamento del Sena, a quien conocemos personalmente como fiel discípulo de Auguste Comte, vale decir que es un positivista:

"Desde nuestra niñez hemos vivido una existencia científica tranquila, contentos con nuestras teorías, como con una vieja casa un tanto deteriorada, a la cual estamos ligados por la costumbre y a la que amamos, habitando en ella. Después, ved aquí que llega el huracán bajo la forma de

³⁸ LUCIEN ROURE, *Le merveilleux spirite* ("Lo maravilloso espírita"). [N. de L. Denis.]

hechos nuevos, que son inconciliables con las teorías admitidas. Caen las hipótesis, la casa se viene abajo y nosotros quedamos completamente desorientados y pesarosos, a la espera de nuevas borrascas y no sabiendo qué hacer".

¡Qué confesión de impotencia y de esterilidad en esas palabras!

Cuando estudiamos la marcha del Espiritismo somos llevados a comprobar que poco a poco, de etapa en etapa, a despecho de sus vacilaciones y repulsas, la ciencia se va acercando en forma gradual a las teorías espíritas.

En física y química, verbigracia, hela ya reconociendo la existencia de la materia sutil, radiante, y de las fuerzas radiactivas, que constituyen la base misma, el substrato y el modo de manifestarse del Mundo Invisible.

Y ahora, en psicología, se ve obligada a aceptar el hipnotismo y la sugestión, luego de haberlos negado durante mucho tiempo. Acto continuo ha sido la telepatía, la transmisión del pensamiento. Pues bien, ¿qué son esos hechos, sino la demostración, en el terreno humano y experimental, del principio que desde hace cincuenta años vienen afirmando y aplicando los Espíritus, o sea, la posibilidad de acción del alma sobre el alma, a cualquier distancia, sin el auxilio de los órganos ni del cerebro?

La ciencia oficial, que se inspiraba sobre todo en las teorías materialistas, rechazaba a priori esta explicación. Hace pocos años negaba toda posibilidad de manifestación de la inteligencia fuera del cerebro y, por tanto, todo medio por el cual un ser pudiera comunicarse con otro ser, fuera de los órganos y de los canales sensoriales ordinarios.

En la actualidad, la ciencia se encuentra obligada a reconocer los hechos telepáticos, de transmisión del pensamiento. Y al admitirlos está dando un considerable paso adelante y asesta al materialismo un golpe mortal.

La telepatía demuestra la posibilidad de comunicación entre dos seres sin el empleo de los sentidos físicos, así como la sugestión prueba la posibilidad de influencia de un Espíritu sobre otro sin el concurso de los órganos correspondientes. Tales influjos y funciones han quedado establecidos en millares de experiencias. Así pues, por lo mismo, la teoría materialista incurre en falta y la ciencia se encuentra ya a medio camino de admitir como posible la comunicación entre hombres y Espíritus. La mitad restante del trayecto la recorrerá mediante el estudio de la mediumnidad.

Ahora bien, esta poderosa renovación de la psicología, que enseñará al ser humano a conocerse mejor, ¿a quién va a deberla la ciencia? A los espiritistas y a los magnetizadores, que antes que nadie llamaron la atención de los sabios sobre los fenómenos de la sugestión, telepatía o transmisión de pensamiento, y que en cierta manera han forzado la evolución científica a orientarse en esta dirección, que la conducirá ineludiblemente al Espiritismo.

Un hecho significativo nos muestra ya el camino recorrido por éste en el medio docente. El doctor Gustavo Geley ha podido pronunciar en el Colegio de Francia, con los auspicios del Instituto Psicológico y ante un auditorio selecto, el 28 de enero de 1918, una conferencia acerca de los fenómenos psíquicos, en la cual afirmaba la realidad de las materializaciones de Espíritus.

Como se sabe, el Colegio de Francia es el más alto exponente de la enseñanza superior. Sus profesores se incluyen entre los más ilustres: Renan, Michelet, Claude Bernard y Berthelot han ocupado cátedras en él. Aún hoy, todo el París intelectual sigue allí con apasionado interés los cursos de los profesores Bergson, Izoulet, Réville, Camille Jullian, etcétera. El programa, la finalidad que se propone el Colegio de Francia consiste en difundir, en hacer públicos los nuevos descubrimientos y los trabajos recientemente realizados en todos los ramos del saber humano. La conferencia del doctor Geley representa, pues, un gran acontecimiento, una especie de consagración oficial de nuestros estudios e investigaciones.³⁹

Aun aplaudiendo el movimiento que impulsa a los hombres instruidos hacia el estudio de los fenómenos psíquicos, no podemos sin embargo evitar cierto temor, al pensar en las prevenciones e inveteradas rutinas que reinan en algunos ambientes académicos. Hay todavía muchos sabios que quieren imponer a ese tipo de hechos las mismas reglas que aplican a las combinaciones físicas y químicas. Pero constituye un punto de vista erróneo y está lleno de enojosas consecuencias al considerar tales experiencias como un terreno cuyos elementos y fuerzas se representan siempre en igual forma y de manera que podamos disponerlos a nuestro antojo. Por ese camino se expone uno a realizar investigaciones inútiles o a cosechar resultados incoherentes.

En el orden psíquico, las condiciones de experimentación son completamente distintas: allí todo es incierto y cambiante. Los resultados, según la composición de los círculos de estudios y las influencias dominantes, pueden variar hasta lo infinito. Los esfuerzos de los psiquistas oficiales correrían el peligro de resultar estériles si persistieran en puntos de vista tan poco acordes con la realidad.

³⁹ La idea de contar -fuera de la Universidad- con un establecimiento de esta índole se atribuye a GUILLAUME BUDÉ (1468-1540), filólogo y helenista francés, traductor de los clásicos griegos y a quien ERASMO apodaba "el prodigio de Francia", por sus muchas luces. BUNÉ aprovechó el valimiento de que gozaba con el rey FRANCISCO I (1494-1547) para inducirlo a que fundase el Colegio de Francia, cosa que el monarca hizo en París, hacia 1530. Cabe agregar que este soberano francés, que iba a pasar a la historia tanto por sus méritos como por sus flaquezas, fue el adversario de CARLOS V de España y era un mecenas de las artes y la literatura. Por los servicios que a esta última prestó hubo de merecer los títulos de "Restaurador de las Letras" y "Padre de las Letras". Además del Colegio de Francia, creó asimismo la Imprenta Nacional. [*N. del T.*]

Hay que reconocerlo: a los sabios ingleses debemos el empuje vigoroso del nuevo espiritualismo en el mundo. Las cualidades de observación, los métodos prudentes, la perseverancia de que hacen gala un Crookes, un Russel Wallace, un Myers y un Lodge, están por encima de todo elogio. Pero más admirable todavía es el valor moral que ha permitido a esos hombres eminentes hacer frente a las hostilidades conjuradas de las academias y las iglesias, y obligar por último a la opinión pública a inclinarse ante sus trabajos y admitir sus conclusiones. Entre otros, Crookes no varió nunca sus juicios, acerca de las apariciones de Katie King. Pese a las insinuaciones de ciertos críticos mal intencionados, escribió y publicó, en diferentes fechas, cartas en las cuales reproducía sus primeras afirmaciones, acentuándolas incluso.

No encontramos en grado igual esas cualidades en los sabios de otros países que se ocuparon también de los fenómenos psíquicos. Charles Richet, que es un espíritu sagaz y amplio, tras haber comprobado tantas veces los fenómenos que se producían en las sesiones con Eusapia Paladino y firmado las actas que atestiguaban su realidad, admitía que su convicción, profunda al principio, se iba debilitando y se tornaba vacilante algún tiempo después, bajo el imperio de hábitos espirituales contraídos en el medio que le era familiar. Desde entonces se ha hecho más afirmativo acerca de la cuestión de los fantasmas.

Y también Camille Flammarion ha tenido sus horas de incertidumbres. Nos han hecho notar que en la última edición de su libro *Les forces naturelles inconnues* ("Las fuerzas naturales desconocidas"), aparecida en 1917, muestra una tendencia a explicar todos los fenómenos por la sola exteriorización de los médiums.

Queremos creer que, cuando publique la investigación que está llevando a efecto en estos momentos acerca de los hechos del mismo orden recogidos en el transcurso de la guerra, dará explicaciones más completas y más satisfactorias.

Contamos, sobre todo, con la joven generación de estudiosos para asegurar en Francia el espiritualismo experimental. Liberada de los prejuicios de escuelas y de las rutinas seculares, sus representantes sabrán comprender que para obtener buen éxito en esta clase de estudios hay que hallarse animado del don de imparcialidad, no confundir a los médiums con histéricos, así como experimentar un sentimiento más respetuoso hacia los Seres inteligentes -aunque invisibles- que intervienen en la producción de los fenómenos y que tienen derecho a ser tratados por nosotros con miramientos, tanto como las personas vivientes y algunas veces aún más.

El doctor Geley y sus émulos saben que es preciso tocar estas cuestiones sólo con reflexión y respeto, recordando que el Mundo Invisible es un inmenso depósito de fuerzas y de inteligencias y que, según nos hallemos

dispuestos con relación a él, así estarán tales fuerzas con nosotros o en contra.

El bien y el mal se encuentran en el Mundo Invisible, tanto como en el visible. Se llaman y se atraen así en este lado de la muerte como en el otro, y el único modo de obtener fenómenos elevados, haciendo del Espiritismo una ciencia útil y un medio de progreso, es abordar este dominio sólo con un sentimiento grave y recogido.

La desenvoltura de que hacen alarde ciertos experimentadores frente a los Espíritus tiene por consecuencia la de alejar a las Entidades bienhechoras y elevadas, que podrían aportar a las sesiones poderosa ayuda. En cambio, tal actitud atrae a los vagabundos del Espacio, siempre proclives a embaucarnos y aun a provocar obsesiones temibles, como aquellas de que el doctor Paul Gibier estuvo a punto de ser víctima y que ha descrito en su libro *Spiritisme ou fakirisme occidental* ("Espiritismo, o faquirismo occidental").

La ciencia tiene sus manías. Los viejos espíritas kardecistas se sienten desconcertados por las denominaciones enrevesadas con que aquélla viste nuestros fenómenos. Las voces griegas "telekinesia, criptomnesia, ectoplasma" y tantas otras similares no les dicen nada valedero. Con todo y eso, hay que someterse a las costumbres de los sabios, que a su antojo han cambiado siempre el nombre de los hechos nuevos, procediendo a clasificaciones muchas veces arbitrarias, que la Naturaleza no conoce. Nos afirman que tales procedimientos son necesarios para introducir un poco de claridad en dichos estudios. Por tanto, debemos aceptarlos, si bien no dejando por ello de emplear los términos que nos son familiares y que el tiempo ha consagrado.

Sean cuales fueren las designaciones que se utilicen y los procedimientos que se adopten, no hay que olvidar que en nuestro mundo, donde todo es relativo, no sería posible alcanzar en ninguna materia el conocimiento integral y absoluto. Es preciso experimentar con método y rigor, pero hágase lo que se hiciere, no se logrará encerrar dentro de las estrechas reglas humanas la ciencia de lo Invisible. Ésta superará siempre nuestras clasificaciones, tanto como el cielo infinito domina a la Tierra. El conocimiento del Más Allá sólo es patrimonio -en su conjunto- de los que en él se encuentran. No obstante ello, podemos al menos recoger de él los fulgores necesarios para iluminar nuestra marcha en este mundo.

17. EL ESPIRITISMO Y LA RENOVACIÓN DE LAS VIDAS ANTERIORES

Septiembre, 1918.

Entre las experiencias que a diario van incrementando el manejo de las pruebas y testimonios con que el Espiritismo se enriquece, hay que mencionar las que tienen por objeto la renovación de la memoria, vale expresar, la reconstrucción, en el ser humano, de los recuerdos anteriores al nacimiento. Sumergido en sueño hipnótico, el sujeto se desprende de su envoltura carnal, se exterioriza y -en ese estado psíquico- siente ampliarse el círculo de su memoria normal. Todo su pasado distante se desarrolla en él, en sus etapas sucesivas. A voluntad del experimentador, puede aquél reproducir, revivir sus escenas fundamentales y aun sus menores acontecimientos.

Hace poco llamé la atención del coronel Alberto de Rochas sobre los hechos de este tipo obtenidos por experimentadores españoles y expuestos por ellos en el Congreso Espírita y Espiritualista celebrado en París, en el año 1900. El coronel, ya conocido por sus trabajos sobre la exteriorización de la sensibilidad y de la motricidad, prosiguió sus investigaciones en el sentido que yo le había indicado y obtuvo resultados notables, aunque diversos. Narró el conjunto de tales hechos en su obra *Les vies sucesives* ("Las vidas sucesivas"), publicada por la Librería de las Ciencias Psíquicas, calle Saint-Jacques, 42, París. Los fenómenos obtenidos en Aix-en-Provence, en presencia del doctor Bertrand, alcalde de la ciudad, y del ingeniero Lacoste, de quien recogí ulteriores testimonios en el transcurso de una gira de conferencias, reúnen serias garantías de autenticidad. En esas sesiones, hallándose dormido⁴⁰ el sujeto -una muchacha de dieciocho años-, remonta el curso de sus pasadas existencias y revive sus peripecias con un realismo y una vivacidad de impresiones y sensaciones que no pueden ser simulados, visto que toda imitación requeriría profundos conocimientos de patología que -a estar al dictamen de todos los testigos- no podía el sujeto poseer.

Las experiencias de Grenoble con otro sujeto -Josefina- han permitido la verificación de las condiciones de tiempos y lugares en que se desarrolló una de sus existencias anteriores, en la cual la protagonista se apellidaba Bourdon.

En cambio, algunos otros relatos que en el mismo libro consigna nos parecen mucho menos seguros, menos admisibles, y sí debidos, en gran parte, a la imaginación del sujeto, elemento este contra el cual siempre hay que estar en guardia en el estudio de tales fenómenos. El coronel de Rochas

⁴⁰ Quiere decir en trance hipnótico, lo que no debe confundirse con el sueño natural. [N. del T.]

no en todos los casos ha elegido con acierto sus médiums. Las informaciones recogidas en Valence y en el Hérault establecen que entre estos últimos algunos de ellos mostraron ser poco dignos de su confianza.

Sin embargo, hay en el libro ciertas observaciones que creemos poder reproducir aquí:

"Los recuerdos -manifiesta el autor- se concentran en acontecimientos más o menos lejanos, conforme el grado de hipnosis se va profundizando.

"La sugestión tiene tanto menos imperio cuanto más profundo es el sueño hipnótico. Al despertar, el sujeto no conserva ningún recuerdo de lo que ha dicho y hecho en el transcurso del trance.

"Cada vez que el sujeto pasa por una vida diferente, su fisonomía se pone de acuerdo con la personalidad manifestada. Si se trata de un hombre, la palabra, el tono y los modales difieren en forma perceptible del tono y gestos de una mujer. Lo propio acontece cuando está atravesando el período de la niñez".

Ya los experimentadores españoles -a quienes hemos mencionado párrafos atrás- habían hecho la misma comprobación. A medida que sus sujetos remontaban -en trance hipnótico- el curso de sus existencias lejanas, la expresión de su mirada se iba tornando cada vez más salvaje.

El coronel de Rochas relata las impresiones personales que tuvo en Roma y en Tivoli, a propósito de lo que conceptúa como reminiscencias de vidas anteriores. Por último, su obra concluye con la declaración siguiente:

"La teoría espírita está apoyada sobre bases sólidas y es, en todos los casos, la mejor de las hipótesis de estudio que se hayan formulado".

Debo confesar que durante mucho tiempo he participado yo mismo en experiencias de este género, con la diferencia de que, en vez de obrar fluidicamente sobre los médiums, dejaba a mis protectores invisibles el cuidado de dormirlos, limitándome por mi parte a estimularlos con mis preguntas y observaciones. En efecto, sería erróneo creer que sea indispensable el concurso de un magnetizador. Antes por el contrario, si la pureza de éste no es plena, su intervención puede resultar dañosa, al introducir en las sesiones un elemento perturbador, que compromete la autenticidad de los resultados.

Cuando se está seguro de poseer suficiente protección del Más Allá, es mejor dejar a las Entidades invisibles la dirección de las experiencias. Mis guías me habían dado ya bastantes pruebas de su poder, saber y elevación, para que mi confianza en ellos fuese absoluta. Si no relato aquí con detalles los hechos producidos en esas condiciones es porque ellos implican un

elemento personal y enteramente íntimo, que me quita la libertad de divulgarlos.

Las experiencias del coronel de Rochas, así como las de igual naturaleza de que acabamos de hablar, deben ser conceptuadas sobre todo como ensayos, como tentativas de reconstrucción de recuerdos de las vidas anteriores, porque los resultados son todavía parciales y restringidos. Aun considerándolas tan sólo un comienzo, hay que reconocer que nos proveen indicaciones preciosas acerca de los procedimientos que es preciso utilizar. Nos demuestran que hay ahí un vasto campo de investigaciones, un conjunto de elementos capaces de renovar toda la psicología, disipando el misterio viviente que en nosotros llevamos.

Tales experiencias son delicadas y complejas. Exigen harta prudencia, en virtud de las múltiples dificultades con que tropiezan. Se puede leer en la *Revue Spirite* de julio de 1918 las instrucciones del Espíritu W. Stead sobre los métodos aplicables a este género de investigaciones. Por tanto, no insistiremos en lo que toca a este punto, pero volveremos sobre las amplias consecuencias que estos estudios tendrán cuando hayan adquirido suficiente desarrollo. Es innegable que existe allí el germen de una auténtica revolución en la ciencia del Ser.

Constituye un fenómeno impresionante el ver -en experiencias de este tipo bien conducidas- cómo poco a poco va surgiendo el pasado de los oscuros rincones de nuestra memoria. En los sucesos que lo forman es posible seguir el eslabonamiento riguroso de causas y efectos que rige todos nuestros actos, que domina el mundo moral tanto como el físico y que representa la trama, la ley misma de nuestros destinos. En ella aparece evidente la ley de justicia, y nadie puede ya discutirla.

Dichas experiencias tienen aún otra secuela, no menos importante. Nos enseñan que la personalidad humana es mucho más amplia y profunda de lo que suponíamos. El hombre posee no sólo elementos vitales poco conocidos, sino además insospechadas facultades latentes, cuya manifestación plena y total nuestro organismo no permite; facultades estas que en ciertos casos se revelan: telepatía, premoniciones, visión a distancia. Sucede otro tanto con las capas de nuestra memoria en que duerme el pasado. En el transcurso de las experiencias a que estamos refiriéndonos, éste resurge y sale de la sombra. Nuestra propia historia se exhibe, de una manera que podríamos calificar de automática: multitud de recuerdos despiertan y ocultas energías se revelan. Podemos recobrarlos y ponerlos en acción para dirigir correctamente nuestra vida actual, para la transformación de nuestro porvenir, del destino que nos aguarda.

Allí, en la imperecedera conciencia individual, reside la sanción de todas las cosas. La conciencia se recupera en el Más Allá, y no entonces, como ocurre en la Tierra, restringida y ahogada bajo la carne, sino en su plenitud, tal cual se nos muestra en el trance, con una intensidad tal que el Ser evolucionado revive su pasado en sus júbilos y en sus dolores, con un poder tan grande que se torna para él en una fuente de venturas o tormentos.

Allí está lo que todo hombre debe saber y sabrá un día. Y esa ciencia profunda del Ser la habrá engendrado el Espiritismo. Es éste el primero que ha orientado hacia ella la atención de los investigadores, mostrándoles los aspectos misteriosos e inexplorados de nuestra naturaleza. El Espiritismo habrá enseñado al hombre a evaluar la magnitud de su poder, toda su grandeza, todo su porvenir.

Por consiguiente, no es exagerado afirmar que el Espiritismo -después de cincuenta años de existencia- ejerce y ejercerá cada vez más un influjo creciente y traerá transformaciones considerables a la ciencia, la literatura e incluso al seno de las iglesias, conforme lo estableceremos en el capítulo siguiente.

La gran doctrina de las vidas sucesivas del alma, afirmada en Francia por todos los Espíritus en sus mensajes y comunicaciones, constituye una revelación, una enseñanza filosófica muy importante. Se apoya también sobre testimonios casi universales, puesto que, a excepción del neocristianismo, todas las religiones y casi todas las filosofías la admiten en principio. A más de esto, se beneficia con la posibilidad, que sólo ella posee, de resolver de una manera lógica las anomalías aparentes de la vida y sus problemas oscuros.

Muy cierto es que, en el terreno de las pruebas y los hechos, esta doctrina sólo tenía en su activo, hasta hoy, las reminiscencias de algunos hombres especialmente dotados, recuerdos infantiles y renacimientos ocurridos en condiciones que de antemano se habían anunciado y precisado. Ahora, merced a los fenómenos de renovación de la memoria, un vasto campo de exploración se inaugura en provecho de la doctrina de las vidas sucesivas. Con tales experiencias obtendrá esta doctrina la fuerza y la certidumbre necesarias para afrontar y desafiar toda crítica, todos los ataques.

A medida que las etapas del Ser se van desarrollando, mientras el sujeto se encuentra en trance hipnótico, captamos mejor el eslabonamiento del destino del individuo. La ley de evolución, por ejemplo, resalta con mayor evidencia del conjunto de nuestras vidas individuales que de la historia de las naciones, ya que estas últimas se ven a menudo empujadas hacia los

abismos por la ambición desmedida de sus soberanos y sus déspotas, como a la hora actual está sucediendo.

En este tipo de fenómenos es curioso ver cómo la personalidad humana va emergiendo en forma gradual primero, de la vida salvaje, luego de la barbarie, para ir esclareciéndose poco a poco merced a los influjos de la civilización. La libre voluntad del hombre se ejerce, frecuentemente, en contra de la ley del progreso, y le pone obstáculos. Sin embargo, sus efectos son más perceptibles en lo que respecta al individuo y no a las colectividades, las cuales se renuevan de tiempo en tiempo con la incorporación a ellas de elementos inferiores, oriundos de globos más atrasados que la Tierra.

Ya hemos dicho que sucede lo mismo con la idea de justicia, que halla plena vigencia en la serie de nuestras encarnaciones sucesivas. Los recuerdos renovados demuestran que todas nuestras vidas son solidarias unas con otras y están unidas entre sí por el vínculo de causa a efecto. Podríamos comparar a cada una de ellas con una corriente que arrastra, o el légamo del fondo, o las pepitas de oro y las piedras preciosas que nosotros mismos traemos de nuestras existencias anteriores.

Todo acto importante tiene, tarde o temprano, una repercusión inevitable sobre nuestro destino. Un seductor y disoluto deberá volver a nacer en el otro sexo para, a su vez, sufrir en sí mismo los daños que ha ocasionado. Un hombre que estaba en posesión de un secreto de Estado y, divulgándolo, traicionó a su país, regresará, en una existencia ulterior, sordo y mudo. Otros que fueron todavía más culpables serán ya en su niñez privados de la vista. Cada falta grave acarrea una privación de libertad, y tal privación se traduce en la introducción de las almas en cuerpos deformes, enfermos y sufrientes.

Pero no vayáis a sacar en conclusión, de lo que acabo de decir, que todos los enfermos hayan sido criminales en el pasado... Porque muchos buenos Espíritus, sabiendo que las pruebas cooperan a nuestro adelanto, escogen para sí vidas difíciles y dolorosas, a fin de ascender un peldaño en la jerarquía espiritual. Hay que saber sufrir para poder reunirse con las almas nobles que se han purificado mediante el dolor; hay que saber sufrir para ganarse el derecho de compartir su existencia, sus trabajos, su misión. Ante todo, la vida es un medio de educarse y elevarse, y las pruebas constituyen el crisol en que se refinan y perfeccionan los Seres. ¿No tenemos acaso, ante nosotros, los sublimes ejemplos de los mártires de todas las grandes causas, el ejemplo de Juana de Arco, en su prisión, el de Cristo en el Calvario, extendiendo sobre el mundo los brazos, desde lo alto de la cruz, para perdonar y bendecir? Ésos no eran culpables, sino Espíritus heroicos que, aun impartiéndonos una gran lección, querían subir más alto en la vida celestial...

Así pues, la reconstrucción de los recuerdos coincide con las revelaciones de los Espíritus para mostrarnos en el dolor humano, en muchos casos, la reparación de faltas cometidas, la redención del pasado, el medio por el cual la soberana justicia se cumple.

Una vez hecha la reparación, el Ser se prepara a nuevas ascensiones. Pero la memoria del ayer no deja por ello de subsistir integralmente. Sus actos reaparecen y reviven, al llamado del Espíritu con una intensidad tal que infunde espanto. ¡Qué emoción experimenta cuando, al evocar el pasado, ve el cortejo de los malos recuerdos desfilando ante el tribunal de la conciencia! ¿Cómo sustraerse a esa obsesión, a las penas, a los pungentes remordimientos?

Cuando ha llegado al ocaso de la vida, el hombre pasa revista a los acontecimientos que han urdido su trama. ¿Cuántos motivos de amargura y de dolor moral no encuentra en ellos? Y ¡qué será esto para el Espíritu, que abarca y sondea, hasta en sus menores repliegues, la larga serie de las existencias recorridas!

Muy pocas almas jóvenes, al comenzar, en su debilidad e ignorancia, han podido evitar caídas, debilidades y hasta crímenes. Pues bien, no hay más que un remedio para esos males: acumular tantas vidas útiles y fecundas, tal cantidad de obras de consagración y autosacrificio que, comparadas con ellas, las culpas originales sólo sean una insignificancia.

Para el Espíritu, los recuerdos más lejanos siguen permaneciendo vivos, lo mismo que sucede al anciano con las impresiones de su infancia terrestre. Es que el Espíritu, en virtud de su esencia misma, escapa al tiempo. Una vez vuelto a la vida del Espacio, el tiempo no existe ya para él. Pasado y futuro se confunden en el presente eterno.

Esta persistencia de los recuerdos tiene su utilidad moral. En el transcurso de su ascensión el Espíritu adquiere facultades y poderes de los que podría envanecerse si no se acordara de lo poco que ha sido y del mal que cometió. A la vez que un correctivo para las veleidades del orgullo, esos recuerdos son también motivos de indulgencia hacia las flaquezas y errores ajenos. En efecto, ¿cómo pudiéramos ser severos y despiadados con los demás porque adolecen de debilidades que nosotros mismos hemos tenido?

En términos generales, las vidas culpables, por las reparaciones que acarrear, se convierten para el Ser en otros tantos estimulantes, en otros tantos acicates que lo obligan a avanzar por la senda del progreso, al paso que las existencias oscuras, incoloras, vacilantes entre el bien y el mal, son poco provechosas para él. Gracias a las vidas de luchas y de pruebas los caracteres se van templando, se cosecha experiencia y se desarrollan las riquezas del alma. Poco a poco el mal se trueca en energía para el bien. En

nuestra inmensa evolución todo se transforma, se purifica y se eleva. Y tan pronto como hemos llegado a las celestes alturas los elementos de nuestras vidas sucesivas se fusionan en divina y armoniosa unidad.

18. EL ESPIRITISMO Y LAS IGLESIAS

Octubre, 1918.

Para todo observador atento, la penetración del Espiritismo en la ciencia se ha tornado en un hecho evidente. Lo propio ocurre en los más diversos medios religiosos, donde la difusión de aquél, por no ser tan visible, no es menos real.

En lo que atañe a la Iglesia Católica, esta afirmación parecerá temeraria al día siguiente de las declaraciones del Santo Oficio, cuando persiste todavía la violenta campaña movida contra nosotros por el clero. Sin embargo, a despecho de tales ataques, sería fácil establecer que el Espiritismo va infiltrándose poco a poco en aquellos elementos que se pudiera creer más refractarios, más ortodoxos.

Este movimiento fue provocado -hace una veintena de años- por monseñor Méric, profesor de la Sorbona, cuya revista *Le monde invisible* ("El Mundo Invisible") se ocupaba en manera exclusiva de las ciencias ocultas. A pesar de ciertas críticas suyas, puramente formales, podía advertirse que el sabio prelado se apasionaba por las investigaciones de esta índole. Por eso hizo escuela.

En igual sentido, conviene señalar el libro del padre Bautain, célebre por las conferencias que pronunció en Notre-Dame. Y es sabido que el cardenal Perraud, obispo de Autun y miembro de la Academia Francesa, se aplicaba con asiduidad a la experimentación de los fenómenos psíquicos.

Había pocas diócesis en que grupos de eclesiásticos no se entregasen a las mismas investigaciones.

En nuestra respuesta al canónigo Coubé,⁴¹ hemos reproducido los testimonios de eminentes prelados en favor del Espiritismo. Y podríamos añadir otros a aquéllos. Pero nos limitaremos a citar el del más célebre orador de la cátedra católica después de Lacordaire, esto es, el padre Didon. En sus *Lettres d Mlle. Th. V**** ("Cartas a la señorita Th. V***"), editadas en 1902 por Plon-Nourrit, con autorización de la Orden de los hermanos Predicadores, escribía:

"Creo en la influencia divina que los muertos y los santos ejercen misteriosamente sobre nosotros. Vivo en comunión profunda con esos invisibles y experimento con delicia los beneficios de su secreta vecindad.

⁴¹ Véase nuestro opúsculo *Le Spiritisme et les contradictions du clergé catholique* ("El Espiritismo y las contradicciones del clero católico"), Librería de las Ciencias Psíquicas, 1918. [N. de L. Denis.] Este opúsculo integra la segunda parte de un pequeño libro publicado por la Editorial "Victor Hugo", Buenos Aires, 1961, el cual se titula *Espíritus y Médiums* y lleva de subtítulo *El Espiritismo y las Contradicciones de la Iglesia Católica*. [N. de la E.]

Por más que pasen los siglos, ellos no impedirán a las almas del mismo linaje que se visiten y se amen".

Agreguemos, para precisar, que en su institución de Arcueil el elocuente dominico gustaba de interrogar a las mesas. Sobre este punto tenemos el testimonio formal de nuestro amigo el señor Touzard, miembro del Consejo Superior de Agricultura, que muchas veces tomó parte en tales experiencias.

Ese movimiento no ha disminuido, sólo que prosigue más ocultamente. Hoy como en aquel entonces continúan estudiando y experimentando, en el medio católico, pero nada se trasluce al exterior. Por mi parte, sigo recibiendo cartas y visitas de eclesiásticos que me interrogan acerca de los problemas de ultratumba.

El pensamiento y la conciencia de muchos sacerdotes están agitados por corrientes opuestas, pero la férrea disciplina que sobre ellos pesa les impide toda manifestación externa. Sin embargo, no hay que fiarse de este engañoso silencio. En los espíritus se gesta el descontento y se sabe ya que las fuerzas demasiado comprimidas producen a veces explosiones. Ese descontento, causado primero por la reacción antimodernista contra todos los que querían introducir un poco de aire y de luz en la sombría prisión de la Iglesia romana, ha aumentado incluso en el transcurso de la presente guerra. La actitud de la Santa Sede, contrastando con la consagración patriótica del clero humilde, causó indignación. Las miras de Bossuet y las proposiciones galicanas⁴² no se hallan tan lejos de nosotros ni tan en el olvido que no se pueda retomarlas y realizarlas. La Iglesia de Francia ganaría desembarazándose de un poder más preocupado de sus intereses materiales que del verdadero espíritu del Evangelio.

¿Hablaremos de la ya citada obra del canónigo Lucien Roure, *Le merveilleux spirite*, publicada en 1917? Se trata de uno de los proyectiles de mayor calibre que se hayan disparado durante la campaña católica contra los espiritistas. Pero no dio los resultados que se esperaban. Deslizándose en silencio en medio de la noche, no ha hecho explosión y no alcanzó el blanco. El autor se titula redactor de los Dudes ("Estudios"),

⁴² El adjetivo *galicano-na* se emplea hoy exclusivamente para designar a la Iglesia y clero de Francia, así como a lo que les concierne. La antigua acepción de "perteneciente a las Galias" se ha hecho obsoleta. - En cuanto a los conceptos vertidos por el autor en el presente capítulo, no estará de más recordar que se refieren a la Iglesia romana en la época en que estas páginas fueron escritas (octubre de 1918). De entonces acá, mucha agua ha corrido bajo los puentes, el mundo sufrió profundas transformaciones y la Iglesia Católica no ha podido permanecer del todo ajena a ese proceso de cambio. [*N. del T.*]

obra de publicidad y propaganda fundada, como todos sabemos, por los padres jesuitas. No habría que buscar en este volumen las bellas y coloridas páginas que solían escribir el erudito y sagaz padre Méric o el elocuente padre Didon. Su estilo es más bien frío y seco. Salvo algunas críticas fundadas, lo que sobre todo lo caracteriza es la voluntad de incompreensión, la denigración sistemática, todo lo cual resta valor a la tesis que allí se expone. El autor no muestra el equilibrio, el sano juicio que un sacerdote debería poseer para analizar una ciencia y una doctrina eminentemente espiritualista. Se revela su intención en los últimos capítulos, que destina a una apología del catolicismo.

Sin embargo, una vez ceden sus prejuicios, y se le escapa una confesión, ante el poder de la verdad. Leemos en la página 297:

"Lo que ha hecho afortunado al Espiritismo es que traía a las almas inquietas una respuesta de inmortalidad. Prometía a los corazones en duelo prolongar sus relaciones con los desaparecidos. Y de ninguna manera negaremos que haya dado a algunos, en efecto, seguridades que en vano habían buscado en otras partes, mitigando dolores inconsolados hasta entonces".

Los argumentos de nuestros contradictores católicos tienden a descartar de plano todas las pruebas y testimonios científicos que son favorables al Espiritismo. Para ellos, tanto William Crookes como todos los sabios investigadores que siguieron su ejemplo han sido engañados. Allan Kardec no fue otra cosa que un compilador inventivo y necesitado, y todo aquello que puede ser real en los fenómenos psíquicos debe atribuirse a los artificios del demonio. Olvidan que del seno mismo de la Iglesia han surgido los testimonios más formales en favor de la manifestación de los difuntos. Ya hemos mencionado al padre Coubé, y desde San Agustín hasta Lacordaire y el padre Didon, buen número de clérigos ilustres se han pronunciado en este sentido.

Según lo hemos demostrado en otra parte,⁴³ los hechos espíritas se encuentran en el origen de la Iglesia Cristiana y en todos los siglos de su historia. En sus relaciones con lo Invisible aquella Iglesia adquiría, en gran parte, su fuerza moral y su autoridad. Mas poco a poco su preocupación por los intereses materiales le hizo ir perdiendo de vista las sanas tradiciones del Cristianismo primitivo. La Iglesia quiso reemplazar a los poderes superiores. Tras haber intentado monopolizar las manifestaciones de ultratumba en su propio beneficio, terminó proscribiéndolas, y la Edad

⁴³ Véase nuestra obra *Christianisme et Spiritisme*. [N. de L. Denis.] Este libro, *Cristianismo y Espiritismo*, ha sido publicado en versión castellana por la Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1970 [N. del T.]

Media nos presenta el largo martirologio de los médiums y de los inspirados. El sacerdote se ha erigido en árbitro de los destinos humanos. Creyó poder conducir el mundo por medio del terror, el miedo al infierno y a las penas eternas. Pero un día la conciencia humana se sublevó contra las alegaciones que perpetúan el error acerca del futuro que Dios reserva a sus hijos. La actual situación de la Iglesia, sus fracasos y su impopularidad, son consecuencias de sus faltas, resultados de su intolerancia y de su alejamiento de las grandes verdades eternas.

En lo tocante a los hechos espíritas, siempre han continuado y seguirán produciéndose en todos los medios para afirmar la sobrevivencia del alma, la justicia de Dios y la comunión entre vivos y muertos. Ningún poder humano podría oponer barreras a esa vida invisible que nos envuelve, nos contiene y nos desborda por doquier. Los eclesiásticos esclarecidos lo saben y desaprueban la actual campaña contra el Espiritismo, porque -expresan- ella sólo puede resolverse contra sus propios autores. Y éstos, al llamar la atención de los feligreses acerca de tales temas, provocan por parte de ellos el estudio y examen de los mismos.

La verdad surge y poco a poco se va haciendo lugar en las conciencias. En efecto, el Espiritismo no tiene nada que temer de la discusión y del análisis: siempre ha salido victorioso de los ataques de que era objeto. Por eso muchos sacerdotes, rehusando tomar parte en este conflicto, buscan de oculto un medio de conciliación, el "puente" capaz de unir a dos doctrinas que hasta la fecha se hallan en oposición. Aseguran haberlo encontrado en el concepto del purgatorio. Confían, en que, tarde o temprano, el advenimiento de un Papa más liberal y amplio en sus miras, o si no un cambio completo de la Iglesia de Francia, permitirán que en ese debilitado organismo penetre algo del gran hálito vivificante del Más Allá.

Las iglesias protestantes, en general, son más accesibles que el catolicismo a las influencias de fuera, están mejor dispuestas con respecto a las corrientes del pensamiento y de la ciencia. No cabe duda de que tienen también sus ortodoxos, sus pietistas,⁴⁴ que no son mucho menos intolerantes ni menos retrógrados que los jesuitas. Pero la plena libertad que allí existe, de estudiar e interpretar los textos y las ideas, contribuyen en gran manera al progreso de las inteligencias.

Hace ya mucho tiempo que en Inglaterra y EE. UU. de América del Norte los pastores no desdeñan citar los hechos espíritas para demostrar la

⁴⁴ El pietismo, secta religiosa de algunos protestantes, originada en Alemania en el siglo diecisiete, proclamaba el sacerdocio universal de todos los creyentes, preconizando una moral rigurosa -de tipo ascético- y ateniéndose a la letra del Evangelio. [N. del T.]

supervivencia del alma. En Francia y en la Suiza *romande*⁴⁵ el protestantismo liberal se va impregnando de Espiritismo, con lentitud pero con fuerza.

Desde este punto de vista, nuestro respetable amigo, el pastor A. Bénézech, de Montauban, debe ser tenido por un auténtico iniciador. Rompiendo con las doctrinas y prejuicios de su medio, no teme afirmar en voz alta la realidad de las manifestaciones de ultratumba. Sus experiencias personales y las pruebas que obtuvo acerca de la identidad de los difuntos comunicantes las relata en dos volúmenes cuyo buen éxito ha sido asegurado por su talento de escritor y su estilo sobrio y claro.⁴⁶ Ya en 1903 me escribía:

"Presiento que el Espiritismo podría convertirse en una religión positiva, no a la manera de las religiones reveladas, sino en calidad de religión establecida sobre hechos experimentales y en pleno acuerdo con el racionalismo y la ciencia".

Gracias al señor Bénézech pude pronunciar, en 1905 y en la Municipalidad de Montauban, una conferencia sobre Espiritismo, ante un público selecto. Al año siguiente hice lo propio en el gran anfiteatro de la Facultad de Teología de esa ciudad, en presencia de un auditorio integrado por estudiantes, profesores, pastores e invitados. Como estaba permitido el debate, muchas preguntas me fueron planteadas por los asistentes, quienes parecían interesarse sobremanera por los problemas psíquicos. Aquella reunión, considerada como un acontecimiento, tuvo consecuencias, porque después me enteré de que varios estudiantes habían elegido al Espiritismo como tema para la tesis que debían presentar en sus exámenes.

El movimiento no ha disminuido y la idea espírita continúa propagándose entre los protestantes franceses. Hoy sería difícil precisar el número considerable de aquellos que han adoptado nuestras creencias. Los rasgos esenciales de la doctrina kardecista volvemos a encontrarlos en el pensamiento de los más ilustres representantes de la religión reformada.

El pastor Ch. Wagner, que acaba de pasar al Más Allá tras una fecunda carrera terrena, estaba en ese caso. Fue tam bién -como es sabido- uno de los hombres que ejercieron más saludable influencia sobre nuestro tiempo y sobre nuestro país. Todo el mundo conoce sus libros: *La vie simple*; *Jeunesse*; *L'Ami* ("La vida sencilla; juventud; El amigo"), etcétera. En ellos, con un estilo colorista, cálido y conmovedor, se eleva hasta las más altas cimas morales. Y, sin embargo, tales obras no constituyen más que un

⁴⁵ El adjetivo *romande* se aplica a aquella parte de Suiza donde se habla francés. [N. del T.]

⁴⁶ A. BÉNÉZECH, *Les Phénomènes psychiques et la question de l'Audelé* ("Los fenómenos psíquicos y la cuestión del Más Allá") y *Soutfrir, revivre* ("Sufrir, revivir"). Librería P. Leymarie, París. [N. de L. Denis.]

reflejo de esa alma brillante. Para juzgarlo en toda su dimensión había, que escuchar sus improvisados discursos, a los que el soplo de la inspiración animaba. Pacifista en el sentido cristiano, antes de estallar la guerra, su ardiente patriotismo despertó no bien se produjeron nuestros primeros reveses militares.

Reconforta leer los últimos sermones que escribió, donde el grito del dolor humano se mezcla con los acentos de la más noble fe religiosa.

Ch. Wagner fue por completo ajeno a todo sectarismo y tenía amigos en todos los ambientes, así entre los sacerdotes católicos como entre los rabinos y los libre pensadores espiritualistas. El Espiritismo no le era desconocido tampoco, ya que el 21, de febrero de este mismo año me exponía sus puntos de vista en los términos siguientes:⁴⁷

"Creo con toda el alma en la presencia de nuestros queridos invisibles. Los tengo por mi sociedad habitual y marchó rodeado de su apacible y sonriente cortejo. En memoria de ellos, me place cultivar lo que amaron, y ahora, cuando tantos jóvenes héroes han atravesado la línea que sirve de umbral al mundo invisible, considero toda obra justa y buena como un depósito que ellos nos dejaron y que se ha vuelto sagrado por su sacrificio. La santa sociedad de los vivientes con los muertos; la continuación, entre nosotros, de la influencia de aquellos que nos han precedido; la perspectiva de una ascensión de los seres, a través de dolores, yerros y culpas, hacia una claridad superior, hacia un perfeccionamiento de lo que en nosotros sólo ha comenzado; todo esto integra mi fe viva y que ruego a Dios me aumente cada día. Por el Evangelio ampliamente comprendido y practicado y por todas esas aspiraciones que termino de señalaros, me siento, pues, cómodo cerca de vos, que no excluís a nadie, que todo lo esperáis y que dais aire y luminoso horizonte al cuadro de la vida".

⁴⁷ Esta carta era más extensa. En líneas anteriores a las que reproduce aquí el autor, el remitente le expresaba: "Al leer vuestros libros, estimado señor, he comulgado con vos en las especies sacramentales de lo que no muere. § Aprecio en vuestras obras el sentido directo de lo infinito y lo eterno, que a través de la textura de las cosas transitorias discierne lo permanente. Y sabiendo cuán dolorosa ha sido vuestra vida, me siento en compañía de un hermano cuya Esperanza y Fe no constituyen sólo elementos de bella doctrina o de retórica, sino poderes vivificantes y liberadores. § No soy espiritista, mas tengo siempre en vos a un camarada de ruta a lo largo de esta existencia crepuscular, en la que he fraternizado preferentemente con aquellos que se orientan hacia, el lado de la Noche que se manifiesta translúcida". Y a continuación siguen los conceptos que se leerán en el texto. (Ver GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo*. - *Su vida y su obra*, página 208, Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1959). [N. del T.]

Desde los trabajos de A. de Gasparin y del profesor Thury, la Suiza de habla francesa no ha dejado de interesarse por las cuestiones psíquicas. En 1892, la Universidad de Ginebra, que incluye una Facultad de Teología protestante, nos invitaba a pronunciar dos conferencias públicas acerca del Espiritismo. Tuvieron lugar el 7 y 10 de noviembre de ese año en el gran anfiteatro denominado el "Aula"⁴⁸ y fueron seguidas por una tercera disertación que se llevó a efecto en el casino Saint-Pierre, y en la que se plantearon las bases de la Sociedad de Estudios Psíquicos de Ginebra. Esta institución tuvo durante mucho tiempo por presidente al distinguido profesor Daniel Metzger, quien (cosa curiosa, y según lo manifestado por un Espíritu digno de fe) no era otro que la reencarnación de Calvino. Muy notables son los trabajos de dicha sociedad. Al celebrarse el Congreso Espiritista de Ginebra, en 1913, contaba aquélla con unos doscientos miembros, casi todos pertenecientes a la religión reformada.

El profesor Th. Flournoy, universitario protestante, ha consagrado dos voluminosos tomos a un estudio del Espiritismo que trae más fantasía que ciencia imparcial. Hay que reconocer, empero, que en sus *Archives de psychologie* ("Archivos de psicología") su escepticismo, burlón del comienzo, se va atenuando poco a poco para dar lugar a una prudente reserva, y a veces, incluso, a elogios dirigidos a algunos sabios británicos, como Myers y Lodge.

Su colega el pastor G. Fulliquet, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad, en un grueso volumen titulado *Les problèmes d'outre-tombe* ("Los problemas de ultratumba") va mucho más lejos. Por ejemplo, en la página 141 escribe:

"El pensamiento espírita se manifiesta excelente para mitigar la emoción y el dolor de las separaciones, producir la resignación y la aquiescencia y despojar de su aguijón al duelo, reconciliando al ser humano con la muerte".

El autor admite la doctrina de las vidas sucesivas, de la reencarnación, como una hipótesis "importante y de interés, por sus consecuencias y aplicaciones". Se extiende sobre el tema y expresa en primer término, en la página 252:

"Ciertamente, una vida única en la Tierra no puede bastar para proporcionar al alma el desarrollo integral y la completa evolución a que aspira y tiene derecho. Nadie ha llegado a la perfección, sino muy lejos de eso. Por tanto, es lícito afirmar que ninguno ha alcanzado el término de su educación, pruebas y experiencias. Así pues, es menester que la muerte -la

⁴⁸ En castellano en el original. [N. del T.]

cual no tiene el poder mágico de concluirlo todo, de llevar todo a la perfección- introduzca al alma en una vida nueva, de actividad y de progreso".

Acto seguido trata el autor acerca de la forma en que esa nueva vida puede producirse, y consigna:

"El alma volverá a la Tierra, reencarnada en un hombre nuevo, para recibir aquí una educación diferente y adecuada, pero ello, después de un intervalo más o menos largo de vida espiritual pura. Tal es la teoría de las encarnaciones sucesivas, o de la pluralidad de las existencias terrestres".

Y más adelante agrega:

"No es de ninguna manera imposible que la reencarnación en la Tierra provea, en ocasiones, circunstancias más favorables".

El señor Fulliquet se acerca a nosotros también en otros puntos. Al hablar de los fenómenos mediúmnicos hace constar que "por medio de lo subliminal estamos en relaciones con todo un mundo espiritual".

En ciertos casos de enfermedades -expresa- "la vida psíquica se torna más intensa y más bella, pareciendo augurar y predecir que la muerte no la amenaza, que no podría alcanzarla".

Por eso, después de tales premisas nos asombra comprobar que el autor adopta, a la postre, el punto de vista del día, la opinión de moda en algunos medios teológicos protestantes, vale decir, la teoría de Sabatier sobre la inmortalidad facultativa. Según ella, todas las almas no siguen subsistiendo después de la muerte, sino tan sólo aquellas que han alcanzado un estado suficiente de "cohesión" de las facultades y de la conciencia. Ahora bien, puesto que dicho estado sólo puede realizarse disfrutando de cierto grado de evolución, -tras una serie de existencias-, de ello resultaría que las más de las almas jóvenes -las creadas recientemente- desaparecerían y, de un plumazo, gran Darte de la humanidad *post-mortem* sería suprimida. He aquí, pues, a qué resultado llega una concepción puramente imaginaria, que no se apoya en prueba alguna, en ninguna verificación.

Salta a los ojos que el señor Fulliquet ha querido tomar en cuenta los objetivos y los sentimientos que prevalecen en su entorno, tratar con miramientos los intereses o simpatías y mantener buenas relaciones con los que le rodean. Habiendo estudiado el Espiritismo en los grupos de Lyon, tiene dictamen formado al respecto, pero no se ha atrevido a afirmar rotundamente y en voz alta lo que en su fuero interno pensaba. Quizás algún día deplorará no haber seguido los bellos ejemplos que dieron

Bénézech y Ch. Wagner. Sea lo que fuere, debemos dejar constancia de sus veleidades de franqueza y también aprobar sus buenas intenciones.

En muchos ambientes se advierte que la mentalidad de los hombres de iglesia está siendo trabajada por el Espiritismo. Pese a las resistencias que se le oponen y a los obstáculos con que tropieza, su luz se va filtrando despacio, pero con seguridad, a través del laberinto y las tinieblas de los dogmas.

Puesto que el Espiritismo es la forma y la expresión del Mundo Invisible, representa la más venerable de las tradiciones filosóficas y religiosas, la verdad más antigua tanto como la más moderna. Es la fuente de que han brotado todas las religiones, el manantial donde han de hallar renovado vigor, regenerándose en las horas de decadencia y adquiriendo nueva vida. Es la ayuda que presta el Cielo a la Tierra, el instrumento por el cual el pensamiento y la ciencia se encaminan hacia una síntesis cuya base estará constituida por los hechos mediúmnicos, las cumbres de la evolución serán su cúpula, y su enseñanza reflejará cuanto representa la belleza eterna del alma y del mundo.

19. EL ESPIRITISMO Y LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

Noviembre, 1918.

En los capítulos anteriores hemos esbozado en rasgos generales la marcha veloz y el progreso del Espiritismo durante cincuenta años en todos los dominios del pensamiento, o sea, en la ciencia, la experimentación psíquica, la literatura, e incluso en el seno de las iglesias. Réstanos examinar cuál ha sido su influencia en el movimiento filosófico contemporáneo y, en modo especial, en la filosofía de la Escuela.⁴⁹

Hagamos notar, de paso, que tales resultados se obtuvieron prescindiendo de toda organización espiritista, sin otros medios de acción ni otros recursos que el poder mismo de la verdad, y sin ninguna dirección, fuera de la que emana del Más Allá. Pero, probablemente sea ésta la más segura y eficaz, puesto que mejor que los procedimientos humanos puede triunfar de los prejuicios y rutinas y vencer el más obstinado amor propio. En efecto, cuantos han venido trabajando con persistencia en pro de la difusión del Espiritismo se han sentido ayudados y sostenidos por el Mundo Invisible.

En lo tocante a la obra filosófica realizada en este medio siglo que acaba de transcurrir, no pasaremos revista a todos los sistemas que la integran, por cuanto ello significaría exceder los límites del presente estudio. Tan sólo investigaremos cuál es -dentro de la enseñanza oficial- la parte atribuible a la idea espírita.

Consignemos, en primer término, que durante ese lapso las teorías materialistas no han cesado de retroceder y el espiritualismo tiende a reemplazarlas.

En la actualidad, la enseñanza oficial está representada por la filosofía de Henri Bergson, cuya irradiación se extiende cada vez más en el exterior, al mismo tiempo que su acción sobre los espíritus se va tornando más intensa en nuestro país.

Bergson está familiarizado con las ciencias psíquicas, porque ha seguido con atención su desarrollo. Es autor de un artículo aparecido en el Bulletin de *l'Institut général psychologique* ("Boletín del Instituto General de Psicología"), de enero de 1904, acerca de la *Vision de lueurs dans*

⁴⁹ En francés se denomina "la Escuela" a la filosofía escolástica y sus adeptos, vale expresar, la enseñanza de la filosofía y la teología conforme a los principios y método de la escolástica, o escolasticismo, doctrina de la Edad Media en la que predominaba el pensamiento de Aristóteles. [N. del T.]

l'obscurité par les sensitifs ("Visión de fulgores [o luces] en la oscuridad por parte de los sensitivos").

Su filosofía no es tan sólo un sistema que venga a sumarse a los sistemas precedentes. Es original y profunda, constituyendo una auténtica revolución en el mundo del pensamiento. Desde Spencer se hallaba establecido que la inteligencia es la facultad principal, el medio más seguro para adquirir conocimiento y abarcar el dominio de la vida y de la evolución. Ahora bien, Bergson demuestra que la inteligencia, que constituye una emanación de la vida, es por sí sola impotente para abarcar la vida y la evolución, por cuanto la parte no puede abarcar el todo ni el hecho reabsorber su causa. ¿Qué hace entonces este filósofo? En lugar de la inteligencia pone a la intuición, y es este un acontecimiento de primerísima importancia en psicología, porque con la intuición se relacionan, precisamente, la mayoría de las facultades mediúmnicas: clarividencia, premonición, previsión de los sucesos. Y el día en que la ciencia encuentre un método práctico para desarrollar esa intuición abordará los lados misteriosos del alma humana, por los cuales esta última confina con la presciencia divina y se revelan su esencia íntima y su inmenso porvenir.

Mediante el desarrollo de tales facultades se puede vislumbrar la aparición de una estirpe de hombres que nos superarán en poder tanto como el ser humano actual sobrepasa al de la prehistoria. Entonces el alma se revelará en la plenitud de su grandeza. Se comprobará que posee profundos veneros de vida a los que siempre puede acudir para revigorizarse, y cumbres iluminadas por los rayos de la verdad eterna.

El alma humana es un mundo. Conoce tanto el esplendor de las cimas como el vértigo de los abismos. Posee precipicios en cuyo fondo rugen los torrentes de las pasiones. Contiene filones pletóricos de riquezas y su destino consiste, precisamente, en valorizar todos esos ocultos tesoros.

El estudio de la obra de Bergson nos muestra, en ciertos puntos, analogías sorprendentes con la Doctrina de los Espíritus. La vida del Ser - expresa- es el desarrollo de una evolución anterior al nacimiento. Hay un eslabonamiento, una continuidad en el cambio, en la progresión, y al mismo tiempo existe también una conservación del pasado en el presente. Igual que nosotros, este filósofo admite que el pasado se encuentra registrado en la conciencia profunda, y establece la evolución paralela del ser orgánico y del Ser consciente. He aquí los términos en que define dicha evolución:⁵⁰

⁵⁰ Véase *L'Évolution créatrice* ("La evolución creadora"), de HENRI BERGSON, editado por F. Alcan, y el resumen -muy bien logrado- de la obra del filósofo, titulado *Une révolution dans la philosophie* ("Una revolución en la filosofía"), por FRANK GRANDJEAN, *privat-dozent*° de la Universidad de Ginebra. [*N. de L. Denis.*] ° Con este nombre se designa, en las universidades

"El progreso es continuo y se prosigue indefinidamente: progreso invisible, sobre el cual el ser visible cabalga durante el período de tiempo que ha de recorrer en la Tierra.

"Cuanto más fijamos nuestra atención en esa continuidad de la vida tanto más vemos a la evolución orgánica acercarse a la evolución consciente, en la que el pasado gravita sobre el presente para hacer brotar de él una forma nueva, que es la resultante de sus antecedentes".

Hay ahí transformismo, pero de tal modo espiritualizado que se aproxima de una manera perceptible a la filosofía de las vidas sucesivas.

Esa noción de las existencias anteriores vuelve a hallarse, afirmada y precisada, en muchas páginas de Bergson. Citemos de ellas algunos extractos:

"¿Qué somos, qué es nuestro *carácter*, sino la condensación de la historia que hemos vivido desde nuestro nacimiento, e incluso antes de éste, puesto que traemos con nosotros disposiciones prenatales?

"De la evolución prenatal la vida es el prolongamiento. La prueba de ello consiste en que muchas veces resulta imposible decir si estamos tratando con un organismo que envejece o con un embrión que continúa evolucionando".

Volvemos a encontrar en Bergson la concepción espírita de la vida universal:

"El Universo no está hecho, sino se va haciendo sin cesar. A no dudarlo, se acrecienta ilimitadamente por medio de la adjunción de muchos nuevos... Es verosímil que la vida se desarrolle en otros planetas, y también en otros sistemas solares, bajo formas de las que no tenemos ninguna idea, y en condiciones físicas que, desde el punto de vista de nuestra fisiología, nos parece que la vida repugna de una manera absoluta".

Según él, el principio de la evolución no está en la materia visible, sino en la invisible. Y declara:

"Todos los nuevos datos científicos tienden a trasponer la evolución, llevándola de lo visible a lo invisible".

alemanas, a ciertos doctores que, en el carácter de profesores libres, dictan un curso sobre alguna especialidad científica, sin ser titulares de una cátedra. [N. del T.]

Se puede observar que en su obra Bergson habla incesantemente de la vida y se refiere muy poco a la muerte. Ningún filósofo parece haber tenido menos preocupación por este pasajero accidente que no pone fin a nada. Para él, igual que para nosotros, la vida triunfa y reina como soberana, así antes como después de la muerte.

La opinión de este pensador sobre el libre arbitrio está de acuerdo con la que nosotros hemos sostenido siempre:

"El rol de la vida -escribe- consiste en insertar indeterminación en la materia. Indeterminadas (quiero decir imprevisibles) son las formas que la vida crea en el curso de su evolución. Cada vez más indeterminada también (quiero decir cada vez más libre) es la actividad a la cual esas formas deben servir de vehículo".

Más adelante añade:

"La libertad no es absoluta: admite grados... Somos libres en tanto somos nosotros mismos, esto es, en nuestro estado de personalidad profunda, pero somos determinados en tanto pertenezcamos a la materia y a la extensión.

"La personalidad humana es un brotar viviente de incoercible libertad... La libertad constituye un hecho de experiencia interna, una cosa sentida y vivida, no razonada".

En resumen: como se ve, el bergsonismo, igual que la Doctrina de los Espíritus, aporta al hombre más fuerza para vivir y obrar y lo liga más estrechamente a cuanto vive, ama y sufre en el Universo. El materialismo aislaba por completo al ser humano: entre los engranajes de la ciega máquina del mundo el hombre se sentía como aniquilado. Pero la concepción cambia: así como el más insignificante grano de polvo es solidario del ingente sistema solar, así también todos los seres vivos -desde los orígenes de la vida y a través de los tiempos y lugares- no hacen sino tornar más perceptible una dirección única, invisible... Están supeditados, se unen y obedecen a un formidable impulso. Como una inmensa caravana que avanza a lo largo del tiempo y del espacio y, en su empuje, va superando los obstáculos y prosigue su marcha más allá de todas las muertes.

¿No es esto nuevo en la filosofía oficial que, hasta ahora completamente impregnada de intelectualismo, se hallaba confusa ante el problema del Ser? Le Dantec y su escuela investigaban la vida exclusivamente en la materia. Pero Bergson, al situar más arriba la inteligencia y la vida, rehabilita en cierto modo al mundo viviente; vuelve a hallar el vínculo que liga las doctrinas occidentales con las de Grecia y Oriente, con las

creencias de nuestros antepasados, esa filosofía céltica resumida en las Tríadas y a la cual será preciso retornar algún día. Y, ya sea que Bergson haya extraído sus ideas de los estudios psíquicos que realizó, o bien provengan ellas de las inspiraciones de su propio genio, el hecho no es menos notable desde el punto de vista de la identidad de las doctrinas, sobre todo en lo que toca a sus amplias consecuencias morales y sociales.

Al concluir su obra magistral, *L'Évolution créatrice*, Henri Bergson insiste sobre la relatividad de los hechos, acerca de su impotencia para proveernos de otra cosa que no sea una concepción fragmentaria de la Naturaleza. Este filósofo se levanta con energía contra los arbitrarios puntos de vista de Herbert Spencer, adoptados, sin embargo, por la ciencia:

"No se puede -manifiesta Bergson- razonar sobre las partes como se razona sobre el todo. El filósofo debe ir más lejos que el sabio... La inteligencia extrae los hechos de ese todo que es la realidad... En vez de decir que las relaciones entre los hechos han engendrado las leyes del pensamiento, puedo también pretender que la forma del pensamiento es la que ha determinado la configuración de los hechos percibidos y, por tanto, sus relaciones entre sí".

Y concluye en estos términos:

"La filosofía no es sólo el retorno del espíritu a sí mismo, la coincidencia de la conciencia humana con el principio viviente de que ella emana, un tomar contacto con el esfuerzo creador: es la profundización del devenir en general, el evolucionismo verdadero y, por consiguiente, el auténtico prolongamiento de la ciencia, con tal que con esta última palabra se entienda un conjunto de verdades comprobadas o demostradas, y no cierta nueva escolástica que ha brotado, durante la segunda mitad del siglo diecinueve, en torno a la física de Galileo, así como la antigua escolástica lo había hecho en torno a Aristóteles".

Todo espíritu reflexivo se sorprenderá ante la concordancia que existe a este respecto entre los puntos de vista de Bergson y los que Allan Kardec expuso. En efecto, en materia de Espiritismo, el Gran Iniciador no quiso nunca separar la doctrina de los hechos. No obstante lo cual, hay todavía entre nosotros algunos hombres que querrían circunscribirla al terreno experimental. Esto nos lleva a consideraciones especiales acerca de la Doctrina de los Espíritus.

Nadie discute que los hechos constituyan la base del Espiritismo, la prueba de la supervivencia del alma después de la muerte. Pero detrás del hecho -y en el hecho en sí- hay toda una revelación. En el Espiritismo, el hecho no se produce sin la enseñanza, siempre que el fenómeno obtenido sea de un orden un tanto elevado. Los Espíritus sólo tratan de comunicarse con nosotros para instruirnos, consolarnos e iniciarnos en las grandes leyes del Más Allá, cuyo conocimiento nos es tan necesario, sobre todo en tiempos de pruebas. Tal es lo que Allan Kardec comprendía y sentía. De ahí que en su obra ligue estrechamente la doctrina a la ciencia. Al obrar de esta suerte no estaba obedeciendo a una tendencia personal, sino a una necesidad, a la naturaleza misma de las cosas que estudiaba.

El poder de acción, el rol social del Espiritismo, se deben a que esta doctrina responde, a la vez, a todas las necesidades del alma, a las múltiples e imperiosas urgencias de la hora presente. El Espiritismo se dirige, al mismo tiempo, a la mente y al corazón: a la inteligencia, la conciencia y la razón. El poder y la eficacia del Espiritismo se deben al hecho de que las satisfacciones intelectuales y morales que nos proporciona y las enseñanzas que nos brinda constituyen, en su conjunto, una magnífica unidad, una soberbia síntesis científica y filosófica, moral y social.

Una doctrina que no tienda hacia esos objetivos diversos carecerá de equilibrio. La moral que provenga del intelecto habrá de ser una moral estéril. Sólo la moral del sentimiento, la del corazón, puede hacer al hombre realmente humano, accesible a la piedad, compasivo para con todos los dolores y consagrado a sus semejantes.

No cabe duda, es menester que estudiemos los hechos, concediéndoles toda la importancia que merecen. Pero -como piensa Bergson-, más lejos y a mayor altura que los hechos, hay que ver la meta hacia la cual nos conducen, por sus medios, las fuerzas invisibles, a lo largo de las ásperas sendas del destino.

En consecuencia, el Espiritismo no es tan sólo el fenómeno físico, la danza de las mesas, como todavía parecen seguir creyendo algunos hombres. El Espiritismo es todo el esfuerzo del Más Allá por arrancar al alma humana de sus dudas, de sus lacras, de sus enfermedades morales, a fin de obligarla a tomar conciencia de sí misma y realizar sus fines gloriosos.

La Doctrina de los Espíritus constituye el rayo de esperanza que acude a iluminar nuestro sombrío planeta, nuestra Tierra hecha de lodo, sangre y lágrimas; el rayo jubiloso que viene a visitar las habitaciones miserables, que se desliza hasta el interior de las tristes moradas donde habita la desgracia o gime el sufrimiento. La Doctrina de los Espíritus es el llamado de lo Infinito; las voces que llegan para proclamar el más noble y poderoso ideal que el genio humano haya soñado. A ese llamado y ante tales voces las frentes inclinadas bajo el peso de la vida vuelven a erguirse; los

desesperados, los naufragos de la existencia recobran su valor y, en el brumoso cielo de su pensamiento, ven lucir el alba que anuncia tiempos nuevos, tiempos mejores para la humanidad...

El Espiritismo es la comunión de las almas que se llaman y se responden a través del espacio. Gracias a él nos llegan noticias de aquellos que fueron nuestros compañeros de prisión y de lucha en este mundo. Ya los creíamos perdidos, y he aquí que de nuevo nos sentimos ligados a ellos... ¡Qué alegría saber y sentir que estamos unidos a aquellos a quienes amamos, unidos para siempre; que la muerte es tan sólo un engaño y toda separación no deja de ser pasajera y aparente! Nos sentimos ligados no únicamente a ellos, sino a todas las almas que pueblan la inmensidad, porque el Universo forma una gran familia. Y en los millares de mundos que se desplazan por las profundidades del Cosmos, por todas partes tenemos hermanos y hermanas que habremos de conocer, o con los que deberemos reencontrarnos algún día; por doquier existen almas con las cuales proseguiremos nuestra ascensión, bajo la égida de las sabias y profundas leyes eternas...

De esta manera irá despertando poco a poco y crecerá en nosotros el sentimiento, el instinto poderoso de la vida y de la solidaridad universales. Mediante él nos sentiremos vinculados tanto a los más humildes como a los más grandes Espíritus, nos sentiremos de la misma estirpe que los héroes, los sabios y los genios, y tendremos la posibilidad de reunirnos con ellos en la luz cuando nosotros también hayamos trabajado y luchado, merecido y sufrido.

El Espiritismo, en suma, es todo el estremecimiento de la vida invisible; representa a un universo viviente que hasta ahora se ignoraba, salvo por parte de unos pocos, y del que sabemos y sentimos que existe, se agita, palpita y vibra en nuestro entorno, llenando el espacio con pensamientos radiantes, pensamientos de amor, inspiraciones geniales. Y cada vez más lo sentiremos vivir y obrar, merced al desarrollo de facultades que van a multiplicarse, incrementarse y convertirse en patrimonio de gran número de personas. Por ellas adquiriremos, asimismo, la certidumbre preciosa de la protección y sostén que desde el Más Allá se extiende sobre nosotros; la prueba de que la solicitud de lo Alto alcanza a todos los peregrinos de la vida en su penoso viaje terrenal.

En la lucha que se ha iniciado en pro de la ascensión de la humanidad, la grandiosa batalla de las ideas, el Espiritismo es el más fuerte de los combatientes, porque en él se reencuentran la vida y la muerte, y la Tierra y el Cielo se reúnen y se ligan para las lides del pensamiento. Luchemos, pues, con coraje, sabiduría y prudencia. El Mundo Invisible está con nosotros. Elevemos nuestro grito de esperanza y confianza en la eterna y consciente justicia que gobierna los mundos. ¡Creamos, tengamos esperanza y actuemos!

20. CREACIÓN DE UN MUNDO NUEVO

1º de diciembre, 1918.

El examen que acabamos de realizar en los últimos cinco capítulos nos ha mostrado cómo, en el transcurso de medio siglo, el Espiritismo ha ido haciéndose un lugar en todos los dominios de la actividad humana.

La gran marejada que ha barrido tantos errores e ilusiones repondrá muchas cosas en su sitio. Francia volverá a asumir su papel, su misión histórica y el sentido de sus verdaderos destinos, que consisten en difundir en el mundo ideas, verdades y luces. Las elevadas Entidades que velan por ella y la han salvado del peligro, sólo aguardan la hora propicia para utilizar toda su influencia e impulsarla hacia adelante por la senda de su destino.

Conforme hemos visto, ya se está perfilando una poderosa reacción espiritualista contra el materialismo y la indiferencia de antaño, y dentro de ese movimiento del pensamiento el Espiritismo está llamado a desempeñar un importante rol. Los estudios que promueve y las convicciones que forma no han sido nunca más oportunas que ahora, porque sólo una levantada concepción del mundo, del alma y de la vida puede traernos la serenidad de espíritu y la fuerza moral que son necesarias para sobrellevar las duras pruebas de los tiempos presentes y encarar confiados el porvenir.

Al desatar la guerra, Alemania y Austria no previeron el abismo de dolor que iban a cavar. Hoy en día, no sólo se hacen escuchar los gritos de las víctimas, sino que desde todos los rincones del mundo surgen voces de reprobación y todos los poderes morales se han puesto de pie para acusar y condenar a los autores de tantos males.

La conciencia humana ha pronunciado su veredicto inapelable. Reclama una paz fundada en la justicia, una paz que asegure el castigo de los culpables e impida la repetición de tales calamidades.

He aquí que poco a poco, merced al socorro de lo Alto, el horizonte se va aclarando. Los acontecimientos toman un giro favorable a la causa del derecho. La actual guerra, que hubiera podido traer para el pensamiento una era de decadencia y corrupción de las ideas, promete, en cambio, ser un medio de regeneración, y en esta obra tocará representar a Francia un papel esencial. Ya se agranda ella, a los ojos del mundo, en toda la magnitud que le confieren sus padecimientos y sacrificios. Sus enemigos venían preparando, laboriosamente y desde mucho tiempo atrás, su ruina y aniquilamiento. Pero Francia, siempre de pie, renaciente siempre, sigue llevando todavía, entre los pliegues de sus banderas, una gran porción del futuro humano. Curada de sus errores y de sus desordenadas ambiciones, representa hoy a la causa de los débiles y a los sagrados derechos del pensamiento.

Por eso, todos los pueblos libres vuelven sus miradas y esperanzas hacia ella y sus Aliados. Saben que su propia suerte está ligada a la de Francia. Si ésta hubiese sido derrotada, ello acarrearía el fin de su independencia, en tanto que con su victoria el pensamiento recobrará su impulso e irradiará más intensamente aún sobre la ensangrentada Tierra.

Estamos asistiendo al alumbramiento de un mundo nuevo. Cuanto se halla destinado a vivir y a crecer se elabora entre sangre y lágrimas. En medio de las convulsiones de una guerra terrible vemos surgir las formas, vagas e indefinidas todavía, de una humanidad regenerada por el dolor.

Las grandes naciones de la *Entente*, divididas hasta entonces por intereses económicos, y que a no ser por los actuales sucesos no hubieran podido comprenderse nunca, reunieron todos sus recursos y medios de acción para afrontar el peligro común. Supieron atraer a su causa a la mayoría de los pueblos de la Tierra. De ello resulta una penetración de las mentes y conciencias, una fusión de los caracteres y voluntades, que están colmadas de consecuencias para el futuro de nuestro planeta.

Se van encaminando los pueblos hacia una solidaridad viva y actuante, hacia una organización mundial que parece ser el último término de la evolución del derecho.⁵¹

Un orden de cosas se halla en vías de establecimiento, económico primero, político después, filosófico y moral, más tarde.

Gracias a los rápidos progresos que en Inglaterra y en América está realizando, el Espiritismo promete pasar a ser la doctrina universal que cimentará la unión de todos dentro de un ideal común. Alemania misma, decepcionada, compelida a renunciar a su sueño de dominación brutal, se verá forzada a ingresar en el concierto de las naciones, donde ocupará simplemente el lugar que le corresponda. Sólo entonces la paz y la justicia podrán reinar sobre la Tierra.

Día vendrá en que nos sentiremos orgullosos de haber vivido en una época que está gestando tan grandes cosas. Alabemos a Dios, que del conflicto de las pasiones y los odios sabrá hacer brotar la armonía. Trabajemos, cada cual según sus fuerzas, en la preparación de tiempos mejores para la humanidad.

⁵¹ Se refiere el autor a la Liga o Sociedad de Naciones, de la que nos hemos ocupado en nota anterior. [*N. del T.*]

21. EL REINADO DEL ESPÍRITU

15 de diciembre, 1918.

Antes de la guerra era posible encontrar por doquier, alrededor de nosotros, los frutos engañosos, los frutos venenosos del materialismo, tanto en la política como en la literatura y las costumbres. Se necesitó la tremenda sacudida de los acontecimientos para hacer salir a luz las cualidades heroicas de la nación, empantanadas entre la espesa capa de los intereses y pasiones egoístas.

Ahora, cuando el vendaval ha pasado, aquellos frutos deletéreos no habrán desaparecido por completo. Es de temer que los conflictos de intereses y las luchas de clases, la acción ora sorda, ora violenta de las pasiones viles, se prolonguen, y que todavía tengamos que preocuparnos de otras pruebas, que sufrir nuevas convulsiones.

El remedio para todo eso consistirá, sobre todo, en la búsqueda y aplicación de un ideal desinteresado, que habitúe al hombre a levantar sus miradas y pensamientos por encima de las bajas codicias terrenales.

Sólo es grande una nación por la idea que encarna, y no hay una idea más noble que la de la evolución individual y colectiva, la ascensión de cada uno de nosotros hacia esas cumbres eternas que se llaman Sabiduría, justicia y Amor. Nada más bello que la participación creciente en la obra del progreso universal.

Pero ¿cómo inculcar semejante ideal a hombres a quienes malos pastores han mantenido por tanto tiempo en la ignorancia de su naturaleza y de su verdadero rol?

Larga habrá de ser la tarea, y laboriosa, y penosa... No obstante, no hay otro modo de promover una vida espiritual elevada y pura, de introducir el reinado del Espíritu sobre la materia.

Desde hace unos treinta años una poderosa corriente está arrastrando a los pueblos hacia la democracia socialista. Ahora bien, para que ésta sea fecunda, deberá convertir en realidad el reinado del Espíritu, respetando la libertad personal, esa sagrada libertad que es la garantía misma de nuestra autonomía y cuya llama debe brillar siempre en nuestras almas. Si el socialismo fuera compulsivo, si pisoteara la libertad individual, ya no sería otra cosa que una variedad de despotismo y desembocaría en los peores excesos.

Un ejemplo de esto lo tenemos en Rusia, donde la revolución, en sus comienzos, estaba inspirada en los más generosos sentimientos. Pero a causa de la opresión subsiguiente ha rodado al abismo y se ha convertido en una forma de anarquía y bandidaje.

Un socialismo igualitario iría por mal camino, conforme lo hemos demostrado en el Capítulo 12. La igualdad no está en la Naturaleza y

tampoco puede existir en la sociedad humana. El nivelamiento por lo bajo, según lo sueñan ciertos utopistas, y la igualdad impuesta por la fuerza, suprimirían las capacidades, esto es, todas las fuerzas intelectuales. Terminarían en el reinado universal de la mediocridad, en la bancarrota del arte y la ciencia, y constituirían una regresión a la barbarie.

El socialismo materialista olvida algo esencial: que el alma tiene necesidad de esperanza y de fe, tanto como el cuerpo requiere alimentos.

La democracia debe ser una estrecha y fraterna solidaridad de todos. Un esfuerzo común hacia lo mejor, un impulso para elevarse hacia una vida más digna y alta. Satisfaciendo tales condiciones, la democracia representaría un valor de orden moral y tendría su sede en las conciencias.

Desde el punto de vista de los intereses, la paz social sólo puede lograrse mediante los sacrificios voluntarios de aquellos que poseen los bienes y por medio de las reivindicaciones justas y equitativas de los que, no teniendo nada, trabajan en la creación de la fortuna pública. El socialismo no debe estar inspirado por el odio de clases, sino por la simpatía y la benevolencia. El odio sólo engendra odio y no será vencido más que por el amor.

Pero, para llegar a eso, seguirán siendo impotentes todo el aparato legislativo y las instituciones políticas. No basta dirigirse al intelecto, a la razón; hay que hablar, sobre todo, al corazón del hombre, arrancando de él los gérmenes de egoísmo, envidia y ansias de dominio. No hay ninguna posibilidad de conseguirlo si no es mediante la difusión de una gran doctrina que se apoye en pruebas tangibles y enseñe a todos el deber, la responsabilidad moral, iluminando el camino del porvenir. Sólo entonces cesarán los conflictos y se preparará un destino mejor para el género humano.

¿Dónde están los obreros de semejante transformación, dónde los artesanos del restablecimiento espiritual y moral de nuestro país? ¿Los hallaremos entre los hombres que se vienen sucediendo en el poder desde hace una veintena de años? Todos los que los conocen bien aseguran que no, salvo raras excepciones. La democracia tiene que ser dirigida por manos puras y honradas, no por materialistas gozadores, despreocupados de las leyes superiores y de la suerte que el Más Allá les reserva. Tal vez haga falta aguardar la llegada de otra generación, el advenimiento de hombres nuevos que, rompiendo las estructuras de los viejos partidos, instituyan una situación más en armonía con la finalidad real de la existencia y las reglas de la evolución humana. En todos los casos -lo hemos dicho antes- el Espiritismo está llamado a representar un importante papel y puede mirar confiado el futuro. Desde ya ofrece a todos los corazones lacerados la fuente de los supremos consuelos y de las esperanzas infinitas. Amplía la comunión con lo Invisible y al propio tiempo la define y fortalece.

Gracias a las facultades mediúmnicas y a las revelaciones concordantes de los Espíritus conocemos mejor las condiciones de la existencia allende el sepulcro. Los lazos de simpatía y solidaridad que nos unen a los difuntos se están multiplicando y las dos formas de vida -la visible y la invisible- se fusionan en una unidad poderosa.

Todos aquellos (y es elevado su número) que practican la comunión con sus muertos queridos saben cuánta ayuda y cuántos elementos de renovación introducen en nuestra mente y nuestra conciencia las relaciones con el Más Allá. Los horizontes de nuestra vida se ensanchan y las cosas de la Tierra se ven reducidas a sus justas dimensiones. Aprendemos a desembarazarnos de lo fútil y vano y a encauzar nuestras ambiciones hacia los indestructibles bienes del Espíritu.

La colaboración, la convivencia con nuestros amados invisibles es como un baño fluídico en el que nuestras almas se retemplan y fortifican. Nuestras acciones y juicios, nuestras percepciones en todo se ven profundamente modificadas. La idea de la muerte, verbigracia, pierde su carácter lúgubre. Todo el aparato de terror con que deliberadamente la han rodeado las religiones se desmorona y se esfuma. La muerte no es ya sino un regreso a la verdadera vida, vida irradiante y libre para el Espíritu que no ha desfallecido. Representa el descanso para el buscador fatigado, el refugio para todos aquellos que penaron, lucharon y sufrieron.

El hábito de conversar con nuestros amigos del Espacio y la idea de que están con frecuencia cerca de nosotros, que nos hablan, nos escuchan y se interesan por nuestros trabajos, nos obligan a vigilar con mayor atención nuestros actos. A medida que avanzamos con ayuda de sus inspiraciones nuestra comprensión de la vida espiritual se va tornando más profunda, el deber se nos hace más fácil de cumplir y el fardo de las pruebas se nos aligera. Aprendemos a liberarnos de múltiples servidumbres materiales, de ambiciones malsanas y mezquinos celos; en suma, de todo aquello que divide a los hombres y los sume en la desgracia.

En las trágicas circunstancias por las que pasamos, la comunión del Cielo con la Tierra, de los vivientes con los difuntos, se reviste de un carácter grandioso. Adquiere una amplitud y una intensidad considerables. Las almas de los héroes caídos en combate por la patria, de todos los que ofrecieron su vida en holocausto para que la grata tierra de Francia no fuera reducida a la esclavitud, la muchedumbre incalculable de esos Espíritus que, en sus vuelos de gloria, se ciernen por sobre nosotros, esa muchedumbre -repito- se asocia a nuestros esfuerzos, dolores y lágrimas.

El caso de Raimundo Lodge, no es el único. En todas partes se multiplican manifestaciones similares. Tan pronto acaba el período de turbación que sigue a toda muerte violenta, todos esos Espíritus sólo se proponen un objetivo y no tienen sino un pensamiento: el de secundar a nuestros soldados en la épica lucha que están ellos librando, exaltar su

coraje, prestar apoyo a su impetuoso ardor, hasta que el enemigo haya sido rechazado más allá de las fronteras de Francia.

A la hora actual, pueden los videntes contemplar ese impresionante espectáculo de dos humanidades que se unen en un supremo esfuerzo para salvar a Francia y al mundo de los ataques del águila germánica.

Y ese gran movimiento no se extinguirá cuando haya concluido la guerra. Las fuerzas espirituales en acción continuarán interviniendo, no ya en una lucha armada, sino para llevar a cabo la obra de pacificación y regeneración por excelencia.

Debido a sus desarreglos y excesos, la humanidad había creado fuéudicamente en torno a ella ese círculo fatal que sólo un choque violento podía romper. En vez de reconocer que en sus propias culpas residía la causa principal de los males que soportaba, en lugar de buscar el remedio de ellos en el estudio y la práctica de las leyes eternas, se encenagó en el sensualismo y en la negación. Y el choque se produjo. Éste ha quebrado muchos egoísmos, destruyó hartos prejuicios y rutinas. Ha despojado al hombre viejo de su vestimenta de orgullo y entreabrió su entendimiento para que penetrasen en él las cosas divinas. Ahora, aquellas reformas y mejoras individuales y sociales que no quisieron realizar en la paz y el placer, tendrán que hacerlas en medio de las pruebas y el dolor. Desaparecerán todos aquellos que se oponían a los progresos del pensamiento y a la evolución moral. Eminentes Espíritus encarnarán entre nosotros para convertir en realidad los objetivos providenciales. Un soplo poderoso pasará sobre el mundo. Los habitantes de la Tierra, estrechamente unidos a los moradores del Espacio, trabajarán juntos a fin de preparar días mejores para nuestro retrasado planeta.

A las consideraciones precedentes creo deber agregar mi testimonio personal. En mi constante comunión con los Invisibles he hallado las inspiraciones y fuerzas necesarias para realizar lo que pude hacer de útil y bueno en el transcurso de esta existencia que ya declina y se acaba. La colaboración con altas Entidades del Espacio me ha proporcionado los elementos esenciales de mi obra de divulgación. En esas relaciones cotidianas he recogido abundantes pruebas de identidad: mi fe y mi confianza han ido acrecentándose, al paso que se iluminaba mi vida interior. Aprendí a desligarme de las pequeñeces de este mundo, a poner mis afectos y mi meta en el Más Allá.

Y ahora, ha llegado la edad con su cortejo de enfermedades. Mis medios de acción se debilitan. Un velo sombrío se extiende sobre mi vista. He perdido a la excelente médium gracias a cuyos oficios me comunicaba con mis guías y protectores invisibles, pero los siento a menudo alrededor de mí

y hasta percibo las radiaciones de sus pensamientos y de sus fluidos. De aquí en más, sólo aspiro a volver a reunirme con ellos, a la hora en que lo quiera Dios, para vivir en su compañía en medio de la serena paz de los espacios, en la divina armonía de las almas y los mundos.⁵²

⁵² El precario estado en que se encontraba la vista de LEÓN DENIS había hallado algún remedio -en cierto modo- en el hecho de disponer de una nueva secretaria, que desde entonces trabajaría satisfactoriamente para él, hasta la muerte del autor. En cuanto a la médium que declara haber perdido, se trataba de la señora Forget, fallecida el 25 de agosto de 1917. Obtuvo más tarde otra médium, conforme lo relata él mismo en una página reproducida por su biógrafo y donde LEÓN DENIS expresa: "Después de años enteros de cruel privación, un bello día estival recibí la visita de dos señoras parisienses, provistas de unas líneas de recomendación del señor Leymarie, las cuales venían a pasar un mes de vacaciones en Turena. No las conocía en absoluto. § En el curso de una conversación con ellas, habiéndome referido a un amigo ciego que obtuviera comunicaciones escritas, aquellas señoras expresaron el deseo de verle en la tarea, con cuyo propósito organicé una pequeña sesión. § Ignoraba yo entonces que una de ellas fuese médium, pues nada me había dicho al respecto. De ahí que me sorprendiese grandemente al verla caer pronto en trance y al escuchar una fuerte voz que me anunciaba la presencia de mi guía, el Espíritu poderoso cuyos sabios consejos y tierna solicitud siempre me han dirigido y sostenido en mi labor de proselitista. [...] Todos aquellos de los asistentes que habían participado otrora de las sesiones que he descrito en mi libro *En lo Invisible* reconocieron a «Jerónimo de Praga», mientras que el sujeto ignoraba por entero cuanto se relaciona con ese eminente Espíritu". (GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo. - Su vida y su obra*, páginas 164-165, Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1959). [N. del T.]

22. ¡HOSANNA!*12 de noviembre, 1918.*

La ciudad está de fiesta. Las campanas han sido echadas a vuelo. Resuena el cañón y los temas musicales norteamericanos se escuchan en todos los cruces de calles y caminos. La población en pleno, en un pensamiento común de liberación y de felicidad, aclama la firma del armisticio, preludio de la paz.

Pero no es sólo la vieja ciudad la que está en son festivo. La tierra de Francia entera vibra de entusiasmo. De las llanuras del Centro como de los valles del Mediodía y de los bosques de Lorena ascienden rumores de marchas militares y cantos jubilosos. En el Espacio, las legiones innumerables de los que han muerto por la patria se asocian a la alegría de un pueblo delirante. Las armonías del Cielo responden a las voces de la Tierra.

La prueba que se prolongó a lo largo de cincuenta y dos meses ha tocado a su fin. Gracias al Espiritismo, gracias a nuestros guías invisibles, a sus previsiones y enseñanzas, la hemos soportado pacientemente. A pesar de las tristezas y angustias de esta larga guerra, aun en las horas más sombrías -como, por ejemplo, cuando se produjo la defección de Rusia-, no perdimos nunca nuestra confianza en la salvación del país y en los auxilios que nos llegaban de lo Alto. En medio de las peripecias de la lucha no ha cesado de pasar sobre Francia y sus heroicos soldados, una poderosa corriente de fuerzas espirituales impulsándolos y exaltándolos hasta llevarlos, por último, a la victoria.

Ahora se trata de reparar los males ocasionados por la guerra, de formar para la patria un alma nueva. Es menester que la unión nacida en las trincheras, en los campos de batalla y en la retaguardia, entre hombres de toda condición, sea afianzada por medio de la voluntad y los esfuerzos comunes. Las querellas partidistas deben concluir ante la firme resolución de todos los franceses, de trabajar -con un mismo impulso y un solo corazón- en el restablecimiento y la regeneración del país.

Hace falta, sobre todo, que una nueva fe eleve las mentes por sobre los intereses egoístas e introduzca en las conciencias el sentimiento de los deberes y responsabilidades personales que corresponden a cuantos quieran mostrarse dignos del título de seres humanos.

¡A todos vosotros, heroicos vivientes y muertos gloriosos que habéis combatido, peleado y sufrido por nosotros; a los que asegurasteis el triunfo de la justicia y de la libertad en este mundo que se hubiera vuelto inhabitable si la fuerza brutal y la mentira hubiesen prevalecido; a todos vosotros ascienden el himno de reconocimiento, el tributo de admiración y los impulsos de gratitud de la humanidad entera!

Por los procedimientos péfidos y mortíferos que inauguró, por su extensión mundial y las masas de tropas puestas en movimiento, esta guerra es única en la historia. Las dificultades y complicaciones que engendró sólo pudieron ser superadas a costa de titánicos esfuerzos. El tratamiento que los invasores infligieron a Bélgica y a Servia pudo movernos a creer en la quiebra de lo más noble y sagrado que hay en la conciencia.

Pero, por la otra parte, hemos visto a pueblos enteros arrojándose a la hoguera en pro de la causa del derecho. Se multiplicaron los actos de heroísmo y autosacrificio. Cualidades morales desconocidas afloraban, hasta el punto de que la dignidad humana se ha visto engrandecida, rehabilitada.

En la preguerra, la decadencia de los caracteres resultaba perceptible, notoria. No sin tristeza comprobábamos lo pobre que era la época en hombres geniales. Pero en la hora del peligro numerosas falanges se han erguido, de cara a los riesgos y a la muerte. Si por un lado el orgullo, la falsía y la crueldad se exhibían en toda su fealdad, por el otro, en cambio, legiones de almas se elevaban de un salto hasta las alturas de lo sublime. Francia ha entrado resuelta por el camino de las pruebas. Subió su Calvario. Ha arriesgado su propia existencia en aras de la salvación común.

Y la humanidad, emocionada ante ese espectáculo grandioso, acudió para prestarle apoyo. Aparecieron los hombres necesarios, los hombres providenciales que Dios mantiene en reserva para el cumplimiento de sus vastos designios: Wilson, Lloyd George, Clemenceau y Foch⁵³ no son sino los instrumentos del Más Allá, ejecutores del plan divino, los agentes por los cuales la justicia superior se consume, con un brillo que no tiene parangón en la historia del mundo. Así pues, nada hay que nuestro siglo deba envidiar a los que le precedieron, ya que se manifiesta más grande que todos ellos. ¿Cómo dudar, ahora, del futuro?

⁵³ DAVID LLOYD GEORGE; (1863-1944), político inglés que había nacido en Manchester, fue parlamentario, ministro y jefe del partido liberal de su país. Presidente del Consejo de Ministros, entre 1916 y 1922, tuvo importante actuación pública en el transcurso de la contienda. – GEORGES CLEMENCEAU (1841-1929), político francés oriundo de Mouilleron-en-Pareds (Vendée), en 1917 era presidente del Consejo y titular del Ministerio de Guerra. A su acción se debió, en gran parte, que Alemania capitulara en 1918, lo que le valió el mote de "Padre de la Victoria". Al año siguiente fue uno de los negociadores del Tratado de Versailles. - En cuanto al mariscal francés FERDINAND FOCH (1851-1929), natural de Tarbes, se desempeñaba en esa guerra como comandante del Noveno Ejército de su país, el grupo de los ejércitos del Norte, y en 1918 pasó a ser Generalísimo de las fuerzas de los Aliados, siendo más tarde importante su intervención en las negociaciones del armisticio. Espíritu culto, perteneció a la Academia Francesa. [N. del T.]

A través del caos de los acontecimientos sentimos esbozarse una nueva humanidad. Las tradiciones de un pasado de hierro y sangre parecen definitivamente perimidas. Las leyes de la conciencia van reemplazando poco a poco a las reglas de esa política de violencia y de fuerza brutal que durante tanto tiempo se ha enseñoreado de nuestro mundo, bárbaro aún. Los pueblos creen vislumbrar en lontananza el amanecer de una época en la que reinarán la justicia y la fraternidad. Si así acontece, un gran paso adelante habremos dado en el camino áspero, aunque sagrado, por el que se extiende la larga serie de las generaciones humanas.

Mientras tanto, no nos fiemos... Allá, en la lejana Rusia, un riesgo subsiste, un peligro que amenaza invadir a Europa Central y ganar el Occidente. En nuestro retrasado planeta hay todavía demasiados seres inferiores, ignorantes y pasionales, para que el orden y la armonía se establezcan entre nosotros de una manera perdurable. Tal vez la lucha recomience bajo formas distintas y producirá nuevos héroes, otros mártires. Y en esa batalla las legiones invisibles se asociarán también a nuestros esfuerzos y a las pruebas que sobrellevaremos.

Se trata de la lid universal del bien contra el mal, de la luz contra las tinieblas, de la verdad contra el error. Mediante ella se templan las almas, desarrollando sus energías latentes. Escalan las arduas cuestas coronadas por cumbres deslumbradoras. Es el concierto inmenso en que las contradicciones y disonancias ora chocan, ora se fusionan en una sinfonía casi sobrehumana. Y en ese poderoso concierto, un cántico, sobresale de entre todos los otros: el *Hosanna*,⁵⁴ el himno de triunfo de los que han vencido, de aquellos que de los sufrimientos, angustias y lágrimas han sabido hacer surgir para sus almas mayores tesoros de ideas y sentimientos, más belleza y grandeza...

15 de diciembre, 1918.

Ahora, cuando la tormenta ha pasado y empieza a renacer la calma en los Espíritus, examinemos con mirada grave, con un sentimiento casi religioso, los sucesos que acaban de ocurrir, y tratemos de extraer las altas enseñanzas que trajeron consigo.

En primer término, lo que nos impresiona más es la evidente intervención de un poder, de una voluntad superior: la acción del Mundo

⁵⁴ El *Hosanna* es, en la liturgia católica, el himno que se canta el Domingo de Ramos, último domingo de la Cuaresma, que da comienzo a la Semana Santa. Ese himno se inicia con la palabra *hosanna*, la cual, en lenguaje figurado y poético, es sinónimo de himno triunfal, y se emplea también como exclamación de júbilo. [N. del T.]

Invisible para salvar a Francia de la ruina y la muerte y con el objeto de instaurar el reinado del derecho. Tal vez algunos me objeten las vicisitudes que ha acarreado esta terrible guerra, las alternativas de triunfos y fracasos, las horas de ansiedad e incertidumbre, en que el destino parecía volverse contra nosotros. Se me alegrará que semejantes peripecias parecieran hallarse en desacuerdo con la ejecución de un plan aprobado por lo Alto.

La respuesta es fácil: Dios quiere que el hombre participe, por medio de sus esfuerzos y sacrificios, en la obra que Él dirige. Es eso lo que cuesta el progreso humano. Pero, cuando hubo llegado la hora, el poder divino se manifestó y el orgullo germánico ha sido abatido. De ahí el giro completo y súbito de la situación, la ofensiva fulminante de nuestras fuerzas y, para el enemigo, la derrota final. Siguen siendo de actualidad aquellas palabras de Juana de Arco según las cuales "los hombres de armas batallarán y Dios dará la victoria".

Desde 1914 y durante tres años hemos podido seguir casi día por día las fases de la guerra en lo que atañe a la participación en ella del Mundo Invisible, y hemos relatado sus rasgos principales en diversos artículos de revistas:⁵⁵ el reunirse los grandes Espíritus en consejos, la búsqueda de jefes militares capaces de recibir sus inspiraciones, la acción perseverante de las legiones del Más Allá sobre las combatientes, y la previsión de los acontecimientos venideros. Después de la batalla de Charleroi, cuando el ejército alemán avanzaba cual marea creciente y las vanguardias de su caballería penetraban ya en los extramuros de París, nuestros guías nos afirmaban que aquéllos no entrarían en la capital.⁵⁶ Más tarde, ante Verdun, cuando el enemigo llegaba hasta la última línea de fortificaciones de Souville y de Tavannes, esos mismos guías nos aseguraban que los alemanes no tomarían la ciudad lorenesa. Y lo propio aconteció en las horas más inciertas, antes de que la suerte de los ejércitos estuviese sellada: las predicciones de los Espíritus acerca de nuestra victoria final se cumplieron.

Entre los combatientes, muchos han sentido en forma directa la presencia de lo Invisible. Otros tuvieron la intuición de ella, y gran número de cartas que procedían del frente incluyen testimonios formales al respecto. Citemos, entre mil, un ejemplo. En sus *Lettres de guerre* ("Cartas de guerra"), publicadas hace poco, el teniente Masson, quién sin embargo, no era espiritista, escribe lo siguiente:

⁵⁵ Tales artículos integran hoy muchos de los capítulos de esta obra, a la que agregó el autor páginas inéditas, conforme él mismo lo declara en la Introducción. [*N. del T.*]

⁵⁶ En la ciudad belga de Charleroi los alemanes obtuvieron una victoria, en agosto de 1914. En cuanto a París, ese mismo año corrió peligro, con anterioridad a la primera batalla del Marne, y sucedió lo propio en la primavera de 1918, cuando fue bombardeada y cañoneada intensamente, aunque sin sucumbir ante el invasor. [*N. del T.*]

"Me siento rodeado con afecto por invisibles adiestradores: todos me dicen que la muerte no es tan terrible y que hay cosas que valen más que la vida".⁵⁷

Los jóvenes, sobre todo, están vivamente impresionados. El contacto permanente con el peligro, la lección de los grandes acontecimientos, han madurado su inteligencia, haciendo más graves y profundos sus sentimientos. Volverán a la vida civil con una noción más elevada de sus deberes. La idea de patria, tan desacreditada antes de la guerra, ha tomado para ellos un sentido más amplio, más extenso. Saben que no basta con servirla durante la lucha, sino es preciso también hacerlo con obras de paz, en todo aquello que pueda engrandecerla y dignificarla, tornándola más respetada en el mundo.

Desde este punto de vista, se ha hecho notar que las nuevas clases son superiores a las de antes, y que el escepticismo burlón de otrora ha sido reemplazado en ellas por la confianza y la fe. Hasta los niños que asistieron a este drama inmenso llevarán su sello fuertemente impreso y el mismo ejercerá influencia sobre su vida.

Si una enseñanza popular viniera a completar en todos ellos esas disposiciones favorables, si la hermosa llama del idealismo se encendiera en tales almas, se vería que en forma paulatina las generaciones envejecidas y desencantadas, prontas a extinguirse, serían sustituidas por una Francia nueva, ardiente y generosa, animada de una fe patriótica que le permitiría llevar a cabo grandes empresas.

⁵⁷ MASSON, *Lettres de guerre*, editado por Hachette, 1917. - He aquí un segundo ejemplo, éste más reciente. El general BERDOULAT gobernador de París, hizo el relato que sigue a un redactor del *Petit Parisien* ("El pequeño parisiense"), que este órgano periodístico publicó en su número del 28 de febrero de 1919: "El 18 de julio de 1918 fue la jornada que debía señalar la caída definitiva del enemigo. Algún tiempo antes yo había estado, en misión especial, en Alsacia, donde trabé relaciones con el alcalde de Montreuxle-Vieux. Ahora bien, advertido, por las acciones que precedieron a nuestra gran ofensiva, de la inminencia de una batalla, aquel funcionario me remitió una carta que llegó a mis manos la mañana misma del 18 de julio. Contenía estas palabras: «Vayan a vos todos mis votos por vuestro buen éxito y nuestra victoria». Y bien, ese día yo estaba, no sé por qué, tan emocionado por la certeza del triunfo, que en el momento mismo en que se desencadenaba la acción, mucho antes de conocer los resultados que ésta tendría, al punto respondí al alcalde: «Vuestros votos han sido otorgados: esta es nuestra victoria, la derrota del enemigo». ¿Quién me impulsó a escribir así, anunciando el triunfo en una batalla que aún no había comenzado? ¿Por qué procedí de esa manera? ¿Por qué esa mañana tenía no ya la esperanza, sino la certidumbre del buen éxito? ¡Lo cierto es que una fuerza misteriosa me poseía!" § "En junio de 1917, en un álbum que le había sido presentado por el general GUILLEMOT, donde se leía la pregunta: «¿Cuándo terminará la gueira?», el general BERDOULAT escribió, bajo el imperio de la misma fuerza: «En noviembre de 1818». Suscrito el armisticio el día 11, aquel pronóstico también resultó exacto. [N. de L. Denis.]

Desde ya retoma Francia su lugar en primera fila entre las naciones. Desde 1870 habíamos vivido agobiados por el peso de la derrota. No podíamos dar un paso en el exterior sin chocar contra los recuerdos de nuestros reveses militares de aquel entonces, contra mil causas de amargura y de humillación. Después sobrevino la terrible crisis en que la nación pudo haber zozobrado.

Toda culpa y todo error se expían. Hacía mucho tiempo que entre nosotros las clases denominadas "dirigentes", roídas por el materialismo y el ateísmo, no tenían otro objetivo que el logro de la fortuna y la satisfacción de los placeres. Por su parte, el proletariado, envidioso y ganado por el odio, soñaba con apoderarse por la fuerza del bienestar, la riqueza y el poder. De ahí la perturbación de los Espíritus, la inseguridad del mañana y el principio de la descomposición social. Pero, cuando afrontaron juntos el peligro y sufrieron en común las pruebas, los vínculos de la solidaridad se vieron estrechados. Francia se ha hecho un alma nueva. La reja del dolor ha dejado en ella su surco e hizo brotar las fuentes de un poder que facilitará su restablecimiento, su magnífico vuelo. Una tarea inmensa tenemos por delante y para cumplirla es necesario el concurso de todos. Ya no se trata de hacer concesiones ni de aceptar compromisos, sino de prestar una sincera y leal colaboración. Ninguna fracción del pueblo puede aislarse y vivir apartada de las restantes.

Debemos reclamar dos cosas al régimen político: Orden y libertad. Sin ellas no hay sociedad que sea estable ni progreso asegurado. Un auténtico republicano debe ser respetuoso de las opiniones ajenas y no tratar de hacer prevalecer las suyas propias si no es por medio de la persuasión. En este terreno, toda violencia sería criminal.

Pero ello no basta. Es menester que Francia se haga cargo otra vez de su importante papel histórico, que consiste en ser sembradora de ideas. Al aureolar su frente, la victoria le impone, con el carácter de deuda, el deber de guiar a las otras naciones en su incierta marcha. Y para asumir esa gran tarea le hace falta, sobre todo, el pensamiento, la alta convicción, la iniciación en la ley de los renacimientos, en la comunión de los vivos con los muertos. La práctica de esta última puede convertirse en un venero de fuerza y de vida moral, puesto que mediante los esfuerzos mancomunados de los dos mundos -el visible y el Invisible- se llevarán a efecto la obra regeneradora y la ascensión de los Seres hacia estados de más sabiduría y más luz.

Jóvenes que leáis estas páginas, la ruta del porvenir, amplia y bella, os está expedita, y todas las voces de la Tierra y del Espacio os invitan a recorrerla. Dejad tras vosotros el pasado, con su agobiante peso de terrores e iniquidades. Avanzad con paso firme, fijándoos un noble objetivo. Haced que para vosotros nuestros trabajos y sufrimientos sean otros tantos escalones que os llevarán más alto. Escuchad los llamamientos de las almas intangibles que os dicen: ¡Valor! Trabajad con fervor en la gran obra humana a la que cada generación coopera. Antes de vosotros crecer, en la Tierra, nosotros hemos vivido y penado, conociendo la ingratitud, el sarcasmo y la persecución. Pero vuestra hora os es más propicia. Nos tocó atravesar los desiertos del escepticismo. Vosotros, en cambio, conoceréis en el oasis las frescas sombras de la esperanza y los manantiales vivificantes de la fe. Cosecharéis en la alegría lo que nosotros sembramos en el dolor. Porque en medio de la tempestad que acaba de pasar sobre nuestra patria las fuerzas divinas se han manifestado, el escepticismo se atenuó y la inteligencia del hombre se ha tornado receptiva para las grandes verdades que rigen los mundos. Así pues, jóvenes, trabajad... Por nuestra parte, os inspiraremos y os prestaremos apoyo. ¡Desde el círculo de luz a que hemos llegado, saludamos los nuevos tiempos, los tiempos mejores que se anuncian para Francia y para la humanidad!

23. LA EXPERIMENTACIÓN ESPIRITA: ESCRITURA MEDIÚMNICA

I

Enero, 1919.

Nuestros contradictores se complacen, a veces, en señalar los abusos derivados de una mala práctica experimental del Espiritismo, en hacer resaltar las decepciones que se está expuesto a sufrir en él. Ahora bien, éstas resultan casi siempre de las condiciones defectuosas en que se opera, de la inobservancia de las reglas establecidas por los Espíritus.

Algunos lectores, al tomar conocimiento de las obras de escritores espiritistas, se sienten impresionados, sobre todo, por los hechos y testimonios que allí se relatan. En su arrebatado de entusiasmo son movidos a creer que tales hechos se dan con frecuencia, en gran número, y que son fáciles de obtener. Olvidan las exigencias propias de la publicación, que nos obligan a agrupar, a condensar en espacio restringido, fenómenos que en realidad se produjeron en un período de tiempo considerable y en lugares muy distantes entre sí. Cuando este tipo de lectores abordan el terreno experimental lo hacen sin método ni preparación, descuidan las recomendaciones que se han dado al respecto, las precauciones esenciales que es preciso adoptar, y echan al olvido nuestros consejos. Después, si no obtienen resultados inmediatos, se cansan pronto y abandonan la partida.

Es menester un estudio profundizado del Mundo Invisible para orientarse en medio de los fenómenos y determinar con exactitud sus causas. Demasiados elementos diversos hay, en las fuerzas que intervienen en el curso de las sesiones, para que los experimentadores mal preparados, insuficientemente instruidos, puedan evitar los errores y las ideas falsas. Por eso es prudente no admitir en los grupos sino a aquellas personas que se hayan entregado a un estudio teórico previo, el que proporciona la lectura atenta y reflexiva de las obras especializadas.

El principio de la comunicación espírita es la ley armónica de las vibraciones. Como se sabe, cada alma constituye un centro de fuerzas cuyas radiaciones varían en extensión e intensidad, conforme a su naturaleza y a su grado de elevación. La acción de la voluntad puede aumentar o disminuir el poder de tales vibraciones. Poseo una fotografía en la que, bajo la influencia de la oración, se ve cómo los efluvios que emanan de los dedos del experimentador se extienden y cubren toda la placa, mientras que en estado de reposo del pensamiento no producen sino débiles efectos.

La vida corpórea amortigua las radiaciones del alma, pero no las suprime. Existen tantas diferencias entre los diversos estados vibratorios

como las hay entre las fisonomías y los caracteres humanos. Sin embargo, es necesaria cierta concordancia para que se establezcan relaciones entre Espíritus y encarnados. El Espíritu que desea comunicarse debe buscar un médium cuyo estado psíquico presente la mayor analogía posible con el suyo propio. Luego, mediante un adiestramiento gradual que puede abarcar -según los casos- semanas, meses y aun años enteros, adiestramiento este al que el médium debe cooperar con el pensamiento, el deseo y la voluntad, llegará a establecer con él una especie de sincronización. Pero si fracasa, deberá poner sus esfuerzos en otra persona.

La mediumnidad más común es la de la escritura en sus diversas formas. La apodada "mecánica", porque el Espíritu actúa sobre el brazo del médium sin impresionar su cerebro, nos parece que presenta mayores garantías que los otros procedimientos en uso.

En efecto, ya sea intuitiva o semi-mecánica, la facultad de escribir trae consigo, inevitablemente, una mezcla de los pensamientos del Espíritu y los del médium. El pensamiento del Espíritu suscita, en el cerebro del sujeto, imágenes, expresiones y aun ideas que le son familiares y que vuelven a encontrarse en los mensajes obtenidos. ¿Cómo diferenciarlas, de qué modo establecer la parte que corresponde a cada uno de los intervinientes en el proceso? Se trata de una tarea delicada, difícil, y que sólo ellos mismos pueden realizar.

Por lo general, el don de escribir es precedido por un periodo de ejercicios durante el cual el médium se entrega a movimientos bruscos y desordenados, trazando rasgos ilegibles que tienen por objeto regularizar, disciplinar sus fluidos, adaptándolos a los fines que se persiguen. Ese período preparatorio es más o menos prolongado y su duración varía según las personas. He conocido a un funcionario administrativo que tuvo la paciencia de ejercitarse de este modo día tras día durante más de un año y terminó obteniendo comunicaciones lógicas, que ostentaban a la vez una forma elegante y un profundo sentido.

El uso de dicha facultad tiene el inconveniente grave de que ofrece amplio margen a la acción personal e inconsciente del médium, pero tal problema se atenúa a la larga y concluye por desaparecer casi del todo. A medida que este tipo de mediumnidad se va desarrollando, el Espíritu adquiere un dominio cada vez más perceptible sobre el cerebro del sujeto y llega a eliminar del mismo todo aquello que no emane de su propia voluntad (la del Espíritu). No obstante, la escritura mecánica sigue siendo el medio más seguro para obtener pruebas de identidad, indicaciones de hechos y fechas ignorados por el médium; en una palabra, los elementos de certidumbre que debemos buscar siempre en las manifestaciones.

Es factible para cualquier experimentador el trabajar solo y todos los días durante el período de ejercicios preparatorios, pero tan pronto como escriba palabras, frases y mensajes coherentes deberá abstenerse de seguir

operando en forma aislada. Ha de ponerse en contacto con un grupo de estudio que esté adecuadamente dirigido y goce de una protección eficaz, y someter sus producciones al contralor de espíritas instruidos. Porque si persiste en el aislamiento y privado de dirección se expondrá a las visitas de los vagabundos del Espacio, a sus supercherías, y podría convertirse en víctima de alguna temible obsesión.

En las sesiones que durante mucho tiempo dirigí había adoptado yo el hábito de proponer a los médiums escribientes que trataran determinado tema de manera espontánea, cosa que ellos hacían con un derroche de estilo y una riqueza de expresiones que excedían en mucho sus capacidades corrientes. Bien es verdad que resultados de esta índole no prueban, por fuerza, la intervención de los Espíritus. Se podría explicarlos achacándolos a los recursos recónditos y ocultos del médium, a ese estado del Ser que algunos psiquistas denominan subconsciente o subliminal, estado en el que se revelan conocimientos, cualidades y poderes que no poseemos cuando nos hallamos en nuestro estado normal. Es este un problema que interesa resolver.

En vano se ha intentado explicar el conjunto de los fenómenos mediante la teoría que los atribuye al subconsciente. Los psiquistas que lo ensayaron no han tenido buen éxito, porque la mayoría de los hechos espíritas escapan a esa interpretación. No obstante, es también cierto que algunos casos de escritura o de inspiración oral -mediumnidad parlante-, que ocurren en el trance, pueden encontrar su explicación lógica en el subconsciente.

Ya demostramos en otra parte⁵⁸ que existe en nosotros un yo profundo, una conciencia y una memoria más vastas y extensas que la conciencia y la memoria normales, y que aquéllas se sustraen casi siempre a nuestros conocimientos y voluntad directos. Es el depósito espiritual donde se registra y se acumula todo lo adquirido, los recuerdos e impresiones de nuestras vidas anteriores, cuanto constituye el capital intelectual y moral que traemos con nosotros al nacer. De ahí provienen las facultades innatas, las aptitudes y tendencias; en suma, todo aquello que la herencia psíquica es incapaz de explicar.

Como decíamos, esa faz desconocida de nuestra naturaleza íntima permanece cerrada para nosotros mientras nos hallamos en estado normal. No obstante, ciertas sugerencias, ya sea personales o extrañas, pueden a veces presentarse y hacer surgir una parte de nuestros recursos ocultos. La sugestión desempeña, entonces, el rol de una palanca que levanta y moviliza los elementos de nuestra personalidad profunda.

Por las ya citadas experiencias de renovación de la memoria sabemos que la acción del magnetizador sobre un sujeto sumergido en trance hipnótico puede despertar recuerdos que permanecían dormidos. En tal

⁵⁸ Véase nuestro libro *El Problema del Ser y del Destino*. [N. de L. Denis.]

caso, se desarrolla en forma automática la historia del pasado lejano, reaparecen los menores detalles de las existencias desvanecidas, volviendo a vivir con un realismo que sorprende. De igual manera, el médium escribiente, valiéndose de la autosugestión, puede hacer un llamado - aunque será menos intenso- a ese su yo subjetivo y obtener de él, sin caer en la cuenta, inspiraciones muy superiores a sus capacidades habituales. Pero no hay que concluir de esto que todas las comunicaciones escritas sean obra del subconsciente. Lo que proviene de la autosugestión puede ser producido asimismo por la sugestión de los Invisibles.

Además, los rasgos característicos, las pruebas de identidad, las explicaciones que se proveen acerca de hechos y asuntos que el médium desconoce, demuestran con evidencia la intervención, en tales fenómenos, de individualidades extrañas.

Ofreceremos en seguida algunos ejemplos de mensajes que ponen de relieve el carácter de sus inspiradores y permiten presumir que emanan realmente de los Espíritus que los han firmado. Estos mensajes fueron obtenidos por la señora Hyver, en forma sucesiva, en el transcurso de una misma sesión llevada a cabo el 18 de diciembre de 1914 por un grupo parisiense. El primero de ellos ha sido suscrito por Henri Heine, poeta alemán que, había hecho de Francia su patria de adopción. Habla de las leyendas germánicas según las cuales Odín (o Wotan), el antiguo dios alemán, sus hijas las Walkirias, las otras divinidades y los guerreros que habitan el Walhalla o palacio de Odín, deben ser vencidos por el lobo Fenris, encadenado antaño por Wotan en el abismo. Esa derrota habrá de acarrear la caída y fin de los dioses y la creación de una Tierra y una humanidad nuevas, nacidas del cataclismo universal.

Heine evoca e interpela al "Canciller de Hierro", Bismarck, y éste le responde. Luego, Federico III, padre de Guillermo II, se pronuncia a la manera de juez entre las tan encontradas posiciones que sostienen los dos anteriores. Federico hace un triste pronóstico de los resultados que tendrá la obra de su hijo y acerca de la suerte que cabrá a Alemania. Estos mensajes constituyen una especie de trilogía y ⁵⁹ anuncian los importantes acontecimientos de que somos hoy testigos.

Primer mensaje

¡Oh, Canciller de Hierro, despierta! ¿Estás viendo a tu Alemania de rapiña y de sangre?

⁵⁹ Las tres comunicaciones que acto seguido incluimos aquí fueron publicadas en forma integral en *La Dépêche* ("El Despacho"), de Tours, el 28 de febrero de 1915. La colección de este diario se halla a disposición del público, en la Biblioteca de la Ciudad. [*N. de L. Denis.*]

Sus feroces ejércitos se han esparcido por el mundo. A su vanguardia vuelan las Walkirias. Los guerreros de Odín han salido del Walhalla.

¿Escuchas sus gritos de rabia?

El lobo Fenris -él también- salió del abismo donde se hallaba encadenado.

Pon cuidado con tu Alemania, oh, Canciller de Hierro, porque el lobo Fenris anda suelto por el mundo.

Sal del valle de sombras y tinieblas que es tu morada, Canciller de Hierro, porque la hora ha llegado. El toque de agonía de tu Alemania de rapiña y de sangre acaba de sonar.

Te lo dije, Canciller de Hierro: el lobo Fenris se ha soltado de su cadena y tu Alemania va a perecer entre sus crueles dientes.

Sube tú a esta colina: desde aquí podrás ver a nuestra vieja Alemania. O, mejor dicho, no, porque nadie puede ya reconocerla bajo la máscara que tú modelaste para ella.

Nuestra vieja Alemania era noble y era santa; nuestra vieja Alemania tenía corazón.

Esta otra, en cambio, es un monstruo espantoso, al que no queda ya nada de humano. Al siniestro fulgor de los incendios, marcha adelante. Su mano empuña una antorcha encendida que no perdona a la choza ni al palacio, al asilo del sufrimiento ni al templo del Señor Dios.

Ésta lleva los miembros tintos en sangre de inocentes, marcha sobre cadáveres de mujeres y de recién nacidos, de muchachas y de ancianos. No es ésta nuestra Alemania: es, el monstruo prusiano que tú has acabado con toda perfección.

Pero ¡ten cuidado, oh, Bismarck!, porque el lobo Fenris está libre y devorará tanto a tus hijos como a los dioses mismos del Walhalla; pues son llegados los tiempos, y eres tú quien abrió la puerta del abismo al furioso lobo. Dijiste: "La fuerza prevalece sobre el derecho", y has perfeccionado la obra ruin, has edificado esta Alemania que es la vergüenza del mundo civilizado.

¡Ah! ¡Enorgullécete de tu obra, Canciller de Hierro! Mira: ¿dónde está Bélgica? ¿Dónde están Reims, Arras y tantas otras ciudades? Alemania -tu Alemania- pasó por ahí. Vergüenza para ti, Canciller de Hierro: por donde pasa el alemán nada ni nadie es perdonado.

¿Tu corazón rebosa de alegría, me dices? ¿Esperabas acaso tan rojas vendimias y tan bellas espigas? Los hijos de tus hijos han superado incluso a Atila: enorgullécete, ¡oh, Bismarck! Ningún pueblo ha causado más ruinas que el tuyo.

Puedes sentirte orgulloso: ¡he ahí tu obra!

Quisiste que Alemania estuviese por encima de todo: ya lo está, por medio del crimen y el horror. De un siglo a otro se repetirá el espanto de la

gran guerra, y dirán que ningún pueblo superó la crueldad de los bárbaros procedentes del Rhin.

Sí, tu Alemania está por encima de todo en lo que toca al crimen, el estupro, el incendio, el pillaje, y sus incontables legiones son las legiones del infierno.

Pero cuidado, Bismarck, que has abierto la puerta al lobo Fenris y ya las garras de éste se están clavando en los flancos de tu Alemania, de tu monstruosa creación.

Ella va a morir, a pesar de su antiguo dios surgido de las selvas hercinianas: Odín; pese a las hijas de éste y a sus guerreros. El lobo Fenris salió del abismo y van a cumplirse los tiempos.

Lo estás oyendo, Canciller: los tiempos van a cumplirse, y la raza de chacales y de buitres será destruida, a despecho de su fuerza y de sus garras: será borrada de la faz de la Tierra, ¡oh, Bismarck!⁶⁰

He aquí tu castigo. Querías una Alemania por encima de todo: contempla ahora el precipicio sobre el cual se halla suspendida, el abismo por el que se despeñará, entre el rumor de las maldiciones y los gritos de espanto.

La fuerza prevalece sobre el derecho: esto dijiste... Sí, durante un tiempo, y cuando el malvado está en la cumbre, Dios -el Dios del mundo- levanta la mano y el malvado se ve precipitado al abismo.

¡Que la fuerza prevalece sobre el derecho! Mira, Canciller, tú, que con tus propias manos preparaste la ruina de tu patria. Mira, mira más y sigue mirando, tú, el maldito, tú, Bismarck el parricida, el que mató a nuestra vieja Alemania, la del pensamiento y el ensueño. Mira con tus propios ojos: ¡la expiación comienza! - Henri Heine.

Segundo mensaje

¿Por qué me llaman y me provocan para que venga aquí, entre estos franceses que no me agradan? He seguido un ideal político que vosotros criticáis. En primer lugar vos, Heine, que sois un mal alemán y un renegado, no tenéis derecho a hablar de una nación a la cual preferísteis Francia. Yo converso con vos sin retórica y sin cólera, como estadista, y os

⁶⁰ OTTO, PRÍNCIPE DE BISMARCK (1815-1898), estadista prusiano nacido en Schönhausen (Magdeburgo), nombrado en 1862 canciller de GUILLERMO I, rey de Prusia, consolidó la unidad de Alemania bajo la hegemonía de aquélla, destacándose por su falta de escrúpulos en política, su energía y autoritarismo, lo que le valió el mote de "Canciller de Hierro". Promotor de la guerra franco-alemana de 1870-1871, a la que hemos hecho alusión en nota anterior, junto con Austria e Italia constituyó la denominada Triple Alianza, que se proponía por objeto aislar a Francia de Europa. BISMARCK cayó en desgracia cuando GUILLERMO II ascendió al trono. [N. del T.]

digo que si tuviera que volver a vivir mi existencia recomenzaría mi obra, evitando tan sólo algunas faltas que he cometido.

Mi política creó una Alemania desbordante de fuerza material y de hombres: no reniego de ella.

Estáis hablando como poeta. Pero un jefe de Estado no posee nervios ni sensibilidad. Veis la derrota, mas el viejo Bismarck no ha dicho aún su última palabra, y Alemania, que en todas partes ha puesto el pie sobre sus enemigos, sigue manteniendo intacto su territorio, sin hollar. Mencionáis la expiación. Aguardad: no se ha desmoronado todavía mi obra. Sólo cuando los rusos, ingleses y franceses estén en Berlín, podréis hablar del crepúsculo de los dioses.

La fuerza es necesaria para los grandes Estados, y la fuerza alemana no se ha agotado.

Ruda es la tarea, pero el viejo Bismarck se halla aún de pie, inspirando a los que empuñan el timón del imperio.

Alemania no se encuentra todavía en el abismo, y la expiación a que tú - pájaro de mal agüero- te refieres, no ha llegado aún. El viejo canciller no se ha rendido y la máquina sigue marchando satisfactoriamente.

¡Ay de nuestros enemigos! Las ruinas que hemos causado nada son. ¡Ay, si los Aliados nos obligan a retroceder! Entonces no quedará en sus ciudades piedra sobre piedra, ni un solo enemigo escapará vivo de entre nuestras manos.

El alemán sabrá vengarse, y si alguna vez lo abatís, os habrá mordido tan cruelmente que la huella de su dentadura será imborrable.

Alemania, no obstante, estará por encima de todo, y si cae os aplastará en su caída y seréis heridos de muerte por el peso del coloso. - *Bismarck*

Tercer mensaje

¡Ay!, el hombre nefasto que hizo que Alemania se desnaturalizara, y a quien el Universo entero detesta, sigue encarnizado en su error.

¿Por qué Dios permitió que muriese yo tan pronto?⁶¹ De haber vivido más, hubiera refrenado ese movimiento, que me espantaba, reconstruyendo una Alemania verdaderamente pacífica. Pero mi desdichado hijo ha llevado hasta el fin la obra de Bismarck y mi pobre país se encamina hacia el precipicio. La cultura que se imparte a las nuevas generaciones las ha cegado por completo y cada alemán está viviendo el sueño de su orgullo.

⁶¹ FEDERICO III (1831-1888), nacido en Potsdam, hijo y sucesor de GUILLERMO I y padre de GUILLERMO II -universalmente conocido por "el *Kaiser*"-, fue rey de Prusia y segundo emperador de Alemania. Vivió apenas unos meses más que su progenitor, falleciendo a los cincuenta y siete años de edad, sólo tres meses después de haber asumido el poder. De ahí la alusión que acaba de leerse. [*N. del T.*]

Fulminante y terrible será su despertar, y tremendos también los desgarramientos interiores. ¡Cuán triste le es saber que tantos males se hallan prontos a desplomarse sobre su patria! Estoy muy apenado y es grande mi infortunio al ver cómo un noble pueblo se deshonor de este modo. Pero es necesaria esta horrible guerra para purificar la estirpe alemana, preparando su evolución.

Conservad la esperanza, oh, franceses, y sentíos felices -a pesar de los males que vuestro país está padeciendo- de no haber nacido alemanes y de pertenecer a la más generosa nación del mundo, que tiene piedad hasta de sus criminales enemigos. - *Federico III.*

II

La escritura automática es el procedimiento que más a menudo emplean los grandes Espíritus para transmitirnos sus enseñanzas. Sobre la base de mensajes escritos codificó Allan Kardec la Doctrina Espírita.

Tales mensajes son notables por su elevación y, aunque fueron obtenidos en todos los rincones del mundo por los médiums más diversos, exhiben una concordancia perfecta en lo tocante a los principios esenciales. No se podría considerarlos como obra personal de cada uno de esos médiums, pues las opiniones y la educación de éstos eran, las más de las veces, opuestas a los puntos de vista expresados en las comunicaciones de los Espíritus.

Así pues, la Revelación Espírita manifiesta ser superior a las revelaciones que la han precedido, debido al carácter de simultaneidad y universalidad que posee. Pero no contradice a las anteriores, sino antes bien ha venido a completarlas, ampliando el ámbito de nuestros conocimientos acerca del Mundo Invisible y sobre la naturaleza y destino de los Seres. Las divergencias que surgían al comienzo entre los Espíritus latinos y los anglosajones, respecto de la reencarnación o las vidas sucesivas, tienden, en efecto, a atenuarse y van desapareciendo, hallándose resueltos, los nombrados en segundo término (probablemente, por incitación de los Espíritus superiores), a estudiar su pasado e indagar en sus existencias anteriores. De lo cual resulta que las creencias de Oriente y Occidente se acercan unas a otras y se fusionan en poderosa unidad, para mayor bien y progreso del género humano. Poco a poco -despacio, pero con seguridad- la humanidad se va formando una sola alma, una misma conciencia e idéntica fe.

Hemos reproducido tres mensajes que hacen resaltar, con impresionante nitidez, el carácter de cada uno de sus autores. He aquí ahora otra comunicación -inérita ésta-, de índole moral y que no lleva firma. Los Espíritus superiores, por discreción, y salvo casos de absoluta necesidad, vacilan en autonombrarse de otro modo que con términos alegóricos, o si

no, se encubren tras el velo del anónimo. Pero resulta fácil distinguirlos debido a la altura de sus puntos de vista y a la profundidad de su juicio, al paso que los Espíritus frívolos se complacen en adornar con nombres célebres, que no les pertenecen, los mensajes más insignificantes.

La comunicación que sigue fue recibida el 16 de julio de 1893 por la señora Hyver, ya citada, y a la que tengo por uno de los mejores médiums escribientes que existen. La he visto, en la penumbra, llenar gran número de páginas que iba arrojando a sus espaldas una vez terminadas, con movimientos febriles. Ya recogidas y ordenadas, tales páginas contenían mensajes que eran tan notables por la forma como por el fondo.

Mensaje sobre la unidad de creencia

La más perfecta unión que pueda haber entre los hombres es la del pensamiento, la armonía de los corazones y las inteligencias en una común idea. Y es lo que falta a los cultos actuales. No poseen éstos un vínculo común, que permita hacer circular en el mismo momento -en todos los fieles- el sentimiento, o igual aspiración. El sacerdote y sus asistentes son extraños entre sí. Bajo la apariencia de la forma que se observa, el culto real es frío y muerto. Los raros impulsos de fe individual se encuentran anegados en la oleada confusa de la multitud, y la religión cesa de ser expresión de los sentimientos de un pueblo.

La diferencia entre los intelectos, la educación recibida por cada uno y las condiciones sociales, ponen entre los individuos barreras a menudo infranqueables, pero que pueden ser levantadas por la comunidad de fe, por el mismo ideal religioso.

Hace falta a cada pueblo una religión que sea la lengua común de todos los individuos. Ahora bien, ese ideal lo comprenden muy poco las religiones de hoy, todas las cuales se han ido apartando de él a lo largo de las edades. Ninguna de ellas es de veras popular. La Religión nueva que la humanidad reclama, sencilla como todo lo bello, poderosa como todo lo verdadero y grandiosa como todo lo justo, debe bastar a las aspiraciones del espíritu más amplio y ser comprendida por los más humildes. Al gran movimiento de masas que se va extendiendo por la Tierra entera para conquistar la igualdad social, es menester que corresponda el movimiento religioso, y esto es lo que falta a las acciones humanas cuando no se hallan animadas por el soplo del ideal.

La masa se ha vuelto indiferente a todos los cultos. Para reconducirla al sentimiento religioso hay que abandonar todos los dogmas en beneficio de la esencia de la religión y sólo buscar, en las formas antiguas, los puntos generales, que constituyen transcripciones de una misma página universalmente escrita por todos los hombres. La religión de hoy tiene que responder no únicamente a la vida social y a la existencia moral, como

sucedía antaño, sino también a la ciencia. Debe penetrar en todas las clases sociales, corresponder a todos los ramos del saber humano y ofrecer una base común a la totalidad de las aspiraciones de los hombres y a cuantos trabajos realizan.

Francia, en particular, retornará al ideal religioso, pero sólo después de grandes pruebas, que helarán en sus labios la sonrisa escéptica que le es habitual. Más que cualquier otra nación es capaz de dar a la idea religiosa esa forma popular que necesita. Por su lengua, por el genio de su estirpe y por el profundo poder de asimilación que poseen los franceses, nuestra patria constituye una nación privilegiada.

Francia es, en sí, una y múltiple a la vez. Cada provincia ostenta un tipo particular de actividad humana y todo el linaje se encuentra, sin embargo, poderosamente centralizado. Ubicado entre el Norte y el Mediodía, el francés escapa a los dos caracteres extremos. Es, entre los demás pueblos, el tipo que los realiza a todos y, por lo mismo, se muestra capaz de traducir para todos el gran movimiento de las ideas. Ese gran movimiento se halla muy próximo, pero antes de que se cumpla es indispensable que se operen hondas crisis sociales, así en Francia como en todo el resto de Europa.

Tales revoluciones, esas luchas de los pueblos, suscitarán las facultades superiores de los hombres y engendrarán los elevados sentimientos de fraternidad y caridad: los infortunios que las naciones padezcan las reconducirán a Dios.

El rol de Francia será maravilloso, porque extenderá ella su poder moral sobre las naciones todas, desde el Norte hasta el Mediodía, del Este al Oeste. Combatirá por la justicia. Introducirá la idea religiosa en la existencia social. Obrará por medio de la transformación de las condiciones de vida de los Seres, por las conquistas del auténtico progreso, el cual debe consistir en mitigar todo sufrimiento, respetar toda vida, educar toda inteligencia. Si el papel que Francia ha de representar parece vago todavía es porque ésta se prepara inconscientemente a desempeñarlo y los progresos que ha realizado fueron, precisamente, liberarse del yugo religioso y ampliar los derechos y poderes de cada cual. Los excesos originados por esta nueva situación impiden advertir con claridad el enorme paso adelante que se dio: la ruptura de los lazos que ataban a Francia a un pasado muerto. El materialismo que ahora domina en ella es anti-francés, anti-ario. Los franceses son demasiado artistas, excesivamente idealistas para persistir por mucho tiempo en un camino que sólo les muestra el lado inferior de la Creación. Poseen un fondo de bondad, generosidad y grandeza que serias circunstancias harán reaparecer. El género humano ha llegado, en lo que respecta a las razas civilizadas, a ese punto en que todas las verdades halladas por los hombres terminan por converger, por formar un mismo foco e iluminar la Tierra entera. Cada

nación será llamada a hacerse cargo de su parte en ese gran trabajo, cada pueblo traerá su piedra para el templo de la religión universal.

Esa religión nueva se enunciará por la fuerza misma de las circunstancias. Nacerá de la masa movida por una gran idea. Se expresará a través de voces inspiradas. Ha de ser dirigida por almas selectas, extendiendo su influencia sobre el mundo.

Cada pueblo del pasado y cada pueblo del presente figurarán en ella con lo más puro y bello que hayan tenido o tengan. Cada biblia particular vendrá a fusionarse en la gran Biblia universal, cada religión aportará su rayo al nuevo sol, y cuanto ha dividido a los hombres se desvanecerá. Porque entonces habrán comprendido que no existen ritos, dogmas ni libros, que la letra se borra ante el espíritu, y que el espíritu que sopla sobre el mundo es el amor en su doble aureola de bondad e inteligencia. *Sin firma.*

El mensaje siguiente, obtenido el 11 de abril de 1910, procede del Espíritu de un académico que en vida había sido católico ferviente y que falleció hace algunos años.

Otro mensaje

Mi espera no ha sido burlada. La muerte me ha revelado el supremo secreto que mi alma trataba en vano de descubrir.

He creído siempre en otra vida que viniera a terminar con perfección ésta. Pero no pensaba volver a encontrar ese radiante esplendor del Espíritu divino, que ilumina con sus múltiples rayos la oscura inteligencia humana, para permitirle contemplar la admirable construcción del Universo y la armonía sublime que a todas sus partes preside.

¿Cómo tan fulgente revelación no se manifiesta al hombre carnal para arrancarlo del limbo en que vegeta, en medio de las brumas de su pensamiento y las aberraciones de sus sentidos?

Quizás el éxtasis lo sumiría en confusión, arrebatándole todo deseo de actuar. Tal vez esas nieblas acumuladas en torno a nosotros, esos errores de nuestros sentidos sean necesarios para la gestación de nuestro Ser espiritual. Acaso el esfuerzo haya de ser la base de esta vida universal, conforme lo señala su aspiración hacia ese infinito que perseguimos, aun a través de las manifestaciones más groseras de nuestra personalidad, inconsciente todavía.

Demasiado nuevo aún en la vida espiritual, sólo puedo disfrutar del espectáculo grandioso que ante mis ojos se desarrolla, sin hallarme capacitado para profundizar las causas secretas que hacen de la humanidad

terrestre una humanidad enclaustrada, que vive en el calabozo de la materia, en tanto la humanidad celestial despliega sus alas de arcángel en las inmensidades siderales, donde se manifiestan todas las fuerzas del Universo en su maravilloso conjunto y en sus efectos tan variados y, sin embargo, tan armoniosos.

Los ensueños de los poetas, las visiones de los místicos, las intuiciones del genio, las comprobaciones científicas, los logros más perfectos del arte, no son sino débiles ecos, percepciones amenguadas que los hombres con mejores dotes captan como en un relámpago cuando la materia, dominada por un instante, permite al alma vislumbrar algunos pálidos reflejos del mundo divino.

¡Cuán grata es la muerte para el que puso en ella su confianza y la aguardó, no como al fin de todas las cosas, sino como preludio de una brillante resurrección! ¡Dichoso el que, igual que yo, ha bajado sus párpados ante la oscuridad de un mundo que sólo está en bosquejo, para volver a alzarlos ante el espectáculo triunfal de un mundo perfeccionado!

Ningún viviente puede imaginarse el ardiente júbilo que invade al recién elegido. Es el alma liberada la que emprende su vuelo en medio de la certidumbre y la vida, tras haber deambulado durante tanto tiempo en medio de la duda y la muerte.

¡Resurrección, resurrección! ¡Gloria al Señor! El hombre, como Cristo, resucita de entre los muertos para ingresar en la ciudad de los escogidos. (*Sin firma*).

En muchos casos, la inspiración de que gozan algunos escritores puede ser tenida -según lo hemos demostrado en otra parte-⁶² por una de las formas de la mediumnidad. Cuando una oleada de pensamientos nos invade y a nuestra pluma le cuesta fijarlos en el papel, se puede creer en eflorescencias del yo subliminal, o más a menudo en una acción ejercida por el Mundo Invisible, cuyos pensamientos nos envuelven y nos penetran.

El pensamiento constituye una fuerza cuyas vibraciones se extienden, de la misma manera que en la superficie del agua van ampliándose los círculos producidos por la caída de un cuerpo. Las vibraciones del pensamiento varían en extensión y en potencia, según sea la causa que las genera. Los pensamientos de las almas superiores ensanchan sus vibraciones hasta distancias incalculables. El de Dios, anima y colma el Universo. El pensamiento exterior no nos obedece. Al contrario, nos domina. Tan pronto como el alma humana se desliga de las preocupaciones habituales y se eleva, empieza a sentir las corrientes de vibraciones que, por millares, se

⁶² Ver el último capítulo de nuestro libro *En lo Invisible* (Espiritismo y Mediumnidad). [*N. de L. Denis.*]

entrecruzan y surcan el espacio. Más que los otros, el médium sufre sus efectos.

El pensamiento superior se extiende sobre todos, pero no todos lo sienten ni lo manifiestan en grado igual. Así como una máquina obedece a la corriente eléctrica que la impulsa, del mismo modo el médium obedece a la corriente de pensamientos que lo invade.

El pensamiento del Espíritu que actúa es uno, en su principio de emisión, pero varía en sus manifestaciones, de acuerdo con el mayor o menor grado de perfección de los instrumentos que emplea.

Ya hemos visto que cada médium marca con el sello de su personalidad el pensamiento que le viene de más arriba. Cuanto más desarrollado y espiritualizado esté el sujeto, tanto más comprimidos se hallarán en él la materia y los instintos, y con mayor pureza y fidelidad será transmitido el pensamiento superior. Durante las sesiones, lo esencial es la actitud pasiva, el momentáneo abandono de la facultad de pensar.

El Espiritismo tiene por objeto familiarizarnos con ese mundo, demasiado poco conocido, con esas aptitudes del alma que, cuando es pura y se halla apartada de los ambientes groseros, puede reproducir los ecos, voces y armonías de los mundos superiores y convertirse en una fuente de inspiración, de ayudas y de luz, mediante la cual el influjo exterior descende hasta nosotros para revigorizarnos y vivificarnos.

Lo fundamental, para abrir esa fuente interior, para promover esa comunión y hacerla constante, consiste en liberarnos lo más posible de las sugerencias de la materia, de sus violentas pasiones, extinguiendo en nosotros los ruidos del mundo.

Sobre todo, al comprimir cuanto proviene del "yo" egoísta, facilitamos la penetración de influencias superiores. Cuanto más rechazamos los elementos inferiores de la personalidad, más desarrollaremos los poderes y facultades innatos que establecen nuestra comunicación con los mundos celestiales.

Orientemos, pues, todos nuestros pensamientos y actos hacia una finalidad elevada. Esto es posible hacerlo, aun en las condiciones sociales más humildes y en medio de las ocupaciones más vulgares. Recurramos - por medio de la oración espontánea, por ese impulso del pensamiento que no es una vulgar repetición de palabras, sino un grito del corazón- a esa inspiración, a ese influjo de lo Alto, que irá aumentando de tal modo que la comunión con lo grande y elevado que hay en lo Invisible se nos hará familiar y se volverá constante para nosotros. Nos convertimos así en intermediarios, en agentes del pensamiento superior. Y con ello obtendremos una fuerza tal, un apoyo tan grande, que en lo sucesivo no volveremos a ser presas del desaliento, la duda y la debilidad, sino que nos sentiremos penetrados de esa confianza y serenidad que la posesión de los imperecederos bienes del Espíritu otorga.

24. LA EXPERIMENTACIÓN ESPÍRITA: TIPTOLOGIA

A la hora en que todo entra en reposo, cuando se hace el silencio en nuestras moradas, un mundo de misterio se agita alrededor de nosotros. Leves ruidos, como roces, se producen. Pasos furtivos parecen deslizarse sobre el piso. Suenan golpes en las paredes y los muebles. Las sillas crujen, como bajo el peso de un cuerpo invisible. Durante el día se desarrolla la vida de los hombres: por la noche comienza, de preferencia, la de los Espíritus, por cuanto las radiaciones de la luz solar no incomodan ya sus manifestaciones.

Tales impresiones, esas percepciones se renuevan para mí casi a diario, en el instante en que la calma y la oscuridad suceden a los rumores y el brillo del día. Entonces, las almas que amamos, y a las cuales nuestras preocupaciones y trabajos mantenían alejadas, se nos aproximan y dan señales de su presencia, cada cual a su modo. En cuanto a mí, las reconozco y distingo con facilidad. Ora un Espíritu de carácter energético produce vibrantes golpes en mi ventana, ora otro hace escuchar, siempre en el mismo rincón, golpes harto más débiles, en los que se revela su naturaleza tímida y femenina. Mucho tiempo después de haber fallecido mi padre he oído, en el aposento donde yo solo estaba, ruidos de pasos semejantes a los de un hombre. Otro Espíritu, en cambio, se dedica a hacerme percibir luces que en ocasiones son bastante vivas e intensas, y además una forma confusa, vagamente bosquejada; luces y forma que no puedo atribuir a alucinaciones visuales, puesto que se reflejan también en el espejo. El hábito que he tomado de leer con los dedos, en plena oscuridad, sirviéndome del sistema Braille, facilita la producción de tales fenómenos.

Hechos de esta índole no son raros. Volvemos a encontrarlos en todas las casas donde las condiciones psíquicas se muestran favorables. Pero los más de los seres humanos no les conceden la menor atención, y los esfuerzos que en ese sentido realizan los Espíritus son casi siempre perdidos.

Sin embargo, de tiempo en tiempo se producen al respecto afirmaciones resonantes, que vienen a sacudir la indiferencia general. Así Louis Barthou, de la Academia Francesa, tras haber consultado los carnets inéditos de Víctor Hugo, escribe:⁶³

"La señora de Girardin había ido a pasar diez días en Jersey, e introdujo allí el uso de las mesas giratorias y parlantes. Víctor Hugo fue el último en ceder. Pero en cuanto lo tuvieron, los Espíritus no lo soltaron ya, ejerciendo

⁶³ En la *Revue des deux mondes* ("Revista de ambos mundos"), número del 15 de diciembre de 1918, páginas 747, 751 y 757. [N. de L. Denis.]

sobre él una influencia cuya huella muestran varios fragmentos de las Contemplaciones:

"«¿Est-ce toi que chez moi minuit parfois apporte?
¿Est-ce toi qui heurtais l'autre nuit á ma porte Pendant que je ne dormais pas?
¿C'est done vers moi que vient lentement ta lumière? La pierre de mon seuil peut-être est la première Des sombres marches tu trépas»".⁶⁴

"Escrita a Marina Terrace en la noche del 30 de marzo de 1854, esta poesía mística prolongaba su eco en la nota que Víctor Hugo trazó en su carnet, el 24 de octubre de 1873:

"«Esa noche yo no dormía. Era más o menos las tres de la mañana. Un golpe seco y muy fuerte fue producido, al pie de mi lecho, en la puerta de mi habitación. Pensé en mi hija muerta y dije entre mí: `¿Eres tú?` Después pensé en el complot bonapartista que se comenta, en un nuevo Dos de Diciembre posible, y me pregunté a mí mismo: `-Es una advertencia?` Añadiendo mentalmente: `Si eres tú quién está ahí, y vienes a advertirme sobre ese complot, da dos golpes`. Y permanecí a la espera. Pasó alrededor de media hora. La noche era profunda y en la casa todo estaba en silencio. De súbito, dos golpes en la puerta se hicieron escuchar. Esta vez eran sordos, pero perceptibles y muy netos»".

Louis Barthau prosigue en estos términos:

"El 21 de noviembre de 1871 Víctor Hugo escribía:
"«Esta noche desperté. Me sonaban en el oído, muy cerca de mí, sordos golpes en la cabecera de mi cama. Eran lentos y regulares. Duraron un cuarto de hora. Yo escuchaba. No cesaban. Oré. Se suspendieron. Dije: `Si

⁶⁴ Aproximadamente, la traducción en prosa de estos versos sería: "¿Eres tú a quien la medianoche trae a mi casa, en ocasiones? / ¿Eres tú el que golpeaba la otra noche a mi puerta, / mientras yo no dormía? / ¿Viene hacia mí, pues, lentamente tu luz? / La piedra de mi umbral quizá sea el primero / de los oscuros peldaños que llevan a otra vida". - Cabe hacer notar que la última palabra *-trépas-*, aunque en lenguaje poético sea sinónimo de "deceso, muerte", proviene etimológicamente de la voz italiana *trapasso*, que en una de sus acepciones significa "tránsito, defunción, muerte", según la define textualmente LUCIO AMBRUZZI en su *Nuovo Dizionario Italiano-Spagnolo*, primera edición, página 1245, publicado por G. B. Paravia & Cía., Turín, 1949. Y no ha perdido este matiz al pasar a la lengua francesa, puesto que el lingüista RENÉ BAILLY, en una obra que ya hemos mencionado en nota anterior, aclara que *trépas* "quiere decir propiamente paso de una vida a otra" (*op. cit.*, página 179). De ahí que hayamos optado por traducir de esa manera el último verso, en la certeza de que el poeta consideraba el trance mortal no como un fin o acabamiento de todo, sino como un tránsito o paso a otra vida. [N. del T.]

eres tú, hija mía, o tú, hijo, da dos golpes'. Al cabo de unos diez minutos fueron producidos dos golpes, pero en la pared, al pie de la cama. Dije, siempre mentalmente: '¿Me traes un consejo? ¿Debo dejar París? ¿O quedarme? Si es esto último, da un golpe. Si lo primero, tres...' Y escuché. Silencio. Ninguna respuesta. Volví a dormirme. El fenómeno había durado cerca de una hora.

"«22 de noviembre. - Esta noche oí tres golpes. ¿Serán la respuesta a mi pregunta de ayer? Siendo tan tardía, resultaría poco clara».

"Muchas veces el carnet vuelve a hacer mención de esos mismos golpes nocturnos, ya «obstinados, sordos e incluso metálicos», ya suaves, e impresionan tanto más al poeta, cuanto que sigue creyendo en la posibilidad de un pronunciamiento bonapartista y algunos amigos le aseguran que él será la primera víctima del mismo.

"Leemos todavía, en la página 757:

"«Anoche, hacia las dos de la mañana, un golpe en mi puerta, tan fuerte y de tal modo prolongado que fui a abrir. No había nadie y, evidentemente, había alguien. *Credo in deum ae ternum et in animam inmortalem*»".

Víctor Hugo se asombraba de la lentitud con que los huéspedes del Más Allá respondían a sus preguntas. Ignoraba, sin duda, que todos los Espíritus no poseen, en grado igual, la habilidad y los recursos necesarios para hacer escuchar ruidos y golpes, levitar mesas y producir otros fenómenos. La índole psíquica de los participantes, su riqueza o pobreza fluidica, contribuye mucho, asimismo, a la diversidad de los resultados, puesto que casi siempre los Espíritus toman de aquéllos los elementos que sus manifestaciones requieren.

Mientras que el mercader ambulante de Hydesville (y este fue el punto de partida del Moderno Espiritualismo) conversaba con las señoritas Fox por medio de *raps*,⁶⁵ de una manera rápida y continuada, los más de los Espíritus se ven en la necesidad de condensar fluidos, mediante el pensamiento y la voluntad, para proyectarlos contra las paredes, muebles y puertas, obteniendo así resonancias, vibraciones. Este trabajo a veces exige horas y aun días enteros. Tal ocurrió, probablemente, con los visitantes de la casa del gran poeta.

El conjunto de los fenómenos psíquicos es corroborado por testimonios formales. El profesor Flournoy, de la Universidad de Ginebra, ha podido escribir, con respecto al informe del Instituto General de Psicología - informe que, por otra parte, ha sido suscrito por nombres tan ilustres como los de Curie, Bergson, d'Arsonval, Branly, Ed. Perrier, Boutroux, etcétera:-

⁶⁵ En inglés en el original. En una de sus acepciones, el término *rap* significa "golpe seco". [N. del T.]

"El informe del Instituto General de Psicología es abrumador. Pienso que constituye un testimonio brillante y decisivo, en cuanto pueda haber algo decisivo en la ciencia".

Ahora bien, entre dichos fenómenos, conviene poner en primera línea el de las mesas. Lo ha declarado el eminente astrónomo Camille Flammarion:

"La levitación de la mesa, su desligamiento completo del suelo bajo la acción de una fuerza desconocida, opuesta a la ley de gravedad, es un hecho que, razonablemente, no puede ser discutido".

Esa "fuerza desconocida" -diremos nosotros- es puesta en acción por los Espíritus. La prueba de ello se ha tenido tantas veces que vacilaríamos al escoger entre los numerosos casos existentes. He aquí uno que parece satisfacer las exigencias de la crítica más rigurosa. No puede ser explicado por la sugestión ni por la transmisión del pensamiento, como tampoco por el automatismo inconsciente o por el subliminal, pues ninguna de las personas que se encontraban ahí creía en el deceso del manifestante. El relato pertenece al señor A. Rossignon, por entonces secretario de la Inspección de Academias de Ruán, y lo publicó en *Le Phare de Normandie* ("El faro de Normandía"), en mayo de 1898. En la actualidad el señor Rossignon habita en Tours, y a su pluma debemos la narración que sigue:

"La sesión se llevaba a cabo por la noche, en Ruán, en casa de un miembro del grupo Vauvenargues, el señor Justrobe, verificador de contribuciones. Formaban parte de la reunión los señores: Pelvé, recaudador; Ernest Rossignon, hijo, secretario del Liceo Corneille; Albert la Beaucie, estudiante de farmacología; y las señoras: de Bernard, médium principal; de Justrobe y de Pelvé, así como la madre de Rossignon, además de otras personas, que en conjunto sumaban diez, y todas las cuales -de honorabilidad perfecta- se hallaban reunidas en torno a una pesada mesa redonda.

"Una vez hecha la evocación, un Espíritu señaló su presencia con violentos movimientos de la mesa. Ésta avanza hacia Rossignon, se yergue frente a él y luego vuelve a tomar su posición normal. Entonces interrogamos al visitante invisible, preguntándole si está ligado a alguno de los asistentes por vínculos de parentesco o de amistad. Responde en forma afirmativa y dicta, por el procedimiento alfabético, que «es el padre de Rossignon y que ha muerto la víspera, miércoles 20 de abril». Indica también la hora: «a mediodía».

"Rossignon declara entonces que su progenitor es de avanzada edad y que los separa una distancia que excede los trescientos kilómetros. Lo sabía enfermo, pero no en peligro de muerte. «Por lo demás -añade-, si fuera

cierto que mi padre ha fallecido, la familia me lo hubiera hecho saber, y yo sigo sin novedades al respecto». Así pues, todos opinaron que estaban viéndoselas con un Espíritu embustero.

"La espera no fue larga: al día siguiente, en el correo de mediodía llegó una carta de la familia de Rossignon donde le informaban el deceso de su padre, ocurrido el día mismo y a la hora que el comunicante había señalado.

"Ahora bien, de resultas de que no hubiera oficina de correos en la localidad se había producido un retraso en el despacho de aquella carta. Nuestros amigos del grupo pudieron confirmarlo mediante el examen de los sellos de salida y llegada. Atestiguaron entonces la veracidad del hecho informado, y la misiva fue adjuntada al acta que se labró.

"Pero -se objetará- ¿cómo un Espíritu que tan poco tiempo antes se había liberado de su cuerpo carnal pudo ya comunicarse y ofrecer respuestas tan precisas? Interrogado sobre este punto el guía del grupo, en una sesión ulterior, nos dijo: «Yo mismo llevé hasta vosotros al recién desencarnado y actué en la manifestación como intermediario entre vosotros y él».

"De esta manera todo quedaba explicado, vista la facilidad con que, en ciertos ancianos, el Espíritu puede desembarazarse de sus lazos, como consecuencia de una prolongada decrepitud, que favorece o va llevando poco a poco al desprendimiento del periespíritu".

La comunicación que se vale de golpes producidos por la pata de una mesa, y con los cuales se identifican todas las letras del alfabeto, es considerada, en general, como un sistema demasiado lento, monótono y rudimentario, y que emplean sobre todo, los Espíritus de orden inferior. Es cierto que si para conversar con los Espíritus se dispone de un buen médium escribiente o, mejor todavía, de un médium psicofónico -como he tenido yo uno durante más de veinte años-, se puede hallar incómodo y fastidioso el empleo de las mesas. Sucede, empero, que a falta de otros recursos, algunas Entidades de grandes merecimientos no desdeñan acudir a ése. Así mi venerado guía, Jerónimo de Praga, se reveló por primera vez en mi vida, en medio de un grupo de obreros que se hallaban reunidos en un arrabal de Le Mans el 2 de noviembre de 1882, Día de los Difuntos. Por cierto que ninguno de los presentes conocía la historia del apóstol checo. Por mi parte, sabía bien que el discípulo de Jean Huss había sido quemado vivo, igual que su maestro, en el siglo quince, por orden del Concilio de Constanza, pero en esos momentos no pensaba mucho en él. Vuelvo a ver ahora mentalmente la humilde vivienda donde nos habíamos reunido, en número de unos diez, alrededor de una mesa de cuatro patas, que no tocábamos. Sólo dos obreros mecánicos y una mujer posaban en la mesa sus manos rudas y negras. Y he aquí lo que el mueble dictó, con solemnes y rítmicos movimientos:

"¡Dios es bueno! Viértase sobre vosotros su bendición cual rocío benéfico, pues las consolaciones celestiales sólo son otorgadas a quienes han buscado la justicia.

"Luché en la arena terrestre, pero era desigual la batalla.

Sucumbí, más de mi polvo se alzaron valientes defensores, que marcharon por la misma senda que yo. Todos ellos son mis bienamados hijos. - *Jerónimo de Praga*".⁶⁶

El uso de la tablita norteamericana debe ser tenido por un perfeccionamiento del sistema de comunicación que se sirve de una mesa. Aquel dispositivo consiste en una tira triangular de madera, colocada sobre tres bolillas afelpadas que se deslizan silenciosamente sobre un cuadrante donde han sido dispuestas, en semicírculo, las letras del alfabeto. Sólo exige una cantidad mínima de fuerza fluídica, la cual es provista por dos médiums que apoyan las puntas de sus dedos sobre ese pequeño vehículo, que en ciertos casos cobra extraordinaria velocidad. Este sistema se está empleando en forma creciente por parte de los grupos y las familias que se ocupan de psiquismo experimental.

La señora Ella Wheeler Wilcox, autora de renombre, muy conocida en los Estados Unidos de América del Norte, por sus obras poéticas y literarias, y traductora al inglés de mi libro *El Problema del Ser y del Destino*, obtiene por medio de la tablita mensajes frecuentes de su difunto esposo, Robert Wilcox. Éste se ha constituido en su guía. La protege y aconseja en la gira de conferencias que ella ha emprendido en Europa, en beneficio moral de los soldados norteamericanos.

Con fecha 7 de noviembre de 1918 la señora Wilcox me escribió desde Londres para darme a conocer una prueba de identidad que creo deber retener y publicar. Manifiesta:

⁶⁶ Más información sobre este tema se encontrará en GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo. Su vida y su obra*, páginas 57 y 58 de la edición citada. - En cuanto a JEAN HUSS [o HUS] (1369-1415), había nacido en Husinetz (Bohemia) y abrazó las doctrinas de WICLEFF, teólogo y reformador británico, precursor de LUTERO. HUSS estaba en contra del perdón por las indulgencias y la confesión auricular, y criticaba las costumbres del clero de su época. Las largas guerras -llamadas "de los husitas"- a que dio lugar la ejecución de aquél, sólo concluyeron en 1471, vale decir, más de medio siglo después de que el heresiarca Huss -sin abjurar de sus opiniones- fuese condenado por el Concilio de Constanza (1414-1418) al tormento y al fuego, tras haber sido previamente excomulgado por dos veces y sin que el salvoconducto que obtuvo del emperador SEGISMUNDO bastara para salvarle la vida. [N. del T.]

"Ayer, día de mi cumpleaños, recibí por medio del *ouija*⁶⁷ el primer mensaje de mi marido en Londres. Habíamos iniciado la sesión con escritura automática y varios Espíritus se comunicaron. La señorita Monteith, médium escribiente y auditiva, estaba ubicada cerca de mí y de la otra dama que atendía el *ouija*. Súbitamente escuchó la palabra *alba* y comenzó a dibujar una salida del sol sobre el mar. Pese a no ser artista, diseñó un cuadro muy bello y nos pidió explicaciones al respecto. Le contesté: «Siempre, en nuestra casa a la orilla del mar, mi marido y yo nos despertábamos lo bastante temprano para ver el alba elevándose sobre el océano. Era para nosotros una hora sagrada. Mi esposo solía decir con frecuencia: 'Creo que, si muero antes que tú, mi alma volverá del Cielo a ti a la hora del alba'». Este incidente me resultó muy grato y tuve la certidumbre de la presencia de mi marido. En el pasado septiembre, encontrándome en Tours, me había él anticipado muchas veces, por medio de la tablita, que aquí en Londres iba a encontrar a Sir Oliver Lodge y otros psiquistas eminentes, y que sería invitada a hablar de los hechos espíritas. Pues bien, estoy en Londres desde hace un mes y he usado de la palabra en dos ocasiones en salas públicas, además de tres veces en salones de la alta sociedad. Me reuniré con Sir Oliver el 18 de noviembre, así como con Lady Barrett y la señora Léonard, la médium con cuyos oficios Sir Oliver Lodge encontró el Espíritu de su hijo Raimundo, muerto por el enemigo".

Podríamos mencionar otros muchos casos de este género: Limitémonos, empero, a hacer notar que la impresión que produce en el lector los relatos, que con frecuencia son secos y fríos, no se puede comparar con la que sienten aquellas personas que asisten a las sesiones. La rapidez de los dictados, la total inconsciencia de los médiums, la intervención evidente de inteligencias que no son las de los experimentadores: en suma, mil pormenores psicológicos integran otros tantos elementos de convicción, al paso que la simple lectura de esos mismos hechos les hace perder, forzosamente, su valor a los ojos de todos aquellos que no conocen el ambiente de las reuniones.

⁶⁷ Nombre de fábrica, en idioma inglés, de la tablita de escritura espiritista. También se la denomina *ouija board*. [N. del T.]

25. LA EXPERIMENTACIÓN ESPIRITA: PRUEBAS DE IDENTIDAD

Ya hemos dicho que las pruebas acerca de la existencia y manifestaciones de los Espíritus son numerosas y constituyen un conjunto lo bastante imponente para que toda duda o vacilación se desvanezca, como resultado de un estudio serio y en profundidad. Tal el caso de los sabios ilustres que se han ocupado de los problemas psíquicos. Abordaban su examen con una disposición más bien hostil, imbuidos de la idea de que había en ellos error o superchería, y luego de perseverantes investigaciones han llegado a afirmar de un modo formal la realidad de los fenómenos, No cabe duda de que supieron poner a un lado el fraude y la impostura que son inevitables en todo ambiente humano. Pero han establecido que gran número de hechos escapan a toda posibilidad de falsificación. Por ejemplo, los vaciados o moldes de manos y pies materializados, hechos con parafina hirviendo, y que una vez fríos dejan a los experimentadores en posesión de objetos que constituyen otros tantos testimonios de la presencia y el paso de Seres invisibles.

De esta manera, Camille Flammarion ha podido escribir:

"Corrientemente se habla de fraudes, pero los hay que resultarían imposibles desde el punto de vista material. Verbigracia, los moldes de manos. Ningún escultor ha llegado, hasta la fecha, no sólo a imitar, sino inclusive a explicar esas impresiones en masilla o esos vaciados en parafina en los cuales no aparece huella alguna de unión o juntura. Y otro ejemplo lo constituyen también algunas fotografías, que hacen la desesperación de los fotógrafos... Pero, además, entre todos esos fenómenos desconcertantes del psiquismo, ¿hay uno solo que se haya logrado seriamente imitar?"

El fenómeno de los moldes requiere algunas explicaciones. En todos los casos la parafina es derretida en cierta cantidad de agua hirviendo. Las manos de los Espíritus materializados vienen a sumergirse en ella, y luego se retiran para introducirse en seguida en un recipiente de agua fría, en cuya superficie quedan los moldes flotando. Puesto que la abertura de la muñeca es de menor diámetro que el resto de la mano, se necesita, por tanto, que esta última se haya disuelto fluídicamente para dejar el vaciado intacto. Una mano humana no hubiera podido desprenderse del molde sin quebrarlo.

De igual manera se han obtenido vaciados de pies, y tales hechos no pueden comprenderse si no es mediante la acción de los Seres invisibles.

El profesor Denton pudo conseguir, en América, fenómenos de este tipo dentro de una jaula cerrada con llave. Entre otros casos, se señala el de dos

manos completas hasta la muñeca y sosteniéndose la una a la otra. Ninguna intervención del hombre hubiera podido producir semejante resultado.

En el Congreso Espiritualista Internacional celebrado en París en el año 1900, y que yo presidí, se había organizado un museo espírita. En él podían verse moldes de manos de todas dimensiones, algunas de las cuales eran muy grandes y otras pequeñas, como de niños. Los expositores nos declaraban que esas manos no tenían ninguna semejanza con las de los médiums o las de los asistentes que habían intervenido en las sesiones donde tan extraños fenómenos se habían operado.

En todos los hechos de orden psíquico interesa investigar, antes que nada, las pruebas de identidad, esto es, las particularidades y detalles susceptibles de verificación, de contralor, y por los cuales se revelan el carácter y la auténtica naturaleza de los Seres que toman parte en las manifestaciones.

Desde este punto de vista, conviene destacar la videncia y la incorporación en el trance, o sueño magnético. En este último caso, el médium pronuncia palabras y a veces hasta discursos enteros, de los que no tiene conciencia y que no dejan en su memoria ningún recuerdo al despertar. Conforme el trance se va profundizando, se echa de ver que una personalidad extraña reemplaza a la del médium: entonces se produce una suerte de transfiguración.

Por su actitud, gestos y lenguaje, el médium representa el modo de pensar y de obrar de una individualidad cuya existencia muchas veces ignora y que los presentes a la sesión reconocen por uno de sus familiares o amigos difuntos.

Acto continuo se entablan conversaciones. Las respuestas del Espíritu a las preguntas que se le formulan y los rasgos comunes de su anterior existencia, que vivió junto a los asistentes a la reunión, constituyen, de por sí, otros tantos elementos de certidumbre en lo que toca a la identidad del muerto.

En este tipo de hechos, el caso más notable nos parece haber sido el del profesor Hyslop, de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Sirviéndose de los oficios de la célebre médium señora Piper, hizo responder al Espíritu de su padre doscientas preguntas que versaban sobre detalles menudos de su vida familiar antes del nacimiento del profesor. Después, con el propósito de verificar la exactitud de las respuestas, fue preciso realizar un viaje de varias semanas a través de los Estados de la Unión Norteamericana, donde se encontraban diseminados los miembros de la familia Hyslop. De las doscientas respuestas, ciento cincuenta y dos

fueron reconocidas exactas, y el resto de ellas dudosas, por cuanto no pudieron ser comprobadas.⁶⁸

Hemos relatado en otra parte⁶⁹ una veintena de casos escogidos entre los más probatorios. He aquí otros, más recientes, cuyo interés no es menos vivo, pues se relacionan con la Gran Guerra que acabamos de pasar, y que se clasifican entre los fenómenos de visión y audición. El primero de ellos ha sido tomado de los *Annales des Sciences Psychiques* ("Anales de las Ciencias Psíquicas"), número 1, página 44, año 1918.

La revista inglesa *London* ("Londres") publica, en su fascículo correspondiente a octubre de 1917, el relato del señor Richard Wilkinson, quien -según declara la redacción- es un hombre de negocios bien conocido en la capital británica y que antes era muy escéptico en lo que atañe a todo fenómeno supranormal. El señor Wilkinson se propone, al dar a publicidad este artículo, presentar hechos que lo han consolado en su dolor y pueden igualmente reconfortar a millares de otras personas.

"En noviembre de 1916 -expresa- mi hijo fue mortalmente herido cuando se hallaba a la cabeza de sus hombres en el combate de Beaumont-Hamel, y algunos días después expiró, a la edad de diecinueve años. Mi mujer y yo pudimos asistir a sus postreros instantes, en un hospital de Francia.

«Hijo único, el sentimiento que lo ligaba a nosotros era el de una tierna camaradería y una afección filial.

"Cuando volvimos a Inglaterra, una amiga de mi mujer, conmovida por el dolor que ésta manifestaba, le envió el libro de Sir Oliver Lodge titulado *Raymond* ("Raimundo"). Yo tenía prevenciones contra ese tipo de estudios, por lo que pedí a mi esposa no leyese la obra. Pero, al ver que esto la contrariaba mucho, no quise insistir, aunque le manifesté con energía que no deseaba mezclarme en semejante absurdo.

"Ella, por su parte, se impresionó de tal modo con la lectura del libro, que apeló a toda clase de argumentos para combatir mi prejuicio al respecto y persuadirme de que también lo leyese. Terminé por consentir en ello, pero esta lectura no bastó para convencerme, aun cuando admirara la belleza de la doctrina que exponía y reconociese mi error de haberla condenado a priori.

"Mi esposa escribió a Sir Oliver Lodge pidiéndole consejo. Éste no nos conocía, pero la similitud de nuestra desgracia con la suya lo decidió a presentarnos a una amiga, la cual organizó para nosotros una sesión, con el médium Vout Peters.

⁶⁸ Véase nuestro libro *En lo Invisible* (Espiritismo y Mediumnidad). [N. de L. Denis.]

⁶⁹ Consultar, en la misma obra, el Capítulo XXI. [N. de L. Denis.]

"En esa primera tentativa nos dijeron que nuestro hijo, al pasar al Más Allá, había sido recibido por «Juan, Isabel, Guillermo y Eduardo».

"De esos cuatro nombres, los tres primeros correspondían a mi padre, mi madre y mi hermano, muertos desde hacia mucho tiempo, pero el de Eduardo me era desconocido. Ahora bien, como me impresionó la exactitud de los tres primeros nombres, escribí a mi hermano mayor, preguntándole acerca de un hermanito que -sabía yo- había fallecido tiempo antes de mi nacimiento. Me respondió que ese niño -de nombre Eduardo-, murió cuando tenía sólo doce semanas.

"Además, en el curso de esa misma sesión, mi hijo, que se había manifestado pero conocía mi incredulidad, declaró que deseaba vivamente probarme que estaba allí, e hizo alusión a un hecho íntimo que sólo mi mujer y yo conocíamos. Se trata de algo tan secreto que no puedo reproducirlo en estas páginas.

"Otro hecho: Aunque mi hijo no se llamara Roger había sido nombrado siempre de esa manera, salvo por su madre, que únicamente lo apodaba *Poger*.

"El médium comenzó a deletrear un nombre: *R-o...*, y nos dijo, sin poder ofrecer las dos letras siguientes, que la última era una *ere*. Yo respondí: «Es el nombre de mi hijo. Vos queréis decir Roger». Pero el médium me replicó: «El joven asegura que no debo decir Roger, sino *Poger*».

"Intrigado por estos fenómenos, quise ir más lejos. Fuimos a casa de otro médium, la señora Osborne Léonard. Tuvimos cuidado de no comunicarle quiénes éramos ni el objeto de nuestra visita. Lo primero que hizo fue darnos una detallada y exacta descripción de nuestro hijo, así como su nombre *Poger*, añadiendo que Isabel, Juan y Guillermo se encontraban allí, prestándole asistencia.

"Por otra parte, mi esposa se había asombrado al comprobar que las cartas que enviara a su hijo no se encontraban entre las pertenencias de éste, pero no me había hablado del asunto. La médium declaró que Roger estaba mostrándole una bolsita con cierre, que se hallaba entre sus efectos pero no había sido vista. «En ese sitio -manifestó la señora Léonard su madre encontrará las cartas que busca». Al regresar a casa comprobamos la exactitud del hecho.

"Durante esta misma sesión la médium extendió la mano y nos mostró en ella un objeto que se asemejaba a una moneda y cuya real naturaleza desconocía. Mi esposa sugirió que podía ser un botón de uniforme militar, de cobre, con el cual se había hecho un medallón para ella misma. Pero la médium insistió, afirmando que encontraríamos, entre las pertenencias de nuestro hijo, un objeto de bronce. Roger deseaba que le hiciesen un orificio a fin de que su madre pudiera llevarlo consigo, en recuerdo de él. Una vez en casa encontramos, en efecto, en una cajita, una moneda de un penique, incurvada por el impacto de una bala.

"Algún tiempo después mi mujer vio cerca de ella, en Brighton, a nuestro hijo, y nada pudo forzarla a admitir que se trataba de una autosugestión o una alucinación. A su retorno a Londres no habló de ello a nadie, en los primeros momentos, pero la médium señora Annie Brittain, en cuanto la vio le dijo: «Vuestro hijo desea haceros saber que ha sido él a quien habéis visto. No era un sueño, sino que `le permitieron que el velo fuese levantado por un momento´».

"En el transcurso de la sesión con la señora Brittain ésta nos manifestó cosas maravillosas. Jamás ningún médium había llamado a mi mujer con el apodo que le daba nuestro hijo. Mi esposa se sintió transportada de júbilo cuando él [el Espíritu del hijo] le expresó: «Hasta pronto, ángel mío», como solía hacerlo en vida.

"Si alguien hubiera pretendido, hace tan sólo un año, que yo podría decir y escribir cosas semejantes, le hubiese respondido que era imposible".

El señor H. Mérou, cónsul general de Francia en San Francisco (Estados Unidos), actualmente retirado en Thonon (Alta Saboya), y cuyo hijo -un joven oficial- tuvo una muerte gloriosa en la última campaña, ofrece a la *Revue Spirite* ("Revista Espírita") de octubre de 1917, los detalles siguientes, acerca de las manifestaciones que obtiene con ayuda de una facultad que el difunto descubrió y desarrolló por completo en su padre.

"En estado de vigilia, en la oscuridad de la noche, tanto con los ojos cerrados como abiertos veo formarse ante mí, con gran claridad e intensidad, letras fluídicas de colores cambiantes. Dichas letras se alinean e integran mensajes firmados por las Entidades de que emanan.

"Esa mediumnidad visual me fue revelada por comunicaciones de nuestro hijo, unos cuatro meses después de su muerte, en octubre de 1916. Siempre hace preceder cada mensaje con su propia firma, tal como la trazaba en las cartas presurosas que nos enviaba desde el frente, y con el número de matrícula del regimiento al que pertenecía. Todas las mañanas, con muy escasas excepciones, recibo un mensaje, a menudo acompañado de flores, principalmente una flor que tanto él como nosotros apreciábamos, y que es la llamada "copa de oro"⁷⁰ de California. En el transcurso del día obtengo asimismo mensajes que me son anunciados por el ruido de un golpe en el aire y que mi esposa escucha igual que yo. Cierro entonces los ojos y, luego de aparecer la firma y el número de matrícula, que jamás faltan previamente, leo el mensaje. A veces mi mujer, en voz alta, dirige la palabra a nuestro hijo, y al punto recibo la respuesta escrita con letras fluídicas, en el fondo oscuro que se produce al cerrar los ojos.

⁷⁰ En castellano en el original. [N. del T.]

"He tenido otras muchas visiones, en bastantes oportunidades, de personas que agonizaban, o simplemente vivas. Algunas de tales visiones no podrían explicarse por aquello que nuestros adversarios se complacen en llamar alucinaciones. En efecto, he visto algunas de esas apariciones a edades o con trajes que no pueden ser productos de mi imaginación. Así, una muchacha con quien sólo había hablado una vez en la vida, seis meses antes de que falleciese, y cuya muerte había sumido a su madre en el desconsuelo, se me apareció en tres ocasiones: la primera, en el momento de su deceso (que yo ignoraba); la vi entonces como la había conocido: alegre, viva y sonriente. La segunda vez se me mostró tal cual aparecía en una fotografía suya, de *cuya existencia me enteré dos o tres meses después de la aparición*; allí se me manifestó con un peinado especialísimo y vestida de un modo muy diferente a como solía hacerlo. La última vez que la vi, estaba blanca como un camafeo.

"Con seguridad nuestro hijo ha suscitado esas visiones, para nuestro bien y a fin de que podamos declarar sin temor nuestra profunda fe, cosa que hacemos con franqueza, pues lo conceptuamos un deber absoluto.

"Nuestra creencia ha sido para nosotros un manantial de consuelos: no podemos vacilar en proclamarla con toda la voz".

Es probable que se recojan numerosos hechos de esta índole relativos a la guerra. Las pruebas acerca de la supervivencia del alma después de la muerte van aumentando a diario y forman ya un conjunto imponente. Se multiplicarán todavía con los casos de identidad, abarcando todas las clases de fenómenos, en su infinita variedad. En efecto, los que han muerto en los campos de batalla, en los hospitales y en las ambulancias; en suma, todas las víctimas de estos terribles acontecimientos, sólo aspiran a manifestarse a aquellos a quienes amaban en la Tierra, a revelarles su presencia y prodigarles expresiones de aliento y consuelo. Se puede esperar que esto suceda tan pronto como hayan pasado el período de turbación que sigue a las muertes súbitas y violentas, para lo cual emplean ellos todos los medios a su alcance.

Así pues, de los males ocasionados por la guerra se desprenderá la certidumbre de que la vida se presenta bajo dos aspectos, pero no termina con la muerte corpórea. Un poco de luz, filtrándose a través de las nubes, vendrá a iluminar la ruta -hasta ahora incierta y oscura- de la humanidad.

26. EL ALMA Y LOS MUNDOS. LA VIDA INFINITA

Lectores que, a lo largo de estas páginas, seguisteis el curso de mi pensamiento, sin duda habréis encontrado en ellas algo de vuestras impresiones y emociones, como un reflejo de vuestra propia imagen, y quizás haya sido eso lo que despertó vuestro interés por ellas. Antes de poner fin a este libro os invito a olvidar por un instante nuestras comunes preocupaciones, los recuerdos tristes y dolorosos de cuatro años trágicos que acaban de pasar, para que levantemos nuestras miradas más arriba, hacia esa infinita Naturaleza que siempre ha sido para mí un gran consuelo.

Con mucha frecuencia, sumido en el insomnio o la ansiedad, me levanto en medio de las noches claras para contemplar el majestuoso desfile de los astros. Esos mundos de luz me hablan con el más elocuente de los lenguajes. Me dicen de la sabiduría y poder del Creador. Su espectáculo me conforta de los horrores de la Tierra, de este pobre globo ensangrentado por la contienda bélica, cubierto de ruinas y regado por tantas lágrimas. Desde los hondones del espacio aquellos mundos me atraen, me llaman, pareciendo hacerme señales de inteligencia. Si mi vista termina por extinguirse del todo, si mi ceguera se torna completa, será para mí una privación cruel no poder mirar ya esos prodigiosos diamantes celestiales.

En esta hora en que la Tierra en duelo llora a sus hijos muertos, el firmamento parece hallarse de fiesta. ¿Será acaso para recibir a los que momentáneamente nos han dejado? En el cenit, Júpiter fulgura con todo su brillo, tomado del Sol. La majestuosa Orión se inclina hacia el poniente, Sirio se identifica por su luz blanca y pura, mas aquí y allá, por dondequiera resplandecen otros focos: Rigel, Proción, Aldebarán, etcétera.

Dentro de algunos instantes aparecerán la rica constelación del León, Vega, el gigante Arturo, igual a ocho mil soles como el que nos alumbra. La Vía Láctea desplegará por encima de nuestras cabezas su bufanda inmensa, polvo de soles que la distancia torna apenas perceptible. El cortejo de los astros desfilará sin término, sin fin... Las radiaciones y vibraciones de todos esos mundos se cruzan en el espacio. El alma sensible se siente impresionada. Experimenta los efluvios de amor, las palpitaciones de la vida universal. Tiene la sensación de los cambios que se van operando del Cielo a la Tierra cuando los pensamientos y las oraciones suben y las inspiraciones y las fuerzas bajan.

¿Cuántas preguntas no formula a nuestro Espíritu ese espectáculo? ¿Adónde van todos esos astros en su célere carrera: por ejemplo, la número 1830 del catálogo de Groombridge que, procedente de un sistema desconocido, viaja a trescientos kilómetros por segundo y atraviesa nuestro universo como un enorme proyectil? Y esos cometas vagabundos, extraños mensajeros que marchan errantes de un sistema a otro, ¿cuál ha sido su origen y qué rol desempeñan en el Cosmos? ¡Además, las innumerables

nebulosas, sembradas en el espacio como cunas de futuros universos, génesis de mundos u hormigueros de soles, y que encontramos esparcidas con profusión hasta en las inconmensurables vastedades de lo infinito!

Durante mucho tiempo esos abismos de misterio y silencio, esas vorágines de sombra y luz han sido más bien, para el hombre, objeto de asombro y espanto. Con vacilación, casi con temor, su mente trataba de sondear aquellas profundidades. Pero de aquí en más, gracias a la revelación de los Espíritus, esa inmensidad -lúgubre y muda en apariencia- se anima y vibra. Todos esos mundos y los espacios que los separan están poblados por legiones de almas, ya humanas, ya etéreas. Constituyen nuestras futuras moradas, las etapas de nuestro largo peregrinaje, los peldaños de la escala ascendente por la que todos debemos subir a lo largo de los tiempos. Nuestro atrasado planeta es una casa de dolor y de lágrimas, la dura escuela a la que los Espíritus jóvenes concurren para adquirir las virtudes estoicas y las cualidades esenciales que les darán acceso a las esferas de dicha. Pero allá arriba hay sociedades más adelantadas, que se desarrollan en medio de la paz, el contento y la armonía.

Así, allende los límites de nuestras breves y penosas existencias terrestres, se nos ofrecen inmensas perspectivas, múltiples temas de estudio y exploración, variedades y contrastes inimaginables que se brindan a nuestro interés y atención. Ante tantas maravillas que el porvenir nos reserva, las pruebas presentes pierden su filo. Crecen, en cambio, nuestra confianza, esperanza y fe. ¡Impotentes para medir la extensión de las riquezas espirituales que pasarán a ser nuestro patrimonio, unimos nuestros acentos a las voces del Espacio, al coro universal de los Seres y los mundos, para celebrar la vida eterna e infinita!

Con letras de fuego está escrito en el cielo nuestro destino. Desde el origen de los mundos Dios ha trazado por encima de nuestras cabezas -con rasgos sublimes- el poema del alma y de su porvenir. Y todos aquellos que han sabido descifrar tan grandiosos caracteres extrajeron de ese estudio sabiduría y fuerza moral. Bien es verdad que el número de los iniciados es todavía escaso. Aún entre los Espíritus de nuestra esfera hay pocos a los cuales sea dado visitar y describir los esplendores celestes. Si algunos, en rápido vuelo, pueden explorar diversos sistemas y penetrar más allá dentro de lo infinito, deben pronto regresar a los ambientes que su grado de evolución les asigna.

Esas exploraciones a puntos distantes se permiten al Espíritu que se muestra digno de ellas, a fin de mostrarle su camino de ascensión. Estimulan su voluntad de ganar los méritos que le harán vivir en la sociedad de las almas unidas por el amor dentro de la dicha.

En nuestra evolución todo se halla graduado.

Para algunos Espíritus demasiado jóvenes, insuficientemente preparados, la posesión de ciertas verdades llevaría el riesgo de quebrar todo equilibrio mental. El pleno conocimiento del Universo pertenece tan sólo a los grandes Espíritus. De ellos nos viene, sobre todo -ya sea por intuición, ya por mediumnidad-, la revelación de las leyes superiores. Con el objeto de alcanzarla, debemos preparar nuestra alma por medio de la meditación, el recogimiento y la plegaria. Se opera así una especie de dilatación del Ser, un expandirse de las facultades, que hace posible que penetren en nosotros las verdades más altas. Por la acción de éstas se va produciendo poco a poco una transformación. Al mismo tiempo que las páginas del libro exterior se desarrollan, y conforme el horizonte se aclara, el Ser interior se va iluminando: los ecos de dentro responden a los llamados de fuera.

Bajo el influjo espiritual los recuerdos del pasado, amortajados en lo más hondo de nuestra memoria, resurgen. La cadena de nuestras anteriores existencias se reconstruye. Volvemos a tomar conciencia de nuestra auténtica naturaleza y de nuestra patria de origen. Sentimos mejor la gravedad, la solemnidad de las cosas de la vida. Pruebas y males, trabajos y dolores, los conceptuamos otros tantos medios de educación y elevación.

Escrita está en nosotros toda nuestra historia, a través de los siglos. Las vidas que hemos pasado, monótonas o trágicas, han ido vertiendo gota a gota, en el fondo de nuestra alma, como un agua profunda hacia cuya superficie nos inclinamos a ciertas horas, y podemos ver entonces reflejarse en ella -como en un espejo- las imágenes del ayer.

Hemos comprobado que, en los fenómenos de exteriorización y mediante visión psíquica aumentada, el Ser ve otra vez los lugares donde se ha desarrollado el rosario de sus existencias. Las soleadas orillas del Ática, donde la mar estrella su encaje de espumas bajo las ramas de los mirtos y la verdura plateada de los olivares. Las llanuras interminables de Asiria y Egipto, y los colosos de piedra, que yerguen bajo el azul del cielo sus formas geométricas o sus perfiles de animales. El alma reconstituye las civilizaciones lejanas y el rol -oscuro a menudo, pero a veces brillante- que en ellas desempeñaba. Revé las blancas ciudades cuyos nombres armoniosos señalan como jalones la marcha intelectual de la humanidad: Atenas, la joya de la Hélade, la ciudad amada por filósofos, oradores y estatuarios. Crotona, donde Pitágoras enseñaba su doctrina a un círculo de iniciados. Alejandría, en la que los esplendores del genio griego se fusionaron, en el crisol del pensamiento, con la llama del Cristianismo naciente.

Aquellos que han vivido esas horas deslumbrantes de la historia no pueden sustraerse a un sentimiento emocionado recordando la ingenua

adolescencia de su alma, acunada por los mitos y las leyendas paganas y prendada de los espejismos de la vida oriental.

Podríamos formarnos una idea de tales impresiones comparándolas con las que nos proporciona, en el ocaso de la vida, el recuerdo de las ricas sensaciones de nuestra más reciente juventud, cuando para nosotros todo era seducción y encantamiento.

Entonces, todos los espectáculos de la Naturaleza nos producían una suerte de embriaguez. Por ejemplo, ¡qué arrobamiento cuando por vez primera nos internamos en la profundidad de un bosque, escuchando el murmullo de manantiales y arroyuelos, o la canción del viento entre el ramaje! ¡Cuando desde lo alto de los montes vimos extenderse allá abajo valles y planicies, brillando en lontananza el océano o desplegándose el panorama de una gran ciudad!

¡Cuánta riqueza oculta en los oscuros repliegues del alma! Tesoros de pensamientos y acciones, de alegrías y dolores, acumulados por los siglos en lo hondo del Ser, y que la operación magnética hace que vuelvan a la luz, como esas plantas y flores que flotan en la superficie de los estanques y cuyas raíces se sumergen hasta las sombrías profundidades de las aguas...

Entre esos cuadros y remembranzas que emergen de la oscuridad del ayer los hay gratos y que proporcionan calma y alivio, sin duda alguna, pero, en cambio, ¡cuántas escenas nos traen ellas también, y que preferiríamos no haber vivido!

Surgen del silencio y de la noche, adquiriendo poderoso relieve. En ocasiones, al contemplarlas nos asalta la angustia. De esos recuerdos súbitamente despertados se desprenden y propagan vibraciones dolorosas, que nos invaden.

Los secretos inmersos en las honduras de nuestra memoria se levantan y nos acusan. Todo nuestro pasado sigue subsistiendo, indestructible, imborrable. No hay poder que sea capaz de destruirlo, pero nos es dado redimirlo en el porvenir por medio de obras de sacrificio y tareas bien realizadas. Comprendemos por qué la eterna sabiduría ha hecho que olvidemos darnos un tiempo todas esas remembranzas distantes, a fin de darnos más completa libertad de acción en el transcurso de la vida actual. A no ser por esa precaución necesaria, los fantasmas de nuestras pasadas existencias reaparecerían sin cesar ante nuestros ojos. La calma y serenidad del presente se verían perturbadas por ellos. El conocimiento de las responsabilidades en que hemos incurrido, y de las consecuencias que traen consigo, paralizaría más bien nuestro impulso hacia adelante.

Los más profundos misterios del alma y del Universo siguen siéndonos ocultados. No obstante, es dable comprobar que un progreso evidente se va

haciendo en el dominio del conocimiento. El velo del destino se levanta y la gran ley de la evolución se va precisando a nuestros ojos.

Asistimos a un verdadero cambio de frente del pensamiento, desde el punto de vista filosófico. Aquél abandona cada vez más las posiciones materialistas que ocupaba desde hace tanto tiempo, para tornarse ahora espiritualista e idealista. Las antiguas teorías del átomo y la célula han caído en desuso. Se reconoce ya que por encima de la materia existe una fuerza organizadora, un dinamismo poderoso que la penetra y la rige. Y más arriba aún domina la idea.

La inteligencia y la voluntad gobiernan el mundo de los seres y las cosas. Aparece la ley. Por medio de ella se afirma la noción de Dios.

Dios es el pensamiento y la eterna fuerza que mueven al Universo. Dios es la conciliación de todos los problemas y el supremo objetivo de todas las evoluciones. De Él dimanar las más altas aspiraciones del genio y las intuiciones del artista y el sabio.

Todas las creaciones de un arte sublime, los espectáculos grandiosos de la Naturaleza, las armonías del Cosmos, la sinfonía que los mundos componen entre sí en las profundidades del espacio, todo eso no es más que el reflejo, el eco debilitado de la potencia creadora.

Estudiar a Dios en su obra es el secreto de toda fuerza y verdad, sabiduría y amor. Porque Dios irradia a través de aquélla de la misma manera que el Sol filtra sus rayos por entre las ligeras brumas matinales que flotan sobre los bosques y los valles.

27. LA GRAN DOCTRINA

La guerra mundial ha señalado el fin de una época. Otro período histórico se inaugura ante nosotros, una inmensa tarea se ofrece a los hombres de saber y de buena voluntad. Se trata de rehacer a todo el género humano por medio de una educación, una moral y una fe nuevas. Hay que mostrar a las generaciones que están pasando cuál es la meta que se necesita alcanzar, enseñarles el sentido profundo de la vida, la nobleza del trabajo y la gran lección de la muerte.

Precisa inculcar a todos que la existencia es sagrada, aun en sus aspectos vulgares, a despecho de sus pruebas y dolores y, sobre todo, a causa de estos mismos, porque la vida constituye para nosotros el medio supremo de ascensión y elevación. Debemos enseñarles que las existencias humildes, anónimas y laboriosas, cuando no son el rescate de un pasado culpable constituyen un procedimiento eficaz para perfeccionarse. Hay que demostrarle la virtud del autosacrificio y la vanidad de las riquezas, que nos encadenan a la materia. Sólo dándose adquiere el Ser todo su poder de irradiación y esparce saludable influencia sobre cuanto emprende y sobre todo lo que le rodea.

A lo largo de mil vidas humanas debe ir conociendo todas las alternancias de la alegría y el dolor. Este último es, con mucho, el más fecundo para su adelanto. De ahí que haya en torno de nosotros más causas de pena que de felicidad. La decimosexta Tríada lo dice: "Todo es sufrir en Abred [la Tierra], porque a no ser por esto no se puede adquirir ninguna ciencia completa sobre cosa alguna". El hombre tiene que ocupar en forma alternativa las situaciones sociales más variadas, con el objeto de sufrir las pruebas y adquirir las cualidades específicas de los diversos ambientes. Las posiciones desahogadas nos proveen la posibilidad de desarrollar nuestras facultades, cultivar las artes y las ciencias y ejercer la beneficencia. En cambio, las situaciones sociales oscuras y de dependencia nos enseñan a ser pacientes, inculcándonos disciplina, la virtud del ahorro y la perseverancia en el esfuerzo. Ora derrotado por el destino, ora servido por él, el hombre se abre paso a través de los obstáculos, pero cada vez que supera una nueva dificultad siente que su fuerza aumenta, su voluntad se templea y su experiencia se enriquece.

Con cada renacimiento vuelve a tomar la vida terrenal como escuela beneficiosa donde ganará nuevos méritos. Regresa a ese combate que ha de incrementar su capital de energías, sus riquezas espirituales y las del corazón.

Así, de vida en vida, como la mariposa que sale de su crisálida, el ser humano siente que poco a poco, de la individualidad grosera de sus comienzos, va desprendiéndose un Espíritu poderoso, radiante de luz, sabiduría y amor. Y de esfera en esfera, de mundo en mundo proseguirá su

carrera, unido a los Seres a quienes ama, para alcanzar un día con ellos la plenitud de la ciencia, de la virtud y la felicidad.

Como se sabe, la revelación de los Espíritus se efectúa por medio de fenómenos cuyo conjunto integra una ciencia nueva, una ciencia que en esos hechos encuentra elementos valiosos de desarrollo y de progreso.

La ciencia convencional había llegado hasta los límites finales del mundo de la materia. Ahora, ante ella se muestra lo Invisible, con sus inmensas fuerzas y sus leyes espirituales. Si se prescinde del conocimiento de esas leyes es imposible comprender la vida en la diversidad de sus formas y en su ciclópea ascensión.

Un análisis metódico y razonado de las manifestaciones pondrá a la ciencia en contacto con el Mundo de los Espíritus. Acercará a las dos humanidades y facilitará su colaboración en un programa de tareas de las que ha de resultar una comprensión más amplia del universo psíquico y de las condiciones de la vida en sus estadios superiores.

Sin embargo, ese es sólo uno de los dos aspectos de una cuestión de gran amplitud. La ciencia es necesaria, mas no resulta suficiente. La corriente científica debe tener -como paralelo y complemento- a la corriente popular, que vaya a llevar a las masas las enseñanzas y consuelos de que tienen necesidad. Compleja es la ciencia y, por tanto, inaccesible al mayor número de personas. La enseñanza popular tiene que ser sencilla y estar al alcance de todos.

De cincuenta años acá las epidemias, duelos y todos los males originados por la guerra han inferido a Francia heridas crueles. Incontables son las almas a quienes el dolor ha tocado y que reclaman su parcela de verdad y de luz.

Así pues, hay que ir hacia la humanidad dolorida y ofrecerle las perspectivas reconfortantes de lo Invisible, del Más Allá, demostrándole la certidumbre de la supervivencia e inmortalidad del alma, el júbilo del reencuentro para aquellos a quienes la muerte separó.

Es menester que vayamos al pueblo que carece de ideal, a los humildes y pequeños a los cuales el materialismo engañó, pues sólo supo desarrollar en ellos la avidez de placeres y los sentimientos de odio y de envidia; debemos ir a ellos llevándoles la enseñanza moral, la alta y pura doctrina que alumbra el porvenir y nos muestra cómo la justicia se consuma por medio de las vidas sucesivas.

Todos los que, amando la justicia, la buscáis en el ámbito estrecho que vuestra mirada abarca, rara vez la encontráis en las obras del hombre, en las instituciones de este bajo mundo. Ensanchad, pues, vuestros horizontes:

entonces la veréis expandirse en la serie de nuestras existencias a lo largo de los tiempos, por el simple mecanismo de los efectos y las causas.

Tanto el bien como el mal se remontan siempre a su fuente de origen. El crimen recae pesadamente sobre sus autores. Nuestro destino es obra de nosotros mismos, pero sólo se esclarece por el conocimiento del pasado. Para captar su eslabonamiento hay que ir más arriba y contemplar desde allí, en su conjunto, el panorama viviente de nuestra propia historia. Ahora bien, esto será posible sólo para el Espíritu que se encuentre desprendido de su envoltura carnal, ya sea por medio de la exteriorización durante el sueño, ya debido a la muerte. Entonces, de las sombras y contradicciones del presente surge para él viva luz. La gran ley se le aparece en la plenitud de su brillo y en su soberana majestad, regulando la ascensión de los seres, no de otro modo que como rige la marcha de los mundos.

Cuando los apóstoles de la causa social comprendan y enseñen esta elevada doctrina encontrarán en ella un fecundo venero de inspiraciones. Dará a su palabra la fuerza de penetración y el calor que derrite los hielos de la indiferencia y del escepticismo. Y del corazón de esos apóstoles brotará una oleada purificadora y regeneratriz.

En este punto, me espero las mismas objeciones que se me han formulado en el curso de ciertas conferencias seguidas de debate público. Ahora los contradictores me dirán: Ese es el lenguaje que han venido utilizando todas las opresiones políticas y religiosas a través de los siglos, con el objeto de dominar a las masas y lograr que se inclinaran bajo el yugo. Esas promesas de vidas futuras, aunque se las presente ahora bajo otra forma, siguen siendo -al decir de Jean Jaurès- "la vieja canción que acuna a la miseria humana".

Es posible que nuestros puntos de vista no concuerden con los de tal o cual teórico. Lo que buscamos ante todo es la verdad. Para descubrirla, hay que elevarse hasta las regiones serenas a las que no llegan ya las pasiones políticas y donde no reinan los intereses materiales. Interrogad a los grandes muertos -responderé, por mi parte, a esos contradictores- e inspiraos con sus consejos. Ellos os confirmarán la existencia de esas leyes superiores fuera de las cuales toda obra humana es impotente y estéril.

En tanto limitéis vuestro pensamiento a los estrechos horizontes de la vida actual, mientras os rehuséis a ver en ella lo que de veras es, o sea, una escalera para subir más arriba, vuestras tentativas por instituir en la Tierra un orden de cosas que esté de acuerdo con la justicia, así como todos los esfuerzos que vuestro talento realice, habrán sido en vano. Ved, si no, lo que está sucediendo allá, en el oriente de Europa, donde la feroz lucha de clases precipita a las naciones en un abismo donde no luce un solo rayo de ideal. Presenciad esa marea creciente de las pasiones desatadas por un grosero materialismo que amenaza con invadirlo todo. A pesar de ciertas teorías, lo que sobre todo hace falta, para realizar la paz social y la armonía

entre los hombres, es el acuerdo íntimo de las inteligencias, las conciencias y los corazones. Sólo puede darnoslo una gran doctrina, una revelación superior que trace el rumbo humano y fije nuestros deberes comunes.

Hemos dicho ya que en la historia del mundo las calamidades son muchas veces signos precursores de nuevos tiempos, el anuncio de que se está preparando una transformación y la humanidad va a experimentar profundos cambios.

La muerte ha causado numerosos vacíos entre los hombres, pero Entidades más evolucionadas vendrán a encarnar en la Tierra. Las incontables legiones de las almas liberadas por la contienda bélica se ciernen por sobre nosotros, ávidas de participar en nuestros trabajos y esfuerzos, de comunicar -a los que aquí dejaron- confianza en Dios y fe en un futuro mejor. Su acción se extiende y va imponiéndose cada vez más. Y suscita testimonios inesperados que, a veces, provienen de muy arriba. Por ejemplo, el diario *L'Homme libre* ("El hombre libre"), en su edición del primero de enero de 1919, dejaba constancia de ello en los siguientes términos:

"Nuestros muertos queridos están al lado de nosotros y la humanidad se compone de mayor número de difuntos que de vivientes. Somos gobernados por los muertos".

Por su parte, en un soberbio arrebatado oratorio que tuvo en la Cámara de Diputados, Georges Clemenceau evocaba a los Espíritus de Gambetta, Scheurer-Kestner, Chanzy y otros muertos ilustres, y les invitaba a *"ser los primeros en franquear las terribles puertas de hierro que Alemania ha cerrado contra nosotros"*.

El Presidente mismo de la República, Raymond Poincaré, en su discurso de Estrasburgo, dijo:

"Tú con nosotros, Alsacia, honrarás la memoria de nuestros muertos, porque tanto y más que los vivientes son ellos los que te han liberado".

Ahora bien, todos esos grandes muertos no son los únicos artífices de nuestra victoria. A la cabeza de ellos volvemos a encontrar a los Espíritus de luz que nos señalan la senda sagrada y los altos destinos que nos aguardan.

Se hace evidente que muchos hombres -y no de los que menos valen- por medio de las pruebas sufridas han sido curados de esa sensualidad y ese

escepticismo pestilentes que han estado a punto de perder a Francia. Hoy en día, un gran soplo está pasando sobre el mundo y lleva a las almas hacia una síntesis, en la que cuanto hay de bueno y verdadero en las antiguas creencias viene a agregarse a las obras de la ciencia y el pensamiento modernos, para estructurar el instrumento por excelencia de la educación y la disciplina sociales.

Con todo, a veces la sombra se torna más densa y se hace más negra noche en torno de nosotros. Se multiplican los peligros y terribles amenazas pesan sobre la civilización.

Pero en esas horas sentimos que nuestros grandes hermanos del Espacio están más cerca de nosotros. Sus fluidos vivificantes nos sostienen y penetran. Gracias a ellos se encienden en el horizonte resplandores de aurora que iluminan nuestra ruta. En medio del caos de los acontecimientos, un mundo nuevo se esboza...

FIN

ÍNDICE

León Denis, un Gigante de la Idea Espírita, *Humberto Mariotti*

- *Introducción*

1. El Espiritismo y la guerra
2. Escenas del Espacio. Visiones reales de guerra y epopeya
3. Las lecciones de la guerra
4. El mes de Juana de Arco
5. La justicia divina y la guerra actual
6. El despertar del genio céltico
7. El Día de los Difuntos en la trinchera
8. Acción de los Espíritus sobre los actuales acontecimientos
9. El Espiritismo y las religiones
10. Responsabilidades
11. La hora del Espiritismo
12. Autoridad y libertad
13. ¡Resurrección!
14. ¡Sursum Corda!
15. El porvenir del Espiritismo
16. El Espiritismo y la ciencia
17. El Espiritismo y la renovación de las vidas anteriores
18. El Espiritismo y las iglesias
19. El Espiritismo y la filosofía contemporánea
20. Creación de un mundo nuevo
21. El reinado del Espíritu
22. ¡Hosanna!
23. La experimentación espírita: Escritura mediúmnica
24. La experimentación espírita: Tiptología
25. La experimentación espírita: Pruebas de identidad
26. El alma y los mundos. La vida infinita
27. La gran doctrina

OBRAS DE LEÓN DENIS

☀ 1-1-1846

† 12-4-1927

Después de la Muerte. Fines de 1890.

Cristianismo y Espiritismo. Agosto de 1898.

En lo Invisible. 1903.

El Problema del Ser y del Destino. 1905.

La Verdad sobre Juana de Arco. Hacia 1910 y reeditado con su título definitivo *Juana de Arco, Médium*, en 1912.

El Gran Enigma. Hacia 1911.

El Mundo Invisible y la Guerra. Año 1919.

El Genio Céltico y el Mundo Invisible. Año 1927.

Pueden descargarse gratuitamente estos libros desde la página web de la Federación Espírita Española en <http://www.espiritismo.es> y <http://www.espiritismo.cc>